



El compañero
DE PISO **PERFECTO**

MRS KRISTAL

Table of Contents

[Anteportada](#)

[Síguenos](#)

[Información legal](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Conoce a la autora](#)

[Síguenos](#)

[Créditos](#)

MRS KRISTAL

El compañero de piso perfecto

Traducido del inglés por Paloma Vega Centeno

Cherry Publishing

Si quieres estar al tanto de las novedades

de Cherry Publishing España,

síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@mrskristal.autor](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides

de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

© 2024, Cherry Publishing
Todos los derechos reservados.
Edición en español: enero 2024

1

Sienna

Tras un trayecto de casi nueve horas desde Ellsworth, un pequeño pueblo a las afueras de Helena, la capital de Montana, pasando por Chicago en dirección a Lincoln, Illinois, llego a mi nuevo hogar, bien entrada la tarde. Es probable que caiga rendida en la cama. Cuando al fin entre en mi nuevo apartamento, estaré agotada —mejor dicho— muerta de cansancio.

El autobús se detiene en la parada de Lincoln Campus, así que bajo y cojo mis cosas: una maleta y una mochila, aparte del bolso que ya llevo en la mano. Me he pasado el día viajando, surcando el cielo y, más tarde, la carretera, para llegar a lo que ahora será mi hogar. Mis padres me llevaron al aeropuerto de Helena, desde donde volé a Chicago y allí cogí un autobús hasta Lincoln.

Me muero de ganas de empezar la carrera. Llevo todo el verano soñando con que llegue septiembre y pueda, al fin, vivir en el campus. Es una nueva etapa en mi vida. Ahora soy una universitaria que vive en otro estado, y pronto seré una compañera de piso más en un apartamento compartido. La residencia en la que pretendía quedarme me envió una carta en la que confirmaban que no había habitaciones disponibles en el complejo residencial que me gustaba. Sin embargo, me ofrecieron una habitación en un apartamento que la universidad alquila. Al parecer, la inquilina anterior se ha mudado después de graduarse.

Al principio, tenía ciertas dudas, porque me había hecho a la idea de vivir en una residencia universitaria en el mismo campus. Ir a clase habría sido mucho más rápido y sencillo, porque podría haber ido andando. Sin embargo, para llegar al apartamento, necesitaría un bono de transporte para varias zonas, pero las otras alternativas al piso estaban aún más lejos y eran aún más caras, así que acabé aceptando. Mi nueva compañera de piso se llama Denver Jones y está ya en último curso. Si, por lo que sea, no nos llevamos bien, se mudará dentro de un año y medio. Así que, llegado el momento, tal vez pueda encontrar a alguien por mi cuenta.

Con suerte, haré nuevos amigos. Eso es lo que más miedo me da: estar sola todos estos años que me quedan. Pero no tiene por qué ser así. Estoy segura de que Denver y yo nos llevaremos muy bien y seremos amigas.

Agarro el asa de mi equipaje y me coloco la mochila en el hombro. Estoy lista para dirigirme al complejo de apartamentos. Desde que subí al autobús en Chicago, he estado absorbiendo todo lo que me rodea como una esponja. Todo es nuevo para mí. En las próximas semanas, habré memorizado las calles, los números de las casas y los edificios. Sin embargo, ahora mismo, siento que nunca seré capaz de recordarlo todo. Sigo las indicaciones del navegador de mi iPhone, que me susurra el camino que seguir a través de mis AirPods.

Giro la esquina y llego a Abbey Street. A lo lejos, veo el edificio de apartamentos de la universidad. Delante hay un cartel blanco y enorme; es imposible no verlo. En el centro, destaca el escudo del Lincoln College y un aviso que indica que el complejo es de su propiedad, así como de la ciudad de Lincoln. Hay un par de frases en letra más pequeña que resumen las

normas de convivencia, y en la esquina inferior derecha, están los datos de contacto de los administradores de la residencia, en caso de emergencia.

Bueno, aquí estoy. Después de tantas horas de viaje, al fin he llegado a mi nuevo hogar. El corazón me late con fuerza y estoy impaciente por conocer lo que me espera al cruzar la puerta.

«Ha llegado a su destino» —dice la voz de la asistente de Google Maps. Cierro la aplicación y me voy la vuelta para mirar la bonita fachada beis. Las ventanas del segundo piso están perfectamente alineadas, mientras que las de los pisos superiores son en voladizo. Mi apartamento está en la segunda planta.

—¡Vamos allá! —digo—. Aquí empieza tu vida universitaria, Sienna Gardner.

Saco la llave del bolsillo de mi chaqueta y me dirijo a la puerta principal. No es fácil apañárselas con una maleta y el pedazo de mochila que llevo a cuestas. Bueno, y con mi bolso. Afortunadamente, la puerta se abre y una chica rubia sale para ayudarme. Aliviada, vuelvo a guardar la llave en el bolsillo.

—Te sujeto la puerta —me dice con una sonrisa, y yo asiento mientras hago mil maniobras para pasar con la maleta a través de la puerta.

—Gracias.

—No es nada, mujer —responde.

Entonces la miro. Al igual que yo, tiene el pelo largo y rubio, una figura esbelta y una sonrisa amable.

—¿Eres nueva por aquí? —pregunta.

—Sí —murmuro nerviosa, porque se ha dado cuenta de que soy una novata.

Una estudiante que hubiera pasado las vacaciones en casa tendría, sin duda, menos equipaje que yo. Y eso que mis padres traerán la mayoría de mis cosas en su furgoneta dentro de dos semanas.

Mi habitación está amueblada, porque la anterior inquilina dejó allí muchos de sus muebles. En mi mochila y mi maleta tengo lo básico para un mes: ropa, material para ciertas ocasiones y algunos artículos de limpieza. Sí, lo sé, podría haberlo comprado todo en la ciudad, pero quería estar preparada.

—¿Es tan obvio? —le pregunto de todos modos, con una sonrisa.

—Pareces un poco perdida y llevas mucho equipaje.

—Ah, claro... —respondo—. Sí, me has pillado. Lo soy. ¿Y tú?

—Yo estoy en segundo —responde, con una amplia sonrisa—. ¿Vas a vivir aquí? —dice, mientras señala con el dedo índice el pasillo del edificio y yo asiento con la cabeza.

—Sí... ¿Y tú? ¿Vives aquí?

—Yo estoy en una de las habitaciones de la resi del campus, pero mi hermano vive aquí.

—Ah, vale —digo—. Me llamo Sienna.

—Yo soy Phoenix —responde ella, sonriente—. Encantada de conocerte. ¿Qué estudias?

—Economía. ¿Y tú?

—¡Yo también! ¡Qué guay! —contesta, algo emocionada, ya que ambas estamos en la misma carrera.

Me dedica otra agradable sonrisa. Luego, Phoenix se despide de mí.

—Me tengo que ir. Ha sido un placer conocerte, Sienna. Nos vemos pronto.

Antes de que pueda responderle, se da la vuelta y sale corriendo. Se despide de nuevo con un gesto y luego desaparece de mi vista. Yo le respondo con el mismo gesto y me dispongo a subir las escaleras que llevan a mi nuevo apartamento.

Me ha llegado la llave del piso por correo, lo que me parece un poco raro, pero qué se le va a hacer. Desde luego, no me habría hecho ilusión tener que recogerla hoy o ir en coche a buscarla a Lincoln.

Tengo aún más ganas de ver el apartamento por dentro. De momento, solo lo he visto en fotos. Algún propietario, y no me extrañaría que fuera algún miembro de la administración del complejo, publicó unas fotos del piso hace años, y desde entonces, no han añadido ninguna más. Existe la posibilidad de que el apartamento en el que tengo que vivir durante los próximos años sea todo un zulo.

Cuando llego al segundo piso, lucho por recuperar el oxígeno que he perdido al subir. Si no hubiera subido con el equipaje a cuestas... ¡Pero qué coño! Ya que estamos... Además, ya sé que estoy en muy mala forma. Odio tanto el ejercicio que mi nota de educación física me bajó la media final en el instituto. Entre jadeos, vuelvo a sacar la llave y abro la puerta. Junto a ella, hay un pequeño cartel en el que pone *Denver Jones*. Es aquí. Al entrar en el apartamento, noto mi pulso acelerado en la garganta, una vez más. Arrastro la maleta y, tras recorrer unos metros, la dejo caer al suelo.

—¡Lo he conseguido! —digo, jadeante, mientras miro a mi alrededor.

Estoy en un gran salón, la estancia principal del apartamento. Aquí es donde descansaré por las tardes, después de clase. Puede que Denver se anime a una noche de pelis. Si es que a ella le van esos planes. Lo que tengo claro es que el orden no es lo suyo. Hay un par de camisetas esparcidas por el sofá, junto con una caja de pizza vacía y un tercio de cerveza. Frunzo los labios. Espero que no deje sus cosas por todas partes y que esto sea cosa de una sola vez. Si no, me da que acabaré limpiando lo que ella ensucie. Respiro hondo para detener los pensamientos negativos y me quito la chaqueta para colgarla en el perchero. Entonces, me doy cuenta de que Denver debe de ser bastante alta y corpulenta. Sus chaquetas son enormes. Además, muchas de ellas son del equipo universitario de fútbol americano, los Lincoln Tigers. He leído algunas cosas sobre ellos en Internet, pero no me he molestado en seguir investigando. Por supuesto, sé que el fútbol es algo cultural y que los jugadores no solo son los reyes de la universidad, sino también bastante guapos. Muchas chicas perderían los papeles por salir con uno de ellos. Pero yo estoy aquí para aprender, no para acabar en la cama de un *quarterback*¹. Estoy aquí para estudiar una carrera. Y está claro que un jugador de fútbol no me va a ayudar con eso.

Dejo atrás el perchero y continúo hacia el salón. La decoración parece bastante fortuita y no creo que le preocupe la apariencia del apartamento. Además de un enorme sofá y un sillón, hay un enorme televisor de pantalla plana en el salón. Cada vez me siento más y más incómoda con mi compañera de piso. Llegué a Lincoln con una imagen clara de ella. En mi cabeza, era una chica un poco tímida, ordenada y curiosa, y se tomaba sus estudios tan en serio como yo. No era una chica fiestera ni una persona a la que no le importase dejarlo todo por en medio. Tampoco me entusiasman las chaquetas del equipo de fútbol de un tamaño excesivo, que podrían ser de su novio. No quiero que ese chico esté siempre por aquí rondando. ¿Y si el baño no tiene pestillo y me pilla duchándome?

Sacudo la cabeza. Es demasiado pronto para pensar en el novio de mi compañera irrumpiendo en el baño. Ni siquiera sé si tiene uno. A lo mejor alguien se ha olvidado la chaqueta.

El chasquido de una puerta me hace dar un respingo, y antes de que pueda averiguar de dónde viene el sonido, oigo a mis espaldas:

—¿Quién eres? —dice una voz, que no parece femenina en absoluto, lo que me hace sobresaltarme—. ¿Y qué haces en mi casa?

Me doy la vuelta y pego un grito al ver al chaval que tengo enfrente. Es alto; me saca por lo menos veinte centímetros. Tiene los hombros anchos y unos brazos y piernas bien musculosos. Su tableta de chocolate tampoco se queda corta. Y solo lleva una toalla alrededor de la cintura. Hasta que no le echo un segundo vistazo, no me doy cuenta de que tiene el pelo rubio y corto, humedecido, y de que unas gotitas de agua caen desde su pecho hacia los abdominales y cruzan la toalla que lleva atada, donde asoma una fina capa de pelo rubio. Por Dios, ¿quién ha esculpido a este hombre? Aparto la mirada de su torso y vuelvo a mirarle, esta vez a los ojos.

Con cierto recelo, arquea las cejas y cruza los brazos sobre el pecho. Esto hace que parezcan aún más musculosos. Estoy segura de que la temperatura de la habitación ha subido considerablemente en los últimos minutos.

—Yo... Bueno, yo... O sea... —farfullo, aunque he perdido toda capacidad de hablar. —Soy Sienna.

—Vale —responde, aún con cierta desconfianza. —¿Y qué haces en mi apartamento, Sienna?

—Pero... ¿Este es tu apartamento?

Miro a mi alrededor con impotencia, pero aparte de las cajas de pizza y la botella de cerveza en la mesa, no hay nada que pueda indicarme si este es o no su apartamento. Luego me acuerdo de las chaquetas del perchero, que creía que serían del novio de Denver. El pánico se apodera de mí al darme cuenta de que son sus chaquetas y de que el novio de Denver no existe. ¿Me habré confundido de puerta? No, es imposible. El cartel de al lado del timbre tenía claramente escrito *Denver Jones*, en letras grandes y llamativas, y la llave encajaba en la cerradura.

—Pero ... En el cartel ponía *Denver Jones*...

—¿Ya, y? —pregunta él—. Yo soy Denver.

—¿Qué?

Mi voz se quiebra de nuevo y suena mucho más chillona de lo que realmente es. El corazón me late con fuerza y noto cómo se me forma un nudo en el estómago. En un principio, Denver no reacciona, pero me recorre con la mirada. Poco a poco, me voy sintiendo algo incómoda, así que me doy la vuelta y me ocupo de mi equipaje. Denver me sigue. Ni siquiera se aguanta la toalla, que apenas está sujeta en sus caderas. ¿No se le ocurre por un segundo que el nudo podría soltarse y yo podría verle la polla? No me creo que esto esté pasando.

Cojo el bolso y busco los papeles de la residencia. Sé que es perder el tiempo, pero me cuesta asimilar que él sea Denver. Esperaba a una chica como yo, no al Adonis del campus. ¡Este chico está buenísimo!

Además, no puedo creer que la administración de la residencia ofrezca apartamentos mixtos. Con los nervios a flor de piel, saco los papeles del bolso y los leo. Pero, una vez más, solo confirmo que estoy en el apartamento que toca.

—¿Y bien? —dice, aclarándose la garganta antes de que consiga girarme —¿Has encontrado lo que buscabas?

Sé que se está riendo de mí, pero no dejo que me afecte. Esto tiene que ser un malentendido. Es imposible que comparta piso con este tío. ¿He mencionado lo bueno que está? Y si yo pienso que está bueno, es evidente que otras chicas también lo pensarán. Chicas que no tienen tanta autoestima como yo y a las que les encantará que él se fije en ellas. Dios, me da vueltas la cabeza solo de pensar en él follando en la habitación de al lado.

—¿Eres Denver Jones?— vuelvo a preguntar, para estar segura.

—Sí, soy Denver Jones —dice, imperturbable—. Y tú eres Sienna... ¿Qué más?

—Gardner —respondo—. Sienna Gardner. La... administración de la residencia me ha asignado la habitación vacía del piso.

—¿Qué? —pregunta, intentando coger los papeles que tengo en las manos—. ¿Me dejas echarles un vistazo?

Asiento y le doy los papeles. Cuando su mano toca la mía, me estremezco y le miro. Denver también me mira. Está lo suficientemente cerca como para que pueda oler su *aftershave*². Sus ojos azules me miran fijamente y sus labios se curvan en una sonrisa.

—Gracias —dice mientras coge los papeles.

Empieza a leerlos y resopla.

—Serán inútiles... Denver es un nombre que no tiene género. Han debido pensar que era una chica. Pero es evidente que no lo soy.

Denver me mira y sonrío. Luego desliza los ojos por su musculoso cuerpo y yo le imito. Sigo el rastro de su mirada como un polluelo sigue a su madre.

—No, está claro que no eres una chica —confirmo—. No lo eres, no.

Se ríe y me devuelve los papeles para que los meta en una funda y los guarde en el bolso.

—¿Y ahora qué? —le pregunto—. Yo... Bueno, no pienso quedarme aquí...

—¿Por qué no? —pregunta, desconcertado—. Quiero decir, yo también habría preferido un chico, pero...

—Vaya, qué bien... Bueno es saberlo.

—¡Pero si me has dicho que no querías quedarte aquí!

—¡Es que estás casi desnudo! —exclamo mientras contemplo su cuerpo.

Denver arquea las cejas y se ríe suavemente. Luego, se relame los labios.

—Hombre, si tú quisieras, podría quitarme la toalla...

—Ni se te ocurra —digo, mientras levanto el dedo índice con aire amenazante para señalar su cuerpo semidesnudo—. No vas a quitarte nada. Vamos a calmarnos. Hoy estoy muy cansada, pero mañana lidiaremos con todo este asunto.

No puedo vivir aquí. Es un hombre, y no necesito ver la prueba más evidente para confirmarlo. Creo que no nos llevaríamos muy bien. Solo con ver lo desordenado que es... Está claro que acabaría relegándome a ser la mujer de la limpieza, porque sí, necesita que alguien ponga fin a este caos.

—¿A qué te refieres exactamente con «lidiar con todo este asunto»? —pregunta, mientras se gira sobre sus talones y se dirige al baño—. Ahora vuelvo.

Desaparece a través de la puerta de en medio de las tres habitaciones de enfrente y yo intento hacerme a la idea de lo que está sucediendo. Esto solo podía pasarme a mí, ¿verdad? Denver Jones, mi simpática y amable compañera de piso, se ha convertido en un chico increíblemente sexy, divertido y atractivo en muchos sentidos. No puedo vivir con él. No va a funcionar. Denver y yo no estamos hechos el uno para el otro.

—Ya estoy aquí.

Levanto la vista y veo que se ha puesto unos pantalones cortos y una camiseta.

—Volviendo a lo de antes —continúa él—. No encontrarás otra habitación. A estas alturas, todo está a rebosar. Y lo que queda libre, da puto asco.

Miro a mi alrededor y él rechista, algo molesto.

—Ayer vinieron unos amigos —dice, con la intención de recoger—. Iba a ducharme y luego a limpiarlo todo. Pero has llegado muy pronto.

Las comisuras de los labios de Denver se levantan con picardía.

—¿¡Cómo no se me ha pasado por la cabeza!? No debería haber llegado tan pronto, ¿verdad? —respondo con sarcasmo, y él sonríe aún más.

—Exacto —dice—. Y como he dicho, no siempre está todo tan hecho mierda. Suelo limpiar.

—Ya es por la tarde —señalo, pero Denver se limita a encogerse de hombros.

—Sí, ¿y qué? Ayer se nos hicieron las tantas. Bueno, Sienna, ¿cómo crees que vamos a llevarnos tú y yo los próximos meses?

—Seguro que puedo aclarar el malentendido con la administración de la residencia y...

Denver levanta las cejas y yo suelto un gemido de desesperación.

—Venga... Al menos déjame tener algo de esperanza.

—¡Claro que sí, Sienna! —dice, sonriente, y me guiña un ojo—. Mañana encontrarás una nueva habitación, a ser posible en el mismo campus, donde no disfrutarás en absoluto de tu vida de estudiante, sino que pasarás los próximos años sumergida entre tus libros y clases. O puedes quedarte aquí conmigo y vivir una experiencia *full*³ universitaria.

—¿Me estás troleando? —pregunto, y él no puede evitar sonreír de nuevo.

—Solo te digo cómo son las cosas —responde, encogiéndose de hombros—. Te puedo confirmar que no te van a dar otra habitación. No tengo ni idea de qué ha podido pasar, pero a estas alturas, creo que será mejor que nos apañemos con lo que tenemos.

Este chaval me está empezando a poner nerviosita.

—¿No te molesta que yo sea tu nueva compañera de piso?

—No —dice Denver, mientras recoge las cajas de pizza de la mesa del salón—. Solo me queda año y medio aquí. Me la suda quién viva conmigo estos últimos meses. Mientras nos llevemos bien, claro. Además, no suelo pasar mucho por aquí.

—Bueno, la verdad es que no me encanta que digas que «te la suda» si tu compi es una chica limpia o un guarro... Pero bueno, qué más da. En fin, ¿y dónde sueles estar, entonces?

Es evidente que me interesa esa parte.

—En los entrenos, en alguna que otra quedada, a veces en clase y, sobre todo, por ahí con mis colegas del equipo.

—¿Qué equipo? —pregunto, y me mira sorprendido.

—¿No has leído nada sobre la universidad?

—Claro que sí. Si no, no estaría aquí.

Me he pasado semanas comparando universidades y leyendo todo, —creedme, todo— sobre el Lincoln College. En especial, aquello que fuera relevante para mi grado. He de reconocer que todo lo que pase en la uni más allá de eso, me importa bastante poco. Había pensado apuntarme a alguna extracurricular o a algún club. Tal vez hacer nuevos amigos y pasar algún tiempo con ellos. Pero para qué le voy a hablar de eso a Denver...

—¿Y no sabes quién soy? —responde.

Luego, levanta las cejas y me mira con incredulidad. Yo hago lo mismo, porque su pregunta me parece absurda. No tengo ni idea de quién es y, la verdad es que me la pela.

—No —respondo a su pregunta—. Pero estoy segura de que me lo vas a decir.

—Soy Denver Jones y...

—Ah, Denver Jones, menos mal que me lo has dicho...

—Soy el *quarterback* del equipo de fútbol, Sienna —dice, mientras una sonrisa brillante se forma en su cara.

Es una de esas sonrisas preciosas pero perversas, que hacen que a todas las chicas les tiemblen las piernas.

—La gente sabe quién soy —dice él.

—¿Que eres... qué? —digo, abriendo la mandíbula por la sorpresa que ha causado en mí su respuesta.

Es el puto *quarterback*. El chaval al que todos idolatran. Todos quieren ser él. Hostia puta...

Denver se ríe y se lleva la mano al pecho. Tengo que admitir que tiene unas manos enormes. Si no, no podría sostener esos balones gigantescos con forma de huevo. Sin dejar de sonreír, levanta las cejas.

—¿Ese gesto es bueno o malo?

—Aún no lo sé —suspiro—. ¿Dónde está mi habitación?

Cambio de tema para evitar pensar en el hecho de que voy a compartir piso con el *quarterback* de la uni desde este momento.

—Espera un momento —dice, mientras aún sostiene las cajas de pizza—. Deja que lleve todo esto a la cocina y luego te la enseño.

—Oh, vale... —digo, mirando a mi alrededor— Gracias...

Denver entra en la cocina, donde todavía no he estado, y yo le sigo con la mirada. Tengo que encontrar la forma de que todo esto encaje. Una vocecilla en mi interior me dice que estoy en el lugar adecuado para disfrutar de la universidad.

Siempre he querido distanciarme de mis padres y probar algo nuevo por mi cuenta. Aunque no pensaba tener por compañero de piso al *quarterback* del equipo de fútbol. Bueno, no está tan mal. Desde luego, es un gran cambio en comparación con lo que viví en Montana.

¿Quién sabe? A lo mejor hasta nos hacemos amigos.

¹ N. de la T. Se llama *quarterback* a la figura del pasador en el fútbol americano. Se trata del líder del equipo ofensivo, que es quien decide la jugada.

² N. de la T. Loción para después del afeitado.

³ N. de la T. En un registro propio de adolescentes y veinteañeros, *full* o *a full* significa «a tope de» o «completamente».

2

Sienna

Denver vuelve de la cocina unos minutos después y me sonrío. Todavía no me puedo creer que vaya a ser mi compañero de piso durante el próximo año y medio. Normalmente, la universidad es bastante estricta a la hora de asignar apartamentos y habitaciones a personas del mismo sexo.

Denver es muy conocido en el campus y, por eso mismo, deberían haber sabido que era un hombre. ¡Y vaya hombre! Todavía no puedo creer lo bueno que está. Incluso ahora, con una camiseta y unos pantalones cortos de chándal que casi le llegan a las rodillas, está guapísimo.

—Bueno —dice, dando una palmada—, aquí estamos, en el corazón de nuestro apartamento. El salón. Parker, mi anterior compi, y yo pasábamos mucho tiempo juntos. Jugábamos, veíamos pelis o invitábamos amigos a casa.

Me pregunto si espera que yo haga lo mismo. No me gustan las fiestas y quiero centrarme en mis estudios. Es muy importante para mí que lo respete. Además, no conozco a nadie en Lincoln, excepto a él y a la chica rubia con la que me he encontrado antes en la puerta del edificio. Sin embargo, no me sorprendería en absoluto que Denver tuviera un gran círculo de amigos y conocidos.

—No es que tengas que unirme a la fiesta, claro. Puedes quedarte en tu habitación. Es solo una sugerencia. A veces vienen mis compañeros de equipo y hacemos aquí alguna quedada.

—Vale —murmuro, preguntándome si estarán todos tan buenos como él.

Los jugadores de fútbol de mi instituto eran guapos, pero yo no los buscaba. Ni siquiera lo intentaba con ellos. Está claro que no era lo suficientemente atlética para unirme a las animadoras del insti. De todas formas, a esos chicos solo les interesaban ellas. Nadie más que no estuviera cierta popularidad.

—¿Te parece bien? —responde Denver.

—Vale, sí. Yo he venido aquí a estudiar, no a salir de fiesta.

Le sonrío. Denver levanta las cejas y asiente despacio. Pero su expresión me dice que está deseando decir algo más sobre el tema. Tiene algo en la punta de la lengua, y me da a mí que se está guardando el veneno.

—¿Qué? —le pregunto—. Soy una chica aplicada.

—No he dicho nada —dice, levantando los brazos—. Solo creo que deberías aprovechar las oportunidades que te ofrece la vida universitaria. Eso incluye emborracharte y echar un polvo.

Suelto un grito ahogado y le miro con los ojos como platos. Nuestra conversación está a punto de tomar un rumbo completamente distinto, lo que me pone nerviosa. Cruzo los brazos sobre el pecho y espero a que diga algo más. Con solo diecinueve años, no puedo beber de forma legal. Y en cuanto al sexo... Bueno... tendrían que ofrecerme a alguien muy, muy bueno para aceptar meterme en su cama porque sí. Denver, por ejemplo, sería una buena opción, pero ahora que es mi compañero de piso, eso solo traería problemas. Por no hablar de que después del polvo

no podríamos mirarnos a los ojos en casa.

—Bueno, para empezar, tengo diecinueve años, así que no puedo emborracharme.

—No puede ser... —me interrumpe—. Mira, mientras no acabes en el hospital, nadie se va a enterar. ¿Por qué no vienes conmigo dentro de un rato?

—¿Sales hoy otra vez después de... bueno, del desfase de ayer? Estoy reventada del viaje y...

—Nada que un café fuerte no pueda arreglar. También viene mi hermana. Te caerá bien.

Me sorprende que ya piense que me voy a llevarme bien con su hermana. No es por nada, pero solo me conoce desde hace media hora, y de momento no parece que tengamos nada en común. ¿Por qué piensa entonces que me llevaría bien con su hermana?

Recuerdo que Phoenix, en la puerta del edificio, dijo que su hermano vivía en uno de estos apartamentos. ¿Qué clase de coincidencia absurda sería que Phoenix fuera la hermana de Denver?

Me río a carcajadas, lo que hace que Denver vuelva a arquear las cejas.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta—. ¿De qué te ríes?

—Antes, en la puerta del edificio, me he encontrado con una chica. Me ha dicho que se llama Phoenix y que su hermano vive en este edificio.

—¡Vaya! —dice, entre risas—. Phoenix es mi hermana.

—¿En serio? —respondo, también sonriente—. ¡Qué casualidad!

—Ha sido ella quien me ha despertado —dice, con una mueca de rechazo, como si prefiriera quedarse en la cama—. Se me ocurrió darle una llave para que la usara mientras estaba aquí solo, pero ahora tendré que quitársela.

—Vale, bien —le digo—. ¿Qué tal si me enseñas el resto del piso?

—Creía que querías seguir hablando de sexo... ¿O tampoco te va porque solo tienes diecinueve años?

El calor se dispara inmediatamente en mis mejillas al escucharle. Denver recorre mi cuerpo con la mirada. Algo brilla en sus ojos y no parece querer dejar el tema.

—Siento decepcionarte, chaval —le respondo—. El sexo sí me va.

—¿Ah, o sea que sí te gusta el sexo? —dice, mientras se relame los labios y me sonrío.— ¿Con quién? ¿Tienes novio? ¿Piensa venir muy a menudo?

Frunzo los labios y niego con la cabeza. Pese a que haya sido completamente sincera, no es asunto suyo, así que no tiene por qué preguntarme eso. Es una pregunta bastante íntima. Yo no le voy preguntando a quién se ha tirado últimamente. Sinceramente, ni siquiera quiero saberlo, porque estoy segura de que todas ellas serán un diez.

—No es asunto tuyo, pero no, no tengo novio —le respondo—. ¿Y tú, tienes novia?

Denver vuelve a reírse, como si acabara de preguntarle algo absurdo.

—No, no tengo novia —responde—. No tengo tiempo para eso.

—¿Usas eso para referirte a tener novia? —digo, arqueando las cejas—. Interesante...

—Atención, que aquí viene la más feminista...

—No empieces —digo—. Pero para beber y acostarte con quien quieras sí tienes tiempo, ¿no?

—Hombre, es mucho menos estresante... —responde.

Denver sonrío y se encoge de hombros. Cada respuesta es mejor que la anterior.

—¿Menos estresante? Anda, déjalo. ¿Me vas a enseñar el piso o qué?

No quiero seguir hablando de relaciones, sexo y alcohol con él.

—Claro que sí —dice, sonriendo—. Este el salón; ya lo sabes. Y ahora pasamos al baño...

Asiento y sigo a Denver hacia la puerta de en medio de las tres estancias situadas en la pared de enfrente. El hecho de que el baño esté en medio de ambos cuartos es todo un alivio. Si estuviéramos uno al lado del otro, podríamos oír lo que hace el otro, pero prefiero evitar distracciones. Por no hablar de que seguramente me tocará oír gemidos cuando él y sus líos se lo monten salvajemente. No estoy preparada para los golpes del cabecero de la cama contra la pared... De repente, tengo el pensamiento intrusivo de Denver zarandeándose encima de mí. Sus ojos azules me miran con deseo mientras me lo hace. Entonces, sacudo la cabeza.

Joder, nunca había pensado tanto en sexo de una forma tan seguida. No hasta que he conocido a este chico. Esto no puede estar pasando. Es el tío con el que voy a estar viviendo los próximos meses. Tengo que calmarme.

—Bueno, pues aquí lo tienes.

Me estremezco y miro a Denver, perpleja. Parece que se ha picado un poco porque no le haya escuchado. Asiento y paso junto a él, mientras observo el cuarto de baño. Es más grande de lo que esperaba. Está tan desordenado como el salón. Su ropa está esparcida por el suelo. Hay un poco de champú y de gel derramado en el plato de la ducha, y la toalla que se había atado antes a la cintura ahora está en el suelo. Ni siquiera me atrevo a acercarme al lavabo. Estoy segura de que habrá pelos, y ya puedo imaginarme los restos de la pasta de dientes pegados a la porcelana. Hago una mueca de asco.

—¿Qué pasa ahora? —dice, ligeramente molesto.

Luego me mira y se mete las manos en los bolsillos.

—Bueno... —susurro—. No es que esté muy limpio...

—Claro que no —dice Denver—. No tengo tiempo para limpiarlo.

—¡Denver!

—¡Sienna! —responde, imitando mi voz.

Pongo los ojos en blanco.

—Habría limpiado si hubiera sabido que venías hoy.

—¿Por qué necesitas una razón para limpiar? —pregunto, asomándome a la pila.

Justo al lado, hay un estante para su maquinilla de afeitar y el *aftershave*. Veo que hay otro estante esperando a que coloque mis cosas. Junto a la puerta, hay otra balda para colgar las toallas. Bastante espaciosa, por cierto. El cuarto de baño no tiene muchos muebles, pero la verdad es que está bastante bien. La ducha es grande y encima del lavabo hay espacio para mi cepillo y pasta dental, y puede que cupiesen mis cremas. También creo que cabrá mi maquillaje. Estoy contenta con el cuarto de baño.

—No se me da muy bien lo de limpiar la casa —dice, sonriente—, pero parece que a ti, sí.

Pongo los ojos en blanco, porque este tío apesta a machito. Clásica situación de roles de género. Denver se ríe y se acerca a mí. Me da un codazo, lo que supone un primer contacto directo e intencionado. Aunque llevo una sudadera, el calor de su piel penetra inmediatamente a través de la tela. Me aparto inmediatamente para romper el contacto. Su mirada traviesa me hace ver qué espera de la *convivencia* en el piso. Yo cocino, limpio y lavo la ropa, mientras que él va a entrenar y disfruta de ser el rey de la universidad.

—Deberías ver la cara que has puesto —me dice—. Puedo limpiar si es tan importante para ti...

—No te burles de mí —le digo, con la boca abierta—. Para mí es importante que la casa esté limpia. Si no, no me sentiré cómoda. Tampoco soy tan especialita, pero ya tienes una edad como para limpiar un poco esto.

—Sí, mamá... —suspira—. ¿Te enseño la cocina?

—¡Claro! —exclamo.

Luego, le sigo. Tengo que dejar de picarme con sus coñas. Parece que me busca. Aunque, en el fondo, me divierte. Creo que es una manera de relajar la tensión y estar de buen rollo. A ver qué tal la cocina...

Le sonrío y Denver pone los ojos en blanco.

—Hoy me pillas en mal momento —confiesa—. No soy tan guarro. Además, tenemos una señora de la limpieza.

Me detengo de repente, y él hace lo mismo.

—¿Qué? ¿Tenemos una... señora de la limpieza?

—Sí —dice Denver, como si fuera lo más normal del mundo—. Viene una vez a la semana y barre las zonas comunes. Es algo normal, ¿no?

—Ah, vale —digo, asintiendo—. Guay, entonces.

Se ríe y va a la cocina. Yo le sigo, a mi ritmo.

A diferencia de lo que me esperaba, la cocina está bastante ordenada. Bueno, hay botellas de cerveza vacías y dos vasos en la encimera, pero por lo demás está muy limpia y es grande. Mucho más grande que en las fotos que me mandó la administración de la residencia. No puedo evitar tener la sensación de que el apartamento que se suponía que me iba a tocar y este, en el que he acabado, no son el mismo. Esta cocina es luminosa, gracias a la ventana que hay frente a la puerta, y tiene un diseño muy amplio, con una isla en medio de la cocina. No es —para nada— la cocina de un piso de estudiantes normal.

—Esto no es lo que había visto yo —digo, mientras señalo la isla de la cocina y la enorme ventana—. Quiero decir, es genial, pero las fotos que me enviaron eran muy distintas. No me he dado cuenta hasta que llegado aquí, a la cocina. En el baño, pensé que simplemente no habrían hecho la foto desde un ángulo en el que se apreciaran los metros cuadrados.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Denver, mientras apoya el culo en la encimera.

—Dame un segundo.

Vuelvo corriendo al salón y busco mi bolso. Saco el iPhone, lo desbloqueo y abro el correo de la administración de la residencia, que muestra el plano del apartamento y fotos de las habitaciones. Estoy segura al ochenta por ciento de que este apartamento es diferente del que me propuso la administración. Y, sobre todo, distinto al que yo acepté.

—Mira esto —le digo, pasándole mi móvil a Denver—. Esta no es la cocina, y este no es el cuarto de baño. Es mucho más pequeño. Pero la dirección y la llave son de este apartamento.

Denver lo mira todo con calma y yo me siento en la mesa de la cocina.

—Sí que parece otro piso... —dice Denver, asintiendo—. Da gracias por haber acabado aquí.

—¿Y si la persona que tenía que mudarse aquí siente que la han timado?

Denver me mira, curioso, y me devuelve el móvil. Lo hace todo con una parsimonia... Casi resulta hipnótico. Lleva años viviendo aquí, así que no creo que nadie pretenda echarlo. Gimo de frustración, porque ya no quiero mudarme. Me gusta el apartamento y, a pesar de mi primera impresión, Denver parece muy agradable y creo que nos llevaremos bien. Pero no quiero liársela al pobre inquilino que debería vivir aquí.

—Bueno —dice, señalándome con el dedo índice—. Habrá que averiguar con quién se han confundido. Debe de ser una chica, porque también pensaban que yo era una chica. A lo mejor tienes suerte y se alegra de tener otro compañero de piso.

—¿Y si quiere mudarse contigo? —pregunto.

Denver se ríe.

—No la culparía...

Vuelvo a poner los ojos en blanco y me levanto.

—Venga ya —dice Denver, mientras me golpea suavemente el hombro—. Estoy seguro de que esa te la veías venir.

—Un poco sí —digo, sonriente—. ¿Me acompañas a mi habitación?

—Claro —dice mientras me indica que le siga—. Por aquí...

Con una sonrisa en la cara, echo la cabeza hacia atrás y le sigo.

Dos horas más tarde, he desempaquetado la mayoría de mis cosas y me he instalado en mi habitación. He puesto fotos de mis padres y amigos en la cómoda. Luego he hecho la cama y organizado el armario. Me siento en la cama durante varios minutos, dudando si ducharme. Sé que es una gilipollez, pero me siento un poco cohibida. Denver es bastante majo y no creo que irrumpa en el cuarto de baño. Además, puedo echar el pestillo a la puerta. Algo molesta por darle tantas vueltas, me levanto y salgo de mi habitación.

La tele está encendida y Denver está sentado en el sofá.

—Hola —le digo y él se vuelve hacia mí.

—Hola. ¿Vas a darte una ducha? —dice, señalando las toallas que llevo en el brazo.

—¿Sí? —respondo, más insegura de lo que me gustaría—. ¿Te parece bien?

—Claro —dice Denver, apoyando el brazo en el respaldo del sofá. Luego deja caer su barbilla encima y sonrío—. Esta es tu casa, Sienna. También es tu apartamento.

—Ya, sí... —le respondo—. Todavía me resulta un poco raro. Es la primera vez que comparto piso con alguien.

—Lo entiendo —dice, risueño—. Si necesitas algo, dímelo.

—Gracias.

Le sonrío de nuevo y entro en el baño. Cierro la puerta y vuelvo a comprobar el cierre del pestillo. No quiero tener que vérmelas frente a Denver, desnuda. Suspiro, dejo la toalla en la repisa y me desvisto. Luego me meto en la ducha y abro el grifo. En cuanto el agua caliente resbala por mi cuerpo, gimo del gusto. Me siento tan bien que enseguida me relajo. El día ha sido largo. El vuelo y el trayecto de Chicago a Lincoln han supuesto un estímulo tras otro. Y luego ha venido el primer encuentro con Denver y la sorpresa de que, claramente, no era una chica. Por primera vez en horas, puedo relajarme de verdad. Me lavo el pelo, me enjabono y me vuelvo a enjuagar. Después, salgo de la ducha y cojo la toalla. En casa, me habría ido a mi habitación envuelta en ella y me habría cambiado allí, pero hoy no me atrevo a hacerlo. En lugar de eso, lo hago todo en el baño. Secarme, cambiarme y seguir los pasos de mi rutina para que mi pelo se seque al aire y deje ver unas pequeñas ondas.

Al salir del baño, oigo voces que vienen de la cocina. Curiosa por saber quién es, me dirijo hacia la puerta y la abro de un empujón.

Denver está sentado en la mesa de la cocina y hay otro chico de pie, junto a la encimera. Ambos tienen una cerveza en la mano. Denver ha cambiado la camiseta y los pantalones cortos de chándal por unos vaqueros rotos y una sudadera negra con el escudo del equipo de fútbol. Su amigo lleva un atuendo similar. Una nube con olor a *aftershave* los envuelve.

—Hola —digo, haciéndome notar—. Denver y su amigo levantan la vista, las comisuras de

sus labios dibujan una sonrisa, y siento que me recorren con la mirada por segunda vez en el día. Esta vez no solo Denver, sino también su amigo. Sus ojos marrones recorren mi cuerpo y finalmente se detienen en los míos. Nerviosa, pongo un pie delante del otro porque no logro entender qué pretende. Al igual que Denver, este chico rezuma confianza.

—Hola —dice Denver, al fin—. Creía que se te habría tragado la ducha.

Siento que me estoy poniendo roja y sacudo la cabeza. Al ver la cara de su amigo, me siento un poco incómoda. No quiero que me imagine en la ducha. Vuelvo a mirar en su dirección y me doy cuenta de que no ha dejado de mirarme.

—Sí, bueno... —balbuceo—. Entonces, ¿estás listo para salir?

Señalo su *outfit*⁴ con la cabeza y sonrío. La presencia de su amigo me pone nerviosa y, aunque con Denver ya estoy más relajada, aún no me siento muy segura. Puedo soportar alguna pullita o que se me insinúen, pero aún tengo que averiguar cómo dirigirme a otro chaval del equipo de fútbol, por mucho que sea su colega.

—¡Hombre, obvio! —dice, mirando a su amigo.

Los ojos de Denver brillan y su amigo sonríe ampliamente. Luego, me señala con la cabeza y pregunta:

—¿Me vas a presentar o tengo que hacerlo yo? —dice, guiñándome el ojo—. Denver no es un caballero, tendrás que disculparle.

Denver pone los ojos en blanco y da un trago a su cerveza antes de presentarnos. Me señala a mí y luego a Jake, mientras dice:

—Este es Jake, mi mejor amigo. Jake, esta es mi nueva compañera de piso, Sienna. Ale, ya os conocéis.

Levanto las cejas y le miro, curiosa. ¿Es cosa mía o Denver no quiere que conozca a su mejor amigo? Me divierte ver que en realidad no pretende contarme nada sobre él, ni mucho menos a él sobre mí. De todos modos, me acerco y le estrecho la mano a su amigo.

Jake también es muy guapo, pero de una forma muy distinta a Denver. Tiene el pelo castaño, está bastante más mazado y también es más alto.

—Hola —le digo—. Encantada.

—Yo también estoy encantado.

Jake me está tirando la caña. Hasta yo puedo verlo. Sus labios se curvan en una preciosa sonrisa, y cuando me devuelve la mirada, se muerde el labio inferior.

Definitivamente, he hecho bien en no salir con la toalla puesta. No quiero ni imaginarme la vergüenza que me habría dado y lo que se le habría pasado a Jake por la cabeza. Ya parece que va al ataque. Denver también se ha dado cuenta, porque carraspea con fuerza.

—¿Quieres venirte con nosotros? —pregunta con una sonrisa.

Niego con la cabeza. Estoy muy cansada y solo quiero irme a la cama. El día ha sido agotador y, aunque la fiesta pinte bien, necesito dormir.

—Prefiero quedarme aquí, pero gracias por pensar en mí —respondo, bostezando—. Estoy muerta.

—Qué pena... —dice Jake, sonriente.

Claro que sonríe. No creo que piense borrar ese gesto de su cara hasta que yo desaparezca. Pero por mucho que intente acercarse a mí, no me interesa. Los tíos como Jake y Denver están fuera de mi alcance, y no soy tan tonta como para liarme con ninguno de ellos. Denver le da un golpecito en el hombro y deja la botella de cerveza en el fregadero. Jake hace lo mismo.

—Limpiaré esto mañana, ¿vale? Tenemos que irnos.

—Vale —digo, haciendo un gesto despectivo con la mano—. ¡Pasadlo bien!

—Gracias... —responde Jake— Cuídate, Sienna.

Denver pone los ojos en blanco y pasa junto a nosotros hacia el salón. Jake y yo le seguimos. El tonito travieso con el que ha respondido Jake empieza a divertirme. No parece darse por vencido. Pero aún no pienso ceder. Entonces me fijo en que, por supuesto, ambos llevan chaquetas universitarias con el escudo de su equipo de fútbol.

—¿Juegas al fútbol? —le pregunto a Jake, señalando su chaqueta.

Sonríe ampliamente y asiente con la cabeza. Entonces me doy cuenta de que siente la misma pasión por ese deporte que Denver. Es difícil olvidar el brillo de sus ojos cuando me dijo que era *quarterback*.

—Soy *running back*⁵. ¿Te gusta el fútbol?

—La verdad es que no —sacudo la cabeza—. Lo siento.

Me siento de lado en el reposabrazos del sofá y observo cómo se preparan. Si ya me intimidaba la constitución de Denver, no os podéis imaginar la de Jake. Es mucho más alto y tiene la espalda mucho más ancha que su amigo. Mis conocimientos de fútbol son bastante limitados, pero como corredor, Jake probablemente trabaje más los músculos que Denver.

—Bueno, eso ya lo veremos... —dice Denver, interrumpiendo nuestra conversación con una sonrisa y guiñándome un ojo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —digo, esperando a que la puerta del apartamento se cierre tras ellos.

¡Menudo primer día!

⁴ N. de la T. En inglés, conjunto de ropa.

⁵ N. de la T. En fútbol americano, se llama *running back* al corredor, un jugador que ocupa una posición ofensiva.

3

Sienna

Cuando me levanto a la mañana siguiente, Denver aún está dormido. Me siento en el sofá con mi MacBook y una taza de café y enciendo la gran televisión de pantalla plana. Debe de ser de Denver, que ha tenido la amabilidad de dejarla en el salón para que yo también pueda usarla. Después de buscar el mando a distancia que necesito y pasar por todos los canales deportivos de la televisión de pago, encuentro al fin Disney Channel y decido ver una *sitcom*⁶ de los 90, *La niñera*. Además, es una serie bastante amena y se rige por un tipo de humor que me hace reír a carcajadas. En cuanto a Denver... No sé nada de él y ya son casi las once.

Mientras duerme, aprovecho el tiempo para echarle un vistazo a mi agenda. Quiero organizarme a partir del horario de clases de la universidad. Me gustaría encontrar las aulas a las que tengo que ir el lunes. No quiero llegar tarde a mi primera semana de clase. Ahora que lo del apartamento no ha salido tan bien como me esperaba, me preocupa un poco que algo se tuerza con mis clases. Mi amiga Clara, que estudia en Helena, me ha dicho que no me preocupe. *Todo va a salir bien*. Además, debería considerarme afortunada por vivir con Denver. Sí, también le he contado que se habían equivocado los de la administración de la resi.

Me sorprende ver que hay un montón de fotos de Denver Jones en Internet, y también he encontrado su cuenta de Instagram. Pero no me atrevo a seguirle. ¿Sería raro si lo hiciera? A ver, ha sido muy majo y no ha dudado en invitarme a una fiesta, pero todavía no somos amigos. Clara piensa que debería tantear el terreno con Denver y acostarme con él, porque de todos modos, aquí nadie me conoce. Cree que no debería desaprovechar este pedazo de oportunidad.

Yo le he dicho que se está flipando. Denver es mi compañero de piso y no creo que tirármelo vaya a hacer más fácil nuestra relación. Clara me ha propuesto que lo invite a Helena en Acción de Gracias, para que pueda conocerlo. Ya veremos... En el fondo, sé que jamás se me ocurriría invitar a Denver a mi casa. Las caras de mis padres serían un cuadro. No creo que me vean con ese tipo de hombre. No es que sean muy conservadores; de hecho, a mis padres les gustaba mi primer novio, Patrick, con el que salía hasta hace unos meses, pero Denver es todo lo contrario a él. Patrick era tranquilo, sensato... Estaba muy centrado en los estudios, no le gustaba salir de fiesta ni tampoco le iban los deportes. Físicamente, tampoco se parecen mucho. Ambos tienen el pelo rubio y los ojos claros, pero eso es todo. El cuerpo de Patrick no era tan musculoso; ni siquiera estaba bien definido. Estaba delgado, y ya.

Oigo, a través de la pared del salón, unos sonidos que parecen indicar que por fin Denver está espabilándose. Me sorprende que no me despertara anoche. Seguro que volvió borracho. Pero con lo agotada que estaba, podrían haber taladrado el suelo del apartamento y yo habría seguido roque.

—Que sí, lo que tú digas... —le oigo protestar, y entonces escucho con atención. Apago la tele y me incorporo— ¡Anda, vete!

Confundida, miro hacia la puerta y me doy cuenta de que está hablando con alguien. Entonces, la puerta se abre de un tirón y aparece ante mí una chica de más o menos nuestra edad. Lleva un vestido corto, a ras del culo y que le permite lucir sus pechos. Su pelo castaño parece un nido de pájaros y se le ha corrido el maquillaje. Tiene los ojos marcados como los de un panda y el pintalabios le llega hasta la mejilla. Frunzo el labio sin querer al verla. La pobre lleva unas pintas... Entonces me doy cuenta de algo que me pillará por sorpresa.

Denver no ha vuelto solo a casa esta noche; se la trajo al piso. Se habrán acostado. No me puedo creer que se llevara a la primera chica dispuesta a hacerlo y que la metiera en su cama. Era mi primera noche aquí. Podría haber aguantado un poquito más, ¿no?

Era demasiado pedir... ¿Cómo iba a esconder su forma de ser durante un par de días? En fin. Ni siquiera quiero saber con cuántas mujeres es capaz de liarse en una semana, o en una fiesta...

Y entonces, ¿para qué se molestó en invitarme? No iba a abrirme de piernas por él. ¡Ni por Jake!

Por supuesto, Denver Jones, el terror de las nenas y Denver Jones, el compañero de piso, pueden ser completamente distintos. Y ahora tengo que hablar con el segundo. Aunque me tienta conocer al primero...

—Buenos días —murmuro, mirándola.

—Bu... buenos días —responde mordiendo el labio, incómoda—. Yo... Ya me iba y no me ha dicho que tuviera...

Ah, pues... Cree que soy su novia. Eso me resulta bastante gracioso, porque entonces habría dormido con él, en su cama, o al menos Denver habría sabido que le pillaría con su rollo de una noche.

—No es mi novia... Buenos días, Sienna.

La voz de Denver es ronca, porque aún está adormilado. Es bastante sexy, la verdad, pero la situación es demasiado absurda como seguir pensando en el sonido de su voz.

Le miro con los ojos muy abiertos y no puedo evitar fijarme en su cuerpo. Solo lleva un par de bóxers negros y ajustados. Aunque ayer lo vi en un estado similar de desnudez, la toalla hacía un trabajo mucho mejor ocultando su pene.

—Buenos días —le contesto mirándole a los ojos—. ¿Has dormido bien?

En la cara de Denver hay una expresión de diversión que me parece totalmente inapropiada. Nos está poniendo a todos en una situación incómoda. Puede que él sonría, pero la chica con la que ha pasado la noche se sonroja.

—¿Tienes envidia? —me pregunta.

La pobre chica se pone como un tomate. A juzgar por su atuendo, suponía que estaría acostumbrada a este tipo de situaciones, pero parece que está gritando por dentro «¡Tierra, trágame!».

Empiezo a sentir lástima por ella. Quizá pensó que sería la noche de su vida y que Denver se daría cuenta de que ella era la indicada para él. Por desgracia, no hay nada más lejos de la realidad. No hace ni cinco minutos que le ha dicho que se vaya. Nadie que haya pasado la noche con el amor de su vida haría eso... Denver parece ser más de un rollo de una noche.

Sigo observándoles y levanto las cejas. Ambos se quedan quietos.

—¿Envidia? —retomo sus palabras entre risas—. ¿De qué?

Mientras me río, no puedo evitar que mis ojos se deslicen entre sus piernas. No sé de dónde ha salido toda esta confianza, pero vacilar a Denver ahora mismo me está haciendo sentir genial. Me sigue con la mirada, se da cuenta de lo que estoy insinuando y su expresión se vuelve más

tensa.

—¿A qué esperas para irte? ¡Va! —le dice a la chica, casi gritando.

Ella lo mira y se muerde el labio.

—¿Me vas a dar tu número?

Tengo que admitir que la chica tiene valor. Le está haciendo pasar un mal rato, y encima delante de mí. Por no mencionar que la ha echado hace unos minutos y, aun así, ella se ha atrevido a pedirle su número. Estoy impresionada. Yo me habría ido cuanto antes para no hundirme más en la mierda.

—No —responde Denver, enfadado—. Ya conoces las normas, Hailey. Voy a darme una ducha y espero que, cuando salga, hayas desaparecido.

Su expresión es despiadada. Parece estar a punto de estallar.

En cuanto a mí... Bueno, tengo algunas preguntas sobre esas normas. Aunque solo sea para burlarme más de él. Pero, por desgracia, no me da tiempo a preguntarle nada, porque se da la vuelta y se mete en el cuarto de baño, y como era de esperar, cierra de un portazo. La típica.

Aún atónita, miro a Hailey y luego a la puerta cerrada.

—Será mejor que me vaya... —murmura, mirando al suelo angustiada— Siento todo esto...

—No pasa nada —le respondo con una sonrisa alentadora—. Que tengas un buen día.

No sé qué decir. Es la primera vez en mi vida que tengo que despedirme de un rollo de una noche, ¡que encima ni siquiera es mío! Hailey asiente y sale rápidamente del apartamento. ¿Y yo? Pienso matar a Denver por ponernos en esta situación. Sobre todo a mí, que no tengo absolutamente nada que ver.

Me levanto del sofá y lo rodeo. Me apoyo en él con los brazos cruzados y espero a que Denver salga de la ducha.

Pasan menos de diez minutos y entonces el agua deja de correr y él sale del baño, recién duchado. Una vez más, tengo que controlarme para no quedarme embobada mirándole el torso. Dios, qué bueno está...

—¿Se ha ido? —me pregunta, dirigiéndose a su habitación.

—No, le he ofrecido café y está en la cocina —le contesto, y sus ojos se abren de par en par—. Claro que se ha ido. ¿Qué pretendes?

—¿A qué te refieres? —pregunta, con el ceño fruncido.

Tiene los labios apretados y parece tenso. Le sigo hasta su habitación. Una vez allí, me quedo callada y miro a mi alrededor. Al fin y al cabo, ayer no me la enseñó. Tiene la misma distribución que la mía, pero es dos o tres metros cuadrados más grande. Está claro que Denver lleva mucho tiempo viviendo aquí. A diferencia del resto del apartamento, esta habitación tiene personalidad. Hay pósteres y camisetas colgados de la pared, y encima de la cómoda veo un par de fotos de él y Phoenix, a quien reconozco enseguida, y de sus padres. A su lado hay otra chica que se parece a Phoenix.

Aparto la vista de su familia e intento guardarme las preguntas que se me pasan por la cabeza al ver las fotos.

—¿Qué a qué me refiero? —le pregunto—. ¿Te parece normal que haya tenido que conocer a tu rollo de una noche?

—Yo no he dicho que me parezca gracioso —responde Denver mientras me mira, irritado—. De hecho, me la sopla. Ha sido un poco absurdo, pero no sabía que estabas sentada en el sofá.

—Eres... —digo, y sacudo la cabeza—. Habías olvidado por un momento que vivía aquí cuando la trajiste, ¿verdad?

Levanta las cejas y me mira con curiosidad.

—Sinceramente, no me importa si estás aquí o no. Este es mi apartamento y, sobre todo, esta es mi habitación. Puedo hacer lo que quiera aquí. Y si me acuesto con una chica diferente cada noche, no es asunto tuyo, Sienna.

Suelto un grito de asombro. Por mucho que quiera contestarle, no se me ocurre nada para rebatirle. Hace falta coraje para soltarme eso. Admito que tiene razón, en parte. Es su habitación y puede hacer lo que quiera en ella. En algún momento invitará a sus amigos a casa y no quiero que los eche. Pero era mi primera noche en Lincoln y me habría gustado que mostrara un poco de consideración.

—¿Quieres decirme algo más o es que quieres verme la polla? —pregunta Denver, con una sonrisa.

Parece haber olvidado por completo nuestra discusión y está de muy buen humor.

Doy un respingo y él se lleva la mano a la toalla para quitársela. Mis mofletes empiezan a enrojecer y sacudo la cabeza violentamente.

—No —digo con voz firme—. Yo... Te espero en la cocina.

Sin esperar su respuesta, me doy la vuelta y salgo de su habitación. Tampoco quiero ver a Denver desnudo esta mañana. Recojo mi taza de café vacía de la mesita y me dirijo a la cocina.

En menos de cinco minutos, está de pie frente a mí. Denver pasa a mi lado, sonriendo, y se sirve un café.

—¡Ya estoy aquí! ¿Quieres otro?

—No, gracias —le digo—. He pensado que podríamos... ¿establecer algunas normas?

Creo que un par de normas harán que la convivencia sea mucho más fácil. Evitarán situaciones como la de esta mañana o la de ayer, después de que organizara una fiesta que dejó el apartamento hecho un desastre. Al menos así es como me lo imagino. Dudo que funcione. La forma en que Denver me mira me hace cuestionarlo aún más. Levanta las cejas y se apoya en la encimera mientras me siento en la mesa.

—¿Qué tipo de normas? —pregunta, con un tono burlón que me hace querer arremeter contra él.

—Bueno, un reparto semanal de la basura o unos turnos para saber quién prepara el café. Ya sabes... ese tipo de normas.

Mi voz se entrecorta al final de la frase y siento que me estoy acalorando. Su mirada es penetrante y me doy cuenta de que no le gusta lo que le acabo de decir. Según parece, él debe creer que la cosa está funcionando.

—Si insistes —dice, encogiéndose de hombros—. Escribe tus propuestas.

—¿No crees que sería útil? —pregunto, mirándole.

Denver no parece estar de resaca, lo cual me sorprende. Su amiguita estaba demacrada. Pero quién sabe, a lo mejor estaba así por haberse acostado con Denver. Aprieto los labios e intento bloquear las imágenes que me vienen a la mente. Lo último que necesito es imaginármelo follando. Además, me temo que ya voy a tener que lidiar con eso en los próximos meses.

Bueno, volvamos a las normas. Son más importantes. Nos ayudarán si alguna vez chocamos en algún punto importante de la convivencia. También voy a apuntar algunas sugerencias sobre el asunto de los líos de una noche, porque creo que son necesarias. Si no, tendré que intervenir.

—No —dice Denver—. No creo que nos hagan falta. Cada uno limpia lo suyo y...—se calla de repente al verme arquear las cejas—. Joooder... Lo de ayer fue una excepción. ¡No sabía que te mudabas!

—Pero si alguna vez discutimos, podemos echar un vistazo a las normas y...

—No digas gilipolleces, Sienna —contesta él, poniendo la taza de café vacía en el fregadero

—. ¿Qué tienes planeado para hoy?

Algo confundida porque me haya preguntado por mis planes, le miro.

—Tengo que acercarme a la oficina de la administración de la resi, pero por lo demás no tengo planes.

—¿Sabes dónde está? —me pregunta, sonriente.

—He mirado en Google Maps, así que creo que me apañaré —le respondo—. Quizá coja una bici para ir al campus...

Denver resopla y yo le miro, sin entender su reacción. ¿Por qué se ríe el muy idiota? Creo que una bicicleta es una buena idea. Me ayudará a desplazarme más rápido y además ahorraré dinero en vez de fundírmelo en el bono para el bus.

—En bicicleta, durante el semestre de invierno en Illinois... ¿Eres de California?

—No. De Montana.

—Entonces deberías saber que no se puede ir en bici después de la primera nevada.

Aprieto los labios, reacia a darle la razón a Denver. Él sigue riéndose. En cierto modo, tiene razón. Ir en bici habiendo nevado no es una buena idea.

—¿Y cómo vas tú al campus? —le pregunto—. He visto que los buses cinco y nueve van hasta allí.

—Yo no cojo el bus —responde—. Voy en coche.

Denver se echa a reír de nuevo, como si fuera lo más absurdo del mundo que un *quarterback* cogiera el autobús. Empiezo a pensar que se ríe de mí.

—¿Tienes coche? —pregunto asombrada, y él asiente.

—Claro que tengo coche —contesta Denver, entre risas—. ¿Tienes carné de conducir?

—Sí, y conduzco perfectamente. Ni un solo accidente, si es eso lo que me vas a preguntar.

Un poco enfadada, le miro, pero él se limita a sonreír. La situación parece divertirle.

—De hecho, sí, esa habría sido mi siguiente pregunta. Ven, que te llevo a la residencia.

—¿En serio? —le digo, más que sorprendida de que me lo ofrezca.

Seguramente tenga sus propios planes para el día.

—Sienna —suspira—, si te lo he ofrecido, es porque pienso hacerlo.

—¿Entonces me cambio, cojo mis cosas y nos vamos?

—Sí, anda —dice—. Ahora nos vemos.

Asiento y salgo de la cocina. No quiero hacerle esperar demasiado.

⁶ N. de la T. Este término es un acrónimo de *situation comedy*, que puede traducirse por «comedia de situación» o «telecomedia».

4

Sienna

Denver y yo salimos del edificio de apartamentos y él abre una camioneta Ford Maverick azul oscuro. Al ver el coche, silbo entre dientes. No está nada, nada mal. Debe de costar al menos veinte mil dólares.

—Vaya, vaya —digo—. ¿Cómo puedes permitirte un coche así?

Él me mira con una sonrisa. Supongo que le gustará que elogie su coche.

Denver es un estudiante universitario. Es probable que gane algo de dinero jugando al fútbol, pero no lo suficiente como para permitirse un Ford Maverick tan nuevito.

—El concesionario de Ford es fan del equipo de fútbol y me deja usarlo.

Denver se encoge de hombros como si fuera lo más natural del mundo.

—Ah, bueno —le digo—. ¿Y todo porque juegas a fútbol?

Soy consciente de que los jugadores tienen muchos privilegios en la universidad. Ya pasaba en el insti. Se les permitía saltarse exámenes o entregar un trabajo de clase una semana más tarde si tenían un partido importante. Pero lo de que te den un coche me parece surrealista ya.

—Sí —dice, sonriente y me abre la puerta—. Anda, sube.

Le obedezco y me siento en el asiento del copiloto. Denver cierra la puerta detrás de mí y rodea el coche por detrás. La tapicería beis de los asientos combina a la perfección con el color negro del salpicadero y el volante, que contiene todo tipo de botones. La pantalla de la consola central es el corazón del coche. Denver ocupa el asiento del conductor y cierra la puerta tras de sí. Tras abrocharse el cinturón, arranca el motor. Se oye un rugido y la pantalla se ilumina.

—¿Te importa que escuchemos un poco de música? —pregunta.

Yo asiento, dado que me parece buena idea.

—¡Claro! Es tu coche.

—Vale —dice, mientras conecta su iPhone.

Luego deja el móvil en la consola central y se pone en marcha, después de comprobar que me he abrochado el cinturón.

Es extraño pensar en todo lo que ha pasado desde ayer. A veces siento el impulso de pellizcarme para ver si es un sueño. Aún me resulta increíble que Denver sea mi compañero de piso.

—Háblame de ti —dice Denver, mirándome—. ¿De dónde eres? ¿Tienes hermanos? ¿Por qué has venido a Lincoln?

—Soy de Ellsworth, un pequeño pueblo cerca de Helena, Montana —respondo—. El programa de estudios de Lincoln era el que más me atraía. ¿Y tú?

—Yo soy de Chicago —dice Denver, sonriéndome—. Irónicamente, no soy de Denver. Y tengo veintiún años.

Me guiña un ojo y no puedo evitar reírme. Ya me imaginaba que sus padres no estarían tan locos como para ponerle el nombre de la ciudad en la que nació. Aunque me intriga saber por

qué le pusieron ese nombre.

—¿Y entonces? —insisto—. ¿De dónde ha salido ese nombre?

—Mis padres se conocieron en Denver y, por eso, me llamaron así.

—¡Qué monada! —digo.

Denver se ríe y se echa hacia atrás. Está guapísimo mientras conduce. Lleva unos vaqueros y una camiseta blanca. Por encima, lleva una camisa de cuadros turquesa. Está increíblemente sexy.

—Monada. ¿eh? Una palabra digna de una chica como tú... ¿Tienes hermanos?

—Mi padre tiene un hijo de una relación anterior —le digo—. Se llama Lawrence y es diez años mayor que yo. Vive en Ohio con su familia. No hablo con él, ¿y tú?

—Ya veo... —dice Denver—. Yo tengo dos hermanas. Phoenix, a quien ya conoces, y Madison.

Levanto la cabeza y Denver rechista, como si me hubiera leído la mente.

—Sí, como las ciudades... —continúa entonces.

—Pero ¿cómo es posible? —digo, riéndome entre dientes—. Denver, Phoenix y Madison.

—Vivimos en Phoenix, Arizona, un par de años y luego en Madison, Wisconsin. Mi padre trabajaba allí. Nos mudamos tres veces en los primeros siete años de mi vida. De Chicago a Phoenix y luego a Madison. Mis padres le pusieron ese nombre a Phoenix en honor a nuestro antiguo hogar, y a Mad... Bueno, ya te lo imaginas —dice, y luego suelta un largo suspiro.

Me río entre dientes y asiento.

—¿Cuántos años tienen? —pregunto.

—Phoenix tiene diecinueve, como tú, y Madison quince. Mi familia vive en Chicago desde que nos mudamos allí, porque mi madre ya no quería cambiar de ciudad teniendo tres hijos.

—¿A qué se dedica tu padre? —le pregunto, con cierto interés.

Mis padres están metidos en la política y, pese a todo, los dos estuvieron bastante presentes en casa. Mi padre fue alcalde de Ellsworth durante muchos años, y luego pasó a dedicarse a la enseñanza de ciencias políticas. Mi madre también trabajó en ese mundillo, pero luego asumió las tareas propias de un ama de casa de clase media-alta, esto es, criarme. Desde entonces, también ha participado en varias obras benéficas de cierto renombre.

—Estuvo en el Ejército —dice Denver, con la voz bastante más apagada que antes—. Cuando era pequeño, cursé preescolar y el primero de primaria en un cole de Madison. Luego Phoenix también empezó el cole, y mis padres decidieron que querían que su residencia estuviera en Chicago, lo que significaba que mi padre iba a estar lejos de nosotros hasta que consiguiera un puesto permanente cerca de donde nosotros vivíamos.

—¿Y trabaja cerca de Chicago? —le pregunto.

Su expresión cambia por completo y tengo la sensación de que palidece. No digo nada más. Me limito a mirar impasible la calle que tengo delante. No me gusta que se comporta de una forma tan distinta a la que estoy acostumbrada a ver.

Denver parece que tiene la mirada perdida, pero me mira de todos modos.

—Mi padre murió hace cinco años, o «cayó en combate», como dicen los soldados... Fue en Irak.

—Denver, yo...

No tengo palabras para expresar lo que quiero decirle. Siento mucho su pérdida. Quedarse medio huérfano tan joven es terrible. Sobre todo porque tiene dos hermanas pequeñas.

—¡Tranquila! —exclama, intentando parecer sereno. Creo que quiere ocultarme sus

verdaderos sentimientos, pero no puede—. Es parte de la vida. Mi madre tiene pareja desde hace tres años y es feliz con él.

—¿Y te cae bien?

—Sí.

Me doy cuenta de que no estamos llegando a ninguna parte con la conversación. Si Denver quisiera hablar de su padrastro, lo haría. Pero como no quiere, no sé de qué hablar. Me parece una falta de tacto hablarle de mis padres. Me parece mal, pero cambiar completamente de tema podría hacerle sentir que no valoro que me lo haya contado. No sé qué hacer y solo espero que retome la conversación.

—¿Y tus padres? —me pregunta al cabo de unos instantes, gracias a Dios—. ¿A qué se dedican? ¿Cómo se llaman?

—Mis padres son políticos —le digo—. Bueno, lo fueron, en el pasado. Mi madre trabajó en el ayuntamiento y mi padre fue alcalde. Ahora se dedica a la enseñanza, y mi madre se ocupa de la casa. No creo que haga falta decir nada más al respecto. Mi madre se llama Esther y mi padre, William. ¿Y cómo se llama tu madre? ¿A qué se dedica? ¿Cómo se llamaba tu padre?

Por un momento, no estoy segura de si debería preguntarle a Denver por su padre de una forma tan directa, pero forma parte de su vida. No quiero que piense que no me preocupo por él.

—Mi madre se llama Lori y es enfermera, pero dejó de trabajar durante mucho tiempo cuando éramos pequeños. Mi padre se llamaba Frank.

Nos quedamos en silencio y luego él vuelve a hablar.

—Políticos, ¿eh? Tú debes de ser la hija modelo, ¿no?

Denver saca su sonrisa más pícara y yo respondo con otra sonrisa. Debería serlo, sí, pero no lo soy. Después de que fracasaran todos los intentos de mi madre por imponerme aficiones supuestamente femeninas, se dio cuenta de que soy diferente.

—Mis clases de *ballet* fueron un fracaso, y lo de montar a caballo me pareció una estupidez. En fin... Mis padres tuvieron que dejar a un lado lo de que yo fuera la hija modelo.

—¿Montar *qué*? —pregunta, arqueando las cejas.

—A caballo, Denver —respondo—. Te lo he dicho. No me refiero a montar a...

Prefiero no terminar la frase. Me alegro de no poder mirarme al espejo. Debo de estar roja a más no poder. ¿Cómo se las arregla para meterme en estas situaciones?

—¿A alguien, dices? Qué pena...

—Imbécil —refunfuño, pero aun así sonrío.

Me alegro de que nuestra conversación se haya vuelto más ligera, aunque haya tenido que meter la pata para conseguirlo. Estaba claro que Denver quería desviar la conversación hacia el sexo. Pero prefiero hablar de otra cosa.

—¿Tienes otras aficiones aparte del fútbol?

—Me gustan los deportes en general. También me gusta salir con amigos o ver la tele cuando tengo tiempo libre. La semana que viene, cuando empiece la temporada, viajaré mucho. Tendrás la casa para ti sola —dice, sonriente mientras me mira—. ¿Y tú? ¿Qué estudias y por qué no hemos hablado de ello todavía?

—Economía, ¿y tú? No sé por qué no hemos hablado del tema. Supongo que había otros temas más interesantes.

Denver se ríe y asiente con la cabeza. Los dos sabemos de qué temas hablo.

—Ciencias del deporte —responde Denver.

Tengo que reírme. Le va como anillo al dedo. Me mira de reojo y luego continúa:

—Phoenix también estudia economía.

—Sí, lo sé —le respondo—. Me lo dijo cuando nos encontramos en la puerta del edificio.

—La próxima vez que salgamos, deberías venir con nosotros —propone—. Así tendrás la oportunidad de conocer de verdad a Phoenix y a mis otros amigos. Bueno, a Jake ya lo conoces.

—¿Vais a salir otra vez esta noche?

No puede hablar en serio. Ha estado de fiesta los últimos días, si no recuerdo mal.

—No. —sonríe—. Mañana por la mañana tenemos el primer entrenamiento oficial de la nueva temporada. No puedo estar borracho ni cansado. Probablemente, me pase la tarde en el sofá.

—¡Ah, claro!

Qué tonta soy por no haberlo pensado. Avergonzada, miro por la ventana para que no se dé cuenta de lo incómoda que estoy. Decido responder para que no sea más raro.

—Entonces me quedaré en mi habitación.

—¿Por qué? —pregunta Denver.

—Para que tengas un poco de paz.

—¿Te he dicho yo que quiera paz?

—No, pero...

—Entonces, ¿por qué dices eso? —responde, mirándome de reojo—. Puedes quedarte conmigo. No me importa. Ahora vivimos juntos, Sienna. Mi casa es tu casa, y si algo me molesta, te lo diré. Así que... ¿te apuntas a ver la tele o qué?

—Ya veremos —respondo, evasiva, sin estar segura de si realmente quiere que lo haga o si solo está siendo educado.

Denver aparca el coche delante de la residencia y ambos salimos del coche. Miro la fachada, que parece datar de los años setenta y aprieto la mandíbula. Está claro que ha vivido tiempos mejores.

—Bonita, ¿eh? —pregunta Denver mientras subimos los escalones hasta la puerta principal.

—Sí, increíble... —asiento, mientras camino detrás de él.

Me abre la puerta para que pueda pasar junto a él y entrar en el edificio. Me sigue sonriendo y se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—¿Sabes adónde tienes que ir? —pregunta Denver.

Entonces saco la nota del bolsillo y la leo.

—No dice dónde están las oficinas de la administración.

—Vale —dice, echando un vistazo a la planta baja—. Normalmente, se asignan responsables a cada estudiante dependiendo de la primera letra de su apellido. Te apellidas Gardner, ¿verdad?

—Ah, vale. Sí, Gardner —digo, y le sigo hasta el gran tablón de información que hay junto a las escaleras.

Me alegro de que Denver esté conmigo y sepa cómo funciona todo. Sin él estaría irremediablemente perdida. Hay una infinidad de pasillos y habitaciones. La idea de ordenarlos alfabéticamente se me habría ocurrido en algún momento, pero así me ahorro mucho estrés y, sobre todo, tiempo. Nos detenemos frente a un gran cartel y Denver señala el nombre que aparece en la lista junto a «Gardner».

—Aquí está. La señora Lawson. Está en el despacho número quince.

—¡Perfecto! — exclamo, contenta —. A ver qué me dice esta señora...

Estoy a punto de irme, pero entonces Denver me agarra del brazo y me detiene. Me paro en seco al sentir su agarre y me giro para mirarle. Nunca había sentido su contacto de este modo. Una extraña descarga eléctrica recorre mi cuerpo. Le miro con los ojos como platos y él me devuelve la mirada por un momento.

—¿De verdad quieres comentarle la situación? —pregunta Denver con voz tranquila.

Arqueo las cejas. Claro que quiero. Podría meterme en problemas si no informo del error. No creo que sean muy comprensivos con el hecho de que haya cogido la habitación de un compañero, por no mencionar el hecho de que he engañado a la administración de la residencia al no informar de ello de inmediato.

—No es el apartamento que se me había asignado, y no quiero que me tilden de fraude. ¿Y si me expulsan de la uni?

Levanta las cejas y me mira como si estuviera exagerando. Puede que sí, porque la llave y la dirección coinciden. Además, me dijeron que Denver sería mi compañero de piso. Así que la culpa es de ellos, pero al final supongo que yo tengo las de perder.

—Nadie te va a demandar por fraude, pero...

—No me importa que me echen por aprovecharme de la situación o porque les caiga de pena. Me da igual el motivo. Lo que importa es que si no digo la verdad y me pillan, no tendré dónde vivir, así que vamos allá.

Denver suspira y me sigue por el pasillo hasta el despacho número quince. No tardamos mucho en encontrar la puerta correcta. Me detengo frente a ella, vuelvo a respirar hondo y llamo.

—Sí, ¿qué pasa? —dice una voz poco amistosa desde dentro.

Miro a Denver. Se encoge de hombros, giro el pomo y entro lentamente.

—Buenas tardes —digo agradablemente, poniendo mi mejor sonrisa—. Me llamo Sienna Gardner y...

—¿Tienes cita, niña? —me interrumpe, antes de que pueda continuar.

Sacudo la cabeza.

—No, pero yo...

—Pide cita, y luego ya...

—Pero es solo una pregunta...

—Todos los que llaman a esta puerta tienen una pregunta y, al final, acaban contándome no sé qué cuentos sobre su alquiler. Pide una cita y veremos.

Completamente desconcertada por la aspereza de esa mujer, retrocedo y cierro la puerta. No tiene sentido discutir con ella. Acabaría perdiendo y, si se da cuenta del error, podría echarme a patadas. Incluso podría acusarme de intentar ocultar algo. Y no es que me venga muy bien...

—Ahora se supone que tengo que pedir cita —le digo a Denver, decepcionada.

Podrían pasar días o semanas antes de que se resuelva el asunto. Cuanto más tiempo pase, menos posibilidades tendré de que crean que estaba siendo sincera desde el principio. Denver levanta las cejas y suspira. Se comporta como si yo fuera estúpida por intentar hablar con los responsables de la administración.

—Déjame intentarlo —dice, apartándose para entrar en el despacho.

Presa del pánico, le miro mientras agarra el pomo de la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a solucionártelo.

Me mira con determinación y absoluta seriedad.

—Pero me ha dicho que tengo que pedir cita...

Miro a un lado y a otro, a Denver y a la puerta, aún cerrada. Si intenta hablar con esta mujer, podría acabar con mi carrera universitaria. No puedo ni pensar lo que sucedería entonces. ¿Cómo se lo explicaría a mis padres? No me extrañaría que mi madre se alegrara de que me fuera a casa. Molesta, ignoro esos pensamientos intrusivos y vuelvo a centrarme en Denver.

—Tú necesitas una cita —sonríe con arrogancia—. Yo, en cambio...

¿Qué significa eso? Denver es un estudiante universitario como yo. Sé que está en último curso, pero las reglas son las mismas para todos. Antes de que pueda detenerle, llama a la puerta y la señora Lawson le invita a pasar con la misma brusquedad que a mí.

—Buenas tardes —dice, con una amabilidad tan exagerada que puedo verle sonreír aunque esté de espaldas—. Soy Denver Jones. Mi novia quería preguntarle algo...

¿Ha dicho que soy su novia? Suelto un grito de asombro. Está claro que no lo soy. Bueno, estaría bien serlo. Sobre todo después de ver lo que he visto esta mañana. Y ahora que lo pienso, él tenía razón. No debería haber venido aquí.

—Denver —digo en voz baja—, vámonos...

—Oh, hola, Denver... —dice la muy amargada, con una voz llena de vida.

Abro los ojos a más no poder. Debo de haber escuchado mal.

—Adelante, pasa... Claro que tengo un hueco para tu novia...

¿Cómo dice? Es imposible que se salte lo de la cita solo para lamerle el culo a Denver.

—Pasa —me dice, abriéndome la puerta.

Le dirijo otra mirada insegura y paso junto a él para entrar al despacho de la responsable de administración. La señora Lawson abre mucho los ojos cuando me ve. Le sorprende que sea la novia de Denver. Luego parece pensar en cómo no decepcionar al *quarterback* al que todos adoran. Gracias a que estoy con él, esta señora nos va a hacer la pelota para no cagarla.

—Oh, disculpa, señorita Gardner —dice, en un tono agradable—. No sabía que Denver y tú estabais saliendo...

Pues ya somos dos.

—Sí... Estamos juntos —murmuro, a falta de algo mejor que decir.

Luego miro a Denver. Él sonríe y señala las sillas que hay delante de su mesa, así que me acerco y nos sentamos. La señora Lawson también se sienta.

—¿En qué puedo ayudarte? —pregunta, pero solo mira a Denver.

—A Sienna le asignaron un apartamento que no tocaba y nos gustaría aclarar el malentendido con usted.

—¿Cómo? —pregunta, mirándome confundida—. ¿Tienes la documentación a mano?

—Por supuesto.

Saco la documentación del bolsillo, todavía algo perpleja por esta amabilidad repentina. Si no fuera por Denver, me habría dejado en el pasillo, pero ahora está en modo lameculos. Le doy los papeles y los mira con el ceño fruncido. Con cierto sigilo, miro a Denver. Estoy de los nervios. Si realmente hay algún problema con la asignación de la habitación, tendré que mudarme. No tengo otra alternativa. No creo que la señora Lawson haga nada por ayudarme. A menos que lo haga por el bien de Denver.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunta mirándome—. La dirección es correcta, y la llave también debía serlo, ¿no?

—Bueno... Mi compañero de piso es D...

—Mire, estas son las fotos del correo electrónico... —me interrumpe Denver.

Agradezco que me ayude, pero puedo defenderme sola. Luego, mi supuesto novio continúa:

—No se parece en nada a las fotos que le enviaron. No queremos que la persona a la que enviaron las fotos de nuestro apartamento se queje.

Le pasa el iPhone y ella compara las fotos.

—Un momento —dice la señora, volviéndose hacia su ordenador.

—¿Qué estás haciendo? —le susurro a Denver—. Tenemos que decirle la verdad.

—¿Y luego, qué? —pregunta en voz baja—. ¿Que te eche? Deja que me encargue yo.

Le miro un momento, pero no contesto. No quiero que me echen del piso, así que probablemente sea mejor que él hable con la mujer. A ella le cae bien.

—La verdad es que hemos cometido un error —dice, mirándonos con los ojos muy abiertos.

Me pongo tensa y miro a Denver, que mantiene la calma. La señora Lawson continúa:

—Parece que te asignamos esa habitación porque registramos al señor Jones como la señorita Jones. No sé cómo ha podido ocurrir. Tampoco entiendo lo de las fotos...

—¿Y eso qué significa? —pregunto, preocupada—. ¿Tengo que mudarme?

—¿Quieres mudarte? —pregunta mirándome, expectante—. No es costumbre dar habitaciones a personas de sexo opuesto.

Hace una pausa, sonrío con amabilidad y, finalmente, dice:

—Puedo darte una habitación en otro piso y...

—¡No! —exclamamos Denver y yo al unísono, lo que nos hace reír de inmediato—. Quiero quedarme con la habitación. Si le parece bien, y nadie más se verá afectado por mi culpa.

—Tal y como están las cosas, no hay nadie más que busque habitación, ni hemos recibido quejas —dice, echando un breve vistazo a la pantalla—. Puedes quedarte con la habitación.

Aliviada, la miro y luego a Denver, que me sonrío. Finjo que no quiero vivir con él, pero la verdad es que no quiero irme. Ya me cae demasiado bien y creo que acabaremos pasándolo bien viviendo juntos.

—Muchas gracias —dice Denver, con una sonrisa exuberante mientras nos levantamos—. Nos ha ayudado mucho.

—De nada —dice ella, coqueta.

Quiero señalar que ni siquiera me habría escuchado de no haber sido por Denver. Sin embargo, me abstengo de hacer comentarios y salgo de la habitación detrás de Denver, sin despedirme. No hay necesidad de ser más amable de lo necesario.

—Sin comentarios... —murmuro mientras cierra la puerta—. Si no fuera por ti, ni siquiera me habría escuchado.

—Ser jugador de fútbol tiene sus ventajas —dice, con una sonrisa—. Y definitivamente, no vas a volver a saber nada de ella. No se atreverá a ir a por mí.

—Gracias, oh, poderoso rey de la universidad...

Digo esto en un tono irónico que es difícil pasar por alto. Pero conociendo a Denver, seguro que cree que lo digo en serio. *Será posible...* Lo peor de todo es que sí tiene poder. En cuestión de segundos, ha conseguido una cita con la responsable de administración, lo que a otros les costaría días.

Denver se ríe y me pasa el brazo por los hombros para acercarme a él. Con mi cuerpo apretado contra el suyo, noto sus duros músculos a través de mi jersey. Es bastante más alto que yo, así que mi cabeza apenas se apoya en su pecho. Vuelvo a sentir esa extraña descarga eléctrica que me recorrió cuando nuestras manos se tocaron.

—Si tú supieras... —sonríe—. ¿Tienes hambre?

—Un poco, sí —respondo con sinceridad, mientras me froto la tripa para acompañar mi respuesta.

—Bueno, pues vamos a comer.

5

Denver

Dos semanas más tarde.

Salgo de mi habitación y me encuentro a Sienna en la cocina. Está junto a los fogones. La carne picada y la salsa de tomate chisporrotean en la sartén y la pasta se cuece en la olla de al lado. ¡Qué bien se le da cocinar! Llevo una semana disfrutando de sus deliciosos platos. Suele cocinar para los dos en días alternos, y las sobras nos permiten comer al día siguiente. Me mira con una sonrisa y yo le devuelvo la mirada. El primer día ya me fijé en lo buena que estaba, pero ahora parece que quiere torturarme. Lleva unos pantalones cortos que apenas le tapan el culo y un top ajustado que me deja ver sus curvas. No es un 90-60-90, pero me atrevería a decir que seguiría estando estupenda con uno o dos kilos de más. Pero sus curvas son perfectas. Empiezo a preguntarme si fue buena idea dejarla seguir viviendo aquí. Podría haber hecho que la señora Lawson la echara. ¿Pero qué hice? Tuve que hacerla pasar por mi novia. Me aproveché de mi popularidad para ayudarla, y ahora me doy cuenta de que me parece demasiado atractiva como para no meterle mano en el próximo año y medio.

Sienna me gustó desde el primer momento en que la vi, de pie, en el apartamento, sin saber adónde ir ni qué hacer. De hecho, me hizo bastante gracia la forma en que se quedó allí, avergonzada porque yo no llevaba nada más que una toalla alrededor de la cintura. No pude evitar notar que se había sonrojado, o que no le gustaba hablar de los placeres de la vida. El sexo, el alcohol, las drogas... —bueno, las drogas tampoco son para mí, pero el sexo y el alcohol definitivamente no son lo suyo—. En fin, es una pena, especialmente cuando se trata de sexo.

En las últimas dos semanas, apenas nos hemos visto. Sienna ha empezado las clases y no se salta ni una. Todas las noches se sienta en la cocina y repasa su horario para el día siguiente, para asegurarse de llegar a tiempo todas las clases, aunque antes se toma una taza de café. He descubierto que prefiere el café con un poco de leche. Es algo que se toma muy en serio, y me ha dejado caer más de una vez la cantidad de leche justa que quiere cuando no le toca a ella prepararlo. Siempre grita «¡Vale, vale!» cuando le sirvo demasiada. Por Dios, después de quince años de amistad, todavía no tengo ni idea de cómo se toma Jake el café, y mucho menos mis hermanas o mi madre.

Cuando Sienna llega a casa por la tarde, cocina algo, comemos juntos y luego se va directamente a su habitación. Creo que se esfuerza muchísimo en el tema de los estudios. Yo nunca seré así. Además, entre los entrenamientos y los partidos, hago lo mínimo, lo que se requiere de mí. Saco buenas notas y nunca he renunciado a las clases y las conferencias por el fútbol, pero no me dejo la piel tanto como lo haría con el deporte.

De todas formas, no quiero trabajar como investigador o gestor deportivo. Solo necesito estudiar algo.

Mi objetivo está claro: la NFL⁷. Y tengo que centrarme en ese objetivo, especialmente en este semestre. Por desgracia, perdimos contra Ohio el sábado pasado, y vamos últimos en nuestra

división. Por supuesto, es evidente que fue solo un partido y que todavía tenemos una oportunidad, pero no quiero seguir así.

Tengo que ganar. SIEMPRE.

—¿Qué estás preparando? —pregunto, mientras dejo el iPhone sobre la encimera de la cocina.

Sienna se vuelve hacia mí y sonrío.

—¿Tienes hambre otra vez?

—Puede... —respondo con una sonrisa y con los brazos cruzados a la altura del pecho—.

¿Quieres venir a casa de Darren esta noche?

—¿Qué vais a hacer?

Sienna coge dos platos del armario y los pone sobre la mesa. Luego coge cubiertos y dos vasos para acompañarlos. Me quedo donde estoy, esperando como si me lo hubieran ordenado, y la dejo hacer. No es que no quiera ayudar, pero la última vez me regañó por haberle estropeado las cosas. Así que esta vez la dejo hacer y me siento obedientemente en la mesa.

—Pasaremos el rato, tomaremos algo y no sé, estaremos de tranquis...

Ella asiente y pone dos salvamanteles en la encimera para la olla caliente y la sartén.

—¿Puedes escurrir la pasta, por fa?

—Claro —respondo, incorporándome.

Me pongo a su lado, sonriente, cojo el escurridor que ya ha sacado del armario y lo pongo en el fregadero para escurrir la pasta. Sienna me observa con una sonrisa.

—¿Qué te pasa? —pregunto, mientras las comisuras de sus labios se curvan hasta que ya no puede contener una risa sonora.

En el fondo, algo me dice que estaba intentando aguantarse la risa.

—Míralo, el que no quería hacer cosas en casa...

—Déjame recordarte que la última vez no quisiste ayuda.

—Vale, vale... Tú ganas —dice Sienna, riéndose y con las manos levantadas como si pidiera tregua.

Le sonrío y vuelvo a colocar la pasta, ya escurrida, en la olla, y lo llevo todo a la mesa. Nos sentamos juntos y Sienna me sirve un poco en el plato.

—Gracias —le digo, y espero a que ella también se sirva—. Que aproveche.

—Lo mismo digo.

La miro de nuevo mientras enrolló los tallarines en el tenedor. Huele increíblemente bien. La salsa de tomate tiene la consistencia justa y la pasta está al dente.

—Pareces un poco apagada estos últimos días. ¿Va todo bien?

La he notado bastante introvertida y no tan alegre como los primeros días. Por supuesto, podría equivocarme y que solo esté estresada por los estudios. En el primer semestre, uno se lo toma todo mucho más en serio.

—Mi amiga Clara dice que ya casi no hablamos.

Sorprendida de que me haya dado cuenta, deja el tenedor y vuelve a mirarme. Sienna se muerde el labio inferior, algo nerviosa. Luego, dice:

—Es verdad, pero no lo hago a propósito. Todo sigue siendo nuevo para mí y estoy intentando encajar. Ella, en cambio, sigue en casa y está rodeada de nuestros amigos de siempre...

—¿Y ahora te acusa de que ya no te preocupas por ella?

—Algo así... —responde y luego suelta un largo suspiro—. No entiendo por qué me culpa a

mí. Soy yo quien tiene que empezar de nuevo, no ella.

—Quizá se arrepiente de no haber dado el paso —respondo, para tranquilizarla—. Y ahora está celosa de que las cosas te vayan tan bien...

—No, no creo...

Sienna me mira pensativa y vuelve a enrollar la pasta en su tenedor. Me mira fijamente mientras mastica. Más tarde, me pregunta:

—Ya se le pasará. ¿Tienes planes para hoy?

—Sí —respondo, y dejo a un lado ese tema—. Te lo he dicho antes, esta noche hemos quedado todos en casa de Darren. ¿Te apuntas?

—No sé —murmura Sienna.

Intento no poner los ojos en blanco. Desde hace dos semanas, siempre encuentra una excusa para no quedar con mis amigos. Me parece una pena. Estoy segura de que le gustaría conocerlos, y mi hermana también ha estado preguntando por ella. Por desgracia, Phoenix no la ha visto desde el día en que se mudó y se cruzaron en la puerta principal.

—¿No te parece extraño? —me pregunta.

Ella levanta las cejas y yo hago lo mismo. ¿Qué hay de extraño en que quiera presentar a Sienna a mis amigos? Me parece una oportunidad genial para que se junte con un grupito en la universidad lo antes posible. No tienen por qué ser sus mejores amigos. Pero para pasárselo bien una noche, está bien, ¿no? No creo que haya hecho tantos amigos como para que no haya sitio para más.

—¿Por qué debería parecerme extraño? Te he invitado yo. No es que me sienta obligado... —digo, encogiéndome de hombros.

—Mmm... —dice Sienna—. No sé. Mañana tengo clase y...

—¿Estás buscando otra excusa para no ir?

La miro, un poco indignado y arqueando las cejas. Sienna se muerde el labio inferior, lo que me parece adorable e increíblemente sexy al mismo tiempo. La forma en que estira de él lentamente con los dientes y luego lo suelta es tan atractiva... Cojo el agua y bebo un buen trago para dejar de mirarle la boca.

—No busco excusas —responde, metiéndose el tenedor en la boca. Luego mastica y traga el bocado—. Es que quiero centrarme en mis estudios y no salir de fiesta a mitad de semana.

—Tenemos entrenamiento por la mañana —la tranquilizo—. No nos vamos a emborrachar. Es una noche de tranquis, ya te lo he dicho...

—Si tú lo dices...

Sienna juguetea con la comida. Me doy cuenta de que se le acaban las excusas. Sonriendo, me inclino hacia delante y busco su mirada. Tarda un momento en levantar la cabeza y mirarme directamente con sus ojos azules.

—¿Qué más tienes que decir en tu defensa?

Me inclino hacia atrás y cruzo los brazos sobre el pecho. Sienna me mira los bíceps y yo sonrío.

—¿A qué hora habéis quedado? —pregunta, esbozando una sonrisa—. No quiero que me calientes más la cabeza. Tú ganas.

Me río en voz baja y me muerdo el labio.

—¡Estate lista a las siete!

Aparco mi camioneta delante del edificio de apartamentos de Darren y apago el motor. Sienna está sentada a mi lado. Me atrevería a decir que estaba deseando que llegase la noche. Sienna lleva unos vaqueros ajustados que acentúan su precioso culo. También lleva una blusa granate de manga larga, ceñida al cuerpo, con volantes en el cuello, el bajo y los extremos de las mangas. Por encima lleva una cazadora vaquera. Su larga melena rubia cae en suaves ondas sobre sus hombros. Ahora que la veo, no estoy seguro de que haya sido una buena idea invitarla y presentársela a mis colegas. Esos idiotas se abalanzarán sobre ella como una manada de hienas voraces en busca de carne fresca. Respiro hondo para alejar esos pensamientos de mi mente y me guardo las llaves y la cartera en los vaqueros. Tengo claro que Darren va a estar rondándole desde el minuto uno.

—¿Vamos?— pregunto, mirándola a los ojos.

—¡Claro! Oye, Denver... —dice Sienna, empujando la puerta—. Gracias por dejarme venir. Seguro que me vendrá bien conocer gente nueva. A lo mejor tienes algún colega buenorro...

Sale de mi coche y me quedo boquiabierto. Yo también salgo rápidamente y cierro la puerta del conductor para seguirla. No puede hablar en serio, ¿verdad? Claro que sé que mis amigos son atractivos y les gustan a las chicas... Sin ir más lejos, Jake tiene unos ojos y un pelo castaño precioso y un cuerpo mucho más musculoso que el mío. Pero necesita esos músculos para derribar a los defensas del otro equipo. En cuanto a Darren, es un chico sureño con más tatuajes en el cuerpo de los que puedo contar. Me los conozco todo. Es lo que pasa cuando te duchas en los vestuarios prácticamente todos los días. Al igual que Jake, tiene el pelo y los ojos oscuros, casi negros. Mucha gente piensa que Darren tiene raíces mexicanas. Eso último atrae a las chicas. Y ambos siempre están dispuestos a ligar con quien sea. Me pone enfermo pensar que podrían intentarlo con Sienna. Por suerte, aún no parece muy interesada en salir con nadie.

—¿Qué quieres decir con que podría tener amigos buenorros? —le pregunto, para asegurarme.

Ella suelta una risita y yo me tenso aún más. Esa risilla nunca trae nada bueno, lo sé por mis hermanas. Phoenix también se ríe cuando le gusta un chico y luego pasa lo que pasa. Madison, por suerte, es demasiado joven para causarme ese tipo de problemas.

—Ahora estoy en la universidad —dice—. Aquí nadie me conoce y mi amiga Clara cree que debería pasármelo bien.

—¿La que está enfadada contigo? —pregunto con el ceño fruncido—. Interesante. ¿Y quieres seguir su consejo?

No sé por qué me molesta que Sienna esté abierta a tener un rollo con alguien. A los diecinueve años, es una mujer adulta y puede hacer lo que quiera. Aun así, tengo que admitir que no me haría especial ilusión que se insinuara a uno de mis amigos. Igual que en el caso de Phoenix, que es intocable para todos ellos. Y es algo que todos respetan.

—Venga —dice Sienna de buen humor, moviendo las cejas para hacerme reír—. ¿No fuiste tú quien me preguntó si el sexo era lo mío, nada más conocernos?

Claro que sí, pero era una broma, una puta broma. Además, solo la conocía desde hacía unos minutos. Me resulta fácil soltar bromas estúpidas. Ahora, dos semanas y muchas conversaciones después, lo veo de forma muy distinta. Sienna y mis amigos... Solo puedo ver una *red flag*⁸. Estoy seguro de que nos va a traer algún que otro problema.

Al llegar a la puerta principal, llamo al timbre y enseguida nos abren la puerta.

—¡Las damas primero!

Intentando parecer un caballero, dejo pasar a Sienna. No puedo evitar oler el perfume que lleva esta noche. Cuando estábamos en el coche, pensaba que era el jersey de Hailey, que se dejó en el asiento trasero algún día en que nos vimos. Pero olía demasiado intenso para una prenda de ropa que ha estado ahí durante más de una semana. Ahora sé por qué. Es el perfume de Sienna. Cierro los ojos un segundo para calmarme. Es solo un maldito perfume, no hay razón para volvernos locos. Luego la sigo escaleras arriba y disfruto de las vistas de su culo.

Darren vive con Ethan y Julien. Ethan estudia psicología y pasa la mayor parte del tiempo en la biblioteca, y Julien estudia inglés aplicado a los negocios y también juega a fútbol.

—¿Con quién vive Darren? —pregunta Sienna, como si pudiera leerme la mente, y me mira, curiosa.

—Con Ethan y Julien —respondo—. Ethan pasa el noventa por ciento del tiempo con sus libros, estudiando psicología, y Julien...

Levanto la vista y veo que nos está esperando, así que continúo:

—Julien... está de pie en la puerta.

Me sonrío y se vuelve hacia Julien.

—Hola, tío —me saluda y chocamos los cinco—. Veo que no estás solo...

No tarda ni un segundo en centrar toda su atención en Sienna. Casi con avidez, sus ojos se deslizan por su hermoso cuerpo. Se detiene, para mi gusto, demasiado tiempo en sus pechos.

Carraspeo más de la cuenta para desviar su atención de Sienna.

—Esta es Sienna, mi compañera de piso.

Aunque intento sonar neutral, tengo pocas esperanzas de que Julien no se dé cuenta de lo mucho que me molestan sus miradas. Me conoce desde hace demasiado tiempo como para no saber cómo reacciono cuando me interesa una chica.

—¿Tu compañera de piso? —pregunta, esbozando una sonrisa.

Confiado en que algo puede funcionar con Sienna, continúa:

—¿Con su propia cama?

Casi me atraganto con mi propia saliva y le dirijo una mirada amarga. Ha sido un comentario totalmente innecesario, aunque tengo que admitir que normalmente no me molesta que mis colegas hagan bromas de ese tipo. Las chicas a las que llevamos a las fiestas o a esas veladas solo están ahí para calentarnos la cama hasta la mañana siguiente. Así que su reacción es perfectamente normal. No puede ver que, en realidad, Sienna *solo* es mi compañera de piso, a pesar de que nuestra relación ha sido puramente platónica. Jake conoció a Sienna la primera noche y más tarde me preguntó por ella, y Darren estaba delante.

—Sí, con su propia cama. Y es bastante grande, por cierto —responde Sienna antes de que yo pueda contestar, sonriendo a Julien—. Encantada de conocerte.

—En... Encantado de conocerte también —tartamudea él, mirándola con los ojos muy abiertos—. Pasa, pasa...

Sienna pasa por su lado y entra en el apartamento. Julien nos mira a ella y a mí y agita la mano como si se hubiera quemado los dedos. Le clavo la mirada y me abstengo de hacer comentarios. Sienna no es Phoenix, y sería ridículo decirle que no se acercara a ella.

Sigo a Sienna hasta el salón, donde ya están sentados Darren, Jake, Gary, Phoenix, Joy y Hannah, la novia de Gary. El apartamento de los chicos tiene un tamaño similar al nuestro, pero con una habitación extra y un baño de invitados, lo que me parece muy práctico. Darren, Ethan y Julien no suelen utilizar la cocina del piso. Comen en la cafetería de la uni o pillan comida para

llevar. Las habitaciones de Julien y Ethan están a derecha e izquierda del baño, y la de Darren está un poco apartada, junto al baño de invitados. Como es habitual en un piso de solteros, la mayoría de los muebles están desordenados y la decoración de las paredes no consiste en bonitas plantas de interior y fotos familiares, sino en botellas vacías de whisky de edición especial — todas bien alineadas en una pequeña estantería— y camisetas de fútbol de nuestros ídolos.

—Hola, chicos —digo, dirigiéndome a todos.

Saludo a los chicos con un apretón de manos y a mi hermana, Joy y Hannah con un beso en la mejilla. Luego me dirijo a mi compañera de piso y les digo:

—Esta es Sienna.

—Ya lo sabemos —contesta mi hermana—. Ella misma se presentó.

Le habrá contado a Joy que tengo una nueva compañera de piso, aunque esperaba un compañero. Después de todo, es su mejor amiga.

Miro a Sienna y ella se encoge de hombros. No deja de sorprenderme. En casa se comporta como una universitaria recatada y aplicada, y ahora se presenta a mis amigos sin problemas, entabla conversación con ellos y actúa como si se conocieran de toda la vida. Jake me da una Coca-Cola, porque hoy me toca conducir, y yo me siento a su lado en el sofá.

Sienna se sienta frente a mí, al lado de Phoenix, y se pone a hablar con ella y con Joy.

Mi hermana y Joy son amigas desde hace un año. Joy estudia psicología, pero no pasa ni la mitad del tiempo que Ethan en la biblioteca. Tiene veinte años y es muy guapa. Tiene raíces asiáticas, y su pelo negro, con las puntas teñidas de azul, le llega hasta la cintura. Aun así, no es mi tipo. Su estilo es muy femenino y siempre lleva ropa muy corta. Muy, muy corta. La mayoría de sus faldas no le llegan ni a la mitad de los muslos, lo que hace que sus piernas parezcan interminables. Siempre se viste de una forma muy sexy. Sabe lo que tiene y cómo lucirlo. Pero nunca se hace la facilona, como otras chicas del campus que intentan llamar nuestra atención. Esta noche, Joy lleva un vestido negro corto con tirantes de finos, medias de seda negras y Dr. Martens⁹ en los pies. Su llamativo maquillaje con un perfecto delineado negro completa su *look*. A su lado, Phoenix y Sienna, ambas con larga melena rubia y maquillaje en tonos claros, parecen algo más apagadas.

—Pensábamos que nos la ibas a ocultar para siempre —dice Darren, dándome un codazo en el hombro—. Oye, Sienna, ¿por qué no te ha dejado salir antes?

Pongo los ojos en blanco y Sienna levanta la vista. Encuentra la mirada de Darren y su boca se tuerce en una sonrisa divertida.

—No me apetecía —dice, encogiéndose de hombros y mirándome—. Denver no paraba de pedirme que viniera.

—Yo te habría dejado encerrada en casa —dice Darren, intentando tirarle la caña.

Pongo los ojos en blanco, molesto, y luego escucho que dice:

—El peligro acecha fuera...

—¿De qué peligro me hablas? —dice Sienna, riéndose, y da un sorbo a su cerveza—. ¿Te refieres a tus frases de mierda para ligar?

Un clamor resuena en el salón y las chicas brindan por Sienna. Darren, a mi lado, se calla de repente y parece que intenta contener su ira. Supongo que no esperaba que Sienna lo dejara tan mal. A mí también me sorprende que se le dé tan bien vacilar. Pero sobre todo me sorprende que pueda resistirse al Casanova del grupo. Los ligues de Darren son legendarios. Al menos para un defensa.

—¡Mis frases son la hostia! —exclama como un niño pequeño, lo que nos hace reír aún más —. ¡Es más, el que tiene frasecitas de mierda es tu compañero de piso!

—¡Eh! —exclamo, y le doy un puñetazo en la parte superior del brazo—. ¿A dónde quieres llegar con eso, tío?

—Oh, venga ya... «He perdido mi número, ¿me das el tuyo?». ¿En serio, Denver?

Hay que reconocer que la frase es mala, horrible, pero tenía que decir algo.

—Solo lo dije una vez —me justifico inmediatamente y pongo los ojos en blanco.

Quería llevarme a esa chica a casa y no se me ocurría nada mejor. Y ella se lanzó de inmediato. Decido expresar eso último en voz alta.

—Y como ya sabes, funcionó.

—No me sorprende —dice Sienna, arrugando la sien y fingiendo asombro—. Quizá tengas fama de meterlas a todas en esa cama... Sin excepción.

Los chicos escupen sus cervezas, y a Phoenix casi se le cae el vaso. La cocaola se derrama sobre la mullida alfombra beis que hay bajo la mesa. Joy emite un chillido indescriptible, en un tono al que solo podría llegar una chica. Todos miran a Sienna y sé exactamente lo que están pensando. Tengo que contenerme para no resoplar de una forma exagerada.

Sienna nos mira de un lado a otro y se pone roja.

—¡Mierda, no! —grita, con cara de preocupación—. ¡No me refería a...! Quiero decir, nosotros no... Bueno, nosotros... No nos hemos acostado. ¡Tengo mi propia cama! ¡Denver, di algo!

Me mira asustada, y ahora yo no puedo evitar reírme también. Lo siento, pero creo que me debe estos segundos de placer ahora que ella me ha puesto en esta situación.

—Claaaaro... —Jake mueve las cejas para dejar ver lo que está pensando—. Estoy seguro de que vosotros dos no...

—¡Di algo! —grita Sienna, mirándome con urgencia—. ¡Por favor!

—Quien calla, otorga... —dice Jake.

Ahora me siento mal por ella.

—Cállate, Jake... —protesto—. No nos hemos acostado.

La tez de Sienna vuelve lentamente a la normalidad. Me sonrío agradecida.

—No nos acostamos —confirma ella—, pero sí tuve que enseñarle dónde estaba la puerta a su rollo de una noche.

—¿En serio? —pregunta Joy, poniendo los ojos en blanco—. ¿No le ofreciste siquiera un café?

—Claro que no —respondo, molesto—. ¿Quién hace eso?

Miro a mi alrededor y espero que al menos Darren y Julien se pongan de mi parte. Pero Jake sigue siendo leal y me respalda, asintiendo con la cabeza.

—Denver, estamos hablando de Hailey Sanders —dice ahora Hannah—. Es una niña muy dulce.

—Sí, dulce sí era —respondo, pensando en cómo me la chupó sin dudarlo.

Sienna me mira y levanta las cejas. No voy a ganármela si sigo riéndome de lo que fue una situación embarazosa para ella. Evito su mirada y me aclaro la garganta. Luego, digo:

—Al igual que muchos otros, yo no la obligué a hacer nada.

Mientras mis colegas asienten, las chicas ponen los ojos en blanco. Me estoy cansando de esta conversación. No he traído a Sienna para que me avergüence delante de mis amigos, aunque los chicos piensen que mi comportamiento es normal. Todos hacen lo mismo.

—En fin —dice Julien de repente, volviendo a centrar su atención en Sienna—. Háblanos de ti. De dónde eres, por qué estudias en Lincoln y por qué coño vives con Denver.

Le agradezco que haya cambiado de tema y me haya salvado indirectamente. Pero también lo miro con recelo, porque no sé si busca algo más con Sienna. Ella se ríe y se aparta el pelo hacia atrás. Luego me mira y sonrío.

—Soy de Ellsworth, una pequeña ciudad cerca de Helena, en Montana, y Lincoln está muy, muy lejos de mis padres. Me gustó mucho el plan de estudios que me ofrecieron y... Bueno, vamos a la parte que realmente os interesa.... —dice Sienna, barriendo el salón con la mirada—. ¿Queréis saber por qué vivo con Denver?

—Solo hay una respuesta correcta —interrumpo—. Porque...

—Por favor, no digas que es porque eres muy buen chaval —me interrumpe con un brillo travieso en los ojos—. Intimidaste tanto a la pobre chica que pasó la noche contigo que tuve que pensarme si quedarme allí.

Pongo los ojos en blanco, pero cuando veo la sonrisa de Sienna, sé que he dicho lo que debía.

⁷ *N. de la T.* En inglés, las siglas de la *Nation Football League*, esto es, la Liga Nacional de Fútbol Americano.

⁸ *N. de la T.* Expresión que hace referencia a que algo es mala señal o que se debe estar alerta por si las cosas no salen bien.

⁹ *N. de la T.* Hace referencia a una marca que fabrica botas con cordones de estilo militar, además de otros tipos de zapatos.

6

Sienna

Hoy he invitado a Phoenix a casa. Va seis meses por delante de mí en la uni, pero tiene que repetir una asignatura del primer semestre porque suspendió el examen final. Mientras ordeno mis apuntes y las diapositivas que he impreso, Phoenix no deja de mirar el móvil.

—Phoenix —me dirijo a ella con voz firme, y ella se sobresalta—, ¿nos ponemos o qué?

—¿Es necesario? —dice mientras me lanza una mirada seria y yo enarco las cejas—. Mejor dicho, ¿no podemos vagar un rato antes?

—¿Por qué íbamos a vagar ahora? —digo, suspirando—. Cuanto antes empecemos, antes habremos acabado.

Phoenix gime y se apoya en los cojines. Me mira como una niña caprichosa. No puedo evitar reírme y echarme hacia atrás también, para acercarme a ella. Me mira con sus ojos azules, como si estuviera agotada después de esforzarse durante todo el curso. Pero este semestre no ha hecho más que empezar. Algo le ronda por la cabeza. Solo nos conocemos desde hace dos semanas, puede que menos, pero me da la impresión de que algo le preocupa.

—En realidad no has venido aquí a estudiar, ¿verdad? —pregunto en voz alta, tratando de sonsacarle una respuesta.

—¿Tanto se nota? —me pregunta, mordiéndose el labio inferior.

Niego con la cabeza y ella suspira. Luego, me confiesa:

—Cuando acabé el instituto, no quería ir a la universidad, quería viajar y encontrarme a mí misma. No estaba preparada y, a diferencia de Denver, no tengo un deporte que me salve de hundirme. Pero mi madre y John, su novio, opinaban que tomarme un año sabático sería una pérdida de tiempo.

La miro, pensativa y me identifico con ella. Mis padres habrían pensado lo mismo. No habrían entendido que quisiera trabajar y viajar durante un año. A sus ojos, sería una forma de echarlo todo a perder.

—Entonces, ¿qué? ¿Elegiste una carrera y te matriculaste?

—Sí... —dice, y luego suspira—. Las demás asignaturas eran más fáciles y Jake me ha estado ayudando a estudiar, así que estoy sacando buenas notas, pero esta... —señala mis apuntes—. Esta es una tortura.

Me siento tentada a preguntarle si Jake la está ayudando de verdad a estudiar. Al fin y al cabo, es el mejor amigo de Denver, y a él no le haría ninguna gracia que *ayudara* a su hermana pequeña. Pero no creo que Phoenix esté de humor como para preguntárselo. Además, no es asunto mío.

—Joder, tía, Phoenix —suspiro—. ¿Has hablado con Denver de esto?

—¡Pues claro! ¡No te jode! —exclama, y me doy cuenta de que no es una opción para ella—. Él piensa lo mismo, y ahora he malgastado una parte del dinero de mi fondo para la universidad. No tengo una beca como la de Denver que me permita ganar tiempo mientras busco cómo salir

del apuro.

La miro con compasión y pienso en consejos que darle. Volver a hablar con su madre y con John no tiene mucho sentido. Ambos están obcecados en su punto de vista. Es probable que solo quieran lo mejor para ella y para Denver, por eso insisten en que Phoenix vaya a la universidad. Que su hermano tampoco la apoye debe hacer que se sienta perdida.

—¿Y si te cambias de carrera? —sugiero tras unos instantes de silencio—. Habrás perdido un poco de tiempo, pero si sigues suspendiendo, te echarán.

—Ya lo sé, ya —responde, mientras hunde la cara en un cojín—.

Phoenix baja los párpados y juega con el dobladillo de su jersey. Sin mirarme, me pregunta:

—¿Qué crees que debería hacer?

—Salir de aquí —suspiro y miro a Phoenix—. Si no eres feliz, tienes que decírselo a tu madre. No tiene sentido estudiar algo que no te gusta.

—¡Claro que no!

Me responde con un poco de mala leche, pero respira hondo para calmarse. Luego continúa con una voz mucho más suave:

—Pero no sé qué quiero estudiar en vez de economía. ¿Y si en lugar de eso, pego un braguetazo con un colega de Denver cuando juegue en la NFL? Así, sería una mantenida.

Atónita, la miro, y busco un tono que me deje ver que está de coña, pero, por desgracia, no lo encuentro. Habla muy en serio.

—¡Phoenix! —le digo con la voz temblorosa—. ¡Ni se te ocurra!

Pone los ojos en blanco y se incorpora, para mirar más de cerca los apuntes.

—¡Era una broma! —dice, en un intento de restarle importancia.

Sin embargo, no me lo creo. La he visto tan deprimida hace un ratito que me la imagino trazando un plan para que un jugador de fútbol la deje embarazada.

—Aunque no estaría tan mal...

¡Lo sabía! Iba en serio.

—No, no y no —respondo, mientras la miro a los ojos—. Estudiaremos juntas y, cuando llegue el día del examen, estarás preparada. Ya verás como apruebas.

Phoenix aún no parece convencida, pero no me rindo. Tiene que aguantar este semestre para convencer a su madre de que la deje cambiar de carrera. Así podrá decirle que al menos le dio una oportunidad a la economía.

Pero antes de que podamos empezar, suena el timbre.

—¿Se habrá dejado Denver otra vez las llaves? —dice Phoenix, riendo y se levanta para abrirle la puerta a su hermano.

Todavía no he hecho muchos amigos en la universidad, así que la mayoría de la gente con la que trato son, o bien amigos de Denver, o bien personas que no saben dónde vivo.

—¿Hola?

A juzgar por el tono de voz de mi amiga, me da que no es Denver. Será uno de sus amigos, o quizá el cartero.

—¡Hola! —dice una voz adulta.

Me sobresalto: esa es la voz de mi madre. Esto no puede estar pasando. ¿Cómo he podido olvidar que mis padres traían el resto de mis cosas en la furgoneta? ¡Menudo desastre! Sobre todo porque aún no les he dicho que Denver es un chico y no, como ellos suponen, una chica.

—Tú debes de ser Denver, la compañera de piso de Sienna.

Corro hacia ellas lo más rápido que puedo e impido que Phoenix abra la boca en el último

segundo, antes de que se chive a mis padres.

—¡Mamá, papá! —exclamo, abrazándolos—. ¿Qué hacéis aquí?

—Traemos el resto de tus cosas —responde mi madre, algo irritada.

Luego, nos empuja a Phoenix y a mí para entrar en casa, mientras yo le lanzo una mirada a mi amiga para advertirle de la situación.

—Hola, cariño —me saluda mi padre con una sonrisa—. Y tú debes de ser Denver.

Phoenix se señala a sí misma y yo le dirijo una mirada desesperada que espero que entienda. No pienso dejar que mis padres se enteren de que vivo con un jugador de fútbol americano buenorro. Por no decir que, además, se lleva a sus ligues a la habitación de al lado para acostarse con ellas. Anteayer tuve que enseñarle a otra dónde estaba la puerta. No tenía nada mejor que hacer recién levantada.

—¡Sí! —grita Phoenix, demasiado contenta para mi gusto. No puedo dejar que estropee esto—. Soy Denver... La compañera de piso de Sienna, ¡Denver!

—Creo que ya lo han entendido —le susurro, y luego la empujo detrás de mí.

Ella le dedica a mi padre una sonrisa exagerada y yo hago lo mismo. No tengo ni idea de cómo voy a salir de este lío. Si mis padres descubren que Phoenix no es Denver y el verdadero Denver aparece por la puerta, la caída será monumental.

—¿Quieren tomar algo, señor y señora Gardner? —pregunta Phoenix con una sonrisa y señala la cocina—. ¡Qué bien que hayan venido!

Phoenix les abre paso. Mis padres le siguen y yo me muerdo el labio, preguntándome cómo voy a salir de este lío. Probablemente, sería mejor decir la verdad, sobre todo antes de que Denver aparezca y tenga que arrastrarlo también a mi mentira. Ya me resulta horrible que Phoenix tenga que hacerse pasar por su hermano por mi culpa.

—¡Sienna! —grita mi madre, lo que me hace estremecer—. ¿Dónde estás?

—¡Ya voy, mamá! —grito, y luego los sigo hasta la cocina.

Una vez allí, miro a mis padres con una sonrisa y extendiendo los brazos para darles la bienvenida. En realidad, intento que la situación no se me vaya de las manos.

—Siento que me haya pillado por sorpresa vuestra visita, pero he estado bastante ocupada las dos últimas semanas.

Phoenix levanta las cejas y yo me encojo de hombros, como si no hubiera nada de malo en mentirles a mis padres sobre todo lo que ha sucedido desde mi llegada al piso.

—¿Cuánto tiempo os vais a quedar? —pregunta Phoenix, mientras les sirve un café a cada uno.

Miro a mis padres, tensa. Espero que no más de dos horas, porque eso es lo máximo que Denver tardará en volver del entrenamiento. Los últimos días ha tenido algún que otro problema con los aductores y ha tenido que acabar antes de tiempo. Es evidente que esto le frustra y que ha estado de muy mal humor desde entonces. Así que es posible que en cualquier momento aparezca en la cocina y yo no tenga ni idea de dónde meterme.

Pero bueno, no pensemos en eso. Todavía no ha llegado.

—Hemos reservado una habitación de hotel en Chicago. Así que nos quedaremos allí unos días para ver la ciudad y el lago Michigan.

—¿Así que no os quedáis *aquí*? —dice Phoenix, señalando con el dedo índice el suelo de la cocina, como si quisiera insistir en el lugar.

—Aquí no hay sitio —dice mi madre, a lo que yo asiento inmediatamente.

—Claro que no hay sitio —respondo—. Hay...

Oh, oh... Me parece haber oído algo.

—¿Sienna? —dice mi padre.

Doy un respingo y a Phoenix se le resbala el azucarero de las manos, y luego cae al suelo. Por suerte, el estropicio distrae a mis padres durante un breve instante, y se disponen a ayudarla de inmediato. Eso me da vía libre para salir de la cocina y correr hacia el pasillo. Tengo que pillar a Denver por banda antes de que vea a mis padres. Y lo que es más importante, ¡antes de que ellos le vean a él! Me pongo roja y el corazón me late con fuerza en el pecho. Odio mentir a mis padres y meter en esto a mis nuevos amigos, pero no he tenido elección.

Joder, tío, estoy de mierda hasta el cuello. Es imposible que Denver decida seguirme el rollo cuando le cuente mi mentira piadosa. ¿Por qué he tenido que cagarla así? Debería haberles dicho la verdad a mis padres. ¿Qué van a hacer aparte de cerrarme el grifo, dejar de pagar el alquiler y...? ¡Joder!

No sé cómo voy a decirles que Denver es mi compañero de piso y que la persona que creen que es Denver es su hermana pequeña, Phoenix.

Me lo encuentro de pie en el salón, completamente relajado, sonriéndome.

—¡Hola! ¿Esa es la mochila de Phoe? —dice, señalando la bolsa de su hermana.

Yo asiento con la cabeza y le respondo:

—Sí, está en la cocina. Esto...

—¿Sienna!

Mi madre abre de golpe la puerta de la cocina y nos mira, sorprendida. Sus ojos se dirigen a Denver y luego a mí, una y otra vez.

—No sabía que tenías visita...

Con su mejor sonrisa, la que le hizo ganar unas elecciones tras otras en nuestro pueblo, camina hacia nosotros y los ojos de Denver se abren de par en par.

—¿Visita? —dice Denver, asombrado, y luego vuelve a mirar a mi madre—. Yo no...

Le clavo el codo en el estómago para hacerle callar, pero de una forma sutil, para que mi madre lo vea. Luego sonrío angelicalmente y me acerco a ella.

—No es una visita, solo es Phoenix.

Me merezco una bofetada por no haber pensado en un nombre mejor para él. ¿Phoenix? ¿En serio? Ahora vas y lo arreglas.

—¡El hermano de Denver! —añado rápidamente, para que Denver no haga preguntas estúpidas.

—Perdona, ¿qué? —suelta Denver—. ¿Cómo que el hermano de Denver?

Y parecía listo el chaval... Lo he sobreestimado.

Mi madre lo mira, escéptica, y luego me mira a mí. Más vale que se trague esta historia, porque si no se va a ir todo al traste. Dios mío, cómo me alegro de que sus padres les pusieran nombres sin género. Si Phoenix se hubiera llamado Claire, y Denver, Michael, mi mentirijilla no habría funcionado, ¡y el lío de nombres habría sido aún mayor!

—¿Qué querías, mamá? —le digo, intentando distraerla con una sonrisa.

El corazón me late con fuerza en la garganta, pero lo ignoro. Luego, recuerdo el incidente de la cocina y decido pasar a la acción:

—¿Va todo bien con el azúcar?

—Pero si no ha pasado nada con el azúcar, hija...

Mi pregunta la irrita, lo sé. Creo que empieza a sospechar que algo no va bien. Pero no parece tan escéptica como para seguir molestándome con preguntas.

—Tu padre no estaba seguro de cómo íbamos a ayudarte con esa estantería tuya, que es descomunal, pero ahora que veo a este chico, no creo que sea un problema.

Sus ojos siguen clavados en Denver y, si no fuera porque es mi madre, diría que se lo está comiendo con los ojos. Está guapísimo, como siempre, con esa camiseta ajustada y sus pantalones cortos de chándal.

—Soy Esther, la madre de Sienna.

—Phoenix —murmura él, y me doy cuenta de lo raro que le hace sentir.

—Encantado de conocerte. ¿Me prestas a tu hija un momento? —pregunta Denver, mientras me hace señas para que le siga—. Nuestra lavadora está rota y Sienna y Phoe-... Denver me dijeron que podía lavar la ropa de entrenamiento aquí. Ahora enseguida ayudo a su marido, un segundo.

—No hay problema —dice en voz baja, girando sobre sí misma de nuevo para ir a la cocina, probablemente para decirles a mi padre y a Phoenix que ya tienen quién les apañe la estantería.

Manteniendo la farsa, Denver coge su bolsa de deporte y me arrastra tras él hasta el baño.

Dios mío, Dios mío, Dios mío. Creo que no estoy pensando con claridad. Pero es que las dos últimas semanas han sido tan emocionantes y maravillosas que me he olvidado por completo de la visita de mis padres. Denver me ha hecho sentir tan a gusto a después de toda la movida de mi llegada... Ahora somos un equipo. Aunque nuestra rutina está un poco encasillada en estereotipos de género, ya que yo me encargo de las tareas más básicas y él trae el pan a casa —al fin y al cabo, es él quien paga a la señora de la limpieza—, nos llevamos bien. Además, me he hecho amiga de Phoenix y Joy. Todo ha sucedido tan rápido y ha sido tan emocionante que no me he acordado de lo de mis padres, como tampoco he pensado dos veces antes de mentir de ese modo. Pero ahora las consecuencias de mis actos vienen a atormentarme.

Denver me lleva a rastras al baño. Me empuja sin miramientos, antes de entrar él también y cierra la puerta tras de sí.

—¿Me vas a explicar qué pasa? —susurra, señalando la puerta del baño, ahora cerrada—. Creía que sabían que vivíamos juntos.

—Lo saben, pero... —respondo—. Pero no les he comentado un pequeño detalle...

Denver cruza los brazos sobre el pecho de una forma imponente y alza las cejas.

—¿Me tomas el pelo, Sienna? —gruñe.

—Saben que mi compi de piso se llama Denver Jones.

—Ajá, ¿y?

—No les he dicho que eres un tío —musito, y entonces siento que Denver me acorrala.

Seguro que entiende que no podía decirles la verdad a mis padres. Al menos no por un tiempo. Tengo que verbalizarlo.

—Yo... no podía decírselo. Me pagan el alquiler y no les entusiasmó que aceptara la habitación que, además, era doscientos dólares más cara. Lo único que suavizó el asunto fue decirles que tengo una buena compañera de piso.

—Phoenix no es tu compañera de piso —gruñe y empieza a andar en círculos—. ¿Qué vas a hacer cuando quieran ver mi habitación?

—Pues ya veremos. Ya se nos ocurrirá algo —digo, esquivando su pregunta.

Denver pone los ojos en blanco, a lo que yo contesto:

—¿Qué querías que hiciera? Si se lo digo ahora, se cabrearán y querrán llevarme de vuelta a Montana.

Solo de pensarlo, se me sube el desayuno a la garganta. No quiero volver a Ellsworth, donde

todos los vecinos hablarán de cómo no pude triunfar en Illinois. Hace unos años, la hija de nuestros vecinos volvió de Nueva York porque su novio la engañó. Durante todo el verano, fue comidilla del pueblo. Todos decían que la gente como nosotros no podía triunfar en la gran ciudad y que ella debería haberse quedado. Lincoln no es una ciudad tan grande y nadie me ha puesto los cuernos, pero no hay nada que mueva más que el morbo.

—Pues bien merecido, la verdad —gruñe Denver—. Sienna, yo... No puedo fingir que no vivo aquí. Mis cosas están por todas partes... Mi ropa está en el baño. No creo que Phoe use Hugo Boss *for men*¹⁰.

Cuanto más habla Denver, más estúpida me siento. Ya sé que el apartamento está lleno de sus cosas. Tenemos que inventarnos una buena excusa.

—Pues habrá que decir que son del novio de Phoe.

—¿Y de dónde piensas sacar a ese novio? —dice Denver, alzando las cejas.

Luego cruza los brazos sobre el pecho y se endereza frente a mí. Me tiembla hasta la cabeza. Necesito serenarme

—¡Jake! —digo, mordiéndome el labio.

No se me podría haber ocurrido un ejemplo más estúpido.

—¿Jake? —pregunta Denver, confuso—. ¿Por qué has pensado en Jake?

—Pues Darren o Julien, como quieras.

Intento pensar en otros ejemplos lo más rápido posible, para no causar problemas a Phoenix y Jake. Molesta conmigo misma, levanto las manos.

—Déjalo estar, ¿vale?

—No, no lo dejo estar —dice, paseándose de nuevo—. ¿Jake y Phoenix?

Estoy cada vez más nerviosa, luchando por encontrar las palabras adecuadas para pasar a otro tema. Phoenix me matará si le cuento a su hermano algo que ni siquiera yo sé. Nunca había mencionado a Jake. Supongo que hay algo más entre ellos.

—Eso era solo un ejemplo —suspiro—. ¿Podemos volver al tema principal, por favor?

—¿A cuál te refieres? —dice, fijando su mirada en mí—. ¿A cómo puedes haberla liado tanto en quince minutos? Ni un tornado lo deja todo tan patas arriba.

—Muy gracioso —respondo secamente, apretando los labios—. ¡Denver, por favor! Céntrate.

—Sienna, esto se nos está yendo de las manos. No puedo mentirles a tus padres sobre todo esto y...

—Claro que puedes —le interrumpo, indignada.

Llevamos demasiado tiempo en el baño. Mi madre no tardará en buscarnos, así que insisto:

—Por favor, Denver. Solo hasta que se vayan, y cuando vuelvan mañana o pasado, estarás en el entrenamiento y...

—¿Y qué pasa con Phoenix? —pregunta, alzando las cejas—. ¿Qué vas a hacer si quieren cenar contigo y con la supuesta Denver?

Sinceramente, que mis padres quieran cenar con Phoenix —también conocida como Denver — y conmigo es el menor de mis problemas. Mientras no vean su habitación y se den cuenta de que les he estado mintiendo, no pasa nada, ¿verdad?

Me encuentro con su mirada, aunque casi no me atrevo a sostenérsela. Denver está muy enfadado conmigo y lo entiendo perfectamente. Debería haberle dicho que mis padres no sabían que era mi compañero de piso. Es más, debería habérselo dicho el primer día, cuando me

llamaron para ver si todo iba bien. Quizá incluso el segundo día, después de que me ayudara con la señora Lawson. Debería habérselo confesado al cabo de una semana, como muy tarde. Pero no lo hice, y ahora la he liado pero bien. Además, nunca debí ponerlos a él y a Phoenix en una situación tan incómoda, en la que han tenido hasta que cambiar de identidad.

—Lo siento... —farfullo, mientras le pongo puchero—. Lo siento mucho.

—¿Tienes algo que añadir en tu defensa, aparte de esa ridícula mirada de cachorrito? —me pregunta él, levantando las cejas—. ¿O eso es todo?

—Bueno, de momento, es lo que hay —añado, intentando sonreír—. Por favor, por favor, no te chives...

Denver suspira y señala la puerta.

—De acuerdo. Pondré una lavadora para que parezca real y luego me aseguraré de que no sepan que me estoy cambiando en mi habitación.

Aliviada, me levanto de un salto y le echo los brazos al cuello.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Denver parece sorprendido y da un paso atrás, como si le hubiera pillado de improviso que me haya abalanzado sobre él. Pero enseguida vuelve a la realidad y me rodea con sus brazos. Al hacerlo, me aprieta contra su musculoso cuerpo y me permite oler su penetrante loción corporal. Genial. Este tío no solo es guapo a rabiar, sino que además huele de maravilla.

—Gracias, Denver —susurro contra su pecho, abrazándolo con mucha fuerza—. Te debo una.

Permanecemos en esta posición más tiempo del necesario y finalmente es él quien se aparta y carraspea. Ahora que tengo las mejillas ardiendo, le suelto y le sonrío una última vez en señal de agradecimiento, antes de desaparecer y dirigirme a la cocina para reunirme con mis padres y Phoenix.

Justo cuando abro la puerta del baño, se quita la camiseta por encima de la cabeza y deja ver su tableta...

Solo por esta imagen ya valen la pena todas las mentiras.

—Venga, tira —dice con una sonrisa—. Si no, tu madre se va a creer lo que no es.

Tiene razón. Mi madre se volvería loca si me pillara en el baño con Denver semidesnudo. Por supuesto, sabe que ya he tenido novio y que me acosté con él. De hecho, tuvo que llevarme al ginecólogo para que me recetaran la anticonceptiva. Pero llevaba casi un año con él antes de pedirle que me llevara al ginecólogo. Omití el hecho de que en ese momento ya teníamos relaciones sexuales. Soy su única hija y le obsesiona mi reputación y mi bienestar. Si me viera abrazando a Denver, el *quarterback* del equipo de fútbol, fijo que saltarían todas sus alarmas. Estoy segura de que piensa que solo debería ser así de cariñosa con mi novio. Mi madre es muy conservadora en ese sentido.

Sin contestar a Denver, giro sobre mis talones y me preparo mentalmente para las preguntas de mis padres.

¹⁰ *N. de la T.* Expresión en inglés que se usa en muchos anuncios de perfumería para referirse a las fragancias de hombre o «para él».

Denver

Después de meter la ropa del entrenamiento en la lavadora y encenderla para guardar las apariencias, me voy a mi habitación. Bueno, quizá *ir* no es la palabra que buscamos. Casi resulta eufemística. Voy andando a hurtadillas hasta mi cuarto, porque en teoría, es el de mi hermana pequeña. No puedo creer que haya aceptado participar en esta gilipollez. ¡¿Ahora soy Phoenix Jones?! Ser parte de esta trola me da grima. Seré muchas cosas, pero no me parezco en nada a mi hermana pequeña.

Sacudo la cabeza al pensar en mi otra hermana. Bueno, mejor Phoenix que Madison y sus quince años. ¡Está insoportable!

Me pongo una sudadera con el escudo de los Lincoln Tigers, unos vaqueros, unos calcetines y unas zapatillas. Luego me miro de arriba abajo una última vez en el espejo, antes de salir de mi habitación.

—Oh, Denver —oigo decir a la madre de Sienna—. Estamos muy contentos de que Sienna haya encontrado una compañera de piso tan estupenda.

—Hola, señor Gardner —saludo cordialmente a su padre—. Soy Phoenix.

Por la sonrisa diabólica de mi hermana me doy cuenta de que le está gustando este jueguecito y que no tiene ningún problema en seguirme la corriente. A veces pienso que Phoenix ha desaprovechado una gran oportunidad de triunfar como actriz. Pero ¿Phoenix, en Hollywood? Venga ya, no quiero ni imaginármelo. Prefiero que haga algo que le asegure un futuro. En todo caso, cuando sea jugador de la NFL, podré salvarle las veces que haga falta gracias a mis billetes, pero más vale prevenir que curar.

—Hola —responde el padre de Sienna, estrechándome la mano—. William Gardner. Encantado de conocerte. Mi mujer me ha dicho que me vas a ayudar con los muebles de Sienna.

—Por supuesto —digo, mirando a mi compañera de piso—. Como invitado, es un placer hacerlo, ¿no es así?

Los ojos de Sienna se entrecierran e intuyo que le gustaría pegarme un puñetazo en plena jeta. Pero va a tener que tragarse las pullitas.

Al fin y al cabo, estoy fingiendo ser mi hermana y mi hermana está fingiendo ser yo.

Madre mía, qué percal. Todo esto es culpa de Sienna. Espero que ninguno de mis colegas se entere de esto. Se burlarían de mí hasta mi último día en el campus, y todo por acceder a salvarle el culo a Sienna. Después de todo, solo la conozco desde hace unas semanas. Si por ellos fuera, ya me la habría tirado.

Sacudo la cabeza. Estos pensamientos están completamente fuera de lugar ahora mismo.

—Entonces nos ocupamos nosotras de las cajas —dice Sienna—. Acabaremos enseguida, papás, y seguro que estaréis tan cansados que querréis iros directamente a vuestro hotel en Chicago.

Su desesperación es tan evidente que no puedo evitar sonreír. Tal vez debería jugar yo

también y vengarme de ella, aprovecharme de la situación. Porque, al parecer, no hay nada que intimide más a Sienna ahora mismo que el hecho de que sus padres se quieran quedar en casa durante un tiempo.

—Casi suena como si quisieras deshacerte de tus padres —digo indignado, alzando las cejas—. No les hagas ese feo, Sienna.

Sienna frunce los labios y aprieta los puños. Claro que quiere deshacerse de sus padres, porque tiene miedo de que se lo cuente todo.

—Eso no es cierto —responde ella, cruzándose de brazos—. Nunca querría deshacerme de vosotros. Solo estaba pensando que...

Estoy a punto de decirle que es mejor que deje de pensar por hoy, pero creo que sería ir demasiado lejos.

—Bueno, me refiero a que cuanto antes empecemos, antes acabaremos, y antes podremos pensar qué hacer el resto del día.

Sienna me lanza otra mirada malvada, mientras Phoenix me sonríe.

—Qué bien que estés aquí, Phoenix —dice la madre de Sienna—. Estábamos pensando en pedirle ayuda a un vecino para que nos ayudara a cargar con los muebles.

—Sí, siempre es bueno tener un hombre en casa —digo, mientras le guiño un ojo a Sienna—. ¿Dónde ha aparcado, señor Gardner?

—En casa, sí —contesta Sienna, con malicia—. En un apartamento, no sé yo...

Estoy a punto de levantar las cejas, pero lo dejo pasar. Mi impresión coincide ahora con lo que me contó los primeros días. Sus padres no parecen saber lo que motiva a su hija, pero eso no tiene por qué ser malo. Mi madre tampoco sabe todo lo que hago. De hecho, es mejor que no lo sepa, porque entonces se preocuparía. Ya tiene suficiente con el comportamiento de mis hermanas.

Madison está completamente fuera de control y ahora le va el rollo gótico. Dios, hasta se ha teñido el pelo de negro. ¡Era rubia, como yo! Casi me desmayo la última vez que la vi. Y Phoenix aún no se ha puesto las pilas con la universidad. Mamá intenta convencerse de que lo de Madison es solo una fase. Después de todo, está a punto de cumplir dieciséis años. Cuando Phoenix tenía dieciséis, se hizo un *piercing* en el ombligo y nunca veía lo cortas que eran sus faldas, ni lo mucho que enseñaban sus escotes. Lo de Mad parece casi mejor. Cuando yo tenía la edad de Madison, nuestro padre murió y me sumergí en el fútbol para no tener que asumir su muerte. Ahora solo lidio con su pérdida de manera esporádica, aunque odio admitirlo. Comenzamos un programa de terapia familiar cuando sucedió, pero ayudó a mis hermanas y a madre más de lo que me ayudó a mí.

No podía conversar con la psicóloga. Tenía dieciséis años cuando murió mi padre. Diecisiete cuando empecé la terapia. Mi padre lo era todo para mí: era mi héroe. Me resultaba incomprensible que una desconocida quisiera saber cómo me sentía y decirme cómo mi madre, mis hermanas y yo debíamos afrontar nuestra pérdida. Así que boicoteé la terapia y dejé de ir. Mamá, Phoenix y Madison la terminaron por su cuenta. Además, creo que la pérdida de nuestro padre me dolió más a mí que a mis hermanas. Yo era mayor que ellas y su único hijo. Puede que parezca una tontería, pero como mi padre estaba en el Ejército y nuestra residencia familiar permanente estaba Chicago, no pasaba mucho tiempo con él. Las tropas estaban desplegadas la mayor parte del año. Así que me alegraba mucho cuando por fin volvía a casa. Hacíamos deporte juntos, venía a verme jugar al fútbol siempre que podía y hasta me enseñó a conducir. La última vez que lo llamaron para servir a nuestro país debería haber sido también su última misión allí.

Después de eso, lo habrían destinado a Chicago y se habría quedado con nosotros para siempre.

Aparto los pensamientos sobre mi padre y me centro en el presente.

—¿Nos ponemos con ello? —dice Sienna, irrumpiendo en mis pensamientos.

Se la ve molesta, así que asiento, aún algo distraído por mis emociones.

—He hecho una lista de todo lo que hay en el coche y en qué orden debemos subirlo a casa para que Sienna, Denver y yo podamos guardarlo inmediatamente. Así evitaremos el caos —explica la madre de Sienna.

Mi mirada sale disparada hacia mi hermana, que ha captado la locura de la madre de Sienna, al igual que yo, y luego se dirige hacia la propia Sienna, que se avergüenza claramente del comportamiento de su madre. Cuando me cruzo con su mirada, sus mejillas se tiñen de un rojo intenso. Por otro lado, nos viene bien que la madre lo haya planeado todo. Menos trabajo para nosotros.

—¿Y lo único que tenemos que hacer nosotros es cargar con todo esto? —pregunto, refiriéndome a su padre y a mí.

El padre de Sienna asiente secamente.

—¡Genial! —contesto.

—Vamos abajo a por los muebles y a prepararlo todo —dice su madre.

Sigo a su padre fuera de la cocina y escaleras abajo, fuera del apartamento.

—¿Y tú también pasas mucho tiempo con Sienna? —pregunta.

Le miro y pienso en lo que voy a decir. Por un momento temo que se huela que les hemos mentido, pero la verdad es que el señor Gardner parece muy tranquilo.

—Sí —le digo con calma—. Vive con mi hermana y solemos quedar en el piso.

—¿Qué estudias, Phoenix?

—¡Ciencias del deporte, señor!

—Oh, ciencias del deporte —responde, lanzándome una mirada de aprobación.

Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y finalmente se posan en mi cara.

—¿Juegas al fútbol, chico? —dice, señalando mi sudadera.

Yo asiento con la cabeza.

—¿En qué posición?

—Soy *quarterback*.

—Oh, *quarterback* —murmura, y juntos salimos del edificio de apartamentos y caminamos hacia la furgoneta blanca—. ¿Te gustaría llegar a la NFL?

—Sí —le respondo, radiante—. Quiero apuntarme al *draft*¹¹ para la liga dentro de un año y medio.

—La NFL es dura, chico —dice, y yo asiento con la cabeza—. En comparación, la universidad es un juego de niños. Si no te eligen en primera ronda, probablemente empezarás en el banquillo. Y ni siquiera entonces tendrás asegurado tu carrera. La mayoría de los equipos buenos seleccionan a su *quarterback* titular pensando en el futuro.

—Sí, lo sé —le contesto, y él abre el maletero de la furgoneta—. ¿Le gusta el fútbol?

—Sí.

Se le ilumina la cara y me sonrío. Está realmente interesado en este deporte, y eso me complace enormemente. Luego, continúa.

—Mi hijo Lawrence jugaba cuando estaba en el instituto.

Recuerdo que Sienna me dijo que era fruto de una relación anterior de su padre. Al parecer,

no habla mucho con él y puede contar con una mano las veces que lo ha visto en su vida.

—¿Y después de eso no quiso seguir? —pregunto con interés.

Conozco a unos cuantos chicos que lo dejaron después del instituto. Las plazas en los equipos universitarios están muy disputadas y las becas no son fáciles de conseguir. Muchos no tienen suficiente talento o simplemente no quieren dedicarse profesionalmente al deporte. La mayoría disfrutaban mientras están en el instituto, pero después sus planes acaban tirando por otro camino.

—Su madre, mi exmujer, pensaba que no merecía la pena.

El padre de Sienna parece triste. Su expresión se vuelve más firme, y puedo ver lo duro que debe haber sido para él tener que ceder a los deseos de su exmujer. Después de un instante de silencio, añade:

—Quería que estudiara algo con más salidas.

—Es una pena —digo, ayudándole a sacar los paneles exteriores de las estanterías de Sienna de la furgoneta—. Mis padres siempre me han apoyado, y mi madre y mis hermanas vienen a mis partidos siempre que pueden.

—Es bonito que te apoyen. Me habría encantado hacer lo mismo con Lawrence —dice, suspirando—. Por desgracia, Esther y yo solo pudimos tener una niña. Y Sienna apenas puede distinguir un balón de fútbol de un huevo enorme.

Me río a carcajadas, como si no pudiera contenerme. Sienna dejó claro desde el principio que no le interesaba el fútbol. Hace unos días, vimos la repetición de uno de mis partidos de la temporada pasada, y en otro momento me pilló analizando las posibles rutas¹² para un partido, pero no parecía conocer las reglas. Además, no me dejaba concentrarme, porque no paraba de interrumpirme. No sabía de cuántas posesiones del balón dispongo antes de que termine una jugada, o por qué un gol de campo vale tres puntos, mientras que el punto extra después de un *touchdown*¹³ solo vale uno, aunque ambos los efectúe el pateador. Intenté explicárselo todo, pero al final lo único que entendió fue que hay dos equipos y que es un deporte muy violento. Me encantaría decírselo a su padre, pero tengo miedo de que se den cuenta de la trola de Sienna.

Este finde, jugamos en casa y me encantaría que ella viniera al estadio con Phoenix. Aún no se lo he pedido, porque estoy seguro de que me soltará alguna excusa, y eso me estresa.

—Sienna está aquí para estudiar, no para ver el fútbol —respondo en su lugar, y el señor Gardner asiente.

—Claro que sí —dice, mirando a lo lejos un momento—. Nos costó mucho aceptar que se mudara, sobre todo a mi mujer, pero Sienna tiene que seguir su propio camino. Hacer nuevos amigos y experimentar cosas por sí misma.

—¿Así que no quiere llevársela de vuelta a Montana? —pregunto.

—¿Yo? —se ríe—. Mi mujer seguro que sí, pero yo, no. Ahora tengo un cuarto para mis *hobbies*, porque Sienna ya no ocupa la habitación del sótano.

Su padre parece más simpático cada segundo que pasa y no tan aburrido y estricto como Sienna lo describía. Pero siempre vemos a nuestros padres de una forma distinta a la de los demás. A mí me parece un hombre muy amable y abierto de mente. Pienso en lo bien que se habría llevado con mi padre y entonces sonrío. Quizá también se llevaría bien con John, el novio de mamá, aunque hay algo en mí que me impide aceptarlo del todo. Todavía me resulta imposible imaginármela con otro hombre que no sea mi padre. Y eso es algo que le he dejado muy claro a John. Nuestras conversaciones en los últimos tres años han sido casi nulas. Habría

preferido que mamá hubiera esperado un poco más tras la muerte de papá. Hemos discutido muchas veces sobre ese tema, y mis hermanas han intentado hacerme ver que no depende de mí. En el fondo, sé que hace feliz a mi madre. Llevan tres años juntos, viviendo en su casa y construyendo una vida juntos. Mi madre nunca olvidará a mi padre, aunque solo sea porque tiene tres hijos con él. Además, mi madre tenía cuarenta y pocos años cuando enviudó. No quiero que esté sola durante los próximos treinta o cuarenta años, solo porque me cuesta imaginarme que rehaga su vida con otro hombre.

—Me imaginaba una respuesta distinta —le digo con sinceridad.

—¿Porque creo que mi hija debe crecer y vivir su propia vida? —pregunta, mientras niega con la cabeza—. No quiero que Sienna se mezcle con quien no toca y se meta en problemas, pero tiene diecinueve años y aquí parece feliz.

—Sí, lo es —digo con una sonrisa.

De hecho, Sienna no ha parecido infeliz ni una sola vez en las últimas semanas. Bueno, me ha dicho alguna vez que la carrera la estresaba y que necesitaba centrarse, pero nunca la he visto pasarlo mal. Siempre se le iluminan los ojos cuando habla de sus estudios. De hecho, muchas veces me han entrado ganas de preguntarle si estábamos hablando de lo mismo.

—Bueno, ¿subimos las piezas y montamos la estantería? —pregunto.

—Sí, parece que eso es lo que ha decidido mi mujer —dice entre risas y se vuelve hacia mí—. Entonces, dime, ¿hay algún equipo al que quieras unirte, Phoenix?

Reflexiono un momento sobre su pregunta. Me encantaría que me seleccionaran los Chicago Eagles. Así podría quedarme en mi ciudad natal y estar cerca de mis hermanas y mi madre. Pero la NFL no es un pozo de los deseos, y el *quarterback* de los Eagles no parece que vaya a decaer por el momento. En cambio, me preocupa tener que irme a Florida o a Nueva York.

—No me hago ilusiones con la idea de irme a Chicago, con los Eagles —respondo, encogiéndome de hombros—. Aunque me encantaría. Así estaría cerca de mi familia.

El padre de Sienna asiente, en señal de comprensión. Entramos al portal y subimos las cosas al piso de arriba. Allí nos reciben Sienna, su madre y Phoenix.

—Por aquí —nos dice la señora Gardner, mientras yo miro a Sienna.

No sé si se siente cómoda con el tono de su madre. Después de todo, es ella quien debería escoger cómo organizar su habitación.

—Quiero la estantería en este rincón —dice, y vuelvo a mirar a Sienna.

No sé qué espero de ella. Quizá una confirmación de que le parece bien, pero ella permanece en silencio. Casi indiferente, como si se hubiera cansado de rebatirle a su madre.

—Quizá habría que mover el escritorio y la cama.

Vuelvo a mirar a Sienna, pero de nuevo, no contesta. Se queda de pie en medio de la habitación, absorta en sus pensamientos y dando rienda suelta a su madre. La Sienna que está aquí y la Sienna que he conocido en las últimas semanas no coinciden en absoluto. Mi Sienna no es una ratoncita tímida que lo aguanta todo sin rechistar. Joder, si es ella la que les enseña la puerta a mis ligues de una noche, quien se atreve a echarme la bronca y quien deja a Darren por los suelos cuando le vacila. No me gusta nada verla así.

—¿Os apetece algo de beber? A mí sí —dice Sienna.

En un abrir y cerrar de ojos, desaparece de su habitación, antes de que podamos siquiera responder.

—¡Ah, Denver!

Levanto la cabeza para contestar a la madre de Sienna, pero entonces recuerdo que ahora soy

Phoenix. La sargento continúa:

—¿Qué te parece si colgamos más cortinas de las que hemos traído?

Miro a Phoenix, que está de pie, un poco incómoda junto a la madre de Sienna y me aclaro la garganta.

—Ahora vuelvo... —murmuro—. Tengo que ir un segundito al baño.

Salgo de la habitación de Sienna y miro alrededor del salón.

—¿Sienna? —la llamo suavemente—. ¿Dónde estás?

Al darme la vuelta, veo que la puerta de mi habitación está entreabierta. Suspiro, voy hacia ella y llamo.

—Hola —susurro y entro—. ¿Estás bien?

Está sentada en mi cama, bastante ida, con los brazos levantados.

—No lo sé —suspira—. Me había olvidado de que venía, pero...

Se detiene en seco. Aprovecho para acercarme a ella y me siento a su lado. Sienna me mira de reojo y luego fija la vista en sus pies.

—¿Tu madre siempre es tan...? —digo, mientras pienso en cómo expresarlo con palabras. No creo que *plasta* sea la palabra apropiada—. ¿Entusiasta?

—Sí —dice, poniendo los ojos en blanco—. Y no estará satisfecha hasta que la habitación esté como a ella le gusta. Porque cree que así también me gustará.

—Pues dile que no te gusta —sugiero—. Y que no puede cambiarlo todo de sitio.

—Sí, claro, así funcionan las cosas. Estás de coña, ¿no?

Sienna me mira como si estuviera loco. A diferencia de su padre, su madre parece bastante coñazo. Espero que se vayan pronto. No me gusta nada esta Sienna. Parece intimidada e indefensa. Cada vez entiendo mejor por qué quería poner tanta distancia entre ella y su madre como fuera posible. Tal vez habría estado mejor en Florida. La Sra. Gardner no podría llegar hasta allí en su furgoneta, al menos no tan rápido como a Illinois.

—Claro que hablo en serio, y si no le hubieras mentido, la habría echado ya.

—¡No te atreverás! —grita ella, con los ojos muy abiertos—. No puedes echarla. ¡Es mi madre!

—Bueno, está claro que no puedo, porque ahora resulta que es Phoenix quien vive aquí.

Le guiño un ojo y me pongo de pie. Motivado, doy una palmada y me acerco a ella.

—Vamos —le digo en voz baja—. Acabemos con esto.

—Gracias, Denver —sonríe ella—. No estás obligado a ayudarme.

—No quiero perder a mi cocinera ni a mi ama de llaves —contesto, indignado, y ella me lanza una mirada tan venenosa que casi me da la risa—. Venga, es broma, sabes que no pienso eso de ti.

—Espero que no —refunfuña Sienna.

Entonces ella se levanta y pasa por mi lado. Yo la agarro del brazo y tiro ligeramente de ella hacia atrás. Sienna se tropieza y cae en mis brazos. Su cuerpo se choca con el mío y disfruto de la agradable sensación de sus dulces pechos presionando mi torso. En general, me gusta todo de ella, en especial su tacto.

—Sienna —digo, suspirando—, he tenido muchas oportunidades de librarme de ti. Si hubiera querido hacerlo, ya no estarías aquí. He sobrevivido todos estos años de uni sin tu ayuda.

Noto que tiene que contener una sonrisa y entrecierra los ojos.

—No sé, Sr. Jones —se ríe entre dientes—. Puede que tus intenciones sean otras...

En ese momento, el poco sentido común que quedaba en mi cerebro se desvanece. No es que

Sienna sea la única que se pasa por mi cabeza, pero desde luego tampoco la alejaría de mi cama. Sería tan fácil inclinar la cabeza hacia ella y besarla... Apretar mi boca contra la suya y probar su sabor por primera vez. Me arriesgo a mirar hacia la cama durante un segundo, y entonces recibo un golpe en el pecho. Supongo que ha sido demasiado obvio.

—¡Denver Jones! —grita Sienna, con las manos en las caderas—. ¡Eres un guarro!

—¿Y qué? —le pregunto, con una sonrisa—. ¿No eras tú la que disfrutaba del sexo?

Sienna quiere hacerse la indignada y lanzarme lo primero que pille, pero la ignoro y salgo de la habitación, decidido a escapar.

¹¹ *N. de la T.* Así se denomina a la fase de selección de los jugadores que pretenden ser profesionales en ciertos deportes, como en baloncesto (para la NBA) o, en este caso, el fútbol americano y la NFL.

¹² *N. de la T.* Así se denomina a los patrones o esquemas que siguen los jugadores dependiendo de su posición en el campo y que les permiten ejecutar ciertas jugadas.

¹³ *N de la T.* En español, se conoce como «ensayo» a la forma básica de anotación en el fútbol americano, donde el jugador que lleva el balón cruza el plano de la zona de anotación (e inglés, *end zone*), o cuando un receptor captura un pase dentro de esa misma zona.

8

Sienna

Me alivia que mis padres se fueran unos días después y no se llegaran a enterar de que Phoenix no es Denver. Mi madre insistió en llevarnos a cenar, pero le dijimos educadamente que no hacía falta. Espero de todo corazón que no vuelvan a Lincoln en los próximos meses. Si no, tendré que decirles la verdad o seguir sacándole el jugo a esta mentira piadosa.

No me resulta fácil mentir a mis padres, pero si me cierran el grifo para el alquiler, no solo me quedaré en la calle, sino que tendré que dejar la carrera, porque es difícil estudiar para los exámenes cuando vives debajo de un puente.

Entro en el aula de la universidad y busco una cara conocida. Tengo clase de gestión empresarial cada dos semanas. La materia es sencilla y me resulta interesante, aunque los profesores son muy exigentes y tengo que leerme tochos interminables.

En una mesa de la primera fila, reconozco a Millie. Coincidimos en otras clases, pero nunca me he sentado a su lado. No me parece alguien que se acerque a los demás por sí misma. Es muy tímida.

—Hola —le digo cuando llego a su mesa—. ¿Puedo sentarme aquí?

Sorprendida, levanta la vista y se ajusta las gafas. Hay que reconocer que la palabra «sexy» no es la primera que te viene a la mente cuando la ves. Su sencilla blusa rosa y sus vaqueros combinan con sus gafas y su trenza, que lleva apartada a un lado de la cara; un recogido muy austero. No lleva maquillaje, pero no lo necesita. Tiene unos ojos marrones brillantes, mejillas sonrosadas y una piel absolutamente perfecta. Otras chicas matarían por esa belleza natural, o se gastarían miles de dólares en tratamientos y productos.

—Claro que sí —dice, sorprendida, mientras deja la mochila en el suelo—. Siéntate.

—Gracias.

Me siento, saco el MacBook de la funda, una libreta, un bolígrafo y mi móvil.

Aunque es de apariencia modesta y se muestra tímida frente a los demás, en el tema de las tecnologías no se queda corta. Tiene un MacBook de última generación, y el último modelo del iPhone, que tiene tres cámaras.

—Millie, ¿verdad? —le pregunto.

Ella asiente, lo que hace que se le caigan las gafas. Yo me río.

—Lo siento —dice—, no pueden estarse quietas.

Millie se sube las gafas y vuelve a sonreírme, antes de seguir:

—Y tú debes de ser Sienna, ¿no?

—La misma. Tenemos algunas clases juntas.

La expresión de Millie se ilumina al escucharme. Parece contenta de que yo también me haya dado cuenta de que coincidíamos.

—¿Eres de Chicago?

Sorprendida por lo habladora que parece de primeras, niego con la cabeza.

—Soy de Ellsworth, un pequeño pueblo cerca de Helena, Montana —le explico—. ¿Y tú?

—Yo soy de Mineápolis.

—Oh —digo, alzando las cejas—. Allí hace frío, ¿eh?

Millie se ríe y asiente.

Abro mi MacBook y lo enciendo. Aún no he encontrado la fórmula perfecta para tomar apuntes. Me cuesta mucho escribirlo todo a mano, pero me facilita el trabajo a la hora de estudiar. En cambio, cuando escribo en el ordenador, puedo revisar los apuntes más rápido y puedo compartírselos con mis compañeros. Además, así puedo almacenarlo todo en una misma plataforma.

—Bueno —dice Millie de repente, y yo la miro. Todavía me desconcierta que hace unos minutos estuviera como un cervatillo tímido y ahora esté charlando sin parar—. ¿Has conocido a mucha gente nueva?

—A unos cuantos —respondo, mirando alrededor de la sala—. Sobre todo a través de mi compañero de piso, ¿tú?

—Más o menos —murmura, jugando con su bolígrafo.

Parece nerviosa e incómoda con su respuesta. Pero no tiene por qué estarlo. Sé muy bien lo difícil que es hacer nuevos amigos. De hecho, es la primera persona con la que he entablado conversación que no es amiga de Denver. Millie continúa:

—No se me da muy bien conocer a gente nueva —dice, sonriente, y se encoge de hombros con cierta timidez.

—Bueno, pues ya me conoces a mí —le respondo, sonriéndole abiertamente.

—Sí, así es —dice—. ¿Dónde te vives? A mí me ha tocado una de las últimas habitaciones que quedaban libres en la resi del campus.

No puedo evitar reírme, pensando que ella podría haber conseguido la habitación que yo tanto quería, pero que ya no estaría disponible, y por eso ahora vivo con Denver. Aun así, esta me gusta mucho más y estoy muy agradecida por el error.

—Vivo en uno de los complejos de apartamentos de la calle Abbey —le explico—. Mi compañero de piso figuraba en el registro como compañera, por un error administrativo. Al parecer, todas las habitaciones de la residencia estaban ocupadas y no pude mudarme.

—¿Vives... con un chico? —dice Millie, con la cara blanca, como si le hubieran robado el habla.

—Sí —digo, encogiéndome de hombros—. Lo que oyes, no había otra habitación disponible.

—Ah, vale... ¿Y es simpático?

—Claro —respondo, intentando ser informal—. Denver es bastante guay. Nos llevamos muy bien.

—¿Denver? —dice ella, jadeante—. No te referirás a Denver Jones, ¿verdad?

Millie se ríe histéricamente y no me aparta la mirada, incrédula.

¿Esto va en serio? Quiero decir, Denver tampoco es un dios.

—¿Qué tiene de especial? Todo el mundo lo adora —pregunto, apartándome un mechón de pelo de la frente—. No se lava las manos después de tocarse los huevos, como cualquier otro tío.

Sacudo la cabeza, burlona, mientras Millie se pone roja. Parece que, o no tiene sentido del humor, o no tiene experiencia con los hombres. Sospecho que es más bien lo segundo.

—¿Qué te gusta hacer? Cuéntame alguno de tus *hobbies* —dice, para cambiar de tema de forma elegante. —Yo estaba pensando en apuntarme al periódico de la uni.

—Pero el periódico de la uni no cuenta como *hobby*, ¿no?

—¿Ah, no?

Me mira confusa y yo niego con la cabeza.

—Pues vaya... —responde, jugando nerviosamente con su bolígrafo—. Quizá podríamos comer algún día.

—Eso tampoco es un hobby, pero me parece guay —respondo, guiñándole un ojo.

Mientras nuestra profesora entra en la sala, vuelvo a mirar a Millie y le dirijo una cálida sonrisa.

Una hora y media más tarde, al salir del aula, estoy agotada. Es como si me hubieran metido un montón de información que no soy capaz de procesar. Por Dios, ¿cómo voy a ponerme al día con todos los apuntes sin dejar de lado mi vida social?

—Ha sido un poco estresante, ¿no? —balbucea Millie a mi lado—. Y ha mandado unas cuantas cositas para la semana que viene. Habrá que hacerlas.

—¿Unas cuantas cositas? —digo indignada—. Espero que no se crea que tenemos el tiempo de leer cincuenta páginas sobre derecho de sociedades y compararlo con los casos prácticos de Amazon y Apple. ¡Mi cabeza no da para más!

Completamente horrorizada, miro a Millie, pero ella ni se inmuta ante mis protestas.

—Podemos hacerlo juntas. Tú lees un texto, yo leo el otro, resumimos la información para la otra y luego escribimos algo juntas.

—Ni siquiera sé si quiero leer uno de los textos —gimoteo, y ella se ríe.

—Vas a tener que hacerlo, Sienna. Cuanto más hagas ahora, menos tendrás que estudiar después.

—Creo que eso es un mito —respondo, suspirando—. Anda, vamos a comer algo primero.

Entramos juntas a la cafetería y cada una coge una bandeja antes de ponernos en la cola. Mientras tanto, dejo que mis ojos recorran la gran sala. Aquí, la universidad no dista mucho del instituto. Están los deportistas, las animadoras, los empollones, los músicos y los que van a su bola, porque no necesitan etiquetas. Y luego estoy yo, que nunca me había juntado con deportistas y, de hecho, en el insti los evitaba. Y ahora vivo con el *quarterback*.

Denver se sienta en el sitio de siempre y mira en mi dirección. Levanto la mano y le saludo. Él me devuelve el saludo, y la chica que hoy tiene el honor de besar donde él pisa aprieta la mandíbula cuando le ve saludarme. Eso me saca de mis cabales. Si solo quiere tirársela, ¿por qué siempre tiene que montar semejante espectáculo a plena luz del día? Ya no estamos en el instituto.

—¿Te ha saludado? —pregunta Millie con los ojos muy abiertos.

Ella coge un plato que le ofrece el camarero y yo hago lo mismo.

—Sí —respondo secamente—. Es humano, ¿sabes?

—Mmm... ¿También te llevas bien con sus colegas?

—Define «bien» —respondo, y Millie se sonroja en el acto—. Quiero decir... Sí, conozco a Darren, Julien y Jake.

—Ah, vale —dice, y por su tono no sé si, en el fondo, le da igual o si no sabe qué contestar—. A mí me encanta el fútbol. Tenemos un equipo de la NFL en Mineápolis, los Minnesota Warriors.

—¿Te gusta el fútbol?

La miro con los ojos muy abiertos y pago a la cajera. Habría supuesto que a todo el mundo aquí le gustaba el fútbol, pero a Millie, justamente... Jamás lo habría dicho. A primera vista, no parece una chica aficionada a un deporte tan bestia. De hecho, me la imagino con los ojos cerrados durante todo el partido.

—Sí —dice, con una sonrisa—. Me sé unas cuantas reglas... Es divertido verlo.

—Vaya —gimo—. No me lo esperaba de ti.

—Ya, eso dice la mayoría —se ríe, subiéndose las gafas—. ¿Y a ti, te gusta el fútbol?

—La verdad es que no, pero si a ti te gusta, ve al estadio por mí, anda. Denver tiene muchas ganas de que vaya este fin de semana —digo, bromeando, y luego suelto un largo suspiro.

—Creo que las entradas para el partido se han agotado —responde asombrada—. Yo no pude hacerme con ninguna.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le propongo—. Phoenix, la hermana de Denver, estará allí. Será divertido.

—No sé —murmura, insegura, aunque algo me dice que quiere venir—. Ni siquiera me conocen y... ahora voy pidiendo entradas.

—Bueno, eso se puede arreglar. ¡Vamos!

Sonríe e interrumpo lo que estaba diciendo. La agarro de la mano que tiene libre y tiro de ella. Denver estará encantado de conocerla. Después de todo, es mi primera amiga de la uni. Quizá me estoy pasando al llamarla «amiga» ya, pero pronto lo será.

Millie, sin embargo, no se mueve ni un paso, lo que hace que yo también me detenga. La miro, sin entender qué sucede.

—¿Millie? —me dirijo a ella, alzando las cejas—. ¿Vienes?

—¿Pretendes... sentarte con ellos?

—Sí —digo como si nada—. Ya te he dicho que Denver es mi compañero de piso.

—Sí, pero él es... No debería sentarme ahí.

—Respira el mismo aire que tú, caga en el mismo... Bueno, caga en el mismo retrete que yo, y te puedo asegurar que de su boca salen muchas más estupideces que de la tuya. Creo que te llevarás bien con él y con los demás. Son bastante majos.

Sonríe alentadoramente y Millie vuelve a mirarme. Luego dirige sus ojos adonde están sentados los chicos.

—De acuerdo —susurra, y una sonrisa se dibuja en su rostro—. Vamos a comer con ellos.

—Perfecto —digo, sonriendo de forma altiva y me dirijo a la mesa.

Jake me ve primero y le hace un gesto a la chica de la silla de al lado para que se levante. Ella lo mira totalmente indignada y se aparta sus perfectos rizos dorados. En cierto modo, puedo entender su indignación. No se parece en nada a la chica que sigue pegada a Denver. Al lado de Jake está Darren. Denver y la chica que está a su lado ocupan las sillas de enfrente. Julien y Dan se han sentado cada uno a un lado de la mesa, en la parte más alejada.

—Hola —digo, sonriendo desde la otra parte de la mesa.

Me caen bien los amigos de Denver y me alegra verlos a la hora de la comida. Sorprendentemente, me llevo mejor con ellos de lo que pensaba.

—¿Podemos acompañaros? —les pregunto como si nada.

—Claro que sí —responde Jake, sonriente.

Noto que se pone en modo guarroneo. Pongo los ojos en blanco y le hago un gesto a Millie para que deje su bandeja. Ella hace lo que le digo y se sienta en la silla que Jake ha dejado libre, de modo que ahora está sentada entre él y Darren.

—Ven aquí, Sienna.

Denver acerca una silla de la mesa de al lado y la desliza entre él y su ligue. Levanto las cejas porque no puedo creer que me haga sentarme ahí. Denver, sin embargo, no hace ademán de cambiar nada. Sabe que prefiero evitar el contacto con sus rollos de una noche. La mayoría de las chicas ya sabe que soy su compañera de piso, así que me dejan ver su envidia. Por supuesto, nunca me dicen nada directamente, pero me entero de los cotilleos a mis espaldas y de los rumores sobre Denver y sobre mí. A algunas personas les parece totalmente incomprensible que no haya nada entre nosotros. Ya en el instituto me molestaba ser el centro de atención y que todos fueran rondando mentiras sobre mí, pero aquí estamos.

—Antes de que se me olvide —digo, enderezando mi silla y girándome hacia mi nueva amiga—. Esta es Millie. Millie, estos son Denver, Jake, Darren, Julien y Dan.

Guardo silencio porque no me sé los nombres de las chicas.

Luego veo que Phoenix se acerca a nosotros, acompañada de Joy.

—¡Hola, chicos! ¿Todo bien?

Con una confianza admirable, Phoenix acerca una silla para ella y Joy a nuestra mesa y se sienta. Phoenix lleva el pelo rubio recogido en una coleta alta. Para mi sorpresa, lleva una sudadera con capucha del equipo de fútbol, que le queda al menos dos tallas más grande. Me pregunto si será de Jake. Me tengo que reír. Unos vaqueros grises y unas zapatillas negras son el toque final de su *look*. Phoenix está, como de costumbre, sin maquillar. Joy, en cambio, se ha hecho la raya y se ha maquillado el ojo de una forma muy sexy. Luce, como siempre, las puntas de un precioso color turquesa. Lleva una camiseta blanca, unos sencillos vaqueros pitillo y unas zapatillas blancas. Me alegro mucho de verlas a las dos.

—Hola —les digo—. Phoenix, Joy, esta es Millie.

—¡Hola! —dicen al unísono, y Millie responde tímidamente.

Para ella, esta situación debe ser como entrar en otra dimensión. Para ser sincera, para mí también lo sería, si no fuera la compañera de piso de Denver y no conociera ya a todo el grupito. Phoenix y Joy se enfrasan directamente en la conversación en la mesa.

—Sienna, ¿vas a venir? —me pregunta Joy y yo la miro, curiosa.

—¿A dónde?

—A la fiesta de esta noche —responde Joy, apartándose un mechón de pelo de la frente—. ¡Veeenga, que va a ser la hostia!

—No tiene tiempo —interviene Denver, antes de que pueda responder—. Seguro que tiene que estudiar.

Le miro indignada. Por lo visto, soy la única persona de la mesa, a excepción de Millie, que se toma en serio sus estudios. Aunque, después de la clase de gestión empresarial de hoy, tampoco es que vaya muy al día. La profesora tiene que estar un poco tocada de la cabeza si se cree que me voy a leer todo lo que nos manda.

—Ah, perdona... Siento no tener la vida solucionada, señor *quarterback* —contraataco.

—No finjas que me tienes envidia —replica él, sonriéndome con picardía—. Y por cierto, la señora de la limpieza que tenemos no se paga sola... ¿O eso también me lo solucionas tú?

—¡Uooooo! —grita Darren, entre risas—. ¡Punto para Denver!

—Cállate un rato —rechisto—. Y tú cállate un mes.

Esta vez apunto con el tenedor a Jake, que inmediatamente levanta los brazos. Luego se gira a mi amiga y le pregunta:

—¿Te gusta el fútbol, Millie?

Ella se sonroja de inmediato, ya que es probable que no se esperara ser el centro de atención. Parece como si prefiriera que la tierra se la tragase para no tener que contestarle.

—Un poco —dice ella, mientras pincha pequeñas cantidades de comida—. Es un deporte que me toca de cerca.

—Pero no ha podido conseguir entradas para el partido del sábado —interrumpo—, así que le he ofrecido la mía.

Denver me lanza una mirada inquisitiva y yo me encojo de hombros.

—Ya te he dicho que no puedo aceptarlo —dice Millie, negando con la cabeza—. No pasa nada si no voy.

Solo un idiota con los ojos vendados podría ignorar las ganas que tiene de ir.

—Venga, no digas tonterías —interviene ahora Darren, sonriéndole.

Millie le devuelve la mirada y sus mejillas se tiñen de un tono más oscuro. Luego, Darren dice:

—Te conseguiremos otra entrada.

—No —dice Millie, haciendo aspavientos—. No hace falta, de verdad.

—No es para tanto. Nos dan a cada uno una serie de entradas. A mí me quedan unas cuantas.

—¿Ves? —digo con una sonrisa, señalando a Millie—. Ahora ya tienes entrada.

Ella sigue sin sentirse cómoda con todo esto, pero ni los chicos ni yo estamos dispuestos a ceder.

—Gracias —susurra, sonriendo tímidamente a Darren.

Él asiente despreocupado y vuelve a centrar su atención en la conversación de la mesa.

—¿Podemos volver a hablar de la fiesta? —pregunta Joy, mirándome—. ¿Vienes o no?

—Yo...

—Va a venir —dice Denver, decidiendo por mí.

Mi cabeza da un respingo y le miro directamente a los ojos. Parece estar completamente satisfecho de sí mismo después de haber metido semejante triple. Aunque sabe perfectamente que no quiero ir y que tengo una clase importante por la mañana. Como le parece poco, va y añade:

—Y no se admite discusión.

Los chicos se ríen y Phoenix y Joy tampoco pueden contenerse.

—¿Qué? —preguntamos Denver y yo, mirándolos.

—Joder, tío —dice Jake, poniendo los ojos en blanco—. Deberías haber visto la forma en que Brittany y Tiffany se han largado, pensando que Denver solo tenía ojos para ti.

Al menos ahora sé sus nombres. Intento ignorar el resto de la frase de Jake, pero no puedo. Todos me miran, *nos* miran.

El calor se dispara en mis mejillas. La atención me hace sentir incómoda. Denver sigue mirándome, sonriendo, y me rodea con el brazo.

—Ese era mi plan —dice con suficiencia—. Sienna es la coartada perfecta para que otras tías se piquen.

Pongo los ojos en blanco y le aparto el brazo de un manotazo.

—Quítame las manos de encima —farfullo, pero él no se inmuta y tira de mí para acercarme a él—. ¡Joder, Denver!

9

Sienna

Un mes más tarde.

Llevo más de un mes estudiando en Lincoln y ahora sé que tengo muy buenas amigas: Millie, Joy y Phoenix, y el mejor compañero de piso que podría haber pedido, Denver. Nos llevamos genial y nos divertimos mucho juntos. El temor que tenía de llevar yo sola las riendas de la casa, mientras que él se quedaba de brazos cruzados, no se ha cumplido. Al contrario, siempre nos ayudamos y es un tío bastante decente. Por supuesto, a veces discutimos y hay temas en los que estamos completamente en desacuerdo. Denver tiene la terrible costumbre de beberse por la tarde el café que le sobra por la mañana. Frío y con la leche rancia. Le he dicho cientos de veces que la leche rancia puede acumular bacterias. Por otro lado, él odia que repase en voz alta mi horario para el día siguiente, aunque lleve semanas haciéndolo.

Desde que Denver me ha aceptado de manera oficial en su grupito, me he hecho buena amiga no solo de las chicas, sino también de sus colegas. Me llevo especialmente bien con Jake, cosa que Denver no siempre aprueba. A veces incluso creo que está celoso de él. Jake también estudia economía, y cuando está con nosotros, la conversación enseguida se encauza hacia lo que él vivió en los cursos pasados, y que ahora me toca vivir a mí. Entonces Denver no sabe qué decir y acaba aclarándose la garganta en voz alta para recordarle a Jake que ha venido a verle a él y no a mí.

Para mí no tiene sentido que esté celoso, si es que realmente lo está. Es obvio que Jake es un tipo atractivo, pero no es mi tipo en absoluto. Además, si yo tuviera algo con Jake, eso no facilitaría la convivencia en el piso. Lo mismo digo de Darren, Julien o Dan. Denver siempre me da la impresión de que no quiere que esté mucho rato con sus colegas. Interrumpe nuestras conversaciones más a menudo de lo necesario, no nos deja divertirnos a solas, solo dentro de los límites de una amistad platónica y suele impedir que me siente entre ellos. Incluso cuando uno de ellos se acerca y me sonríe, se pone tenso. Y se le nota aún más cuando salimos de fiesta o quedamos en algún lado.

Denver sigue dando rienda suelta a la terrible costumbre de llevar la menor cantidad de ropa posible en casa. Sobre todo en la parte superior del cuerpo. La forma en que se mueven sus músculos cuando camina hace que se me caiga la baba. Se contraen ligeramente, y yo me imagino lo que sentiría si pudiera acariciarlos con los dedos. Me imagino la forma en que se tensarían o en la que su cuerpo se estremecería si recorriera sus abdominales con mi lengua. Se le pondría la piel de gallina. Sí, creo que Denver está increíblemente bueno y pienso en él demasiado a menudo... Más de la cuenta.

Dios, ¿en qué estoy pensando? Denver es mi compañero de piso y mi amigo. Durante más de un mes, he estado resistiéndome a estos pensamientos intrusivos, y no me ayudan a relajarme cuando estoy cerca de él. Sobre todo porque, en el tema del sexo, no se queda corto. El número de chicas que se ha traído al piso es tan alto que no estoy segura de si habrá engendrado ya algún hijo o será portador de una ETS. Casi todos los fines de semana, y a veces entre semana, viene

una nueva. Nunca recuerdo sus nombres. Ni siquiera me molesto ya en acompañarlas hasta la puerta y explicarles de pasada que solo soy su compañera de piso. Cada vez menos chicas piensan que soy su novia. Se ha corrido la voz de que el *quarterback* vive con una rubia. Además, imagino que su novia nunca se sentaría tranquilamente en la mesa del comedor a ver salir por la puerta a su ligue de una noche.

Asqueada, aprieto los labios. Tengo que dejar de pensar en Denver Jones, el tío bueno y empezar a pensar en él como un amigo. La atracción que siento por él es platónica. Pero eso no es nada fácil, sobre todo porque a veces me mira como si no se negara a que hubiera algo más entre nosotros. Lo he visto, no me lo estoy imaginando. Estaría bastante ciega si no me diera cuenta de que no para de mirarme el culo.

—¡Sienna! —me grita Phoenix en la cara y yo me sobresalto—. ¿En qué piensas?

Phoenix, Joy y yo hemos quedado para cenar en un restaurante cerca del campus. Es un típico *diner*¹⁴ estadounidense con mesas plateadas y bancos rojos brillantes. El mostrador es blanco y los taburetes de la barra están colocados a intervalos regulares delante de él, cubiertos de un cuero rojo brillante, a juego con los bancos. En las paredes predomina el *merchandising* de los Chicago Eagles, el club de la NFL de la ciudad de Chicago, y de los Lincoln Tigers. La camiseta de Denver está en la pared, lo que me enorgullece. Me alegro de que tenga tanto éxito en el mundo del deporte y de que vaya a cumplir su sueño.

—¡En tu hermano! —chilla Joy, mordiendo una patata frita—. ¿A que sí?

Avergonzada, cojo mi refresco y no contesto. No ha pasado nada entre Denver y yo. Solo somos amigos.

Además, tiene una vida sexual tan completa que no me necesita para eso.

Abro la boca para contestar, pero entonces Millie se acerca a nuestra mesa.

—¡Hola, chicas! —dice, sentándose a mi lado, sin aliento—. Siento llegar tarde.

—¿Estabas ocupada comparando las diapositivas con tus apuntes? —dice Joy, burlándose de ella.

Phoenix y yo nos reímos. Millie es, sin duda, la más empollona de nosotras y la más lista. No le hace falta pegarse semejantes palizas. Aunque solo estudiara la mitad que yo, sacaría mejores notas. Se le da muy bien la economía.

—No tiene gracia —refunfuña, pasándose uno de sus mechones castaños por detrás de la oreja—. ¿De qué estabais hablando?

Me alegro de que se haya vuelto mucho más abierta en las últimas semanas. Por supuesto, sigue siendo tímida en momentos puntuales, pero poco a poco se le está pasando. A veces incluso dice palabras como «coño» o «follar». Teniendo en cuenta que, cuando hablamos por primera vez, pensaba que Denver era un semidiós, hemos avanzado bastante. Además, a mí me gana en otro aspecto, y es que es superfán del fútbol americano. Millie conoce todas las posiciones, todas las jugadas, y a veces incluso puede predecir la jugada de Denver. En un momento dado, admitió que le encanta el fútbol.

—De Sienna, que sueña despierta con Denver —dice Joy con una sonrisa, y yo pongo los ojos en blanco.

—Yo no sueño con Denver —aclaro—. Yo...

—Sí, ya sé lo que vas a decirme —responde Joy, levantando las manos—. Que no te parece que esté tan bueno y que no mojas las bragas por él.

Mis amigas saben que no es verdad, pero no quiero hablar de eso ahora. Y menos cuando su

hermana pequeña está sentada en la mesa, mirándome fijamente. Phoenix nunca ha dicho abiertamente que le moleste que sus amigas se interesen por Denver, pero me doy cuenta de que se pone rígida cuando sacan el temita. Por desgracia, últimamente hablan mucho de Denver y de mí. Joy opina que creo que está bueno y que quiero tirármelo. Millie, por otro lado, tiene un enfoque mucho más sensato. Dice que es obvio que me gusta Denver y que sueño despierta cada vez que hablamos de él. Aunque nunca lo diga de una forma tan bestia como Joy, el mensaje es el mismo: ¡Me gusta Denver!

Aun así, me cuesta admitir mis sentimientos. Me gusta, sí, y disfruto mucho pasando tiempo con él. Cuando vuelvo a casa de clase por la tarde, me alegro de que esté allí, o me sorprendo a mí misma dejando la puerta de mi habitación un poco abierta mientras estudio para oírle llegar a casa. Cada vez pasamos más tardes juntos. Las dos primeras semanas pasé mucho tiempo en mi habitación, pero Denver me saca cada vez más. Cenamos juntos y vemos una película. Tonteamos mucho y... y luego están esos pequeños gestos que hacen que mi corazón lata más deprisa. Cuando su brazo roza el mío en el sofá, o me acerca a él, sonriente, para cantarme de coña alguna nana para que me duerma. Pero también está el otro Denver Jones, el *fucker*¹⁵, el rompecorazones, el *quarterback*. No me gusta esta parte de él, ya que implica que jamás tendremos nada, porque en ese caso, tendría que renunciar a la libertad de estar soltero.

No sé cómo tomarme las miraditas de Phoenix. No sé si es solo que le cansa el tema o si sabe que es verdad y no lo aprueba. Ya en el instituto, Denver sería un imán para las chicas y muchas solo querrían ser amigas de Phoenix para acabar en su cama. Es comprensible que esto le haya dejado huella a lo largo de los años. En cuanto a Joy y Millie, hace tiempo que entendieron que Denver me cae mejor que bien.

Mientras Phoenix guarda silencio y Millie intenta poner la mejor cara posible, Joy, bueno... Es Joy, qué se le va a hacer. Siempre suelta grandes verdades, pero las que nadie quiere oír.

—Sienna y Denver, ¿eh? —dice Phoenix entre risas, y pone los ojos en blanco—. Menuda tontería...

No parece que esté en su radar. Mejor, la verdad.

Joy y Millie levantan las cejas de inmediato.

—La única razón por la que aún no se han acostado es porque no quieren poner en peligro su amistad —dice Joy, metiéndose otra patata frita en la boca como si estuviéramos hablando del tiempo.

Es un caso, pero no está del todo equivocada. Aun así, me pregunto si es necesario que hablemos sobre si Denver y yo nos acostaremos alguna vez.

—No olvides todos sus líos de una noche... —añade Millie—. Espero que no tenga una ETS.

Joy y yo resoplamos, mientras Phoenix pone los ojos en blanco y se tapa los oídos durante unos segundos.

—Eso es asqueroso —dice, poniendo cara de asco—. Estáis hablando de la vida sexual de mi hermano...

—Hablemos de tu vida sexual, entonces —contesta Joy, mirándola atentamente—. ¿Con quién te acuestas, Phoe?

Phoenix, que hasta hace un segundo hablaba sin problemas, se queda muy callada y mira fijamente su hamburguesa. ¿Cómo? ¿Qué le pasa? Normalmente, ella también nos vacila sin problemas.

—Con nadie —responde, alcanzando su hamburguesa—. No me acuesto con nadie.

—¿En serio no hay nadie? —pregunta Joy, y Phoenix sacude la cabeza.

—No —farfulla, molesta.

Se le nota la presión en la mandíbula y tiene el ceño fruncido. Nos mira secamente. Es como si Joy hubiera metido el dedo en la llaga. Entonces abre la boca y suelta, para cambiar de tema:

—¿Y Millie? ¿Con quién te acuestas tú?

La cara de Millie se pone roja. Parece tan incómoda con la pregunta que debe estar pensando para sus adentros si cambiarse de grupo de amigas. Me mira, y luego a Joy y a Phoenix.

—Yo... bueno, yo...—tartamudea, con torpeza—. Eso es algo muy íntimo.

Una vez más, resoplamos. Nuestro grupo de amigas no respeta el concepto de *intimidad*. Pero como creo que Millie aún es virgen y como mucho se habrá besado con un chico o dos, la dejo en paz. Joy también mantiene la boca cerrada. Lo cual es sorprendente, ya que ella suele pasarse cuatro pueblos a la mínima ocasión.

Creo que Millie está enamorada de Darren, pero lo mantiene en secreto. Lo cual, siendo sincera, sería un desastre absoluto. Él ni siquiera sabe que ella existe y respira el mismo aire que él.

—Soy un coñazo —dice Joy, sacudiendo la cabeza—. Ayer me acosté con...

—Ethan —termino su frase—. Sé que Denver sabe unos cuantos detalles sobre el asunto.

—¿Cómo lo sabe? —dice Joy frunciendo el ceño.

No se la ve incómoda. Su postura sigue siendo casual, pero no parece que se sienta a gusto con que Denver me cuente las cosas.

—Estaba con Jake en casa de Darren cuando vosotros... Bueno... os *liasteis*.

Joy protesta y yo río suavemente, antes de continuar.

—Pero Jake también había quedado como una chica.

—Otro que me sorprende que no tenga ninguna ETS —dice Joy, divertida—. Se ha tirado a medio mundo, ¿verdad?

—No lo creo —murmuro, mirando a Phoenix por un instante.

Todavía no ha abierto la boca. ¿Qué coño le pasa? Normalmente, le encantan este tipo de cotilleos, pero ahora no dice ni mu. Según cuenta, Jake solo la está ayudando con sus estudios, pero no sé si creérmelo al cien por cien. Me atrevería a decir que hay algo más entre ellos. Ella ya ha insinuado varias veces que estudian juntos y después de algunas fiestas a las que he ido, también me he fijado en que Jake y Phoenix se iban juntos a casa. Dudo que cada uno se fuera a su cama.

Creo que harían buena pareja. Jake es muy buen chaval, y puedo entender por qué a ella le gustaría tener algo con él.

—Quizá deberíamos dejar el tema —dice Millie, mirando a un lado y a otro entre nosotras—. No es algo que podamos cambiar.

Intenta ser sutil, y cuando Phoenix asiente enérgicamente, sonrío. Millie tiene un instinto increíblemente bueno para saber cuándo una conversación resulta difícil para uno de los presentes.

—Estoy de acuerdo —refunfuña Phoenix—. Que se folle a quien quiera.

Pongo los ojos en blanco y me meto una patata frita en la boca. Tiene razón, y a juzgar por su reacción, no le importa. Quién lo iba a decir.

—Seamos realistas, chicas —dice Joy con una mirada seria—. No ignoremos lo más raro de todo esto. Tú...—dice, señalando a Phoenix— no has abierto la boquita con el tema de Jake, así que...

—¡Que te he dicho que no ha pasado nada entre Jake y yo! —grita Phoenix enfadada—. ¿Por qué dices eso ahora?

—Bueno... Porque es obvio, ¿no? —dice Millie, cosa que no me esperaba—. Te gusta, ¿verdad?

Tengo que reprimir una sonrisa, porque no me imaginaba que Millie fuera a soltárselo a la cara. Sobre todo porque quería zanjar el tema con diplomacia. Por otro lado, Millie es la primera que ve amor hasta donde no lo hay. No entiende que puedas acostarte con alguien solo para pasártelo bien. En realidad, a mí tampoco me entusiasma. Ese es más el estilo de Joy y Phoenix. Prefiero disfrutar del sexo en una relación, y que no sea solo un polvo rápido después de una fiesta o algo más cutre.

—Y tú también le gustas —balbucea Millie—. ¿Cuál es el problema?

—Denver —dice Phoenix frustrada, y me sorprende que lo admita en voz alta—. Jake dice que él es su mejor amigo y yo su hermana pequeña.

—El código de colegas —murmura Joy—. La típica. Un poco sucia, también te digo.

Phoenix asiente con tristeza. Los ojos de Millie se abren de par en par como si nunca hubiera oído hablar de él.

—No me digas que no conoces el código de colegas, tía.

Joy levanta las cejas y Millie se encoge de hombros. Luego, Joy le explica:

—Jake no puede ir a más con Phoe porque es la hermana pequeña de Denver. Uno no se acuesta con la hermana pequeña de su mejor amigo. Los colegas siempre son lo primero; con las tías, ya se verá. Salvo porque Phoe no es una tía cualquiera.

—Sí, ¡pero es que es mutuo! —replica Millie, con el ceño fruncido por la confusión—. ¡Se gustan!

—Qué mona eres —dice Phoenix, entre risas y se levanta para ir a la barra—. El menú del día de este sitio es *Bebe hasta que no puedas más*.

Creo que quiere cambiar de tema para no admitir sus sentimientos. La vemos alejarse y suspiro.

—Creo que está empezando a afectarle —digo y Joy asiente—. Podría preguntarle a Denver si cree que ella...

—Ni se te ocurra —dice Joy—. Mientras él no sospeche nada... Si no, terminarás despertando a la bestia, y es mejor que siga dormida.

—Cierto —respondo mientras Phoenix vuelve con nosotras.

Se apoya en el respaldo del asiento y se masajea las sienes.

—Jamás hemos hablado de esto, ¿vale? —dice, mientras mira lentamente a las que estamos sentadas en la mesa—. Y ni una palabra a nadie.

Todas asentimos, una a una.

—Claro que no —respondo.

—Denver no puede enterarse de esto, bajo ningún concepto.

—Entonces es mejor que cambiemos de tema —dice Millie, y yo me giro sorprendida.

Denver entra muy animado en el restaurante, seguido de Darren y Jake. Como era de esperar, va vestido para la ocasión. Lleva unos pantalones cortos negros, unas zapatillas de deporte y una sudadera negra con el escudo de los Lincoln Tigers. No puedo evitar fijarme en las otras chicas del local, que no dejan de mirarlos. Los chicos son un regalo para la vista. Su presencia intimida. Todo el mundo se gira para mirarlos. Muchas de las clientas desearían sentarse a su lado, y a los clientes les gustaría ser amigos suyos. Es un *cliché*, pero ese es el efecto que causan. Es un

espectáculo digno de ver, y todos especulan sobre en qué mesa se sentarán, y qué se pedirán.

Tras unos instantes, nos ven al fin. Los chicos nos saludan y nosotras les devolvemos el saludo. Inmediatamente, nos corremos un poco para dejarles sitio en nuestra mesa. Darren y Jake cogen dos sillas de la mesa de al lado y se sientan. Darren entre Millie y yo, y Jake entre Joy y Phoenix. Como si fuera lo más normal del mundo, cogen un par de patatas fritas de mis amigas. Solo Denver se queda de pie.

—¿No quieres sentarte? —le pregunto, sin poder evitar que se me dibuje una sonrisa en los labios.

Me devuelve la sonrisa y me pone la mano en la nuca. Siento un cosquilleo donde me toca y le sonrío como si fuera tonta. Hace una semana, Denver empezó a hacerme gestos cariñosos de forma bastante habitual, como por accidente, pero a propósito. Como ahora, por ejemplo.

—Como puedes ver, no hay silla —responde.

Me sonrío y pongo los ojos en blanco. A veces es un poco divo. Podría haber cogido una silla de una mesa un poco más alejada.

—Madre mía... —suspiro y me pongo de pie.

Denver me mira con los ojos muy abiertos. Sonriendo, señalo mi silla y le digo:

—Ahora ya tienes una libre. Voy a por otra.

Menea la cabeza como si mi reacción le divirtiera y se sienta. Cuando me giro para coger otra silla, me coge de la mano y me sube a su regazo. Sorprendida, chillo, lo que provoca las risas de mis amigos. Avergonzada, miro hacia otro lado, aunque tampoco es buena idea, porque la alternativa es el cuello de Denver.

—¿Te da vergüenza sentarte en mi regazo? —susurra y yo pongo los ojos en blanco.

—No —respondo con firmeza.

Entonces él sonrío y, antes de que pueda reaccionar, y mucho menos protestar, me acerca aún más. Apoya sus preciosas manos sobre mis muslos y, desde aquí, puedo oler su *aftershave*. Joy y Millie me miran atentamente, mientras que Phoenix parece distraída y pasa un poco del tema.

—¡Hola! —dice la alegre voz de la camarera cuando se acerca a nuestra mesa.

Como la mayoría de los trabajadores temporales del sector de la restauración de Lincoln, es una estudiante. Como era de esperar, lanza una mirada coqueta a los chicos antes de detenerse en Denver.

No te cortes, anda.

Es un poco fuerte que las chicas sigan tonteando con él, incluso cuando estoy sentada en su regazo. Probablemente, sea porque saben que solo soy su compañera de piso y no su novia.

—¿Qué os pongo?

—Tres latas de Coca-Cola, dos de nachos y tres hamburguesas de ternera —dice Darren, en nombre de todos.

Los labios de la camarera se reducen a una fina línea, y puedo ver claramente que le habría gustado preguntarle a Jake y Denver ella misma, para poder entablar conversación con ellos. Su mirada se detiene un momento en Denver, con la esperanza de que vuelva a hablar. Pero como no sucede, frunce el ceño, toma nota de lo que ha pedido Darren y vuelve a la barra.

—Dime, Joy —dice Jake, mirándola divertido—. ¿Ahora Ethan y tú os acostáis más a menudo?

Todas las cabezas se vuelven hacia Joy y ella se encoge de hombros, divertida. No parece en absoluto incómoda con la pregunta. ¿Cómo lo hace? Yo no sabría dónde meterme. Millie probablemente se pondría a llorar y saldría corriendo. Y Phoenix, bueno, se libra de esas

preguntas porque Denver seguro que se metería por en medio.

—No —responde ella.

Su voz es completamente neutra, como si estuviera hablando de una lista de la compra y no de sexo. Luego suelta:

—¿Y tú? ¿Ya has sentado la cabeza?

Tensa, miro a Jake y luego a Phoenix. Agarra la bebida muy nerviosa. No va a salir nada bueno de todo esto. Es probable que no quiera oír la respuesta de Jake.

—¿Yo? —dice Jake, riéndose.

Darren y Denver se unen. Esa respuesta va por mal camino. Luego, Jake le pregunta a Joy:

—¿En qué estás pensando?

—Sí, ¿en qué estaré pensando? —responde Joy un poco tensa, lanzando una mirada superficial a Phoenix—. Eres y seguirás siendo un...

—Bombón incorregible —interrumpo—. Tan mono y adorable como siempre...

Denver se ríe suavemente y Jake abre los ojos como platos.

—¿Quieres decirme algo, Sienna? —pregunta, moviendo las cejas—. Quiero decir, si alguna vez quieres tema...

—Cállate, Jake —lo interrumpe Denver con brusquedad, mientras me clava los dedos con fuerza en los muslos.

Denver me aprieta aún más contra él, lo que me hace sentir su pecho, subiendo y bajando sin tregua. ¿A qué viene eso? Jake y yo solo estamos bromeando. Esa no es razón para hacerme moretones. Jake levanta las manos y se ríe suavemente.

—Lo siento, tío. Toda tuya...

Ahora necesito un momento para pensar con claridad. Sé que a Denver no le gusta que coquettee con sus amigos. Pero escuchar a Jake decir que soy toda suya es un poco extraño. Denver me trata como a una amiga, salvo por algunos pequeños gestos diarios. Soy su amiga, no su novia.

Lentamente, giro la cabeza y miro a Denver a los ojos, que mira fijamente a Jake. Sus dedos se clavan dolorosamente en mi piel y temo que vaya a perder la calma en cualquier momento. Como no quiero provocar más a Denver, me muevo muy despacio sobre su regazo y pongo distancia entre nosotros. Él accede a regañadientes y retira los dedos de mis muslos. Inmediatamente, noto que me falta su calor, y deseo que vuelva a tocarme y me apriete contra él.

Contrólate, Sienna.

Mi voz interior me dice que me centre en lo importante y no en lo que desea mi cuerpo y, lo que es peor, mi corazón: ¡Lo deseo a él!

Al parecer, los chicos han hablado de temas sobre los que me gustaría que me informaran.

—¿Qué quiere decir? —digo, buscando los ojos de Denver.

Este tarda unos segundos en apartar la vista de Jake y mirarme. Tiene la mandíbula apretada y si de sus ojos pudieran salir flechas en dirección a su mejor amigo, no dudarían ni un segundo.

—Lo que quiere decir es que le gustas, pero le dio a Denver su palabra de dejarte en paz.

La afirmación de Phoenix me encoge, y ahora más que nunca espero una respuesta de Denver. No puede hablar en serio, ¿verdad? No le gusto a Jake. Esto es ridículo. Casi tan ridículo como la idea de que Denver les haya dicho a sus amigos que no me tiren la caña.

Phoenix se levanta de la silla y sale corriendo de la cafetería después de lanzarle a Jake una mirada que imagino que habrá entendido.

Mis ojos se abren de par en par y la veo irse, mientras Jake se levanta de un salto y la sigue.

Aunque se refería a mí, sus palabras son más un reflejo de su propia situación con Jake. Por suerte, él va tras ella para arreglarlo.

—Pero ¿qué cojones?

Denver mira a Joy, a Millie y luego a Darren y a mí. Luego dice, casi chillando:

—¿Puede alguien decirme qué está pasando?

Giro la cabeza para mirarle y le digo:

—Será mejor que me expliques por qué les dijiste a tus amigos que no intentaran ligar conmigo. Ya sé que no te emociona que hablemos los dos y tú no puedas decir ni pío, pero esto...

—digo, señalando la puerta de la cafetería por la que han salido Jake y Phoenix—. Esto es pasarse, Denver. Estás actuando como si fueras mi... mi...

Soy incapaz de pronunciar la palabra «novio», porque no quiero arriesgarme a que se quede solo con eso, y dejemos de lado lo que les prohíbe hacer a sus amigos. Así que abro la boca y me dirijo a él.

—Soy toda oídos, Denver.

¹⁴ *N. de la T.* Restaurante típico de los EE. UU., con una estructura prefabricada y similar a un cenadero en España. Suele estar decorado con la estética *doo wop* de los años 50.

¹⁵ *N. de la T.* Ligón, picaflor.

10

Denver

Cuando decidimos ir al *diner* después del entrenamiento, me imaginaba que las cosas sucederían de otro modo. Me ha venido bien que faltara una silla, pero por lo demás, nada ha salido según lo previsto. Creo que me he despertado en una dimensión paralela. Primero, mi mejor amigo, que quiere tirarse a Sienna; más tarde, mi hermana pequeña, que sale corriendo de la cafetería como si hubiera visto una serpiente. Luego, Jake la sigue y Joy se queda callada como una tumba. Eso sí que es raro. Esa chica no se calla ni una. Para colmo, Sienna ahora sabe que les dije a los chicos que ni se acercaran a ella.

¿Qué coño ha pasado en los últimos minutos? Claro que les dije a mis colegas que mantuvieran sus manos alejadas de Sienna. Y más cuando que noté que algunos de ellos la miraban. Ninguno de esos idiotas está a su altura, ni siquiera son lo suficientemente buenos para ella. Sienna es tan dulce y amable... Solo ven lo buena que está y quieren follársela. No es que yo sea distinto, pero en el caso de Sienna, mi instinto protector se dispara. Es como lo que me sucede con mis hermanas, pero distinto, en cierto sentido. No quiero que nadie se acerque demasiado a Phoenix y Madison. Por eso tengo aún más curiosidad por saber por qué Jake ha salido corriendo detrás de Phoenix. No lo entiendo, pero ahora mismo tengo otras cosas por las que preocuparme.

Seguro que Phoenix está cabreada porque me he fijado en su amiga. Solía tontear con sus amigas todo el tiempo en el instituto, y en los años posteriores, he tenido sexo ocasional con otras amigas de Phoenix. Pero ninguna de ellas era tan cercana a ella como Sienna. Solo eran conocidas. Así que no pensé que fuera tan malo. Si mi hermana se lo toma de ese modo, lo siento. No quería incomodar a Phoenix. Es lo que pasa cuando solo te llevas dos años. Además, la diferencia de edad se va difuminando con el paso del tiempo.

Vuelvo a mirar a Sienna, que se ha levantado de mi regazo y está de pie, frente a mí, con los brazos cruzados. Luego miro a Darren, Millie y Joy. Ninguno de ellos parece querer intervenir y ayudarme a salir de este berenjenal. Al contrario, me miran con los mismos ojos interrogantes.

Si le explico a Sienna por qué les he dicho a mis amigos que está fuera de su alcance, lo sacará todo de contexto. No quiero que lo malinterprete, pero es que...

No es solo que no quiera que ninguno de ellos le tire la caña a Sienna porque quiera protegerla, sino porque... porque a mí también me gusta. Sí, lo admito. Me gusta Sienna, mucho. Pero no solo físicamente, sino también porque nos llevamos muy bien. Es algo que confirmo día tras día. Me acuerdo de ciertas cosas; de cómo se toma el café, por ejemplo. Sé qué días está en casa y a qué hora llega. Son cosas que no me importarían si solo quisiera acostarme con ella. Me gusta Sienna y la idea de que comparta esa intimidad con otro tío me vuelve loco.

Esta historia entre nosotros se está complicando cada vez más. En los últimos días, me he vuelto más valiente y he empezado a acercarme a Sienna. No solo cuando estamos en el sofá, sino en nuestra vida cotidiana. Como después de al llegar al restaurante, cuando aún estaba

sentada en su silla y le puse la mano en la nuca, o cuando la subí a mi regazo en lugar de cogerme mi propia silla. No me habría costado nada ir a otra mesa a por una, pero yo la quería en mi regazo. Quería sentir su cuerpo contra el mío y dejar claro a todos los chicos, incluidos Darren y Jake, que ella es mía.

Sienna nunca me ha rechazado ni ha demostrado que no quiera que la toque. Por otro lado, nunca ha tomado la iniciativa. Me pregunto si le resultaría incómodo decirme que no le gusta que lo haga. Eso sería horrible, por supuesto, porque no quiero obligarla a hacer nada.

—¡Denver! —grita Sienna, y yo la miro—. ¿De qué vas? ¿Por qué les has dicho eso?

—Yo no he dicho nada de eso —digo, negando con la cabeza—. Será mejor que me digas por qué Jake y Phoenix se han ido juntos de la cafetería.

Señalo la puerta con la mano y la miro sin comprender.

—Esto no va con Jake y Phoenix; se trata de ti —refunfuña Sienna—. Yo decido con quién salgo y con quién no. ¿Entendido?

Joder, qué sexy. La forma en que está de pie delante de mí con los brazos cruzados, exigiendo respuestas... Pero no estoy seguro de querer darle esas respuestas. Sigo esperando a que ella dé un paso por los dos, pero tal y como están las cosas ahora mismo, eso no va a ocurrir. Está muy enfadada. Por suerte, antes de que pueda responder, la camarera se acerca y nos deja la comida. Darren come con ganas. Vuelvo a mirar a Sienna y le pido que me pase mi hamburguesa, pero ella no reacciona. En lugar de eso, se sienta en la silla de Phoenix.

—Bueno... —dice Joy, como si ignorara por completo lo que ha estado pasando en nuestra mesa los últimos minutos—. ¿Vamos a ir a la fiesta de Josh mañana?

Y aunque me sorprende que cambie de tema, le agradezco que lo haga. Sonriendo, le hago un gesto con la cabeza. Ella no responde a mi gesto, sino que se centra en Millie y Sienna.

Josh es uno de nuestros colegas del equipo. Darren asiente con la cabeza y Millie también lo hace, dubitativa.

Para ser sinceros, Millie me parece guapa. No de una forma tan sexy como Sienna, pero sí es muy mona. No tiene mucha experiencia con los hombres y también le ha costado integrarse con las chicas. Sin embargo, siempre está ahí en todas las quedadas. Todos nos hemos hecho muy buenos amigos en las últimas semanas.

—¿Y vosotros qué, chicos? —pregunta Joy, mirándonos a Sienna y a mí.

—Me apunto —dice Sienna, mirándose con un brillo sexy en los ojos que preferiría ver en un ambiente mucho más íntimo—. Si es que Denver me deja ir.

Me estremezco como si me hubieran arrojado un cubo de agua fría. No necesita mi permiso para ir a una fiesta. No soy su novio. Ya lo ha dejado claro antes.

—¿Permiso para qué? —pregunto, lamiéndome la salsa de la hamburguesa de los dedos—. ¿Para ir a la fiesta?

—Sí —dice Sienna, sirviéndose unos nachos—. Tus amigos estarán allí. No querrás que me cruce con ellos o que me tropiece y acabe cayendo en sus camas...

—Maaadre mía...—gruño.

Que se deje de provocaciones infantiles. Aunque tengo que admitir que estoy a punto de prohibírselo. No quiero verla en ninguna de esas camas, así que le digo:

—Nunca he dicho que te quisiera solo para mí.

Antes de que Sienna pueda responder, Jake y Phoenix regresan. Mi hermana parece mucho mejor. Respiro, aliviado. Me alegro de que Jake y ella se lleven tan bien y de que él haya podido calmarla. Sé que siempre estará ahí para Phoenix y Madison.

Jake coge una silla de la mesa de al lado y se sientan, y yo vuelvo a centrar mi atención en Sienna.

—Puedes hacer lo que quieras, Sienna. Y con quien quieras.

Qué manera de boicotearme...

—Perfecto —dice Sienna, mientras me sonrío con satisfacción—. Se me ocurren ya varios candidatos...

—Qué bien... —gruño, frunciendo el ceño mientras sigo comiendo—. Bueno, diviértete.

—Eso haré —dice, contenta, relamiéndose los labios.

Qué buena está, joder.

Mi compañera de piso se dirige de nuevo a mí:

—Me alegro de que lo hayamos aclarado, Denver. Después de todo, tú eres el primero que se trae a todas las pavas del campus a casa. Igualdad de derechos, crack.

Y como si la situación no pudiera empeorar, nuestros amigos se ríen a carcajadas.

Mi ánimo está por los suelos desde ayer por la tarde. Cuando salimos del restaurante y volvimos a casa, nos encerramos en nuestras habitaciones el resto del día. Ni siquiera cenamos juntos. Y eso es lo que solemos hacer cuando mi horario me lo permite. Sienna me ha estado evitando y pensaba que no iba a hablarme más. Pero esta tarde se dignó a dirigirme la palabra, y me preguntó si iríamos juntos a la fiesta. Le dije que sí, obviamente, de inmediato.

Ahora estoy en la puerta del apartamento, esperando a que termine de arreglarse. ¿Cuánto puede tardar una mujer en el baño?

—¡Sienna! —la llamo, mirando el reloj por enésima vez—. ¡Venga, so lenta!

La idea de que hoy se ligue a otro tío no deja de rondarme por la cabeza.

En las últimas semanas no la he pillado acostándose con nadie ni acercándose a ningún chico. Quizá, al igual que yo me traigo a unas cuantas chicas a mi casa, ella también vaya a casa de algún chico. Eso tendría sentido. Espero que a partir de ahora no quiera traerlos a nuestra casa. Pero bueno, no creo que sea el caso. Sienna siempre ha estado en casa cuando yo llegaba. Da igual la hora que fuera, estaba en la cama. Lo sé porque a menudo iba a verla, estuviera sola o no. Por supuesto, puede que ya la hubiera pillado de vuelta de casa de algún chico, o que ella lo hubiera echado... Pero por más que trato de imaginármelo, me cuesta creerlo. Sienna no es de las que se acuesta con alguien sin ataduras. No encaja con la forma en que habla de sexo. Joy, en cambio, sí, y mi hermana también, aunque no me guste admitirlo.

—¡Sienna! —le grito, cada vez más impaciente—. ¡Vamos a llegar tarde!

Le he dado tantas vueltas que empiezo a hacerme a la idea de que otra persona haya explorado su cuerpo con sus labios, con sus manos... Quizá se la haya follado en todas las posturas posibles.

—¡Aquí estoy! —dice Sienna, saliendo del baño.

Cuando la veo, casi se me desencana la mandíbula. Está preciosa. Su melena rubia y rizada le cae sobre los hombros. Se ha maquillado de una forma muy provocativa: sus ojos están acentuados con una atrevida sombra marrón y su pintalabios rojo parece una invitación a que la bese. Pero lo más sexy es el vestido. Trago saliva y espero que no se me ponga dura. Es de cuero negro. Se ajusta a su cuerpo como una segunda piel y, por si fuera poco, le moldea los pechos, como si fuera dos melones maduros. Luego respiro, aliviado, al darme cuenta de que al menos se ha puesto una cazadora vaquera.

—¡Venga, vámonos!

—¿Vas a ir... así? —le pregunto mientras se guarda el iPhone y las llaves en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Sí? —responde, entrecerrando los ojos—. ¿O crees que debería llevar botas en vez de estos tacones?

—¿Qué? —pregunto, atónito.

Me la sudan los zapatos que lleve. Es el vestido lo que me vuelve loco.

—¿Crees... crees que es ese el problema?

—Bueno...

Sienna suelta una risita y se echa el pelo hacia atrás. Así puedo ver mejor su escote. Su piel pálida es preciosa. La fina cadena de plata de la que cuelga una S luce perfecta en su cuello. Quiero lanzarme sobre ella y hacerle un chupetón para marcarla como mía. Sienna suspira, satisfecha, se acerca a mí y me dice:

—No estaba segura de qué zapatos ponerme. Pero las botas tienen un tacón más grueso...

Parpadeo una vez para volver al presente. No puedo permitirme más lapsus esta noche. El conjuntito me está calentando, como hará con cualquiera, y dada la amenaza que me soltó en el restaurante, tengo que vigilarla aún más de cerca.

No digo nada sobre sus zapatos y abro de un tirón la puerta del apartamento, con la esperanza de que una ráfaga de aire fresco me golpee en la cara. Pero no es así. En vez de eso, Sienna pasa por mi lado, sonriente, y yo aspiro su perfume. Esta noche me va a costar controlarme. Y lo peor es que todo este lío es culpa mía.

Espero que haya alguien en la fiesta que quiera acostarse conmigo. No me importa quién sea. Tengo que sacarme a Sienna de la cabeza, cueste lo que cueste.

11

Sienna

No sé en qué estaba pensando cuando me embutí en este vestido de cuero tan ceñido. Estoy incomodísima con él. De hecho, odio este tipo de vestidos, especialmente los que son demasiado cortos. Joy me convenció porque, y cito textualmente, «así Denver no podría resistirse a mis encantos». A juzgar por cómo ha reaccionado al verme lista para la fiesta, creo que ha funcionado. Sé que apenas puede apartar los ojos de mí.

Cuando Denver y yo nos peleamos en el restaurante y me enteré de que les había dicho a sus amigos que no se acercaran a mí, me asusté un poco. ¿Qué le pasa? Quiero decir, es él quien no tiene los huevos de lanzarse. Es él quien tontea y me acaricia cuando le viene en gana. Yo lo acepto, y espero a ver si va más allá. A ver si me besa, por ejemplo, pero luego, nada.

Además, yo no sé si sería capaz de empujar sus casi cien kilos y empotrarlo contra la pared más cercana para besarle hasta dejarle sin aliento. En primer lugar, no sería capaz de moverlo si él no se dejara, y en segundo lugar, no tengo la confianza en mí misma para hacer algo así. Phoenix y Joy lo harían sin problemas, pero aún no he adoptado esa valentía suya. Todavía queda en mí una parte de la niña a la que tanto sobreprotegeron en Montana. Además, no soy yo la que le está demostrando constantemente que tengo un rastro de chicos esperando a montárselo conmigo. Creo que Denver no se cree que pueda conseguir algo conmigo.

Una de las razones por las que quiero acostarme con él es que me parece increíblemente sexy, de eso no hay duda. Pero más allá de eso, nuestra relación ha cambiado en las últimas semanas. Nos gustamos y nos encanta pasar tiempo juntos. Para mí, eso es tan importante o más que la atracción física. Si no puedes conectar de una forma humana, lo atractiva que te parezca la otra persona casi ni cuenta.

Denver no es una persona que hable mucho; de eso me he dado cuenta con el paso del tiempo. Por ejemplo, si la conversación gira en torno a su padre, apenas puede articular palabra. Cuando se preocupa por sus hermanas, algo que le pasa con frecuencia, tampoco lo exterioriza. Lidia con ello por su cuenta. Así que tampoco es que esté esperando a que verbalice que quiere algo más que sexo. Pero no me atrevo a hablar de ello con él. El miedo al rechazo está siempre presente.

Volviendo a mi problema, el vestido es muy provocativo, además de incómodo. Pero aquí estamos, en plena fiesta y con este *outfit* de mierda, con el que apenas puedo moverme, por miedo a que se me vea el culo o se me salga una teta.

—¿Por qué llevas otra vez ese vestido? —me pregunta Millie, después de que vuelva a estirar de él hacia abajo.

Debería haberme enterado ya, después de la enésima vez en la última hora, de que el cuero no es un tejido elástico y siempre vuelve a su sitio.

—¡Para provocarle!

—Ya veo —dice, levantando las cejas—. ¿Y tienes que andar así? ¿No podrías hacerlo de

otra manera?

Es muy fácil hablar cuando llevas vaqueros y una camiseta. Yo también me sentiría mucho mejor con ellos, pero no, tuve que hacerle caso a Joy. Nunca hay que hacerle caso a Joy...

Sacudo la cabeza.

—No. Ya sabes lo que hizo Denver...

Millie suspira y asiente. Da un sorbo a su bebida y me mira atentamente. Nunca diría nada que pudiera hacerme daño. No, en lugar de eso, le da vueltas durante un buen rato, hasta que me siento tan intimidada por su mirada que me imagino lo que estará pensando y me siento mal por ello. Pero siempre lo hace a buenas y me parece admirable que se esfuerce tanto en ser honesta, justa y sutil. Eso no lo hace cualquiera.

—Sí, pero no tienes por qué rebajarte a su nivel —me dice—. Estás estupenda y la mayoría de los chicos de aquí no pueden quitarte los ojos de encima. Y eso no tiene nada que ver con el vestido. ¿Realmente te merece la pena darle coba a un imbécil como Denver?

—Millie —suspiro—, tú no lo entiendes.

—¿Qué es lo que no entiende nuestra dulce Millie? —pregunta Joy, rodeándome con el brazo. Nos sonrío y yo le devuelvo la mirada—. Estás que lo petas, amiga.

A veces no entiendo cómo nos juntamos las cuatro: Phoenix, Joy, Millie y yo. El destino nos unió y creo que podríamos ser amigas de por vida. Hasta conocí a Phoenix antes de Denver, cuando me la encontré en la puerta del edificio de apartamentos. Phoenix me presentó a Joy y, al final, fui yo quien se acercó a Millie. Ahora somos cuatro inseparables y eso me encanta. Es la primera vez que tengo un grupo de amigas tan estable.

Aun así, somos y seremos siempre muy diferentes. Las visiones del mundo de Millie y Joy, en particular, no podrían distar más la una de la otra y sé que, en algún momento, chocarán.

—¿Os dais cuenta de que nosotras tres y Phoenix no somos nada compatibles? —les digo, riéndome, y ambas asienten—. Es decir, somos... somos tan diferentes y aun así, todo va bien.

—Es verdad —coincide Millie—. De alguna manera, todas tenemos nuestro sitio en el grupo y complementamos a las demás.

Joy asiente y me señala de nuevo.

—Bueno, al lío. ¿Cuál es el plan de ataque para Denver?

Millie pone los ojos en blanco.

—No hay plan. Si ni siquiera puede andar con ese vestido...

Joy se ríe a carcajadas.

—Pero eso es lo que se busca con estos vestidos... Existen para que te sientas sexy durante un rato y luego te los quites lo antes posible para acostarte con alguien.

A veces me sorprende lo directa que es Joy. Millie se sonroja al asimilar sus palabras.

—No sé qué haría sin tus consejitos —respondo irónicamente, incapaz de dejar de poner los ojos en blanco—. Y Millie cree que no necesito este vestido para ganarle a Denver este asalto.

—No se equivoca... A él se le caería la baba aunque te pusieras un saco de patatas —dice Joy con una mirada divertida—. Pero creo que es bueno que le muestres lo que se está perdiendo, para que esta noche tenga que aliviarse con la mano...

Millie frunce los labios y yo pongo los ojos en blanco.

—Ya, claro... Seguro que tiene que usar la mano...—digo, riéndome de forma irónica—. ¡Menuda tontería! Seguro que encuentra a alguien que se abra de piernas para él...

Justo entonces, Darren entra en la cocina y juraría que Millie suspira. No está siendo muy sutil a la hora de ocultar que está colada por él. Darren es demasiado tonto para darse cuenta de

que alguien tan increíble como Millie solo piensa en él. Lo cual, por cierto, no logro entender. Darren es simpático, pero nada más. No me atrae nada de él. Y su actitud sureña realmente me saca un poco de quicio. Por eso me sorprende tanto que nuestra Millie Mouse¹⁶, como la llama Joy últimamente, esté colada por él.

—Joder, tía, cómo te queda ese vestido... —me dice Darren, guiñándome un ojo.

Ignoro sus palabras porque no quiero herir los sentimientos de Millie, pero sé que ella lo entiende. La imagen que tiene Darren de una chica con la que echar un polvo es todo lo contrario a Millie. Con ese *outfit* tan discreto, que podría llevar perfectamente a clase, es difícil que se fije en ella. Por muy inteligente que sea, le cuesta salir de su caparazón. Pero tampoco creo que tenga que cambiar por un tipo como Darren. Nadie debería cambiar solo para llamar la atención de otra persona.

Millie evita mi mirada y se da la vuelta.

—Espero que Denver ya te lo haya dicho —añade Darren a su cumplido.

—No —respondo, mirando a mi alrededor—. No me ha dirigido la palabra desde que llegamos.

Darren asiente brevemente y sonrío a Millie. Ella le devuelve la sonrisa, lo que nos hace enternecer a Joy y a mí. Luego se da media vuelta y se va. Habría estado bien que le dijera algo a ella también. Millie esboza una sonrisa tristona y veo en su expresión lo decepcionada que está.

—¿Y bien? —dice Joy, sonriente—. Te ha chafado un poco, ¿no?

Ya estamos otra vez, *pico pala*.

—No. —jadea Millie—. Yo ... Solo estaba... siendo educada. No quería... interrumpir. Le estaba haciendo un cumplido a Sienna... Ya sabéis a lo que me refiero.

Millie agita las manos excesivamente en el aire.

—Habla con él alguna vez —le aconsejo, en voz baja—. Me ha dicho un pajarito que funciona.

—¿Como entre Denver y tú? —contesta, tapándose la boca con la mano—. Sienna, yo...

—Tranquila —digo, sonriendo—. Y sí... Denver y yo probablemente deberíamos hablar...

—También podríais liaros —dice Joy, sonriendo de forma provocativa—. Esa es otra forma de comunicación...

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar reírme.

El olor a humo y alcohol flota en el aire de la hermandad en la que estamos. Había planeado emborracharme y liar me con algún tío para que Denver se enterara... Así cumpliría con mis amenazas y montaría un espectáculo. Pero no me atrevo a hacerlo. Nunca he tenido un lío de una noche. No soy así y no quiero serlo. Además, dada mi amistad con Denver y a la red de cotillas del campus, creo que me conocen demasiado como para dejar que un chico se acueste conmigo en secreto y que solo Denver lo sepa.

Salgo al patio trasero y no puedo creer que la gente siga bañándose en la piscina en pleno octubre. Hace muchísimo frío en Lincoln y no tardará en caer la primera nevada.

—Hola —dice una voz grave detrás de mí y doy un respingo—. Perdona, no quería asustarte.

Un chico rubio está de pie frente a mí. Diría que mide 1,90... Tiene los hombros anchos, una sonrisa amable y los ojos azules, ¡es justo mi tipo!

—Hola —digo un poco nerviosa y le sonrío.

Puede que yo también esté un poco nerviosa...

No puedo evitar devolverle su cálida sonrisa. Luego él dice:

—Soy Tyler. Espero que no te incomode que me haya acercado a hablar contigo de repente.

No me incomoda, pero me resulta extraño. Y un poco sospechoso también, la verdad, pero menuda gilipollez... Denver nunca me tendería una trampa con un chico que es exactamente mi tipo y se parece a él, ¿verdad? ¿O sí? Se estaría cagando en todo lo cagable de todos modos, porque no quiere que salga con nadie más.

—No, qué va —respondo con una leve sonrisa—. Soy Sienna.

Le ofrezco la mano de manera amistosa, que él estrecha inmediatamente. Su mano está caliente, pero no sudorosa. La aprieta ligeramente, lo que me hace sonreír. Vale, a este tío lo de guapo se le queda corto. Además, ya ha dicho más de tres frases, y ninguna ha sido la típica frase digna de un universitario desesperado. No ha soltado un comentario que me haga huir inmediatamente.

—Hola, Sienna —dice, y yo me río en silencio.

—Hola, Tyler.

Un poco avergonzada, levanto los ojos para mirarle. Es muy guapo. Tyler lleva vaqueros, una camiseta blanca con una camisa roja de cuadros y unas zapatillas de deporte. Lleva el pelo un poco más largo por arriba que por los lados. Sus ojos azules culminan en gruesas pestañas, y una cuidada barba perfila sus mejillas y define su prominente mandíbula. Sin duda, Tyler no se me habría escapado ni muerta.

—¿Eres nuevo? —le pregunto y él asiente.

—Sí. Me trasladaron desde Ohio.

—Ah, vale —contesto con interés—. ¿Por qué?

—El equipo de fútbol es mejor aquí.

Sonríe y yo gimo. Por favor, no. Un jugador de fútbol, no. Tiene que ser una broma. Mi supuesto ligue continúa:

—Creo que puedo conseguir mis metas de forma más sencilla si me uno a ellos.

—Probablemente, sí —digo, asintiendo y sonriendo a Tyler—. ¿En qué posición juegas?

No puedo creer que esté hablando de fútbol con él.

—Soy *running back* —contesta—. ¿Te gusta el fútbol americano?

—Un poquito solo.

Mi respuesta no es muy precisa, pero es la verdad. Denver y los chicos me han aficionado al fútbol en las últimas semanas. Aun así, no está en lo alto de mi lista de deportes que adoro. Hay otros deportes menos violentos, como el fútbol europeo y la danza, que sí ocupan un lugar más alto en la lista. Aun así, le digo:

—Cada vez me gusta más.

—Ah, qué bien... —dice, guiñándome un ojo—. Así que estarías dispuesta a ir al estadio si tuvieras una buena excusa para ello.

Me río suavemente y asiento.

—Sí, quizá...

Tyler me sonríe y da un paso hacia mí. Es un chico dulce y ha conseguido que me olvide de Denver por el momento.

—La verdad es que eso me alegraría mucho...

Su voz baja un tono y un escalofrío recorre mi cuerpo.

Levanto la cabeza para encontrarme con su mirada. Tyler me la devuelve y se acerca a mí hasta que no queda distancia entre nosotros. Todas las dudas que tenía hace unos minutos se desvanecen en el aire. Tyler es increíblemente simpático y dulce y, joder si está bueno... Y como es nuevo, aún no se ha enterado de la prohibición de Denver...

—Tal vez me lo piense —murmuro, y pongo las manos sobre su pecho.

Siento el calor que emana de su piel y me acerco aún más a él. Sonríe y se inclina hacia mí, me pone las manos en las caderas y tira de mí. Sus ojos azul grisáceo me miran con atención.

Joder, ¿qué hago? Esto se me está yendo de las manos.

Nerviosa, me relamo los labios, lo que Tyler interpreta como una invitación a acercarse más. Su aliento me roza la oreja, pero espero sentir el mismo cosquilleo que me produce Denver con solo rozarme.

¿Por qué no sucede? Tyler es increíble, pero yo solo puedo pensar en ese imbécil.

—Sienna —susurra—, voy a besarte, ¿vale?

El corazón se me acelera en el pecho y, antes de que pueda decir nada, aprieta los labios contra los míos. El beso es más suave de lo que esperaba. Tyler no se mueve al principio y cuando abro un poco la boca para decir algo, él lo toma como otra invitación y me mete la lengua. Me acerca más a él, agarrándose de la cintura para que mi cuerpo se apriete contra el suyo. El agarre de sus manos me deja poco espacio para moverme.

Tyler besa muy bien y, si pudiera, acabaría en la cama con él, pero no puedo. En mi cabeza solo hay un chico con el que quiero hacerlo. Porque, en los brazos de Tyler, mi corazón late más rápido, por otros motivos de los que no quiero hablar. No siento las mariposas en el estómago, solo un enorme vacío.

Quiero a Denver. Ahora más que nunca, me doy cuenta de que es el chico al que quiero besar, tocar y llevarme a la cama.

¡Me cago en la puta! ¿Por qué he tenido que liarme con otro tío para darme cuenta por fin de lo que quiero, o mejor dicho, de a quién quiero?

Me separo de Tyler y lo empujo lejos de mí. Retrocede un paso a trompicones y abre la boca para decir algo, pero le corto de inmediato.

—No puedo hacerlo.

Eso lo único que consigo decir.

Sin esperar la respuesta de Tyler, paso por su lado y entro a la casa. Todavía le oigo llamarme, pero le ignoro. La fiesta, la gente, el vestido, Tyler y el beso... Esto es demasiado para mí. Tengo que salir de aquí.

Joy y Millie se me acercan y empiezan a decirme algo, pero niego con la cabeza. No quiero hablar con ellas y echarme a llorar delante de todos en la fiesta. Ya es bastante ridículo que me haya dado semejante bajona. Lucho por contener las lágrimas mientras estoy dentro. Me cubro las mejillas con las manos y me dispongo a salir de la fiesta con la cabeza gacha, pero entonces me tropiezo con alguien. Asumo que voy a caerme de culo, pero unas manos fuertes me agarran por los brazos y evitan que me caiga.

—Ya estoy aquí —dice Denver, con voz preocupada.

Denver me abraza. Siento el calor de su cuerpo y al mismo tiempo me viene a la mente el beso con Tyler. Luego, él dice:

—No pasa nada.

—Claro que pasa. ¿Por qué no eres capaz de verlo?—digo, apartando a Denver.

Me seco las lágrimas. Ya no puedo contenerlas más.

—Sienna, yo...

Denver se muerde el labio y extiende los brazos, atrayéndome de nuevo hacia él. Sacudo la cabeza, rogándole en silencio que no me toque. Él se detiene y no se acerca a mí, y yo aprovecho para pasar por su lado y escapar.

—¡Sienna! ¡Sienna, espera!

Ignoro sus gritos y me abro paso entre la multitud para salir de la hermandad. Jadeando, me detengo en la puerta principal y me pongo las manos en las caderas. No me había dado cuenta de lo poco en forma que estoy. Me cuesta respirar, pero podría ser por el conjunto.

—Sienna —dice Denver y sé que está justo detrás de mí—. ¿Qué te pasa?

Cuando Denver me toca el hombro, me giro y le fulmino con la mirada.

—¿Que qué me pasa? —le grito—. ¿No se te ocurre qué puede ser?

—Yo... —balbucea.

Mi arrebató parece pillarle por sorpresa. Al principio parece quedarse sin palabras, pero luego continúa:

—Te estaba buscando y quería hablar contigo...

—Pero yo no quiero hablar contigo —farfullo, secándome las lágrimas que acaban de brotar de mis ojos.

El sabor salado me escuece en los labios y me los lamo lo más rápido que puedo. Luego le miro y suelto:

—Todo esto es culpa tuya...

Frunce el ceño, lo que me enfurece aún más. Debe de haberse dado cuenta de que ahora no quiero hablar con él. Todo lo que ha pasado esta noche es algo que tengo que resolver primero. Yo sola. Sin él y sus ojos ardientes.

En algún momento, durante las últimas semanas, me he enamorado de Denver, y ahora se ha ido todo a la mierda.

Denver y yo nos lo hemos cargado todo. Cada uno a nuestra manera. El hecho de que esté tan enfadada con él por acceder al jueguecito de mierda de esta noche lo hace aún peor. Llevo unas pintas horribles, un vestido que ni siquiera merece ese nombre y me he liado con un estudiante nuevo para olvidarme de Denver.

—¿Qué culpa tengo yo? —pregunta dando un paso hacia mí.

Su expresión es de dolor y puedo ver la mirada triste en sus ojos. Denver se mete las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Déjame en paz, Denver —susurro, sin apenas fuerzas para enfrentarme a él.

Las últimas horas han sido demasiado para mí. Joy y Millie aparecen detrás de él, mirándonos al uno y al otro.

—¿Quieres que...? —pregunta, y luego se detiene y me mira, confuso—. No te entiendo, Sienna.

—Me la suda —murmuro—. Ya me da igual... Tú... En fin, vete a la mierda.

Joy pasa enérgicamente junto a Denver, mientras Millie se muestra notablemente más cautelosa. Mis amigas me flanquean por ambos lados como para protegerme.

—Sienna —dice Joy en voz baja, rodeándome con el brazo—. ¿Quieres que te llevemos a casa?

—Yo ... Supongo que sí... No lo sé.

Denver da un paso más hacia mí.

—Deja que te lleve a casa —dice, mirándome con urgencia—. Por favor...

Me suplica con la mirada, pero niego con la cabeza. Esta noche no creo que pueda soportar estar cerca de él. Quiero darle vueltas al asunto sin saber que está durmiendo dos habitaciones más allá. La distancia nos vendrá bien para saber lo que queremos. Aunque yo ya estoy segura de lo que quiero: ¡A Denver! Y no quiero solo un lío, sino algo más. Quiero que sea mi novio.

—Dormiré en casa de Millie —decido, apartándome de él para marcharme.

Millie y Joy están a mi lado, así que Denver no tiene oportunidad de llegar a mí otra vez.

—No puedes irte así como así —me dice—. Por favor, ven a casa conmigo...

12

Sienna

Dos días más tarde.

Llevo cuarenta y ocho horas evitando ir a casa, y me estoy quedando en casa de Millie. Su habitación es demasiado pequeña para las dos, y a su molesta compañera, Amanda, tampoco le gusta tenerme allí. Ya no es fácil ser dos personas en veinte metros cuadrados y con un baño pequeño. Pero con tres, se convierte en un calvario. No sé la razón exacta por la que no le caigo muy bien a Amanda. Pero estoy bastante segura de que es por mi relación con Denver. Cada vez que su nombre o el de cualquiera de los chicos sale en la conversación, ella resopla con desdén, hasta el punto de que Millie y yo hemos tenido que restringir nuestras conversaciones a cuando ella no estaba presente. Ahora que lo pienso, es mejor que no me dieran esa habitación. Si hubiera sido mía, Amanda y yo nos habríamos sacado los ojos después de unos días, estoy segura.

Millie y yo nos apretujamos en su pequeña cama de 90 x 200 cm porque no quiero volver a Denver. Aunque en nuestro piso me espera una cama de 140 x 200 cm. Pero no es lo único que echo de menos. Puede que también eche de menos Denver.

En la fiesta y en las horas previas, todo se me fue completamente de las manos. Todo comenzó cuando dejé que Joy me convenciera de ponerme ese odioso vestido. Funcionó con Denver, pero ahora que lo pienso, fue un gran error. También lo fue el beso con Tyler... La gota que colmó el vaso. Menudo desastre. El beso no estuvo mal, y en otras circunstancias no habría dejado escapar a Tyler, pero anoche no era el momento. No dejaba de pensar en Denver.

Sigue intentando localizarme. Me llama y me escribe cada hora, pero ignora todos sus mensajes. Desde el mediodía, también ha estado llamando a Joy, Millie y Phoenix. Mientras que Joy y Millie saben lo que pasó, a Phoenix le conté solo la mitad de la historia. Le dije que Denver y yo habíamos tenido una pelea terrible sobre un chico que se me había acercado y sus constantes rollos de una noche en nuestro apartamento. Ella se lo creyó y dijo que él entraría en razón.

Denver es su hermano y aún no sé qué pensaría de nosotros. No quiero que se piense que esta era mi intención desde el principio y que se lo he ocultado. Pero tampoco quiero ponerla en medio innecesariamente hasta que las cosas se arreglen entre nosotros.

Darme cuenta de que me había enamorado de él también me sentó como un tiro. No entraba en mis planes. No esperaba enamorarme en general, y menos de Denver.

Pensaba que mi nueva vida en Lincoln iba a ser genial, y ahora todo se ha ido al traste. Había conocido a gente nueva, como yo quería, y había hecho amigos. ¿Por qué habré tenido que enamorarme de mi compañero de piso? Todo iba tan bien... Mi mejor amiga vive en la habitación que podría haber sido mía, y todo a mi alrededor se está desmoronando. Por no mencionar que mi mejor amiga de la infancia me ha bloqueado porque no hablaba con ella lo suficiente. La reacción de Clara es totalmente exagerada, pero no me he molestado en acercarme a ella de cualquier otro modo. Si es capaz de renunciar a nuestra amistad porque no hablo con

ella todos los días y me va bien en Lincoln, tendré que asumirlo. Ella también tuvo la oportunidad de ir a la universidad en otro estado, pero no quiso. Recuerdo que Denver me dijo que estaría celosa porque no se atrevía a dejar a Helena. Tal vez sea verdad.

Durante las últimas semanas, he estado reprimiendo mis sentimientos por Denver, y ahora me están matando.

Esa prohibición absurda que impuso Denver a sus amigos me enfadó mucho, y él mismo no es capaz de sincerarse conmigo. Eso me cabrea, porque no sé qué pensar de él.

Por un lado, quiere estar cerca de mí, pero luego nunca actúa en consecuencia. Me dice que debería salir con alguien, pero al mismo tiempo impone a sus amigos una absurda norma para que no se acerquen a mí. Por no hablar de su colección de rollos de una noche. Cuando salió corriendo detrás de mí la noche de la fiesta y quiso hablar conmigo, no pude. Esa noche, cualquier conversación entre nosotros solo habría empeorado las cosas. Estaba completamente destrozada.

Solo puedo intuir las razones por las que Denver les dijo a sus amigos, o incluso a todo el equipo de fútbol, así como a cualquier otro chico de su entorno, que se mantuvieran alejados de mí. Sería ilusa si pensara que él también se ha enamorado de mí. De hecho, me temo que no me ve más como a Phoenix y Madison. Una hermana pequeña o una buena amiga a la que proteger.

Dios, solo de pensarlo, se me sube la bilis a la garganta.

Pero es posible que se me revuelva la tripa porque acabo de subir los últimos peldaños de la escalera y estoy delante de nuestro apartamento. Sé por Phoenix que Denver ha entrenado esta mañana y está en casa.

Saco la llave del bolsillo y abro la puerta.

—Sí... —oigo la voz grave de Denver y mi corazón empieza a latir más deprisa.

La discusión es inevitable. Denver sigue hablando con alguien.

—¡No lo sé, mamá!

Entro en silencio en el apartamento y cierro la puerta tras de mí antes de quitarme la chaqueta y los zapatos. Millie, por suerte, me ha dejado su ropa durante las últimas cuarenta y ocho horas, así que no he tenido que andar con un vestido de cuero y tacones altos. Es cierto que la ropa me queda un poco ajustada, pero no hay más remedio.

Entro en el salón y suelto un grito ahogado al ver a una joven sentada en nuestro sofá. Parece tan sorprendida por mí como yo por ella.

¿Quién demonios es la gótica que está en el piso? Tiene el pelo largo y negro, los ojos completamente negros y los labios rojos como la sangre. Parece que ya está preparada para Halloween, aunque no sea hasta la semana que viene. Lleva botas militares negras, unas medias negras, por supuesto, un vestido rojo oscuro a juego con su pintalabios y un abrigo negro.

—Hola. Soy Sienna —le digo, acercándome a ella.

Ella no me quita los ojos de encima, y yo hago lo mismo.

Duda un momento y mira hacia la cocina, donde se oye débilmente la voz de Denver. Luego se vuelve hacia mí.

—Hola...

Su voz es gangosa, en contraste con su atuendo y maquillaje. Parece ansiosa. La niña gótica continúa:

—Soy Madison.

Mis ojos se abren de par en par y miro hacia la cocina. ¿Esta es Madison? ¿La hermana pequeña de Denver y Phoenix? No me lo puedo creer. Me habían enseñado fotos de ella una vez,

pero parecía una versión más joven de Phoenix. Pelo largo y rubio, un maquillaje más sutil y un vestido blanco de flores. Esto es exactamente lo contrario.

—Hola —le digo, sonriéndole ligeramente, porque todavía estoy sorprendida—. ¿Has venido a ver a Denver?

Nerviosa, junta las manos y asiente. Entonces mis ojos se posan en la bolsa de viaje que tiene a sus pies y caigo en la cuenta. El hecho de que esté en la cocina hablando con su madre no puede ser una buena noticia. ¿Cuántos años tiene? ¿Quince o dieciséis? Parece que se ha escapado de casa.

La puerta de la cocina se abre y entra Denver. Su expresión es dura, pero cuando me ve, sus ojos se abren de sorpresa y hace una pausa.

—Luego te llamo, mamá —murmura en su iPhone—. Adiós.

Denver termina la llamada, se guarda el móvil en los vaqueros y me mira. Tiene la boca ligeramente abierta y sus ojos nos miran a Madison y a mí. No esperaba que llegara a casa.

—Hola —dice con voz ronca, como si ignorara a su hermana—. Ya has vuelto...

—Sí —murmuro, cruzando los dedos nerviosamente.

El corazón me late más rápido porque él me mira, sin pestañear, y yo miro a Madison. Es imposible que quiera hacer lo que tenemos que hacer delante de su hermana pequeña.

—Bueno, pues ya os conocéis —dice Denver, señalando a Madison.

Ella sigue sentada en cuclillas, mirándole atentamente.

—¿Qué ha dicho mamá? —pregunta ella, y él la interrumpe de inmediato.

—Ahora no —gruñe—. ¿Qué crees que ha dicho?

Madison se encoge de hombros, impotente. Me da mucha pena. Le habla en un tono tan borde que ella se hace cada vez más pequeña en nuestro sofá. Madison tiene la postura encorvada, los hombros caídos y se muerde el labio inferior, nerviosa.

Por otro lado, también me interesa saber qué hace aquí y, lo que es más importante, cuánto tiempo se va a quedar.

—¿Que puedo quedarme? —dice, sonriente y con algo de esperanza.

Denver pone los ojos en blanco y niega con la cabeza. Luego se vuelve hacia mí.

—¿Podemos ir un momento a la cocina?

Asiento y, sin decir nada más, se da la vuelta y se marcha. Echo un vistazo a Madison, que se hunde cada vez más en nuestro sofá. Suspiro, me alejo de ella y entro en la cocina con Denver.

Está tenso. Lo noto en cada músculo de su cuerpo, y estoy segura de que no es así como se imaginaba nuestro reencuentro. Ni tampoco la conversación que se avecina. Denver cierra los ojos un momento y se pone las manos en las caderas. Cuando me mira, siento como si mil rayos me recorrieran el cuerpo. Tiene la mirada algo perdida y parece impotente. Estoy segura de que es por Madison y no por mí.

—Pensé que hablaríamos cuando volvieras —dice—. Pero entonces apareció Madison y...

—No tienes que darme explicaciones...

Sin pensarlo, me acerco a él y le cojo de la mano. Se estremece un segundo y me atrae hacia él. Estamos tan cerca que nuestros cuerpos casi se tocan. Mi corazón se acelera de nuevo y cuando me mira, las mariposas de mi estómago retoman el vuelo.

Joder, esa mirada me pillaba totalmente desprevenida.

—Sí, lo sé —dice con voz ronca—. Tengo tantas cosas que explicarte, pero ahora...

—No pasa nada —le interrumpo, aunque quiero hablar con él.

Pero comprendo que ahora tiene que ocuparse de Madison. Es su hermana pequeña, y

nuestros problemas tienen que pasar a un segundo plano, así que le respondo:

—Hablares más tarde.

—Vale —dice Denver, sonriéndome—. Gracias.

Busco su mirada y asiento.

—¿Por qué está aquí?

Denver mira al otro lado de la puerta, esperando que Madison no esté escuchando.

—No lo sé... —suspira—. Antes pensé que eras tú, cuando apareció en la puerta con su bolsa. Solo dijo que ya no podía aguantar en casa y que quería quedarse aquí, conmigo.

—¿Eso es todo? —repito, girando lentamente la cabeza para mirar también a la puerta.

—No —dice, masajeándose las sienes—. Ha cambiado tanto en el último año... Mírala... Te enseñé fotos de cómo era ella antes. He aceptado que se quede dos noches conmigo, pero luego tiene que volver a casa.

—¿Y qué te ha dicho? —le dirijo una mirada curiosa—. Se ha traído una bolsa enorme.

—Pues lo ha aceptado —dice, encogiéndose de hombros—. Pero no parece muy contenta...

—Está bien —le digo suavemente—. No me importa.

—Gracias, Sienna.

Denver me acerca a él, lo que me pilla por sorpresa. Sonriendo, le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra él. Me gusta estar cerca de él, aunque sé que aún tenemos que hablar. Respiro su dulce aroma y me acurruco aún más en su pecho. Denver lo nota y me pasa las manos por la espalda.

—Me alegro de que estés en casa —me susurra, y yo le miro.

Su sonrisa hace que las mariposas de mi estómago revoloteen a sus anchas. Los latidos de mi corazón se han duplicado en cuestión de segundos y mis hormonas están desatadas. Ya habíamos estado así de cerca antes, pero ahora me parece aún más surrealista.

Le devuelvo la mirada y él me quita la mano de la espalda para echarme el pelo hacia atrás. Trago saliva y me relamo nerviosamente. Los ojos de Denver pasan de mi boca a mis ojos.

Mi corazón amenaza con estallar y me aferro con más fuerza a su jersey. La tela es suave al tacto y, aunque es bastante gruesa, puedo sentir el calor de su cuerpo.

—Denver —susurro anhelante—. Quiero...

—Yo también —murmura, inclinándose hacia mí—. Lo siento.

No respondo a sus disculpas, sino que espero. Denver se acerca y siento su aliento en mi piel. Huele a menta y a su característico *aftershave* del que tanto he disfrutado estas últimas semanas. Un escalofrío me recorre la espalda. Estoy tensa y quiero que pase ya. No me importa si hemos hablado o no. Quiero que me bese.

Y vaya si lo hace. Sus labios se posan suavemente sobre los míos. Inmediatamente, le devuelvo el beso y me apoyo en su pecho. Suspiramos, nos entregamos al momento y cuando su lengua quiere entrar en mi boca, accedo. Denver me abraza con más fuerza, mientras sus dedos se clavan en mis caderas. Este beso es incluso mejor de lo que imaginaba. Mucho mejor que...

—¡Denver! —la voz de Madison nos separa, y pone fin a nuestro primer beso—. ¿Puedes volver a llamar a mamá?

Desconcertado, me mira y parpadea una vez para recuperar la compostura.

—Yo, bueno... —tartamudea, haciendo un gesto hacia el salón con la cabeza—. Debería ir a ver cómo está.

Asiento, aunque en este momento lo único que deseo es atraerlo hacia mí, hundir mis dedos en la tela de su jersey y volver a besarle.

Sin decir nada más, sale corriendo de la cocina.

Estoy aún más confusa que antes. Con suavidad, me llevo la mano a los labios. Todavía puedo sentir su boca en la mía y un increíble cosquilleo que se extiende por mi piel. Sonríó abiertamente y me quedo de pie, embobada.

Nos hemos besado.

Denver, Madison y yo estamos sentados en la mesa de la cocina, cenando. Intento actuar con normalidad, pero no es tan fácil. Denver y yo nos acechamos el uno alrededor del otro, como dos leones listos para la caza, pero que aún no saben del todo lo que piensa su contrincante. Desde nuestro beso de hace unas horas, las cosas se han puesto aún más difíciles. Necesitamos hablar para saber por fin qué esperar del otro. Ninguno de los dos quiere hacer nada malo, porque no queremos provocar otra pelea. Sus disculpas significan mucho para mí, y espero ansiosa el momento en que podamos estar a solas para hablar. Quiero saber qué le preocupa y a qué vino lo de sus colegas. Sé que me equivoqué al pensar que me veía como a una hermana pequeña, o al menos es evidente después del beso.

Cuanto más tiempo paso cerca de Denver, más necesito hablar con él. Necesito saber qué está dispuesto a hacer, porque así, si ocurre lo peor, tendré un plan para sobrellevar que me rompa el corazón.

Denver le ha cedido su habitación a Madison para que no tuviera que dormir en el sofá, lo cual me parece muy bonito. Ella se lo agradeció y desapareció en ella durante unas horas.

Mientras tanto, Denver y yo intentamos seguir con nuestras vidas. He avisado a Millie, Joy y Phoenix de que he vuelto a casa y luego me he metido un rato en mi habitación. No les he contado lo del beso. No quiero asustarlas innecesariamente.

Madison lleva unos *leggings* negros y un top también negro, como era de esperar. También se ha quitado el maquillaje y ya no da tanto miedo. ¿Qué habrá pasado para que cambie tanto?

—¿De dónde eres, Sienna? —me pregunta sonriéndome.

—Soy de cerca de Helena.

—Montana —responde orgullosa, y yo asiento con la cabeza—. ¿Y por qué estudias aquí?

—El motivo principal es el programa de estudios de Lincoln.

Denver se levanta y aparta su plato. Lo miro irse, y observo el movimiento de los músculos de su espalda bajo la fina camiseta blanca que lleva. Tengo que disimular un suspiro delante de Madison.

—Voy a darme una ducha —dice Denver secamente y desaparece de la cocina.

Madison observa a su hermano mayor y se muerde el labio.

—Está enfadado —dice en voz baja, jugueteando con su plato pasta.

—¿Te sorprende? —le pregunto, mirándola como si la juzgara ligeramente—. Te has escapado de casa y...

—¡Tú también estás enfadada!

—No estoy enfadada —suspiro—. Tienes quince años, Madison. Podría haberte pasado algo por el camino.

Ella asiente con culpabilidad y sigue jugueteando con el plato. Cierro los ojos un momento, intentando pensar en qué decirle. No puede quedarse aquí para siempre y creo que ella lo sabe.

—Sí, lo sé —dice Madison, apretando los labios con complicidad.

Roza el plato con el tenedor, y emite ese molesto chirrido que me eriza la piel.

Venga, solo unos días...

—Vas a tener que hablarlo con Denver —le digo.

—Quizá, si le dices que no he hecho tan mal en venir, se lo tomará mejor —responde con una sonrisa—. Tú le caes bien.

Hay algo brillante en los ojos de Madison que me hace reír.

—No es lo que piensas —le digo sonriendo.

Luego me levanto y pongo mi plato en el fregadero.

—¿Y qué es, entonces? —pregunta Madison, con una risita—. Quiero decir, ya no soy una niña pequeña. Sé lo que hacéis...

Me giro y la miro con los ojos muy abiertos. La sangre se me sube a las mejillas y espero que no vea lo incómoda que me siento teniendo esta conversación, porque Denver y yo no hemos hecho nada. La primera vez que intentamos hacer algo, ella hizo todo lo posible por impedirlo. Aunque fuera sin querer. Madison se levanta y me sonrío.

No tengo ni idea de qué decir. Es la hermana pequeña de Denver. Sí, también lo es Phoenix, pero Madison es aún más pequeña.

—No es lo que piensas —insisto—. Te lo digo de verdad.

—¿Y por qué no? —dice, sonriente, mientras deja el plato vacío al lado del mío—. La forma en que te mira y tú le miras... La forma en que os buscáis y no podéis quitaros las manos de encima...

Madison mueve las cejas como si supiera lo que pasa entre Denver y yo mejor que nosotros. Tal vez lo sepa, por la forma en que llevamos semanas sin ponernos de acuerdo. Gruño en voz alta.

—Es complicado —digo, aunque me cueste admitirlo—. ¿Qué hay de ti? ¿Tienes novio?

No está de más cambiar el rumbo de la conversación y hacerle preguntas a ella.

Las mejillas de Madison se ponen ligeramente rojas y se muerde el labio.

—Pues...

El rojo de sus mejillas se vuelve un tono más oscuro y cambia nerviosamente de un pie a otro. Mi pregunta la ha pillado por sorpresa.

—¡No es lo que piensas! —grita.

—Espero que no.

Denver pasa junto a nosotras, vestido solo con unos calzoncillos, y me guiña un ojo. ¿Tenemos que hacer esto? ¿Delante de su hermana? ¿No tiene ni idea de lo consciente que es Madison de ello? Parece que no. Luego se dirige a su hermana:

—¡Eres demasiado joven!

Me quedo mirando a Denver un momento y me doy mentalmente una palmada en la frente. ¿Cómo va a ser alguien joven para tener novio a los quince años? Eso es una gilipollez que solo podría venir de un hermano mayor. Me alegro mucho de no haber tenido nunca una relación íntima con Lawrence y de que no me haya puesto en situaciones tan embarazosas.

—Me voy a la cama —dice Madison, sacándome de mis pensamientos.

Luego, se gira hacia nosotros y suelta:

—Espero que paséis... Bueno, mejor no, de hecho. Por favor, hacedlo en voz baja.

—¡Madison! —gruñe Denver—. Piérdete un rato.

Madison mueve las cejas, con la intención de provocar a su hermano. Me tapo la boca con la mano para no reírme. Este intercambio no verbal entre hermanos es divertidísimo. Al final,

Denver gana el concurso de miradas y Madison sale de la cocina.

—Bueno, lo dicho —dice ella, por encima del hombro—. Soy una invitada, Sienna. Por favor, en voz baja. No quiero oír cómo folia mi hermano.

—¡Madison! —grita Denver, molesto—. No quiero verte más. No te aguanto.

Nunca pensé que su hermana de quince años pudiera molestarlo tanto. Sonriendo, cruzo los brazos sobre el pecho.

—¿Qué? —pregunta Denver, mirándome con ojos grandes—. Es demasiado joven para estas cosas...

—¡Tiene quince años!

—Pues eso, demasiado joven —argumenta de nuevo, lo que me hace poner los ojos en blanco.

—Oh, Denver...

Me río y le doy un golpecito en el hombro al pasar. Ignoro el hecho de que me hormiguea la piel cuando lo toco. Denver me mira a los ojos y se relame, nervioso. Antes de que pueda decir nada, continúo:

—Tú ya le roneabas a alguna cuando tenías su edad, ¿verdad?

—Claro —gruñe, levantando las manos—. Y por eso pienso que es demasiado joven.

Me río y vuelvo a mirarle, antes de salir de la cocina.

13

Denver

La luz de la calle entra en el salón, de forma que no está completamente oscuro. Eso me molesta, porque prefiero dormir sin luz. Por enésima vez esta noche, me acomodo en el sofá y espero poder dormirme de una vez. Por supuesto, le he dejado a mi hermana mi habitación y mi cama. No me atrevo a dejarla dormir en el sofá. Aunque se lo merezca. Después de todo, se escapó de casa y le pegó un buen susto a mamá. La incomodidad del sofá habría sido un castigo piadoso para ella.

Todavía no sé muy bien qué le pasa y por qué se ha escapado de casa. Mamá tampoco ha sabido explicármelo y no me importa la opinión de John. No soporto a ese tipo y prefiero que no se meta en los asuntos de familia.

Como Sienna estaba de acuerdo, he aceptado que Madison se quede unos días con nosotros, a cambio de que mañana me cuente la verdad. Aunque dudo mucho que lo haga. Por lo que oí de la conversación entre Sienna y ella, tiene novio. Yo no lo sabía, y creo que Phoenix y nuestra madre tampoco. Madison tiene quince años... Sigue siendo una niña para mí. Siempre lo será. Los seis años que nos separan son muy diferentes a los dos años que nos separan a Phoenix y a mí.

Madison era una niña muy extrovertida, inteligente y muy guapa, con su pelo rubio y su piel clara. Obviamente, no soy un desquiciado: nunca llamaría «sexys» a mis hermanas, pero antes de esta fase suya, sin duda habría dicho que Madison iba a romper el corazón de algunos chicos. Con su pelo rubio y un maquillaje tan natural, llamaba la atención.

Desde que se hizo gótica, ha cambiado por completo. Una de sus razones para unirse a esta tribu urbana es la música. Ahora temo que su novio sea gótico. No puedo creer que pudiera cambiar tanto por un tío.

Suspiro y me coloco el brazo derecho bajo la cabeza. Luego cierro los ojos. Me alegro de que Sienna esté en casa. La he echado de menos los dos últimos días y ahora que está aquí, quiero hablar con ella. Sé que me pasé al prohibirles a los chicos que le tiraran la caña. Pero no podía arriesgarme a que uno de esos idiotas se le insinuara y le rompiera el corazón.

Al final resulta que no los necesitaba para eso, porque probablemente lo he hecho yo solito. El dolor que vi en sus ojos en la fiesta de Josh me partió en dos. No solo estaba enfadada conmigo en ese momento, sino que parecía que todo lo que había ido mal entre nosotros en las semanas anteriores había estallado al fin.

Por eso me ha sorprendido tanto que se aferrara a mí cuando nos hemos besado por primera vez hoy. Joder, vaya beso... No me arrepiento en absoluto. Si Madison no nos hubiera interrumpido, estoy seguro de que habría llegado mucho más allá.

Hasta ahora, había ignorado mis sentimientos por Sienna porque no estaba seguro de si eran reales o si solo intentaba echar un polvo. No se puede negar que Sienna es increíblemente guapa y que me he sentido atraído por ella durante semanas. Pero ese beso ha confirmado mis

sentimientos. ¡Estoy enamorado de Sienna!

No tiene sentido evitar lo inevitable. No puedo ignorar lo que me hace sentir. Cuando me gritó en el restaurante y me dejó claro que se iba a buscar a otro tío, casi me vuelvo loco de celos. Aunque siendo sincero, en ese momento, no lo habría llamado *celos*. Solo quería protegerla.

¿Pero era lo único que quería de ella? Lo dudo mucho.

He deseado a Sienna desde el primer día. Primero físicamente, luego más y más, en todos los sentidos. Es increíble. Me encanta estar con ella, pasar tiempo juntos y estar deseando llegar a casa después de un largo día, porque ella está ahí.

Mi corazón se acelera en su presencia. Aunque suene un poco cursi, siento mariposas en el estómago y un cosquilleo en la piel cuando me toca y me sonrío. Y ahora parece que la he cagado con lo nuestro. Su mirada de dolor en la fiesta y el silencio sepulcral de estos días me han hecho perder la cabeza.

Así que aquí estoy, mirando al techo, sin hacer nada otra vez.

Me enderezo y miro la puerta de su habitación, que está cerrada. Aunque probablemente sea una idea estúpida, me atrae casi mágicamente. Podría argumentar que el sofá es incómodo. Por otro lado, también sé que ir a su habitación es una mala idea. Todavía no hemos hablado. Así que no puedo meterme en su cama y...

Sí, ¿qué voy a hacer? ¿Dormir con Sienna?

Me sobresalto al pensarlo y mi corazón empieza a latir más rápido. El sexo con Sienna debe ser como estar en el puto cielo. Mi polla siente lo mismo y empieza a subir lentamente en mis calzoncillos.

—Joder —gruño, cerrando la mano en un puño—. No me jodas...

De repente, me levanto y camino hacia la puerta de la habitación de Sienna. No puedo ser tan estúpido como para ir a verla. Pero aparentemente, lo soy.

Por dentro ya me estoy descojonando, porque Sienna no lo va a tolerar. No es como las otras chicas a las que he podido engatusar durante años. Sienna querrá hablar conmigo antes de que por fin podamos volver a besarnos y acercarnos. No solo me atrae su cuerpo; ahora lo sé. Sienna me hace sentir como en casa. Ella no me ve como un *quarterback* y una incorporación prometedora a la NFL, sino como el chico que soy. Ni mi popularidad, ni mi habilidad en los deportes, ni las apariencias pueden conquistarla. Eso me gusta.

Me detengo ante su puerta, levanto la mano y llamo. Como era de esperar, no oigo nada desde dentro. Respiro hondo y abro la puerta.

—Sienna —digo en voz baja—. ¿Sigues despierta?

—Sí —susurra—. ¿Qué pasa?

—¿Puedo entrar?

Oigo un susurro y se enciende la luz de su mesilla. Parpadea un par de veces antes de mirarme.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—¿Yo? Sí... Bueno, no —tartamudeo y entro, esperando que no me eche—. El sofá es muy incómodo.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? —contesta, mirándome como si me juzgara.

Sí, ha sido buena idea dormir en calzoncillos, porque Sienna se muere de vergüenza cada vez que me ve así. Me encanta provocarla de esa forma.

—Pues... pensé que...

Ahora soy yo el que se muere de vergüenza. Me siento como un completo idiota. No suelo tener problemas para acostarme con una chica, la verdad. Me armo de valor y digo:

—Pensé que tal vez podría dormir contigo.

Sigo caminando hacia la cama.

—¿Quieres dormir conmigo? —pregunta—. ¿En mi cama?

—Sí.

Su boca forma claramente un *oh* y no puedo evitar sonreír. Por lo que parece, no se lo esperaba.

—No sé si es buena idea...

—¿Por qué? ¿Qué crees que va a pasar?

Hay que reconocer que es una pregunta muy estúpida. Ambos sabemos lo que pasará si me meto en la cama con ella. Sienna está loca por mí y yo por ella. Ladea ligeramente la cabeza y levanta las cejas, lo que me hace suspirar.

—Puedo irme si quieres —digo, retrocediendo.

Tengo la sensación de que no quiere que esté aquí. Llamar a su puerta no ha sido una buena idea, así que le digo algo para tranquilizarla:

—Lo siento. Que duermas bien.

Miro a Sienna un momento más, esperando que me detenga, por desgracia, no dice nada.

¿Qué esperaba?

Todo lo que podía haber salido mal entre nosotros ha salido mal. Ni siquiera el beso en la cocina ha podido cambiar la situación. Una visita mía a altas horas de la noche es la peor forma de convencer a Sienna de que yo... de que nosotros podemos tener algo. Finalmente, me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

—Denver —me dice con voz suave—. Puedes quedarte si quieres.

Me detengo bruscamente y me giro hacia ella. Sonriendo, Sienna me mira y da unos golpecitos en el lado vacío de la cama a su lado.

No necesito que me lo digan dos veces. Me acerco a la cama en dos zancadas y retiro las sábanas. Poco después, me meto en la cama. Sienna vuelve a tumbarse y se sube la manta hasta la barbilla. Sonriendo, me vuelvo hacia ella y arqueo las cejas.

—¿Tan tímida eres? —señalo la manta con la cabeza—. Eso es nuevo para mí.

—Cállate —dice—. Alégrate de que no te haya mandado al sofá.

Me río suavemente y me inclino hacia ella. Sienna se aparta, pero yo sigo inclinándome hacia ella. Estamos tan cerca que noto su respiración agitada en la cara.

—Muchas gracias, de verdad —respondo, recuperando por fin la cordura para mantener una conversación sensata, aunque mi cuerpo, y sobre todo *esa* parte de mi cuerpo, tiene en mente algo completamente distinto—. Sienna, deberíamos hablar.

Su expresión antes alegre se congela, como si le hubiera echado un cubo de agua encima.

¿Qué he hecho mal? Solo intento mostrar un poco de sentido común.

—¿Ahora? —responde, y yo me encojo de hombros.

—¿Por qué no? Sería un comienzo. Yo... Siento lo que hice. Solo pensé que... que sería mejor si... si te protegía de ellos.

Estoy satisfecho con mi respuesta. No quiero seguir hablando y cagarla. Primero, necesito saber qué piensa Sienna antes de continuar. Me cuesta revelarle mis sentimientos, aunque en algún momento tenga que hacerlo. No puedo andarme con rodeos eternamente.

—¿Protegerme? —pregunta Sienna, negando con la cabeza—. ¿De quién me proteges? Ya

soy mayorcita, Denver.

—No lo eres —respondo, y a ella se le llenan los ojos de lágrimas de la frustración—. Quiero decir, yo... Quiero protegerte como... como lo haría con... Phoenix y Madison.

La mirada de Sienna se vuelve aún más atónita y, de un salto, echa hacia atrás las mantas y salta de la cama. Me incorporo y la miro.

Joder, lleva uno de esos *shorts* cortos y un top ajustado. Pero ese debería ser el menor de mis problemas ahora mismo, aunque mi polla, por supuesto, lo ve de otra manera.

—¿Me ves así? —exclama, apretando los labios para que su voz no suene demasiado fuerte—. Tú... Quiero decir, ¿piensas que soy como tu hermana?

—¿Qué? —exclamo, incorporándome para ponerme a su lado en la cama—. ¡Claro que no!

Sienna retrocede y se aleja de mí. La sigo hasta que choca con la cómoda y me mira con los ojos muy abiertos. La miro y aprieto las manos.

¿Qué coño he hecho mal ahora?

—¿Y cómo me ves? —pregunta, mirándome.

La incertidumbre brilla en sus ojos. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y una postura cada vez más defensiva y distante. Luego añade:

—Acabas de dejarlo perfectamente claro, y si ese es el caso, más te vale dormir en tu propia cama, con Madison.

—Sienna... —gruño, empujándola contra la cómoda para que quede atrapada entre ella y mi cuerpo.

Le desenredo los brazos y la cojo de la mano. Su piel está caliente y, cuando le paso los pulgares por el dorso de las manos, me mira. Su mirada es más furiosa y desafiante de lo que esperaba. Suspiro, apoyo la mano izquierda en la cómoda y le toco la mejilla con la derecha. Se estremece de inmediato cuando la rozo con las yemas de los dedos.

—Lo siento —le digo.

—Eso ya lo has dicho.

—Yo... —murmuro, acariciando su mejilla con la mano—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que te bese otra vez?

—Podrías, sí —responde maliciosamente—. Al menos así no me harías sentir...

Impido que acabe la frase y poso mis labios sobre los suyos. Sienna gime mientras la beso e intento que mi lengua acceda al interior de su boca. Me rodea el cuello con los brazos y la levanto. La dejo con destreza sobre la cómoda y me rodea la cintura con sus preciosas piernas. El beso es aún mejor que el primero en la cocina. Gimiendo, me apoyo en ella para que presionarla contra mi polla. La lengua de Sienna juega con la mía y sus pechos me aprietan el torso. La sensación de sus labios sobre los míos es demasiado agradable. Los latidos de mi corazón vuelven lentamente a la normalidad. Con cuidado, la empujo y separo mis labios de los suyos. Me mira con los ojos muy abiertos y tengo que reprimir una sonrisa.

—Y para que quede claro de una vez por todas —digo.

Apoyo la mano en su nuca para inclinarle un poco la cabeza. Me gusta esta postura.

—¿Tienes miedo de lo que voy a decir? —le pregunto.

—¡No pongas a prueba mi paciencia, Jones!

—Después de ese beso, ¿sigues pensando que te veo como veo a Phoenix y a Madison? Creo que es evidente que no y que ... nunca lo he hecho. Desde el momento en que entraste en mi apartamento, me dejaste boquiabierto, Sienna.

—¿En serio? —responde ella, sonriéndome.

No puedo creer que aún tenga dudas.

—Claro que sí —le digo, apretando de nuevo mis labios contra los suyos—. No quería que los chicos te tiraran la caña y te consideraran otra más porque...

No puede ser verdad que me esté costando hablar. Esto se me da de pena. Nunca había tenido que decir que estoy enamorado, porque nadie me importaba lo suficiente. Pero con Sienna es diferente.

—¿Por qué? —me pregunta acariciándome la nuca con las yemas de los dedos.

Un escalofrío me recorre la espalda y me inclino hacia ella.

Venga, que tú puedes.

La dejo ahí, expectante, y Sienna aumenta la presión sobre mi cuello, obligándome a levantar la vista de nuevo. Prefiero besarla a decirle lo que siento.

—¿Puedo enseñártelo? —digo, intentando disimular, pero ella niega con la cabeza—. Una imagen vale más que mil palabras...

—No cuando te llamas Denver Jones —dice, sonriente—. Tú... tú has estado con todas esas chicas y no sé si yo soy distinta...

—Quieta parada. No es lo mismo —interrumpo—. Estoy intentando decirte que me gusta estar contigo.

De repente sonrío ampliamente y me acerca aún más.

—¿Te gusto?

Sienna suelta una risita y el brillo de sus ojos me dice que sabe que ha ganado. Ahora me tiene justo donde quiere. Con todo y con eso, suelta:

—Como te gustan estar con tus hermanas, ¿no?

—¡Sienna!

Cierro los ojos unos segundos, y medito mis próximas palabras.

—Tú me gustas más... Quiero decir, me he... enamorado de ti.

¡Ya está! Se lo he dicho.

Contengo la respiración y espero su reacción. Si no siente lo mismo y me aparta riéndose, no sé qué haré. Nunca me había sentido así. Nunca lo había dicho en voz alta. Tampoco sabría cómo afrontar el rechazo. El corazón se me acelera en el pecho y aprieto los labios con fuerza, esperando su respuesta.

—Me alegro —susurra—, porque yo también me he enamorado de ti.

El alivio invade mi cuerpo y siento que me derrumbo por dentro. Presiono mis labios contra los suyos, y le suplico que me deje explorar su boca con la lengua. Ambos gemimos. Levanto a Sienna y me doy la vuelta con ella en brazos para tumbarla en su cama.

14

Sienna

A la mañana siguiente de nuestra *reconciliación*, nuestro apartamento amaneció en un caos absoluto. Jones versus Jones: Denver le gritaba a Madison y viceversa. No había forma de calmar a esos dos hermanos. Phoenix también se sumó a la discusión, llegados a un punto. Al principio, se puso de parte de Madison, porque Denver se estaba pasando con su actitud y sus acusaciones. Pero luego el equilibrio de poder cambió drásticamente y Phoenix se pasó al bando de Denver, porque Madison también le había mentido sobre los motivos por los que se estaba quedando con nosotros.

Finalmente, cogí mis cosas y me fui. Como no tengo hermanos, no creo que pudiera calmar la situación, así que hui, antes de que cualquiera pudiera hacerme partícipe en la disputa.

Han pasado cuatro días desde entonces.

Apenas he visto a Denver en los últimos cuatro días. Quiere lidiar con el comportamiento de su hermana él solo, y tengo que aceptarlo. No importa lo difícil que sea para mí y lo mucho que me cueste entenderlo. Denver está enfadado con Madison, y también consigo mismo por no haber sido capaz de hacer que volviera con su madre. Ha estado entrenando y yendo a sus clases. Ayer también quedó con sus colegas. Siento que está haciendo todo lo posible para evitar hablar conmigo. Creo que no quiere hablar de nosotros y de si estamos juntos después de haber admitido que nos gustábamos en voz alta. O puede que no quiera hablar de Madison, a la que ha alejado de mí por completo.

Cierro la puerta del apartamento detrás de mí y dejo caer mi bolso al suelo. Luego me quito los zapatos y la chaqueta. Cuelgo la chaqueta en el perchero, junto a la de Denver. Es curioso: la primera vez que estuve en este apartamento, pensaba que aquí vivía una chica. Ni siquiera quería creer que mi compañero pudiera ser un chico. Y mucho menos uno tan sexy como Denver.

Está buenísimo, sí. La noche que pasamos juntos, nos abrazamos y nos besamos. No hicimos nada más. Ni sexo, ni caricias, ni nada. No creo que haya nada de malo en eso; no quería que nuestra primera vez fuera con su hermana pequeña en el apartamento.

—¡Hola! —oigo que me dice una voz, mientras yo doy saltitos y levanto la vista—. ¿Qué tal el día?

Denver está de pie frente a mí, sin inmutarse, tan solo me sonrío. Es como si no hubieran pasado cuatro días. En las últimas semanas, cada vez que hemos discutido, siempre ha actuado como si no hubiera pasado nada al cabo de unos días.

Hasta ahora, no me había molestado. Las cosas eran diferentes entre nosotros, y nuestros encontronazos solían ser por cosas triviales, como que no vaciara el lavavajillas o que se dejara los calzoncillos en el baño. Esta vez, sin embargo, no pienso perdonarle a la primera de cambio. Tiene que aprender que puede hablar conmigo y, lo que es más importante, que puede confiar en mí.

—Hola —le digo mientras me acerco a él—. Bastante bien, ¿y a ti qué tal te ha ido?

—Bien también —dice, metiendo las manos en los bolsillos de los vaqueros—. ¿Podemos... podemos hablar?

Suena como si estuviera lleno de esperanza, y no puedo evitar sonreír.

—¿Por fin me diriges la palabra? —pregunto, en tono juguetón—. ¡Qué bien!

Paso junto a él y me dirijo al salón, pero no llego muy lejos, porque él me agarra de la muñeca y tira de mí hacia él. Podría resistirme, pero no lo hago.

—Lo siento —dice Denver, suspirando—. No debería haberte ignorado los últimos días. He sido un mierda.

—Sí, un poco —respondo—. ¿Por qué me has ignorado?

—No suelo hablar de asuntos familiares fuera de casa. Prefiero hacer deporte y distraerme.

—Ajá...

Estoy enfadada con él. Para él es todo tan sencillo... Se sincera sobre sus sentimientos un día, se disculpa después de unos días desaparecido, y ale, todo apañado. Pero así no son las cosas. ¿A qué se refiere con que no quiere hablar de ello fuera de casa? Me duele que yo sea «alguien de fuera de casa», después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

—Pensaba que lo que teníamos tú y yo era algo más que amistad —le digo sin rodeos—. Me dijiste que estabas enamorado de mí, y yo te dije lo mismo. ¿Ya se te ha pasado, Denver?

—Claro que no. ¡Sigo pensándolo! —exclama, casi aterrado.

Yo sonrío ampliamente. Denver respira hondo y se acerca a mí. Me coge de nuevo de la mano y tira de mí hacia el sofá. Nos sentamos juntos y entrelazamos los dedos. Luego, continúa:

—Lo que te dije la noche que entré en tu habitación... No fueron palabras vacías, en serio... Lo dije de verdad.

El corazón me da un vuelco y las mariposas del estómago reviven de nuevo. Al menos, esos bichitos han abandonado la actitud de tipa dura de los últimos días... Bueno, al menos por el momento. Denver me acerca y me planta un tímido beso en la frente. Sonrío y me acurruco contra él. Podría haberme besado como es debido, pero en este momento un gesto tan íntimo me parece igual de bonito. Un beso en la frente no se lo da a cualquiera.

—Me ha sentado mal —admito con sinceridad, mirándole a los ojos—. Podrías haber hablado conmigo, de lo que fuera.

—Lo sé —dice, abatido.

Baja la vista y se queda mirando nuestras manos, mientras dibuja pequeños círculos con el pulgar en el dorso de mi mano. Luego me dice:

—¿Todavía quieres hablar conmigo o... la he cagado?

Le sonrío.

—Vas a tener que sacar la artillería pesada si quieres librarte de mí, y lo sabes. ¿Y Madison?

Se queja, como si no pudiera creer que haya sacado el tema. Pero no pienso hundirme o, peor aún, darle la oportunidad de que me ignore. Quiero saber qué está pasando.

—Quería ir a un festival gótico en Tennessee —dice Denver, y luego suelta un largo suspiro—. Mamá y John no la dejaron, claro, así que se largó.

—Mítica reacción de adolescente —respondo y él se ríe y asiente.

—Sí, supongo. No entiendo qué le pasa. Todo ese cambio de estilo, su ropa... Y ahora intenta escaparse y presionar a nuestra madre...

—Tiene quince años —digo, apretándole la mano—. No te preocupes, estará bien.

—Ya, pero me preocupa —suelta, y yo pongo los ojos en blanco—. Tú no lo entiendes.

—¿Y por qué no? —le pregunto—. ¿Porque no tengo hermanos?

—No —susurra y se inclina hacia mí—. No debería haber dicho eso, lo siento. Desde que nuestro padre se fue, mamá no tiene a nadie que la ayude a criar a Madison.

—¿Y su novio? —pregunto, con cautela.

A estas alturas sé que no debe estar en el *top ten* de personas favoritas de Denver. Luego, añado:

—Si llevan juntos tres años, Madison tendría doce cuando empezaron a salir...

—No es nuestro padre, y no se ocupa del tema —suelta Denver—. Él no está criando a Madison.

—Denver —murmuro, inclinándome ligeramente—. Es la pareja de tu madre, y viven juntos. Con Madison. Claro que la está criando. ¿Qué crees que hacen, solo vivir en pareja?

—John no es nuestro padre —aclara de nuevo—. Mamá es la que puede cuidar de nosotros. Siempre lo ha hecho, porque nuestro padre casi nunca estaba en casa.

—Vale... —susurro, al darme cuenta de que estoy librando una batalla perdida.

Denver nunca admitirá que le haría un gran favor a su madre si se acercara un poco a John. Nunca reemplazará a su padre, pero esa tampoco es la forma de actuar. Aunque no conozco a John o a su madre personalmente, sé que esto no facilitará las cosas.

—¿Podemos hablar de nosotros? —dice, cambiando de tema de repente y sonriendo.

—¿De nosotros? —repito y le devuelvo la sonrisa.

Denver recorre los últimos centímetros que nos separan y presiona suavemente sus labios contra los míos. Poco después, me separo y respondo:

—Vale, hablemos de nosotros, pero la próxima vez que pase algo, me lo cuentas.

—Lo prometo —dice, como si fuera un suplicio.

Aún no estoy segura al cien por cien de que realmente lo sienta así. De momento, no me importa, porque prefiero mucho más a este Denver.

—Al principio solo pensaba que estabas buena —dice, y no puedo evitar reírme—. Cuanto más tiempo pasaba, más sentía por ti. Al principio, lo admito, el sentimiento solo era platónico. Quería protegerte de los chicos porque no creía que fueran lo bastante buenos para ti, como habría hecho con mis hermanas. Los conozco, sobre todo a Jake, Darren, Julien y Dan, y sé cómo se portan con las chicas.

Denver respira hondo y pienso en Phoenix y Jake. Realmente tiene una venda en los ojos y no sospecha que hay algo entre ellos. Luego continúa:

—Por eso les dije que eras mía.

—Vaya —respondo, sarcástica—. Eso no suena para nada tóxico.

—Ya sé que probablemente no fue lo más inteligente. A Jake le gustaba mucho tirarte la caña siempre que podía. Creo que sabía que sentía algo por ti mucho antes que yo. En el restaurante... No sé qué pasó, pero al final tuve que echarle la bronca. En ese momento, tú y yo estábamos bastante lejos de una amistad platónica, pero ninguno de los dos se atrevía a dar el primer paso.

Asiento en señal de comprensión y le miro. Quiere que le crea y le perdone, y yo estoy dispuesta a hacerlo.

—Estaba tan enfadada contigo en la fiesta...

Dudo y pienso en Tyler, pero he decidido que es mejor no contárselo nunca a Denver. Aunque tengo miedo de que me explote el marrón en plena cara. Pero... ¿por qué iba a hacerlo? Tyler y Denver no tienen nada que ver, y si Tyler sabe que ahora soy de Denver, no dirá nada del beso. No es tan estúpido como para meterse con Denver, Jake y Darren, los capitanes del equipo de fútbol. Miro a Denver a los ojos y confieso:

—Quería provocarte con el vestido y... probarme a mí misma que yo... no te necesitaba. Quería sacarte de mi cabeza.

—Pero no te funcionó, ¿eh?

Denver me mira con picardía y apenas puede evitar sonreír.

—No, la verdad... —le digo, poniéndole la mano en el cuello y acariciándolo—. Entonces, ¿lo dejamos estar de una vez? Los dos nos hemos lucido estas últimas semanas y podríamos habernos ahorrado muchos disgustos si hubiéramos hablado, ¿no es así?

—Bueno, pero ya lo hemos hablado —responde, besándome suavemente.

Disfruto de la sensación que me produce. Es mucho mejor que discutir o hablar de su situación familiar.

Denver me pone a horcajadas sobre su regazo y gime suavemente al besarme, mientras nos rozamos. Desliza las manos por debajo de mi jersey y sube por los costados hasta llegar a la banda del sujetador. Se me pone la piel de gallina y gimo suavemente cuando desliza las manos bajo la copa. Me acaricia la piel con dulzura y me agarra suavemente de los pezones, estrechándolos entre los dedos índice y pulgar.

—Denver... —jadeo durante el beso—. Sigue.

Sin dejar de jaderar, nos separamos. Me sonrío y aparta las manos de mis pezones para pasarme el jersey por la cabeza. Los ojos de Denver se deslizan por mi cuerpo y se detienen en mis pechos. Por suerte, esta mañana he decidido ponerme un conjunto de encaje negro. Y pensar que podría haberme puesto un sujetador de algodón y unas bragas que no hicieran juego... Al menos Denver parece más que satisfecho con mi elección. Se inclina y me besa el cuello. Suspiro de placer y me aprieto más contra él. Vuelvo a rozarme contra su polla y él gime cuando deslizo la mano entre nuestros cuerpos para tocársela. Recuerdo que Joy me dijo que a los tíos les gusta que les toquen *ahí*. Mis exnovios estaban más preocupados por follar cuanto antes, así que no se preocupaban por los preliminares.

—Sienna —gime y pone su mano sobre la mía—, para, no sigas.

—¿No? —pregunto, sin saber cómo interpretar su reacción.

¿No le gusta? No debería hacer caso a Joy. Retiro la mano inmediatamente y le pregunto.

—¿Por qué no?

—Porque... —me corta y me acerca aún más a él—. No quiero ir deprisa contigo...

Suelto una risita y vuelvo a acercar mi boca a la suya. Denver me devuelve el beso y me agarra los pechos. Los masajea suavemente y yo dejo que mi pelvis ondee sobre la suya, lo que solo consigue excitarle más.

—Denver... —susurro separándome de él.

Me sonrío y yo me aparto y me pongo de pie. No me quita los ojos de encima mientras me desabrocho los vaqueros y me los bajo. No sé de dónde he sacado el valor para desnudarme delante de él. Nunca he sido de las que lo hacen, pero Denver me hace sentir segura. Sus ojos se deslizan por mi cuerpo y me atrae hacia él de un tirón, después de que me haya quitado los vaqueros y los calcetines.

—Eres tan sexy... —murmura contra mi vientre y lo besa suavemente—. Pero tan sexy, nena...

Un escalofrío me recorre la espalda y me muerdo el labio mientras él hunde sus manos en mis muslos y su boca recorre mi tripa hasta llegar a la parte que tanto lo desea. Jadeo cuando lleva la mano a las tiras de mis bragas y me las baja.

—Has hecho esto antes, ¿verdad? —me pregunta.

El nerviosismo me invade y no sé qué contestarle. Me he acostado con otros chicos, sí, pero más allá de eso soy muy inexperta. Mis exnovios nunca querían pasar por los preliminares y solían acabar rápido el polvo. Encima, el tío que tengo frente a mí se ha tirado a medio campus y, probablemente, a medio instituto. Si intento impresionarle con mi supuesta experiencia, esto puede salir mal. No importa cuántas veces lo haya hecho, él seguirá teniendo más experiencia que yo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto para ganar tiempo.

Estoy segura de que me he puesto roja, porque no estoy acostumbrada a hablar de sexo tan abiertamente. Luego, sigo tanteando el terreno:

—¿Acostarme con alguien, dices?

Necesito que Denver me mire, porque la verdad es que no creo que vaya a sonar muy sexy cuando le diga que no tengo experiencia en el sexo oral.

—Ya sé que sí —sonríe Denver y me besa la cadera, lo que me pone la piel de gallina—. Me refiero a si te han hecho *esto* alguna vez.

Confundida por lo que quiere decir, estoy a punto de preguntarle, pero entonces me baja las bragas y presiona su boca contra mi pubis depilado.

—Oh, joder... —jadeo, y me desplomo hacia delante. Me ha pillado tan desprevenida.

Mis dedos se clavan en sus musculosos hombros y susurro:

—No...

—¿No?

Denver se aparta y me mira. Como era de esperar, sonrío con suficiencia, porque le excita ser el primero. Luego, pregunta:

—¿Nunca te han hecho dedos o te lo han comido?

De nuevo, el calor sube por mis mejillas. En las últimas semanas, he podido darme cuenta de su talento con los dedos y la lengua. Ha sido imposible ignorar a todas las chicas que han venido al piso, por lo mucho que gemían y le suplicaban que las dejara correrse.

De repente, siento como si me hubieran echado un cubo de agua fría por la cabeza y empujo a Denver. Me mira con los ojos muy abiertos y quiere decir algo, pero al final no lo hace y me coge de las manos. Sin hacer ningún comentario, vuelve a estrecharme entre sus brazos.

—¿Qué te pasa? —pregunta—. ¿He dicho algo malo?

—No —susurro, porque en realidad no lo ha hecho—. Es solo que yo... Nunca había hecho esto antes.

Denver me mira y yo desvío la mirada.

Debería haber mentido y fingido que tenía toda la experiencia del mundo. En lugar de eso, acabo de admitir que no tenía ni idea y quiero alejarme a rastras. Me siento tan avergonzada delante de él... No tengo nada que ofrecerle. De nuevo, todas esas chicas aparecen por delante de mis ojos.

—Sienna...

La voz de Denver me saca de mis pensamientos y, antes de que pueda responder, vuelvo a inclinarme hacia delante, gimiendo. Ha deslizado la mano derecha entre mis piernas, por debajo de mis bragas, y recorre los labios de mis partes íntimas con delicadeza.

—¿Te gusta?

Le respondo con un vago movimiento de cabeza, mientras disfruto de la increíble sensación que está provocando en mi interior. Nunca había sentido nada igual. Toda mi vida sexual parece ahora una farsa. Lo que me está haciendo es demasiado bueno para habérmelo perdido en los

últimos años. Denver me rodea el clítoris con el pulgar y me hace gemir con fuerza, y luego me muerde la lengua.

—Denver, por favor —jadeo—. Sigue... Sigue...

—¿Así está bien? —me responde, deslizando dos dedos dentro de mí.

—Sí, muy bien... —digo, susurrando y con los ojos cerrados—. Joder... sí.

Denver sigue haciendo círculos con el pulgar sobre mi clítoris y me mete los dedos con más fuerza. Una tormenta de sensaciones despierta en mi interior. Quiero estallar. Mis dedos se clavan en sus hombros, y él saca y mete sus dedos aún más rápido. ¿Es normal que tarde tan poco en llegar al límite? Normalmente, me lleva un tiempo sentir cierto placer. Pero ahora parece que sus dedos pueden hacer que me corra sin esfuerzo alguno. Me besa suavemente en la cadera y me lame con dulzura en la parte más húmeda de mi entrepierna.

—Ya casi estás... —susurra—. Córrete en mi boca, Sienna...

El clímax crece cada vez más en mi interior y me aferro a sus hombros. Cuando enrosca suavemente sus dedos dentro de mí, exploto. Me sujeta por la cintura, mientras el orgasmo me invade y me besa la tripa. Unos instantes después, suelto un grito ahogado.

—¡Joder! Ha sido increíble.

Denver saca sus dedos de mí y me sujeta por la cintura sobre su regazo. Le miro y le devuelvo la sonrisa.

—Me alegro de haber podido ampliar tus horizontes sexuales...

—¡Denver! —digo, casi chillando, con las mejillas rojas como un tomate.

Él sonríe y me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja. Luego lo miro y le digo:

—No digas eso.

—¿Qué quieres que haga? —me pregunta—. ¿Que te dé las gracias por haberme dejado ser el primero en meterte los dedos?

—Eso tampoco —digo, indignada, y suspiro—. Cállate, anda. No digas nada más, por fa.

Denver sonríe y aprieta sus labios contra los míos con tanta suavidad que me dejo llevar en ese beso mientras suspiro.

—No te gusta que te digan guarradas, ¿verdad? —dice, sonriente y vuelve a besarme—. Es una pena, porque a mí me gusta bastante...

—Deja de burlarte de mí —respondo—. No soy como las otras chicas que...

—Sienna —me corta, poniéndome los dedos con fuerza en las caderas—. No quiero a otra chica, ¿vale? No lo decía con malicia. Relájate.

No estoy segura de poder relajarme como él espera que lo haga. Sin contestar, me acurruco contra él y aprieto suavemente mis labios contra los suyos.

Denver se levanta conmigo en brazos y me deja rodearle la cintura con las piernas. Me lleva desde el salón hasta mi habitación y abre la puerta. La cierra de una patada y me deja delante de la cama. Indecisa, miro hacia atrás, hacia el colchón, y luego hacia él. Me sonríe y me acerca a él. Los labios de Denver presionan los míos, y luego bajan por mi barbilla y mi cuello hasta mi escote. Echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? —murmura mirándome.

—Denver... —susurro, llenándome de valor.

Él se aparta y vuelve a mirarme a los ojos, así que le digo:

—Quítate la ropa.

Levanta las cejas y me mira con una sonrisa. Luego asiente y coge el dobladillo de la camiseta para quitársela. Me muerdo los labios al verle allí de pie, con el torso desnudo, y

camino hacia él. Con cuidado, extendiendo la mano y le acaricio el pecho y los abdominales.

—¿Quieres que me quite algo más? —dice, jadeante, mientras le miro.

Sus ojos azules se cruzan con los míos y algo brilla en ellos, como si fuera un niño pequeño que acaba de desenvolver el regalo que tanto ansiaba.

—Sí, eso es justo lo que te he pedido —respondo con una sonrisa.

Denver me mira y se baja la cremallera de los vaqueros. Se los baja y se los quita de una patada, junto con los calcetines, como yo hice antes con los míos en el salón.

—¿Y ahora, qué?

Miro su cuerpo, que ya he admirado unas cuantas veces.

—Te gusta, ¿verdad? —dice, sonriente, mientras se acerca a mí—. Sé que, desde el primer día, te mueres cada vez que me ves en calzoncillos o paseándome en toalla.

—Tal vez... —admito con un tono misterioso, mientras le paso los dedos por los abdominales—. Las vistas merecen la pena.

—Ni te imaginas lo agradables que se van a volver las vistas ahora mismo —murmura, apretando sus labios contra los míos.

Le rodeo el cuello con los brazos y retrocedemos dos pasos, antes de caer juntos sobre la cama.

15

Denver

Como no me he portado muy bien con Sienna estos últimos días, me alegro de que no me haya mandado a la mierda. Pero ahora que me ha perdonado por todo el asunto de Madison y hemos hecho las paces, me siento mucho mejor.

Sienna está preciosa, tumbada delante de mí con su conjunto negro de encaje, mirándome con actitud tímida pero apasionada. Me inclino y aprieto los labios contra los suyos. Sienna me rodea el cuello con los brazos y se acurruca contra mí. Su cuerpo se aprieta contra el mío y ambos gemimos cuando nuestras partes se rozan. El beso se vuelve más caliente y, cuando abre ligeramente los labios, aprovecho para deslizar la lengua en su boca. Para dejarle ver cuánto la deseo, dejo que mi pelvis se contonee con la suya. Está buenísima y ni siquiera lo sabe. Antes, en el salón, me he dado cuenta de que no tiene ni idea del cuerpo que tiene y del poder que irradia de ella. Sienna me vuelve loco. Rebosa sensualidad e inocencia. Jamás habría dicho que era la primera vez que le hacían dedos o que se lo comían. ¿Con qué clase de idiotas estaba, que no querían explorar ese paraíso? Ha sido increíble sentir su calor empapando mis dedos y ver cómo se dejaba llevar cada vez más.

Aparto mis labios de los suyos, y la hago suspirar de frustración.

—Todo a su tiempo —le explico, con una sonrisa.

Deslizo la mano derecha bajo su espalda para buscar el enganche de su sujetador. Sienna me devuelve la mirada. Estiro y el cierre se abre.

—¿Sigo? —le pregunto aun así, mirándola a los ojos.

A estas alturas no suelo preguntar a mis rollos si quieren seguir. Una vez que están debajo de mí, ya no hay dudas. Pero con Sienna es diferente. Ella es importante para mí y si no está lista para acostarse conmigo, me parece bien. Esperaré por ella. Joder, menudo pagafantas estoy hecho.

—Sí —susurra, dedicándome una sonrisa irresistible.

Sienna se quita los tirantes del sujetador con una delicadeza tan sensual que creo que voy a correrme con los calzoncillos puestos. Espero que sepa lo sexy que está cuando se quita al fin el sujetador y veo sus tetas por primera vez. Sus dulces pezones rosados me llaman la atención, así que no puedo evitar llevármelos a la boca. Sienna gime de inmediato cuando rodeo su pezón con la lengua hasta que consigo endurecerlo. Luego hago lo mismo en el otro lado. Menos mal que ya se lo he comido en el salón... Así estará más que mojada para mí. Pero no estoy dispuesto a dárselo todo otra vez sin correrme yo.

Sus pezones se ponen aún más duros cuando deslizo la mano dentro de sus bragas para humedecerme los dedos. Sienna empuja su pelvis hacia mí mientras introduzco lentamente mis dedos en su interior. Me pone demasiado cerdo que ningún hombre la haya tocado así. Que nunca se haya corrido en los dedos, los labios y la lengua de otro hombre antes que yo. Sienna ya no es virgen, pero su nivel de experiencia es tan bajo que parece que lo fuera.

—Joder, Denver —gime—. No pares...

—No pienso parar. Sé que te gusta —respondo, arrogante, y veo cómo le brillan los ojos al mirarla.

Deslizo los dedos más adentro y presiono el clítoris con la palma de la mano. Sienna aprieta los labios para no gemir. Repito ese truco unas cuantas veces más y dejo que mis labios rodeen sus pezones.

—Denver, por favor —susurra—. Me voy a correr otra vez...

Me inclino hacia ella y aprieto mis labios contra los suyos. Sienna me devuelve el beso, y empuja su pelvis hacia mis dedos, ansiosa por llegar al orgasmo. Justo antes de que se corra, saco los dedos y le sonrío. Sus ojos se entrecierran, y eso me hace reír. Vuelvo a besarla y me alejo de ella. Me sigue con ojos cautelosos. Sus mejillas se sonrojan y su pecho sube y baja por la excitación.

—¿Por qué paras? —me pregunta, y yo le devuelvo la mirada.

—Porque quiero estar dentro de ti cuando vuelvas a correrte —le digo y le planto un beso en la comisura de los labios.

Sienna se pone aún más roja y se muerde el labio. Entonces me aparto de la cama y me bajo los calzoncillos.

Me los quito de una patada, junto con el resto de la ropa, y le sonrío. Sienna no aparta los ojos de mi polla, lo que me hace sonreír. Vuelvo a subirme a la cama con ella y le agarro las bragas. Ella no se resiste cuando se las quito y gimo cuando me muestra lo húmedo que está su coño. Cuantísimas veces me lo he imaginado, pero aun así supera todas mis expectativas. Sienna es preciosa, por dentro y por fuera.

Le agarro las rodillas para acercarla más a mí.

—Joder, nena... —susurro y le doy un beso en la rodilla derecha, lo que la hace reír—. Te he imaginado tantas veces...

—Yo también... —confiesa, y si no la tuviera tan dura, mi polla se habría hinchado aún más. Luego me dice:

—Tengo unos cuantos condones en mi mesita de noche. En el primer cajón.

Asiento y me inclino sobre ella para rebuscar en él. Estoy a punto de preguntarle por qué tiene condones escondidos en su habitación, pero lo dejo pasar. Sé que Sienna no ha estado con nadie más, o al menos me he convencido a mí mismo de que no. Aun así, pensarlo me vuelve loco. Aunque no tengo derecho, teniendo en cuenta la cantidad de chicas con las que me he acostado en las últimas semanas. Así que me ahorro las preguntas sobre condones, porque creo que cortarían el rollo bastante.

—Me los dio Joy —dice, como si pudiera leerme la mente, y me besa el pecho.

Sus dedos bajan suavemente por mi vientre hasta el pubis y vuelven a subir. Aprieto los labios para no gemir de frustración por haberme negado a que me toque. De repente, Sienna se detiene y dice:

—Sé lo que te dije... y yo... pensé que podría hacerlo...

Ahora soy yo quien sabe a qué se refiere, aunque no me lo diga de forma directa. Coloco los condones en la manta junto a su cabeza.

—Oye —digo en voz baja, poniéndole la mano en la mejilla—, lo sé, pero ahora no importa.

No es verdad del todo, pero decirle cualquier otra cosa estaría fuera de lugar. Casi estallo de celos cuando amenazó con ligarse a alguien en la fiesta de Josh, pero aun así, le digo:

—Lo que pasó antes de mí, antes de nosotros dos, no importa. Te deseo a ti y solo a ti.

Sienna sonríe y se inclina hacia mí. Me pone la mano en la nuca y tira de mí para besarme suavemente. Gimo, me rindo a ella y froto mi polla contra su húmedo coño un par de veces.

—Denver —gime, clav ndome los dedos en los brazos—, h zmelo.

Su mirada ardiente se cruza con la mía y yo trago saliva. Me doy prisa para buscar un condón. Abro el envoltorio, lo saco y tiro el envoltorio vacío al suelo. Sin dejar de mirar a Sienna, me lo pongo y compruebo dos veces que est  bien puesto. Sus ojos pasan de mi cara a mi polla. S  que est  nerviosa. Suavemente, agarro sus muslos y los pongo a cada lado de mí. Sienna gime cuando bajo la pelvis.

—Denver... —jadea cuando le pongo los antebrazos junto a la cabeza y le retiro suavemente unos mechones de pelo—. Ha pasado mucho tiempo... Quiero decir, yo...

Sienna aparta la mirada, pero le pongo la mano en la mejilla y la obligo a mirarme de nuevo. El rubor de su rostro delata lo incómoda que est  con la situación, pero no digo nada. En lugar de eso, aprieto los labios contra los suyos y la beso, y voy metiéndome en ella centímetro a centímetro. Sienna arquea la espalda y cierra los ojos. Est  más tensa de lo que esperaba.  A qué se refería con «hace tiempo»?  Con cuántos hombres se ha acostado? Es como si yo fuera el primero. Le doy mucho tiempo para que se acostumbre a mí y no me muevo hasta que estoy seguro al cien por cien de que se ha adaptado a mí.

—Denver —respira, abriendo los ojos de repente—. No pares, h zmelo.

Sus ojos se cruzan con los míos y me quedo completamente sorprendido. La forma en que me mira, con tanta elegancia, emoción, estima y amor... Es demasiado para mí. Nunca una chica me había mirado así, o yo nunca me había dado cuenta. No s  por qué, pero con Sienna es diferente. Ella ha puesto mi vida sexual patas arriba. Aunque hasta ahora no hayamos hecho nada. Gimo con fuerza mientras la saco, y luego empujo con más fuerza. Siento la estrechez y la humedad de sus partes. Agarro sus manos, que aún están clavadas en mis brazos, y entrelazo nuestros dedos por encima de su cabeza.

— Quieres que...? —digo—.  Quieres que vaya más deprisa?

Nunca había hecho una pregunta así. Siempre he sabido intuitivamente qué hacer. Bueno, con Sienna también lo s , pero quiero que sea perfecto para ella. Quiero que recuerde esta vez que nos acostamos el resto de su vida.

—S  —responde— y b same,  por favor!

Sonrío, obedezco y poso mis labios sobre los suyos. Mi corazón está a punto de estallar mientras la beso al mismo ritmo que la penetro. No solo me vuelve loco, sino que hay una intimidad que nunca había sentido con otras chicas. El sexo con Sienna supera todo lo que he vivido hasta ahora.

Nuestras lenguas se enfrasca inmediatamente en un juego apasionado mientras muevo las caderas hacia delante y hacia atrás, cada vez más rápido. Tener a Sienna debajo de mí es perfecto, y la forma en que acepta mis sacudidas al tiempo que me besa casi hace que me corra.

—Joder... —gimo, mientras hundo la cara en el pliegue de su cuello.

Lamo su piel, y la marco mientras agarro sus caderas con las manos.

Empujo con más fuerza, y se la meto hasta el fondo. Sus gemidos me dicen que lo estoy haciendo bien y que no le importan que follemos más duro. Como siento que en cualquier momento voy a acabar y estoy desesperado por correrme a la vez que Sienna, deslizo la mano entre nuestros cuerpos y le acaricio el clítoris.

— S , joder! —jadea, arqueando la espalda mientras froto con más fuerza mi mano, sabiendo que le da placer.

Para volverla aún más loca, acelero de nuevo el ritmo y noto cómo sus músculos se tensan a mi alrededor.

—Voy a correrme —le digo, acercando mi boca a la suya—. Córrete conmigo, nena...

Sienna asiente y yo se la saco de nuevo. Entonces ella me mira directamente a los ojos y, justo cuando está a punto de decir algo, la penetro una última vez, tomando suavemente su clítoris entre el índice y el pulgar y sin dejar de mirarla a los ojos.

Es entonces cuando ambos saltamos por el precipicio. Me derrumbo sobre ella, gimiendo, y los espasmos de su sexo me roban mi última pizca de cordura. Froto mi polla contra ella, me corro dentro y, por primera vez en mi vida, me arrepiento de haber usado condón. Aunque es evidente que había que hacerlo. Me he sentido tan a gusto que me habría gustado correrme sin ninguna barrera entre nosotros. Para hacer que su orgasmo dure aún más, acaricio su clítoris con delicadeza mientras la miro.

—Dios... —murmuro, besándole el hombro antes de volver a hundir la cabeza en su cuello.

Sienna me acaricia el cuello y siento que se relaja lentamente y me libera, para que pueda salir de ella. No quiero aplastarla con mi cuerpo. Pero cuando intento apartarme, me sujeta con fuerza.

—No lo hagas —susurra—. Quiero sentirte un momento más.

—Peso demasiado —susurro, mientras me hago a un lado.

Antes de que pueda volver a protestar, la atraigo hacia mí.

Tiene los ojos cerrados y apoya la cabeza en mi hombro, mientras nuestros cuerpos se acomodan. Los últimos minutos han sido una locura. El polvo con Sienna ha sido inexplicable. Espero que ella haya sentido lo mismo.

Permanecemos en silencio durante unos minutos, en los que miro al techo y la estrecho entre mis brazos, hasta que poco a poco vuelvo a la vida y quiero quitarme el condón.

—Sienna... —susurro y le beso el pelo.

Eso es algo que nunca había hecho después de acostarme con alguien. Me estoy convirtiendo en un pringado por ella. La miro y le digo:

—Voy a quitarme el condón. Enseguida vuelvo.

Murmura algo que no entiendo y empieza a moverse lentamente. Al final se recompone y me deja levantarme. Sonríe, la miro y le pongo la mano en la mejilla. Sienna acurruca la cara en ella, me inclino y la beso suavemente.

—Ahora vuelvo —le digo—. ¿Pedimos algo de comer? Tengo hambre.

Miro a Sienna un momento y me dispongo a levantarme, pero ella me coge de la mano y me detiene.

—¿Eso es lo que se hace?

—¿El qué? —pregunto, alzando las cejas—. ¿Pedir comida?

—No sé —murmura Sienna, algo avergonzada y mirando a su alrededor como si necesitara encontrar algo para disimular—. Nunca me había acostado con alguien en pleno día.

—Oh —contesto con una sonrisa—. Bueno, pues olvida lo que estés pensando. Ha sido un polvazo, y ahora voy a quitarme el condón y vamos a vestarnos, comer, descansar y hablar.

—Vale —dice vacilante, pero sin dejar de sonreír.

Sienna se inclina y me besa y luego se aparta para decirme:

—Bueno, date prisa. Tenemos mucho de lo que hablar.

—Y luego tenemos que bajar la comida —sonríe y muevo las cejas—. ¿Cómo se te da montar? Ya sabes que no me refiero a un caballo...

Sienna se pone roja al instante y me da una palmada en el pecho.

—¡Vete ya, anda! —grita—. Voy a vestirme.

Sin dejar de sonreír, le planto otro beso en los labios antes de desaparecer.

16

Sienna

Un par de días más tarde.

Me siento como en una nube. El problema con Madison también se ha resuelto. Después de hablar con su madre, volvió a casa. Las cosas van bien con Denver. Casi demasiado bien, apenas puedo creerlo. Después de acostarnos por primera vez, pedimos una pizza, hablamos y echamos otro polvo esa noche, hasta que nos quedamos fritos por el agotamiento. Así seguimos los dos días siguientes, hasta que tuve que parar porque estaba un poco escocida. No estoy acostumbrada a tener una vida sexual tan activa y satisfactoria. Denver, en cambio, parece estar hecho para cualquier tipo de deporte. Solo de pensar en sus firmes músculos y en el movimiento de sus caderas al metérmela me pongo cerdísima. No es solo el sexo. También somos increíblemente compatibles como personas, y hemos consolidado la amistad que ya teníamos ahora que estamos juntos. Nos reímos mucho, pero también hablamos de cosas serias como el futuro o nuestros padres. Denver sigue sin hablar apenas de su padre y también evita el tema de Madison. Sigue enfadado con su hermana pequeña y sé que le ha molestado mucho, pero no puedo obligarle a hablar conmigo de ello. Aun así, espero que pronto me cuente lo que se le pasa por la cabeza.

Hoy juegan los Lincoln Tigers y Phoenix, Millie, Joy y yo vamos de camino al estadio. Mis amigas aún no saben lo nuestro. Quiero decírselo en persona, no en plan cutre, por un mensaje. Denver y yo no hemos hablado de hacerlo oficial. Después de todo, solo han sido unos días de mucho sexo. Para nosotros, la línea entre la amistad, el sexo y una relación se difuminó en algún momento, así que no escogimos un día X en el que empezamos a salir. Simplemente, estamos saliendo, y ya.

Teniendo en cuenta lo rápido que han bajado las temperaturas en Illinois, todos llevamos unos chaquetones bien gordos. Phoenix es la única que tiene una chaqueta con el número diez de Denver y el apellido Jones en la espalda. Me gustaría preguntarle qué piensa Jake de que ella no lleve la suya, pero no quiero liarla. Joy aprovecharía la situación para preguntarme por Denver y por qué no llevo una chaqueta con su número.

No tengo ni idea de cómo decirle a Phoenix que estoy enamorada de su hermano y él de mí. Nuestra amistad es importante para mí, pero también lo es mi relación con Denver.

—¡Tierra llamando a Sienna! —Joy me chasquea los dedos en la cara, lo que hace reír a Millie y Phoenix. —¿Sacamos la entrada o qué?

—Oh, perdón —respondo, entregándosela al personal del estadio para que la escanee—. Muchas gracias.

Sigo a los demás a través del control y me encuentro con un puñado de caras sonrientes. Pongo los ojos en blanco y evito sus miradas. No puedo ocultar durante mucho más tiempo que algo en mi vida ha cambiado radicalmente.

—¿Qué te pasa? —pregunta Millie mientras nos dirigimos a nuestros asientos—. Estás empanada y sonríes todo el rato como si...

Sorprendida, me detengo y las miro. Sin duda se han dado cuenta. Miro rápidamente a

Phoenix, que me lanza la misma mirada curiosa. Me han pillado, pero de momento me hago la tonta. Puede que Millie solo esté siendo amable y yo me esté estresando por nada.

—Yo ... ¿Estoy sonriendo? —murmuro—. ¿Qué dices, tía?

Joy se ríe y me rodea con el brazo.

—Sí, sí, risitas... —dice—. ¡Tienes la cara de alguien que ha echado un polvazo!

—¡Joy! —grita Millie inmediatamente, lo que me da tiempo para intentar salir de esta.

Aun así, siento que el calor sube dentro de mí y mis mejillas se sonrojan. Mi amiga la pudorosa continúa:

—¿Siempre tienes que ser tan... directa?

—Pues claro —dice secamente—. Va, Sienna... ¿Quién te ha dado una alegría?

¿No puede cerrar la boca por una vez en su vida? Solo una vez, joder, para no tener que dar explicaciones. Especialmente delante de Phoenix. Después de todo, ha sido su hermano quien *me ha dado esa alegría*.

—¡Eres un caso! —exclama Millie y gira sobre sus talones.

Miro a Phoenix, que asiente y sigue a Millie. O no se ha dado cuenta, o no quiere hacerlo, porque no soporta pensar en Denver y en mí. De nuevo, me imagino lo peor. Phoenix me mandará a la mierda y pensará que soy una zorra que le rondaba para acostarse con su hermano. Seguro que cuando se entere, ya no querrá ser mi amiga.

—Es Denver, ¿verdad? —pregunta Joy en voz baja, mientras andamos detrás de Millie y Phoenix.

La miro y aprieto los labios. ¿Qué coño hago ahora? *Sí, es Denver y no puedes ocultárselo a Joy. Tiene un sexto sentido.*

—Ni una palabra a Phoe —susurro—. Tengo que decírselo con tacto.

—¡Estoy tan feliz por ti! —grita y me abraza—. ¿Por fin ha dejado de cagarla el muy imbécil?

Phoenix y Millie se vuelven hacia nosotras y levantan las cejas. Les hago un gesto para que no se acerquen y empujo a Joy, que me mira disculpándose.

—Lo siento —dice—. Me alegro mucho por ti.

—Gracias —digo, y una amplia sonrisa se dibuja en mis labios—. La verdad es que me ha dejado seca.

Le guiño un ojo a Joy y antes de que pueda contestar, corro hacia Millie y la rodeo con mis brazos.

—¿Está contento Darren de que su entrenadora personal venga al partido?

Como era de esperar, mi mejor amiga se sonroja y esquiva mi pregunta. Me da un poco de pena que esté enamorada de Darren, porque él ni siquiera se fija en ella. Excepto cuando ella habla de fútbol, entonces no pueden parar de hablar. Que Millie sepa tanto de fútbol y sea tan estratega es realmente asombroso. El entrenador Flanders podría aprender mucho de nuestra amiga. A veces, los chicos incluso le preguntan cómo habría planteado ella las jugadas. Cuando se trata de fútbol, se olvida de su timidez y se pone manos a la obra. Por desgracia, Darren es demasiado imbécil para tomarse en serio a Millie. Es un desperdicio estar perdidamente enamorada de ese *macho man*. Se merece algo mucho mejor.

Suspiro en silencio. Quizá estemos todos equivocados y Darren sea el indicado para ella, pero su estilo de vida es tan opuesto al de Millie que, a simple vista, no puede funcionar,

—No sé yo... —contesta ella, haciéndose la desentendida.

Las tres ponemos los ojos en blanco. Nuestra amiga continúa:

—A Darren no le importo una mierda.

—Oh, Millie Mouse... —dice Joy y luego suelta una risita—. Darren es un imbécil.

—Definitivamente —dice Phoenix, haciendo ver que está de acuerdo—. Es amigo de mi hermano, así que no puede ser muy espabilado.

—Denver no es un idiota —suelto en defensa de mi compañero de piso.

Su hermana levanta las cejas, extrañada.

Vaya, Sienna, no puedes meter más la pata.

—Claro que no. Es un gilipollas, ¿a que sí? —responde Joy, lo que me salva—. Y lo de Jake ya...

Esta pregunta silencia de inmediato a Phoenix y formulo un silencioso «gracias» en dirección a Joy. Aun así, sé que tengo que contárselo a Phoenix y a Millie.

El partido está reñido y vamos perdiendo por un gol de campo, lo cual es un desastre. Tres puntos no es nada. Los Florida State tienen el balón a tan solo dos minutos. El equipo ha llegado al cuarto *down*¹⁷, y puede ir a por el ensayo o patear un gol de campo. Pero parece ser que todavía están demasiado lejos de la zona de anotación para intentarlo. Nerviosa, me froto las manos y sigo mirando hacia el banquillo, donde Denver está sentado con Jake, analizando las jugadas. Tyler está de pie a unos metros de ellos.

No he visto a Tyler a solas desde el beso en la fiesta de Josh, así que eso es algo que tener en cuenta. Sé que Denver y él se han hecho muy amigos, lo cual no me encanta. Si Tyler le menciona a Denver que me metió la lengua hasta la garganta, se va a volver loco. Le dije que no había habido otros chicos. De todos modos, en el plano sexual, es cierto. Por otra parte, Tyler y yo nos besamos y fue un buen beso. Sabía lo que hacía y cómo usar la lengua. Nada comparado con los besos de Denver, pero eso es en parte por lo que siento por él.

La ofensiva de los Florida State se prepara y miro hacia el campo, hipnotizada. El *center*¹⁸ le pasa el balón al *quarterback*, que retrocede unos pasos. Me sorprende que sigan intentándolo, pero no tengo ni idea de lo que sucede.

—¿Por qué no han marcado un gol de campo? —le pregunto a Millie.

—Están demasiado lejos de la zona de anotación —responde ella, mientras Darren se precipita de repente por la izquierda y placa al *quarterback* del equipo de Florida. Ambos caen al suelo.

—¡Ha sido increíble! —exclama mi amiga—. ¡Vaya locura de placaje!

—Sí, una pasada... —respondo, con la esperanza repentina de que no le pase nada a Denver.

Odio cuando le placan. Siempre sufro el doble con él, incluso el triple. Él se burla de mí y dice que voy a tener que acostumbrarme. En la NFL, será incluso peor de lo que es ahora en la universidad, porque se enfrentará a jugadores defensivos de un calibre totalmente distinto.

—Denver vuelve al campo, atenta —dice Millie, como si yo no entendiera ni lo más básico—. Esta jugada va a funcionar, aunque el balón aún podría volver a los Florida.

Asiento con la cabeza y miro a Joy, que está inusualmente distraída, mirando fijamente a la línea de banda.

—¿Qué estás mirando? —le pregunto, pero ella se desentiende y mira hacia el campo.

—¡A por todas! —dice mi amiga.

Tengo la sensación de que está evitando mi pregunta. Uno de los jugadores la tiene preocupada, pero vete tú a saber con quién se ha acostado esta vez... Y ni siquiera nos hemos dado cuenta.

Vuelvo a centrarme en la acción en el campo y vitoreo ruidosamente cuando Denver choca los cinco con Jake y levanta las manos para que el público los anime.

—¿Por qué no te tatúas en la frente un «Fóllame, Denver»? —me susurra Joy y yo pongo los ojos en blanco.

Denver anuncia la siguiente jugada y los jugadores de la línea ofensiva se colocan en posición. Denver cuenta atrás, mientras el *center* le lanza el balón y él da unos pasos hacia atrás para pasárselo a Jake. Por desgracia, solo gana unas yardas. Todavía queda un largo camino hasta el siguiente primer *down*¹⁹. Así que vuelven al principio. En el segundo intento, consiguen un primer *down* y recuperan algunas yardas, pero después de eso no logran avanzar mucho. Denver pasa el balón a Tyler, pero tampoco llegan al primer *down*. Cuando por fin alcanzan el tercer *down*²⁰, el estadio enloquece y el público vitorea sin cesar. La jugada vuelve a empezar, pero esta vez Denver decide no pasarla a uno de sus compañeros, sino correr él mismo.

—¿Está loco? —grita Millie a mi lado—. Ni de coña consigue esa carrera.

Miro a Joy, que ha enmudecido por una vez en su vida, y luego a Phoenix, que se tapa los ojos. Pero Denver corre y corre hasta que se detiene a dos yardas de la zona de anotación.

—¡Di que sí, joder! —exclama Phoenix, dando un salto—. ¡Ese es mi hermano!

No puedo evitar reírme y miro a Millie, que se ha quedado completamente pálida. Parece como si nunca hubiera visto a un *quarterback* correr así. Denver vuelve a organizar la ofensiva y anuncia la jugada. No tengo ni idea de lo que va a hacer, pero tengo la sensación de que quiere ir a por todas.

—Va a correr otra vez, ¿no? —digo.

Millie me mira con incredulidad y menea la cabeza.

—No. Creo que van a intentar un *quarterback sneak*.²¹

—¿Un... *quarterback sneak*?

—Sí —dice Millie, emocionada—. Están cerca de la zona de anotación, y van a tratar de empujar a Denver mientras están en bloqueo para que llegue a la línea con el balón.

—Podría funcionar —interrumpe Joy—. Si Denver se pega una buena corrida. ¿Se le dará bien?

Joy me mira con descaro y yo sacudo la cabeza. Joder, la muy bruta está intentando levantar sospechas.

—¿Una buena corrida? —Millie repite, mirando primero a Joy y luego a mí—. ¿Joder, Denver y...?

Le tapo la boca antes de que Phoenix pueda interrumpir nuestra conversación y asiente.

—Sí —susurro—, te lo cuento más tarde, pero Phoe-...

—Lo he pillado —dice Millie con una sonrisa—. No lo sabe, ¿no? Ni siquiera lo sospecha.

—Exacto.

—Sí, seguro que no sospecha... —dice Joy, poniendo los ojos en blanco.

Afortunadamente, no podemos hablar más, porque los chicos están en plena jugada. Como era de esperar, sucede exactamente lo que Millie predijo. Van a por todas con el *quarterback sneak* y ganan el partido.

Chillamos de emoción y nos abrazamos. Ha sido una pasada. Los Florida State son un buen

equipo y aun así, les hemos ganado. Todo el mundo vitorea «¡Denver Jones, Denver Jones!», y me gustaría mandarle un beso. Y sobre todo, me gustaría dejar claro a todas esas barbies desesperadas que están dos filas más atrás que él es mío. Denver Jones tiene novia, y ya pueden seguir gritando lo genial que les parece. Yo me ocupo de él.

—Vamos abajo —dice Phoenix, y asentimos.

Tras el pitido final, las familias de los jugadores pueden entrar en el campo para celebrar la victoria. Hoy no es una excepción. Mi corazón late con fuerza a cada paso que doy, porque no tengo ni idea de cómo me saludará Denver delante de nuestros amigos y de toda la universidad. Aquí, está en su salsa. Es el lugar donde todas las miradas se posan en él. Parece relajado y se ríe con Jake. Estoy segura de que no le preocupa lo que piensen los demás. Ya estoy otra vez pensándolo demasiado por no saber cómo gestionar la situación, aunque sea una tontería. Al final, el mundo acabará sabiendo lo que pasa entre nosotros. Phoenix se adelanta unos pasos y salta a los brazos de su hermano, riendo. Denver abraza a su hermana pequeña antes de soltarla, y ella abraza a Jake.

Joy y Millie se acercan a Darren, sobre el que se abalanza Tyler. Las miro un momento porque Joy parece ignorar a Tyler. Espero que no se haya acostado con él. Si es el caso, no debo dejar que se entere de que me he enrollado con él.

—¡Ey! —escucho a mis espaldas.

Me sobresalto y me doy la vuelta. Denver está delante de mí, sonriendo. Está sudado y tiene varias briznas de hierba pegadas a la sien. Aun así, se dirige a mí:

—¿Me concedes unos minutos de tu tiempo?

—Claro que sí —respondo con una sonrisa—. Has jugado muy bien.

Sin saber qué hacer, Denver toma la decisión por mí: me atrae hacia él y me besa. Al principio, no sé qué está pasando porque no esperaba una exhibición tan pública de nuestra relación. No estamos juntos oficialmente, aún no se lo hemos dicho a los demás. El hecho de que Denver lo haga ahora, después del partido, delante de un estadio abarrotado, echa por tierra todos mis planes de contárselo a mis amigas en persona. Pero al cabo de unos segundos, no me importa e incluso consigo ignorar a Phoenix mientras le rodeo el cuello con los brazos y me acurruco contra él. Un escalofrío reconfortante me recorre la espalda mientras él me acerca todo lo que puede a pesar de las almohadillas de su equipación.

—Eres una pasada en el campo —le digo cuando nos separamos—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, nena.

Denver vuelve a besarme. Sonriendo, le quito las briznas de hierba de la sien. Por fin alguien se deshace de ellas.

—Eso está mejor —me río—. Si no, quedarás mal con tus fans. Miro detrás de mí, donde están las chicas de las gradas, indignadas, mirándonos como a una atracción de feria.

—Tengo que ir a ver a mis fans —dice Denver, robándome otro beso antes de dejarme allí y acercarse a ellas.

Molesta, desvío la mirada y me dirijo a mis amigos. Pero ellos me miran y sonríen tan ampliamente que casi prefiero a las conejillas de la grada.

—Denver y tú, ¿eh? —dice Darren, rompiendo el silencio—. Tenía que pasar en algún momento.

Se encoge de hombros tan despreocupadamente, como si no le sorprendiera lo más mínimo.

—Sí... —murmuro, ignorando su tranquilidad.

No tengo nada en contra de Darren, pero a menudo me parece que su estilo de vida y la forma en que trata a Millie no están bien. Quizá no se dé cuenta de que ella lo adora, pero podría mostrarle un poco de cortesía. También se calla demasiado cuando se trata el tema de la familia, y se irrita fácilmente cuando le preguntan algo que él considera tabú. Me cuesta aceptarlo. En ese sentido, Denver se parece a él más de lo que me gustaría, por desgracia. También tiene algunos problemillas, sobre todo con su padre, de los que no le gusta hablar.

Lo que Darren piense de Denver y de mí no es asunto mío. Tampoco me importa lo que piensen Jake, Millie y Joy. La única opinión que me importa es la de Phoenix.

—¿Phoenix? —pregunto, llena de dudas, mientras miro a mi amiga—. ¿Estás... bueno... qué opinas de esto?

—¿Yo? —responde, y yo asiento.

—Es tu hermano y yo soy tu amiga.

Phoenix levanta las cejas y parece desconcertada por mi afirmación, pero luego suelta una carcajada sonora.

¿Qué coño pasa ahora?

Denver vuelve a mi lado y me rodea con el brazo para acercarme a él. Inmediatamente, me siento más segura, por si Phoenix quiere discutir.

—Bueno —dice y mi corazón da un vuelco—, estaba deseando que me contaras tu vida sexual, pero me temo que ahora eso está descartado.

Su boca se frunce como si hubiera comido algo asqueroso. Denver pone los ojos en blanco y los demás se ríen. Luego, Phoenix continúa:

—Pero, obviamente, por mí no hay problema. Si es lo que quieres...

—Sí, lo es —respondo con una sonrisa, poniendo la mano en el pecho de Denver y mirándole—. ¡Claro que quiero!

Él me mira y posa suavemente sus labios sobre los míos.

¹⁷ N. de la T. El *fourth and goal* es una fase de una jugada en la que la distancia entre la línea de confrontación o de *scrimmage* y la zona de anotación es de menos de diez yardas, lo que quiere decir que los jugadores pueden continuar a por el ensayo o *touchdown* o ir a por el *field goal* o gol de campo.

¹⁸ N. de la T. Jugador de fútbol americano que ocupa la posición de un centrocampista.

¹⁹ N. de la T. En fútbol americano, se conoce como *down* u «oportunidad» al tiempo en que se lleva a cabo una jugada. Cada *down* comienza con un pase o patada, y la jugada termina cuando el jugador en posesión del balón toca el suelo con cualquier parte de su cuerpo (excepto las manos y los pies). Los jugadores de la línea ofensiva tienen cuatro intentos para llegar a la línea del primer *down*.

²⁰ En una fase que se denomina *third and goal*.

²¹ N. de la T. El *quarterback sneak* es una jugada en la que el *quarterback*, después de tomar el centro, pasa por la línea ofensiva para ganar yardas, mientras que su línea está en bloqueo. Esta jugada tiene la ventaja de que no hay prácticamente un intercambio de pelota más allá del *snap* (un pase hacia atrás del *center* al *quarterback*), por lo que el *quarterback* recibe el balón casi en la línea de golpeo.

Sienna

Salgo del aula en la que he asistido a una conferencia y me dirijo, sonriente, a la cafetería. He quedado con Millie y Joy para comer. Denver todavía está en el entrenamiento, pero piensa unirse a nosotras más tarde. En cuanto a Phoenix, Jake y Darren, no sé... Tal vez Phoenix y Jake se estén viendo en secreto para que Denver no se entere.

Desde que Denver hizo pública nuestra relación el fin de semana pasado y ahora lo saben nuestros amigos, las cosas nos van mejor que antes, o así lo siento yo. Puede que sea mi imaginación porque estoy colada por él.

Ahora dormimos los dos en su habitación, y mi habitación ha pasado a ser el cuarto de invitados y despacho. Sigo pensando que es raro, después de haber dormido tanto tiempo en habitaciones separadas. Aun así, me gusta que nos vayamos a dormir juntos por la noche y nos despertemos juntos por la mañana. Durante el día no nos vemos mucho, pero por la noche cenamos juntos y después nos tumbamos un rato en el sofá. Como ya vivíamos juntos, nos hemos saltado algunos pasos de las primeras etapas de nuestra relación. Así no tendremos que sufrir el arrebato de irnos a vivir juntos dentro de un año o dos.

—¡Sienna! —grita una voz a mi lado.

Me sobresalto y me doy la vuelta. Tyler está de pie a unos metros, apoyado en la pared. Sin apartar la mirada, me pregunta:

—¿Tienes un minuto?

Hasta ahora, he evitado hablar con él. Tengo un poco de miedo de lo que pueda decirme. Me aterra la idea de que pueda sentir algo por mí, aunque no creo que sea el caso. Pero ahora mi corazón pertenece a Denver y así va a seguir siendo.

Lo de Tyler fue un error de principiante en una fiesta. De hecho, en esa misma fiesta intentaba demostrarme a mí misma y a Denver que no le necesitaba. Por eso me dejé llevar por el beso. ¿Que estuvo muy bien? Sí, eso no se lo vamos a quitar al chaval. Tyler besa muy bien, pero más allá de eso, debería haberlo conocido mejor, para saber si no me saldría rana. Además, es muy guapo. En fin, si nos ponemos superficiales, no conseguiremos reducir su atractivo.

Aun así, no me interesa lo más mínimo, y lo que pudiera sentir por mí solo nos traería problemas. De hecho, sería una movida para nosotros dos y también para nuestro grupo. Porque, bueno, seamos sinceros... No creo que Denver invite a Tyler a tomarse unas cervezas si sabe que está colado por su novia. Vuelvo a mirar a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos observa. Luego me vuelvo hacia Tyler.

—Hola —le digo—. Claro que sí.

Él asiente y da un paso hacia mí. Cuando levanto la vista, está tan cerca de mí como lo estaba en el patio trasero en la fiesta de Josh. El beso y la forma en que me habló aquella noche me hicieron sentir tan bien... Me subieron la autoestima, y en ese momento, me pareció muy buena idea para joder un poco a Denver. Pero ahora preferiría haber dado un paso atrás y que no me

vieran con él.

—Vale —me dice—. Hablemos de lo que pasó entre nosotros la otra noche.

Asiento despacio y cierro los ojos un momento. Lo dice como si hubiéramos hecho algo más, mucho más que un beso que no llevó a ninguna parte.

—No fue nada —digo de forma directa, mientras me encuentro con sus ojos. Tyler me mira y las comisuras de sus labios se curvan ligeramente, así que decido intervenir:

—Estaba un poco ida, Tyler. Yo ... Le había dado muchas vueltas a lo de... Bueno, a lo de...

¡Maldita sea, no puede ser tan difícil decírselo! Estoy segura de que él ya sabía que lo mío con Denver era un lío.

—¿Denver? —pregunta y yo asiento.

—Sí, a lo de Denver —admito a regañadientes—. Me descontrolé un poco y bueno, pasó lo que no tenía que pasar.

—Vale —dice, enderezando los hombros como si lo que tuviera que decirme mereciera una espalda erguida—. Me gustaría explicarme, si me dejas... Me gustó lo del otro día, Sienna.

Y ahí está: la frase que definitivamente no quería oír salir de su boca.

¡Me cago en todo!

Estoy enamorada de Denver. El hecho de que le guste a Tyler solo complica las cosas innecesariamente. Somos amigos.

—Tyler, me alegro mucho, pero yo... —digo, tartamudeando.

Tengo que espantarlo. Estaba en el estadio y seguro que vio lo que pasó entre Denver y yo el día del partido.

—Estoy saliendo con Denver, y...

Me mira un momento y de repente se echa a reír.

¿De qué coño va? Aunque no quiero que sienta nada por mí, parece que está intentando humillarme.

—No me has entendido. No quiero nada contigo —dice, levantando las manos para tranquilizarme—. Desde luego, no como te imaginas. Ni siquiera me gustan las rubias.

—Pues mira qué bien. Gracias —refunfuño, pero no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Era mi primera fiesta en Lincoln. Los chicos me preguntaron si quería ir —me dice, sonriéndome—. En realidad no conocía a nadie y apenas había hablado con la gente del campus. Cuando te vi en el jardín, supe que tenía que acercarme a ti.

—¿Y meterme la lengua hasta la garganta? —pregunto con una risita, porque ahora puedo reírme de la situación.

Debería estar aliviada de no ser su tipo y no tener que preocuparme por él.

Tyler no dice nada. De hecho, todo lo contrario. Se le ha ido todo el color de la cara. Está tan blanco como la nieve y, antes de que pueda decir nada, Denver me empuja a un lado y estampa a Tyler contra la pared que tenemos detrás.

Su antebrazo derecho presiona la garganta de Tyler, y yo estoy a punto de gritar por lo surrealista que está siendo este momento.

—¿Será verdad, so mierdas? —grita—. ¿Le has metido la lengua hasta la garganta a mi novia?

Hostia puta. Esto no puede estar pasando. Denver se ha vuelto loco. Sin dudarlo, le pega un puñetazo a Tyler, que no se lo toma a broma. Lo empuja, deja caer su bolsa de deporte y se la devuelve a Denver, a quien golpea en plena cara. Denver va a tener mañana un ojo morado. Observo impotente cómo mi novio revienta a su amigo y todo por un beso tonto. Se pelean con

violencia, y veo que Tyler se niega a ser la víctima.

—¡Basta! —grito, a punto de intervenir, pero alguien me aparta hacia atrás.

—¿Estás loca? —me grita Phoenix, que ha aparecido de la nada con Jake—. ¡Vas a cobrar como te metas en medio!

—¡Pero alguien tiene que hacer algo!

Presa del pánico, me giro para mirar a Denver y Tyler, que tienen la cara amoratada. Para empezar, son amigos, pero no han sido capaces de discutir esto como adultos. Además, el maldito beso pasó cuando ni siquiera éramos novios. Denver está exagerando.

—¡Darren! —dice Jake de repente mientras mira a su amigo, que acaba de unirse a Millie y Joy entre la multitud.

Mientras tanto, un montón de gente, incluidos algunos jugadores del equipo de fútbol, hacen corro alrededor de la pelea. Pero ninguno, pese a que podrían separar fácilmente a Denver y Tyler, tiene el valor de intervenir. Jake continúa:

—Ayúdame, antes de que se hagan daño de verdad.

Darren deja caer su bolsa de deporte y agarra a Denver, mientras que Jake se ocupa de Tyler. Como era de esperar, los dos se retuercen como pueden. Parece que no pretendían dejarlo estar.

—¡Denver! —grita Darren—. ¡Vale ya, tío!

—¡Suéltame! —responde él mientras intenta soltarse—. Ha intentado ronearle a Sienna a mis espaldas.

Pongo los ojos en blanco. Ya estamos otra vez. Nunca escucha y prefiere sacar conclusiones precipitadas.

—No. Eso no es verdad —digo y Denver me mira con los ojos muy abiertos—. No quería tirarme la caña. ¡Escúchame un segundo, joder!

No quiero discutir con él ahora.

—¿Qué? —pregunta, y si las miradas mataran, Tyler y yo caeríamos muertos. Denver está cabreado—. Pero has dicho que...

Cuando se da cuenta de la cantidad de gente que nos rodea, se calla. Quizá sea lo mejor, porque no tenemos que hablar de esto delante de toda la universidad. Sospecho que casi todas las personas que estaban en el campus hoy están aquí. Todos parecen estar interesados en los problemas de pareja del *quarterback*. Hablarán de nosotros, de mí, durante semanas o meses. Al final, seré la zorra que destruyó el equipo de fútbol.

—¿Qué está pasando aquí?

La voz furiosa del entrenador Flanders nos hace saltar a todos. Se abre paso entre la multitud, mirando a un lado y a otro, a Denver y Tyler. Cuando al fin se encuentra enfrente de ellos, grita:

—¿Alguien me va a decir qué pasa?

Su presencia parece tranquilizar al menos a Darren y Jake, que saben que Denver y Tyler no volverán a lanzarse al cuello del otro, así que los sueltan poco a poco. Pero siguen preparados por si a Denver le da por volver a darle caña a Tyler.

—Nada —responde Tyler, cogiendo su bolsa de deporte—. Denver está emperrado en oír lo que quiere oír.

Denver resopla, y también coge su bolsa de deporte y se la echa al hombro. Su mirada se dirige al entrenador y luego a mí. Le miro suplicante y le tiendo la mano, con la esperanza de que la coja y podamos solucionar esto en casa. Pero Denver la aparta con el brazo y desaparece en dirección contraria. Jake le sigue, negando con la cabeza. Darren parece pensárselo un momento y luego le sigue también.

—Aquí no hay nada que ver —dice el entrenador con una voz atronadora, y la multitud se dispersa lentamente.

El entrenador vuelve a resoplar y me dirige una mirada tan acusadora que me dan ganas de que se me trague la tierra. Sé que le habría encantado soltarme un buen sermón sobre la división de su equipo y en qué estaba pensando cuando me lie con dos de sus jugadores, pero en lugar de eso, se da la vuelta y desaparece.

Todavía aturdida por lo que ha ocurrido en los últimos minutos, me quedo helada. Nada de esto habría pasado si me hubiera limitado a apartar a Tyler, o si no le hubiera mentido a Denver cuando me preguntó si había alguien más. Todo esto es culpa mía.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Millie, que se acerca a nosotras junto con Joy—. ¿Por qué se estaban pegando?

—Porque la he cagado —susurro—. No sé... No podía contárselo a Denver.

—¿Contarle qué a Denver? —bromea Phoenix—. Por la forma en la que se ha cabreado, debe tener tela el asunto. ¿Se los has puesto?

Me giro y miro fijamente a Phoenix.

—¿Te has vuelto loca? —susurro—. Yo nunca haría eso.

—Lo siento —se disculpa en un susurro, y luego evita mi mirada—. ¿Qué ha pasado?

—Vamos a sentarnos, chicas —dice Joy, señalando un banco cercano.

Phoenix me rodea con el brazo y me arrastra detrás de ella, y Millie lleva mi bolso.

Me dejo caer en el banco como si fuera un pelele. Phoenix se sienta a mi derecha y Millie a mi izquierda. Joy se agacha delante del banco y coloca sus manos sobre mis rodillas con delicadeza.

—Cuando Denver me preguntó si había alguien más, le dije que no —confieso a mis amigas, mirándolas—. Estábamos a punto de acostarnos por primera vez y decir otra cosa habría arruinado el momento. Ya sabéis lo celoso que es Denver...

Todas asienten de inmediato. Después de todo, saben lo de su prohibición a todos los hombres de la universidad para que ninguno me tirase la caña.

—Justo antes de irme de la fiesta de Josh, conocí a Tyler en el patio trasero —continúo—. Era nuevo y se me acercó. Hablamos un poco y luego... luego nos besamos.

Los ojos de Phoenix, Millie y Joy se abren de par en par.

—¿Tyler y tú os liasteis? —pregunta Joy, incrédula, cuando se atreve a hablar al fin.

Asiento con la cabeza y la miro con culpabilidad. Espero a que haga un comentario sarcástico, pero no llega. En lugar de eso, se queda mirándome.

—Vaya, bueno... ¿Quién se lanzó?

—Tyler —respondo—. Él me besó primero, pero yo le devolví el beso.

—Oh, vaya —comenta Phoenix—. No lo sabía.

Claro que no lo sabía, porque no se lo conté a nadie. Solo habría causado problemas. No creí que fuera necesario porque, después de eso, las cosas fueron a mejor con Denver. Mis prioridades estaban en otra parte. El beso no me importaba en absoluto.

—Solo fue un beso de mierda —continúo—. No significó nada para nosotros... para ninguno de los dos. Pero a Denver se le ha ido la flapa.

—Me tengo que ir —exclama Joy de repente, dando un salto.

Mis ojos se abren de par en par y la miro. ¿Qué pasa ahora? Nunca la había visto así. Normalmente, siempre tiene algún consejo para mí en situaciones como esta. Es probable que me dijera algo como que se la chupara a Denver y así todo se arreglaría. No es un consejo tan malo.

Pero es muy raro que mi amiga se comporte así.

—¡Joy, espera! —dice Phoenix y corre tras ella.

Miro a Millie, que se limita a encogerse de hombros.

Suspirando, apoyo la cabeza en su hombro y cierro los ojos.

—¿Qué le pasa a todo el mundo? —suspiro—. Denver le ha dado una paliza a Tyler, Joy no me da consejos sin sentido... No lo entiendo.

Suspirando, Millie me pasa el brazo por encima del hombro y me acerca a ella.

—No lo sé —suspira—. Quizá todo el mundo está un poco ido porque se acercan las vacaciones. Acción de Gracias está a la vuelta de la esquina.

No creo que sea eso, pero no digo nada para rebatírselo.

18

Denver

Jake, Darren y yo hemos ido a nuestro bar favorito del campus porque no quería volver a casa con Sienna. Sé que estará ahí sentada, esperándome, pero no puedo hablar con ella ahora.

Por eso, les he pedido a mis colegas que me hagan compañía. Si hubiera sabido que terminaría en un sermón, me habría pirado cuanto antes.

—¡Relájate, tío!

Jake me fulmina con la mirada, sin dejar lugar a dudas de que no está nada contento con mi comportamiento. Darren coloca tres cervezas en la mesa y se sienta con nosotros. Sin decir nada, me acerca una. Jake interviene:

—Solo fue un beso.

Miro furioso a mi mejor amigo y le doy un sorbo a mi cerveza. *Solo un beso*. Vamos, no me jodas. Tyler se estaba intentando liar con mi novia a mis espaldas, mientras fingía ser mi colega. Así que no voy a dejar que Jake me diga que solo fue un beso. También ha oído lo que el muy imbécil le decía Sienna. No soy idiota. Vi cómo la miraba. Nadie, quiero decir nadie, y menos alguien que se hace llamar mi amigo, hace eso. Puede decir lo que quiera, pero es un hecho que le hemos acogido en mi equipo, en mi grupo, y él me lo paga intentando tirarse a mi novia.

Bueno, y algo le ha funcionado. Tal vez ese fuera su plan. Hacerse el colega, descubrir mis puntos débiles y luego usarlos en mi contra para llegar a Sienna. Nunca pensé que sería tan retorcido. Me cayó bien desde el primer día que el entrenador Flanders nos lo presentó. Todos hicimos una piña y lo aceptamos en nuestro grupo. No puedo creer que estuviera tan equivocada con él.

—¿Solo un beso? —pregunto, mirando a Jake—. ¿Cómo te sentirías si alguien le metiera la lengua hasta la garganta a tu novia?

—Para empezar, no tengo novia, pero en todo caso, intentaría escuchar lo que ambos tienen que decir, sobre todo si uno de ellos es mi amigo. Mejor eso que partirle la cara en medio del campus.

Molesto, evito la mirada de Jake, porque tiene razón. Me he pasado cuatro pueblos y no debería haberle pegado una paliza a Tyler. Sobre todo porque yo también me he llevado una buena tunda y ahora me arde la sien. El tío tiene muy buena derecha.

—¿En qué estabas pensando, Denver? —continúa Jake.

—No sé, tío... Los vi juntos y exploté —respondo con afabilidad—. Tú me entiendes... ¿no?

Para ser sincero, no creo que Darren y Jake lo entiendan. Jake siempre me suelta evasivas cuando intento preguntarle por su vida sexual, así que ni me molesto en hablarle de mi relación. Antes nos contábamos con cuántas chicas habíamos estado y cómo eran en la cama. Desde hace unos meses, ya no hablamos del tema. Quiero decir, tampoco es que me apetezca contarle cómo me follo a Sienna, qué sonidos hace y lo mucho que le gusta que le acaricie las tetas. Es mi novia. Me daría grima contárselo, porque seguro que se pondría cachondo. No me sorprendería.

En fin, simplemente no puedo hablar de Sienna como si fuera una de las innumerables chicas con las que me he acostado.

Pero Jake seguro que sigue tirándose a medio campus. Entonces, ¿por qué nunca dice nada al respecto?

¿Y Darren? Darren se folla a todo lo que se menea. A veces incluso a varias chicas en una noche o al mismo tiempo. Es un *fucker* y está exprimiendo al máximo la experiencia universitaria. A veces no estoy seguro de que se dé cuenta de lo mucho que está follando. Estoy seguro de que ni siquiera se da cuenta de que hay alguien que se muere por él. Millie está enamorada de Darren. Todos lo saben. Bueno, todos menos el propio Darren. Ella lo adora, pero él cree que es una virgen sin experiencia y por eso no se interesa lo más mínimo por ella. Como es la mejor amiga de Sienna, he llegado a conocerla bien en las últimas semanas y me cae muy bien. Darren no se da cuenta de lo afortunado que sería si por fin se fijara en Millie.

—No nos hemos enterado de dónde o cuándo se besaron —dice Jake.

Tiene razón. Lo único que oí fue a Sienna diciéndole a Tyler que le había metido la lengua hasta la garganta, y entonces estallé. Me miró horrorizada cuando los chicos nos separaron. Joder, no va a volver a hablarme nunca. Me hizo jurar que hablaría con ella si algo me sentaba mal, pero aquí estamos. La he cagado otra vez.

—Denver —me riñe Darren, y yo le dirijo una mirada molesta—. Te has puesto como una fiera y ni siquiera sabes lo que ha pasado.

—En algún momento se han besado, y eso es todo lo que necesito saber —respondo enfadado.

Cierro los ojos un momento antes de continuar. No tengo ni idea de por qué las siguientes palabras salen de mi boca, porque no suelo compartir esas cosas con mis colegas.

—Justo antes de acostarnos por primera vez... Le pregunté si había alguien más. Tenía que saberlo, y me dijo que no.

Darren gime y da un sorbo a su cerveza. Intercambia miradas con Jake como si tuvieran que decidir quién va a hablar a continuación. Finalmente, Jake habla.

—Llevas detrás de Sienna desde que llegó al piso. Al principio solo querías meterte en sus bragas; luego, nos prohibiste mirarla, acercarnos a ella y abrazarla o echarnos unas risas con ella. Tío, estaba claro que querías más.

—Eso no tiene nada que ver.

—Claro que tiene que ver —interviene Darren—. Ella sabía que eras un celoso y que reaccionarías tal y como has hecho si te enterabas del beso. Sienna no es tonta. Te conoce mejor de lo que crees. Lo siento, tío, pero le has partido la cara a nuestro colega por un puñado de palabras vacías. Sí, se liaron, pero no sabes cuándo ni dónde. Sienna es lo suficientemente lista como para no restregártelo. Especialmente considerando el momento en que se lo preguntaste.

—¡Vamos, que me mintió!

—Denver —gruñe Jake—, te has follado a todas las chavalas que has querido, y si Joy y Millie no fueran sus amigas y se hubieran negado, también te las habrías tirado. Sienna ha hecho la vista gorda y no se ha quejado de tu pasado, que yo sepa. Y tú has montado un pollo solo por un beso de mierda.

—Pero yo nunca le he ocultado nada y ella me dijo que...

—Supongo que no tuviste que hacerlo. Ella podía oírlo. *Todo, todo*.

—¿Pero tú de qué lado estás, *bro*? —digo, poniéndome a la defensiva porque me estoy quedando sin argumentos—. ¿Alguno de los dos me entiende?

Miro a Darren, que se limita a encogerse de hombros. No dice nada, sino que da un sorbo a su cerveza.

—Estamos de tu parte —dice Jake, con diplomacia—. De vuestra parte, de hecho, de los dos. Tú quieres a Sienna y ella te quiere a ti. No te cabrees, pero la idea de que te haya puesto los cuernos con Tyler es una gilipollez como una catedral. Sienna no es así. Quiero decir, ¿con cuántos tíos se habrá acostado antes de ti? ¿Uno o dos?

Me callo, porque cuanto más dura la conversación, más idiota me siento. Pero me corroe que Tyler y Sienna se hayan besado. No me lo puedo quitar de la cabeza.

La quiero...

Es la primera vez que lo tengo tan claro. Sé que llevo un tiempo sintiendo algo más fuerte por Sienna. Nunca había sentido algo así por una chica, pero hoy he descubierto que la quiero y que me aterra perderla. Saber que podría haber otro hombre en su vida me hace sentir casi desesperado. No puedo perderla, no a otra persona a la que quiero... Me siento tan impotente... Solo quiero arreglar las cosas. Ya conozco este sentimiento... Es normal sentir esa impotencia cuando pierdes a alguien.

—Hola...

Levanto la cabeza y, al ver a Tyler, me dan ganas de levantarme y volver a pegarle un puñetazo en la cara. ¿Cómo se atreve a hablarme? Darren me empuja hacia la silla y me mira molesto.

—Ni te atrevas, crack —gruñe—. Sabes que conmigo no puedes.

No me cabe la menor duda. Me siento aliviado de que Darren esté en mi equipo cada vez que derriba al *quarterback* del equipo contrario. En los entrenamientos, a menudo lo ponen en el otro equipo para que no me haga daño, y él se desahoga con nuestro *quarterback* novato. El pobre acaba en la camilla del fisio con unos cuantos moretones, a pesar de llevar la protección que necesita. Esta temporada, sin embargo, debería jugar más con Darren. En la NFL, tendré que enfrentarme a jugadores defensivos mucho más corpulentos que él. Además, Darren es mi amigo, nunca me haría daño a propósito en un placaje. Por supuesto, nunca tenemos la intención de causarle una lesión a nadie, pero en un partido de verdad, cuando tienes que frenar a un contrincante, no hay tiempo para pensar, como en los entrenamientos con tu propio *quarterback*.

Vuelvo a mirar Darren y le dirijo una mirada molesta. ¿Están todos en mi contra o qué? Tyler tiene una cerveza en la mano y su cara parece tan magullada como la mía. No nos hemos hecho ningún favor.

—¿Podemos hablar? —me mira con cierta esperanza, pero lo rechazo de inmediato.

—No —digo, con aspereza—. Vete a la mierda.

Tyler suspira y deja su cerveza sobre la mesa. Mueve la silla que está a mi derecha y se sienta. Yo insisto:

—Te he dicho que te vayas a la mierda.

—Y yo te digo que será mejor que me escuches —responde, señalándonos a la cara—. Así nos ahorraremos el sermón del entrenador mañana.

Por supuesto, recibí un mensaje del entrenador Flanders en el que decía que quería hablar del tema con nosotros. Entiendo que le enfade que dos de sus jugadores estrella se peleen en pleno día. Si nos hubiéramos lesionado, si yo me hubiera hecho daño en la mano derecha, habría sido un desastre para los siguientes partidos.

—Escúchale, Denver —interviene Jake—. Hazlo por el equipo y por tu relación.

Resoplo despectivamente.

—Gracias —dice Tyler—. De verdad.

—Habla de una vez —exijo, rodeando mi cerveza con las manos para no volver a golpearle.

Tyler es guapo y un imán para las chicas. Así es difícil culpar a Sienna por haber flaqueado una vez, aunque me destroce por dentro que se hayan liado.

—En primer lugar, Sienna no me interesa.

—Qué tranquilizador... —respondo con sarcasmo—. Creo que ya te bastó con meterle la lengua hasta la garganta. No pienso escuchar esta mierda.

Intento levantarme, pero Darren me empuja a la silla de nuevo. Esta vez no hacen falta más palabras de mi amigo para quedarme sentado.

—Sí que lo vas a hacer —susurra Tyler, mirándome enfadado—. Has pillado a una chavala de diez. No hace mucho que te conozco, pero por lo que he oído, solías saltar de cama en cama antes de que apareciera Sienna, o debería decir hasta hace unas semanas, y te importaba una mierda lo que ella sintiera. Pero ella te quiere, de eso no hay duda. Incluso si me gustara, nunca tendría una oportunidad. Para Sienna, solo existes tú.

Sonrío al escuchar esas palabras. Tyler parece captar mi emoción y continúa.

—¿Ahora puedo seguir hablando y explicarte lo que pasó o no piensas escucharme?

—Sigue, anda —murmuro y le doy un sorbo a mi cerveza.

—Como sabes, me acababa de mudar de Ohio y no conocía a nadie en Lincoln —me dice Tyler.

Espero que no vaya a contarnos toda su vida. Estoy algo absorto en mis pensamientos, pero Tyler sigue, de fondo:

—No es fácil llegar a un equipo nuevo y hacer que otros jugadores tengan que desplazarse de sus puestos...

Tyler mira a Jake, que también es *running back*. Mi mejor amigo no tiene nada que envidiarle a Tyler. Ambos son los jugadores más fuertes en esa posición y se han asegurado un puesto en la alineación titular.

—Me alegró mucho que me invitarais a la fiesta. Pero enseguida me sentí como el chico nuevo del barrio. No lo digo por vosotros, es un hecho. Os conocéis desde hace años y ya tenéis un grupo. Ahora sé que no tengo que preocuparme por eso, pero ya he estado antes en un equipo nuevo. En el instituto me costó hacer amigos porque todos me veían como un enemigo que les iba a robar su posición en el equipo.

Le escuchamos en silencio. Aunque preferiría fuera directo al grano, la verdad. Pero cuanto más escucho a Tyler, más tengo que admitir que fui un idiota al alarmarme tanto.

—En plena fiesta, fui al jardín, y ahora llegamos a la parte que te interesa... —dice, mirándome—. Allí vi a Sienna y me acerqué a ella. Parecía de algún modo... bueno, perdida y sola y quise animarla.

—¿Y no se te ocurrió nada mejor que besarla? —le interrumpo.

Seguro que la observó, y luego se acercó cuando Sienna estaba sola, para tirarle la caña. ¡El muy gilipollas!

—Denver —susurra Tyler—. ¿Quieres escucharme y callarte de una puta vez? No seas plasta.

Asiento con la cabeza y me bebo la cerveza. Quizá sea mejor mantener la boca ocupada.

—Sienna no me dijo en ningún momento que estuviera con nadie y, según parece, no estabais juntos en ese momento...

Tyler mira a su alrededor para confirmar que eso es cierto y todos asentimos.

—No lo estaban, no —asiente Jake—. Continúa, por favor.

—Sienna y yo hablamos un rato y entonces la besé.

—¡Así que es verdad! —grito, queriendo saltar de nuevo.

Pero Darren me impide reaccionar. Pone su mano firme en mi hombro. El tío tiene unos reflejos de locos. Miro a Tyler y le grito:

—¡Te lanzaste!

—Sí, la besé —admite, clavándome la mirada—. ¿Y sabes lo que pasó después?

—¿Qué? —gruño, echando humo porque ha vuelto a alargar la historia en vez de acabar de una puta vez.

—Me empujó —dice Tyler—. Me dijo que no podía y se fue. Yo estaba confuso y la seguí. Todo lo que recuerdo es a ella saliendo furiosa de la casa y a ti, Joy y Millie siguiéndola. Yo también me fui, antes de que se montara un percal. Eso es todo lo que ha pasado entre Sienna y yo.

Nos quedamos en silencio un momento, bebiendo nuestras cervezas. Se me escapa un suspiro. Sé que ahora me toca a mí explicarme. Aún no sé si disculparme. Se merecía ese puñetazo en la cara. Podría haber venido a contármelo mucho antes. Aunque tengo que admitir que, si yo hubiera estado en su lugar, jamás se lo habría dicho.

—Sienna y yo nos peleamos el día anterior —le digo—. Me pasé un poco. Llevaba semanas diciéndoles a los chicos que no intentaran nada con ella, sobre todo a los del equipo. Lo siento, Tyler. Normalmente, no soy así, pero Sienna... Bueno... ella significa mucho para mí.

No puedo admitir que la quiero delante de mis amigos antes de decírselo a ella. No estaría bien. Guardo silencio un instante y luego continúo:

—Por eso se me fue la olla y la pagué contigo.

—Vamos a dejarlo estar —dice, y yo lo miro, sorprendido—. Quizá el pasillo del campus no fuera el lugar para hablar del tema con ella.

—Ya... —suelto, sin saber muy bien qué decir—. Puede que no, tío.

—Solo quería decirle que el beso no significó nada para mí y que no quiero nada con ella —dice encogiéndose de hombros—. Y a ti te lo repito: no me interesa Sienna.

—Entendido —respondo, mientras le tiendo la mano a Tyler en señal de reconciliación—. ¿Amigos? Me sigues cayendo bien, cabrón.

—Amigos —acepta Tyler y me estrecha la mano—. Y de verdad espero que sepas la suerte que tienes de tenerla, capullo.

—Creo que lo sabe —sonríe Darren, masajeando mi hombro izquierdo—. A veces su cerebro deja de funcionar y solo piensa con la polla.

Pongo los ojos en blanco, lo que hace que los chicos se rían a carcajadas.

19

Sienna

Unos días más tarde.

Denver se pasó de celoso con el tema de Tyler, y cuando esa misma noche llegó a casa y cayó en la cama a mi lado medio sopa y bien trambólico²², me quedé muerta. ¿De verdad cree que emborracharse con sus amigos es la solución? El otro día hablamos de cómo exteriorizar lo que siente. Somos una pareja, y tenemos que hablar las cosas. Sin embargo, él está haciendo exactamente lo contrario. Una vez más, Denver me deja fuera de la ecuación para gestionar sus problemas. No es la misma situación que con Madison, pero aun así, me duele que no lo hable conmigo. Y me enfada que Denver hablase con Tyler esa misma tarde antes de entrenar. Jake me lo contó. Sé que yo también tengo que disculparme. Le mentí al decirle que no había habido otro chico. Pero el hecho de que se volviera loco y me ignorara, en lugar de venir a casa conmigo para solucionarlo, tampoco puedo perdonárselo.

Me duele a más no poder que prefiera hablar con cualquiera que no sea yo.

Es evidente que me alegro de que fuera al bar con Jake y Darren y de que ellos le pusieran en su sitio. También me alegro de que haya podido arreglar las cosas con Tyler.

Y es que aparte de ese beso, ese breve momento, no ha habido nada entre Tyler y yo. Si soy sincera conmigo misma, llevo encaprichada con Denver desde el primer día. Me atrevería a decir que le quiero. Razón de más para pedirle disculpas y hablar con él. Según Phoenix, hasta el entrenador ha recibido una disculpa por su parte.

Phoenix ha intentado proteger a su hermano. No esperaba menos. Millie intentó mediar, lo que me enterneció, pero aun así, me cuesta perdonarle. Millie me dijo que Denver era un cabezota y prefería evitar el conflicto, pero que estaba segura de que yo seguía siendo importante para él. Estoy de acuerdo con ella: sé lo importante que soy para él. Me lo dijo aquella noche. También me dijo que me había perdonado. Consiguió decírmelo pese a su estado. Como se suele decir, los borrachos y los niños siempre dicen la verdad. Por si fuera poco, mis padres anunciaron que vendrían a pasar Acción de Gracias conmigo. Yo pretendía volver a Montana para hablar con Clara. Todavía no entiendo por qué me bloqueó. De todos modos, se veía venir que nuestras vidas tomarían rumbos distintos en la universidad.

La señora Jones, la madre de Denver, también quiere invitarnos a la cena de Acción de Gracias. Así que intenté convencer a mis padres de que lo dejásemos para Navidad. Pero eso no pareció impedir que quisieran visitar a su hija y a su encantadora compañera de piso, Denver. Delante de Denver, solo mencioné que vendrían, pero no le di una fecha exacta. Sé que si lo hago, acabaremos discutiendo otra vez. Y esta vez con razón. Debería habérselo dicho a mis padres hace semanas.

Creo que voy a volverme loca.

Cuando suena el timbre, doy un respingo y dejo la leche que he abierto antes para preparar la comida de mis padres. Me dirijo a la puerta principal y la abro. Joy está de pie frente a mí, y

sonríe ligeramente. Lleva su melena negra recogida en una trenza alta, y sus puntas azules le rozan los hombros. Lleva un grueso abrigo de plumas, unos *leggings* negros y unas UGG²³. Parece inusualmente tímida, como si tuviera miedo de que la eche.

Lleva varios días sin hablar por el grupo de mis amigas y me ha dejado en leído cuando le he hablado por privado. Por eso me sorprende tanto verla aquí.

—Hola —me saluda—. ¿Puedo pasar?

Desde que Denver se pegó con Tyler y todo el mundo se enteró de que Tyler y yo nos habíamos liado, Joy se ha distanciado de mí. Así que asumo que su comportamiento está relacionado con Tyler y el beso. Pero no tiene sentido, porque Tyler solo lleva unas semanas en Lincoln.

La dejo entrar sin perder ni un segundo. Joy sigue siendo mi amiga.

—Hola —le digo, confiando en que podamos aclarar lo que le ha molestado—. Claro, pasa. Denver no está.

Me hago a un lado y la dejo pasar. Joy se quita la chaqueta y las botas y las deja en la entrada. Lleva un jersey holgado que deja ver su hombro derecho, y su piel, que está bronceada incluso en invierno.

—Mis padres vienen a pasar Acción de Gracias —le digo—. Estoy haciendo una tarta. ¿Quieres venir a la cocina?

—Sí, claro —responde y me sigue.

Joy se sienta en la mesa de la cocina mientras yo la despejo. Luego la miro y le digo:

—¿Quieres beber algo?

—No —dice, negando con la cabeza.

Luego junta las manos, lo que, una vez más, es un poco raro para ella.

—Solo quería hablar.

—Vale, sin problema.

Me siento con ella en la mesa de la cocina. Joy me mira un momento. Parece triste. Más triste que nunca.

—¿De qué quieres hablar? —acabo preguntando, ya que ella no dice nada.

—De Tyler.

—¿De Tyler? —pregunto, alzando las cejas.

Bueno, en verdad me lo veía venir. No ha pasado nada más que la haya obligado a tomar cierta distancia. Intento descifrar su expresión y pregunto:

—¿Qué pasa con él?

—¿De verdad solo os liasteis?

Sorprendida, la miro y abro la boca, pero justo después, la cierro. No me esperaba esa pregunta. ¿Qué tiene que ver Joy con Tyler? Por lo que sé, se conocen más o menos desde que yo lo conozco. A menos que se acostaran antes de que nos liáramos en la fiesta. Joy tiene una vida sexual muy activa y casual, así que no me sorprendería.

—Sí, claro —digo indignada—. Si hubiera pasado algo más, te lo habría contado.

—Vale —dice, asintiendo brevemente—. Guay, entonces.

La miro y enarco las cejas. Hay algo que no me cuenta, ¿verdad? Joy nunca me ignoraría durante días si lo suyo con Tyler solo fuera sexo. Ella es muy abierta para estas cosas.

—Joy —digo con voz firme—. ¿Qué pasa? Te fuiste sin decir una palabra cuando te enteraste del beso. ¿Qué ha sido de tus consejitos que siempre sigo al pie de la letra? ¿Estás

bien?

Ella sonríe de verdad, pero enseguida vuelve a asentir.

—Tyler y yo... Bueno, tenemos una historia...

Abro los ojos como platos. Me esperaba muchas cosas, pero no que ella y Tyler se conocieran.

—Fuimos juntos al instituto hasta que se mudó a Ohio con sus padres.

—Oh, vaya... —le digo—. No lo sabía. ¿Estabas... enamorada de él?

Nunca pensé que usaría esa palabra para referirme a Joy. Yo estoy enamorada, y Phoenix y Millie también lo están, pero Joy, no. Ella ni siquiera conoce la palabra, aunque suene un poco duro.

—Tal vez —dice, y yo enarco las cejas—. Bueno, sí, estaba enamorada de él. Hasta las trancas, pero yo a él no le gustaba. No de ese modo... Bueno, no sé...

Joy levanta las manos y se pasea por la cocina. Hace una breve pausa y luego confiesa:

—Él... fue mi primero.

—¡Oh! —digo, mirándola con asombro—. ¿Y qué pasó?

—Yo tenía quince años y era nuestro último verano juntos. Tyler iba al mismo instituto que yo y también nos conocíamos por nuestros padres. Su padre era médico en la base militar y el mío trabajaba en el hospital. Cuando no podían atender a los soldados malheridos en los barracones, los llevaban al hospital para que mi padre se ocupara de ellos. Tyler y yo nos conocíamos desde hacía años. Ese verano fue la primera vez que me hizo casito. Ya sabes cómo es cuando un chico dos años mayor se fija en ti...

Levanto las cejas. Joy continúa:

—Bueno, quizá no. Da igual. Estaba enamorada de Tyler y pasamos juntos casi todo el verano. Nos acostamos justo antes de que empezara el siguiente curso.

Joy aprieta los labios y mira al techo un momento, como si no pudiera mostrar ninguna debilidad. Para ser sincera, nunca he conocido a nadie tan distante como ella. ¿Cuánto daño le habrá hecho Tyler? Con cautela, me acerco a ella y le cojo las manos para relajar la tensión.

—Joy —susurro—, soy yo... puedes llorar si quieres.

—Nos acostamos —susurra— y a la mañana siguiente se había ido. Pensé... Pensé que se había ido a desayunar. Nos habíamos quedado dormidos en el cobertizo para botes de mis padres, pero Tyler no volvió. Fui a casa y mi madre me dijo que su familia se había mudado a Ohio. El mundo se me vino encima. Tyler me utilizó para acostarse conmigo.

—¡Oh, Joy! —exclamo mientras la estrecho entre mis brazos y le acaricio la espalda—. Lo siento mucho...

La verdad es que estoy en *shock* por lo de Tyler. Nunca pensé que fuera capaz de algo así. No me pareció tan imbécil en su momento, pero resulta que sí lo es.

—Y aquí estamos —resopla— cinco años después, actuando como si no hubiera pasado nada. Al principio, ni siquiera me reconoció... y luego va y se lía con una de mis mejores amigas. Tú y yo... somos polos opuestos.

Asiento lentamente para hacerle ver que estoy de acuerdo.

—Al parecer, eres su tipo. Me he hecho ilusiones para nada...

—No —digo con firmeza, separándome de ella—. Me dijo que no le gustan las rubias.

—¿Qué? —pregunta ella, mirándome confundida—. ¿Qué no le gustan... las rubias?

—No —repito—. No le gustan. No sé quién le gusta ni cuál es su tipo. En fin, ¿cuándo se dio cuenta de que eras tú?

Joy suspira y se apoya en la mesa de la cocina.

—Unos días después de la fiesta, se me acercó y me preguntó si era yo —dice, y su sonrisa me pilla desprevenida—. La última vez que nos vimos, mi pelo seguía siendo negro, no azul, no me maquillaba tanto y vestía diferente. Tyler no me reconoció.

—¿Hablasteis de ello? —le pregunto con cierta cautela.

—No —dice Joy—. Y no pienso intentarlo. El daño ya está hecho. No creo que Tyler quiera hablar del hecho de que me desvirgó.

—¿Que te desvirgó? —pregunto—. Venga, Joy... ¿De verdad crees esa era su intención o es porque estás enfadada con él?

—Claro que estoy enfadada con él —farfulla.

Me río, porque he vuelto a ver a la Joy que conozco y, sinceramente, la prefiero a ella antes que al pajarillo herido que vino a verme hace unos minutos. Es muy extraño verla tan chiquitita y malherida. Por otro lado, es bueno saber que incluso alguien tan segura de sí misma como Joy tiene sus debilidades. Pero nunca habría pensado que una de ellas sería Tyler Connor.

—Tienes tanta confianza y experiencia con los chicos... —le digo, temiendo por un segundo que solo finja ser una vampiresa devoradora de hombres.

—Ya lo sé —responde, y una vez más sale a relucir la Joy que todos conocemos.

Segura de sí misma, con una vida sexual plena y siempre preparada para soltar una pulla después de otra. Mi amiga continúa:

—Unas semanas después de lo de Tyler, conocí a Anthony, mi primer novio. Estuve con él tres años. Todavía nos llevamos bien, pero los dos queríamos ir a la universidad sin ataduras. Después de eso, decidí probar la libertad. Créeme, he puesto en práctica, aplicado y comprobado todos los consejos que te doy.

—Eso me tranquiliza —me río entre dientes—. Pero en serio, Joy. ¿Sigues enamorada de Tyler?

—No —dice con firmeza, y yo me lo creo—. No sabes lo que se siente; al menos espero que no lo sepas. Fue mi primera vez, estaba asustada y me dolió. Tyler tuvo cuidado, pero aun así fue incómodo.

Asiento con la cabeza en señal de comprensión. Luego, Joy sigue hablando.

—Nos quedamos dormidos y a la mañana siguiente, ya no estaba. No había nada que me recordase lo que había pasado, salvo el condón usado, y luego se mudó a Ohio. Debería habérmelo dicho.

—Te entiendo —acepto—. Habla con él y así te quedarás más tranquila. Tyler te dará una respuesta.

—Ya veremos —dice, evitando mi mirada.

Sé que no hablará con él, pero eso ya es cosa suya. Si no quiere hablar, es su decisión. Mi amiga se dirige a mí de nuevo:

—Solo quería decírtelo porque no quiero que se interponga entre nosotras. No estoy enfadada contigo, Sienna. De hecho, ni siquiera me importa... De verdad que no. Estaría igual de cabreada si se hubiera enrollado con Phoenix o Millie.

—No pasa nada —le digo y la abrazo.

Joy me aprieta y siento cómo el alivio nos inunda a las dos. Estoy de acuerdo: no deberíamos dejar que algo así se interpusiera entre nosotras. Especialmente cuando no ha significado nada para Tyler y para mí.

—Gracias por decírmelo y por dejarme ver que puedes ser un poco romántica,

—¡Oh, por favor! —dice, entre risas—. ¡Ni una palabra a los demás! Mi reputación está en juego.

—Entendido —me río entre dientes.

Finjo que cierro la boca y luego tiro la llave. Es un juramento algo infantil y estúpido, pero se entiende.

—No saldrá nada de esta boquita.

—Gracias —responde, sonriente—. ¿Cómo van las cosas con Denver?

Suspiro y me alejo de ella.

—En lugar de venir a casa a hablar conmigo hace unos días, se fue a un bar con Darren, Jake y Tyler y se puso ciego.

—¿Con Tyler? —pregunta Joy, atónita, y yo asiento con la cabeza.

—Sí, hija, sí, con Tyler —digo, sin poder aguantarme la risa—. Estuvieron hablando, Tyler le pudo explicar el asunto, pero Denver no volvió a casa hasta unas horas después. Dice que ya no está enfadado conmigo, pero eso no es lo que me molesta. Denver odia el conflicto. No quiere hablar conmigo las cosas. Pasó lo mismo cuando Madison vino a casa. Me aparta de él y no entiende que me puede contar lo que sea. Soy su novia, joder...

Sacudo la cabeza y me seco las lágrimas. No quiero llorar más por eso, pero mis sentimientos me abruman.

—Sé que yo también metí la pata —continúo y miro a Joy—. Debería haberle dicho que besé a Tyler. Pero cada vez se hacían más y más amigos... Y encima luego empezamos a salir, y tenía miedo de perderlo por eso. Parecía tan celoso antes de que estuviéramos juntos... ¿Cómo habría reaccionado si le hubiera dicho que me había liado con su amigo?

—Te entiendo, Sienna —dice Joy, dándome un abrazo—. Pero también entiendo a Denver. No le has engañado, pero él lo siente así.

—Ya lo sé —suspiro—. Pero ¿por qué habla con todo el mundo menos conmigo? Lo ha hablado hasta con el entrenador Flanders.

—Habló con el entrenador para evitar que le expulsara temporalmente del equipo y lo sabes.

Esquiva, aprieto los labios y asiento con la cabeza. Claro que lo sé. Y que lo aparten del equipo es lo que menos necesitamos ahora mismo.

—Denver es muy cabezota y, por lo que Phoenix me contó una vez, especialmente cuando se trata de la muerte de su padre, salta a la mínima para proteger a la gente que le importa.

—Lo sé —digo en voz baja—. Pero me gustaría que confiara en mí y me contara lo que le pasa.

—Volvió a casa esa noche, ¿verdad?

—Sí, claro —respondo pasándome los dedos por el pelo—. Llegó muy tarde, después de que yo me pasara horas intentando localizarle. Se había quedado sin batería. Jake y Darren tampoco contestaban a los mensajes. Apenas podía hablar esa noche. Estaba más pedo que Alfredo, y se tumbó en la cama a mi lado. Justo antes de dormirse, murmuró que me perdonaba por el beso. A la mañana siguiente, tuvimos una discusión terrible, volví a mi antigua habitación y desde entonces no hemos vuelto a hablar. No consigo hablar con él. Él fue quien me hizo daño, no yo.

—¿No crees que lo estás complicando todo?

Joy levanta las cejas y yo pongo mala cara. Con los labios apretados y los brazos cruzados sobre el pecho, la miro. Mi amiga continúa:

—Las dos habéis cometido errores, obviamente, pero si sabes cómo es él... ¿por qué no cedes un poco?

—¿Estás de coña? —miro a Joy, horrorizada—. Pero si...

—¡Denver no te ha mentado sobre sus intenciones, Sienna!

La dureza de su tono me hace estremecerme. Pero no se queda tranquila, y sigue:

—¿Se acostó con todas esas chicas? Sí. ¿Lo contó todo estando tú delante? Sí. Entiendo que estés enfadada con él porque no quiso hablar contigo de ello, sino que se fue a tomarse unas cervezas. Tú no harías eso, ya lo sé, pero le mentiste y sabías que esto podía estallar.

—No quería arruinarlo todo... —resoplo—. Por fin las cosas iban bien entre nosotros. Ese beso podía haber...

—Sí, o puede que hubiera pasado algo mucho peor —me corta—. ¿Qué esperabas ganar con una discusión aquella noche? ¿No crees que Denver tomó una decisión, aunque se equivocara, cuando no volvió a casa? Dejó que Jake y Darren lo calmaran en lugar de llegar hecho una furia y buscando pelea.

—Pero sí que habló con Tyler y le perdonó...

—¡Sienna, por Dios! —dice Joy, pasándose los dedos por la frente y mirándome enfadada—. No te estoy diciendo que tomara la decisión correcta esa noche, pero al menos tuvo los huevos de aparecer a la mañana siguiente. Quería hablar con calma y tú fuiste a por él otra vez. ¿A que sí?

—Puede ser —murmuro y mi amiga pone los ojos en blanco—. Bueno, vale, vino a la cocina y quería hablar. Entré en pánico y le eché la culpa de todo. Entonces Denver se hartó y quiso desentenderse.

—¿Y por qué te sorprende que no quisiera hablar? —dice Joy, levantando las cejas y sacudiendo la cabeza—. Es imposible que lleguéis a ningún sitio si sigues regañándole como si fueras su madre. Tenías que haberle dicho lo que pensabas y, sobre todo, tenías que haberte disculpado. Te toca a ti, más que a Denver.

Dejo que la afirmación de Joy cale hondo y me siento en la silla de la cocina que tengo detrás. No le falta razón en que Denver evitó una discusión mucho más agresiva aquella noche. Parecía que Jake y Darren habían conseguido calmarlo. A la mañana siguiente, me puse un poco locatis sin siquiera darle la oportunidad de explicarse. Y eso que fui yo quien la cagó...

—Joder... No era mi intención.

Eso es lo único que me atrevo a decir.

—Ya sé que no lo era —dice Joy, mientras me aprieta la mano—. Todo va a salir bien.

—Eso espero —digo entre suspiros y miro a Joy—. Y para colmo, mis padres vienen mañana...

Ahora mismo, no sé qué me saca más de quicio: la pelea con mi novio o la visita de mis padres, que todavía no saben que Denver es Denver y no Phoenix. Estoy hecha un lío.

—Green que Phoenix es Denver y Denver es Phoenix —le explico, algo avergonzada.

—No lo dirás en serio... —dice Joy, y luego se echa a reír—. Y no saben que te acuestas con uno de ellos...

—¡Has vuelto! —exclamo, saltando y rodeándola con mis brazos.

Sonriendo, le planto un beso en la mejilla.

—Echaba de menos esto —le confieso a mi amiga.

Joy me devuelve el abrazo.

—Todo va a ir bien —me susurra al oído—. Denver te quiere. Y tus padres lo superarán...

No digo nada y sonrío para mis adentros.

Eso espero.

[22](#) *N. de la T.* Una forma coloquial de decir «borracho».

[23](#) *N. de la T.* Botas de la marca del mismo nombre, que se caracterizan por tener un tejido exterior similar al ante y un forro interior de piel de oveja.

Sienna

Joy se ha ido a casa y todavía no he digerido del todo la conversación. Me pilló por sorpresa que ella estuviera enamorada de Tyler en el pasado. No es muy propio de Joy. Ella siempre ha parecido tan dura y segura de sí misma que nunca creí que un chico pudiera tener tal efecto en ella, incluso pasados varios años. Siento que su primera vez fuera una decepción para ella, al igual que su primer lío. Quizá eso explique su actitud actual ante la vida: por qué se comporta de ese modo y por qué se resiste tanto a enamorarse y a tener una relación de verdad.

Me sigue cayendo bien Tyler y, cuanto más lo pienso, más creo que hacen buena pareja. Parecen tener mucho en común, aunque de momento no se den cuenta.

Dejo de pensar en Tyler y Joy y me concentro en mis propios problemas. Con lo mío tengo para un rato. Denver se fue esta mañana con tan solo un «adiós». No hemos hablado mucho en estos últimos días. El silencio es casi aún más insoportable que las discusiones. Hablar con Joy me ha venido bien, aunque ha sido un poco borde. Millie probablemente querrá decirme lo mismo, pero su forma de ser se lo impide. Yo también me he equivocado y debería haberle dado a Denver la oportunidad de explicarse a la mañana siguiente. Era de esperar que se marchara, después de que yo volviera a ponerle la cabeza como un bombo. Hoy tiene un entrenamiento hasta tarde y espero que, cuando vuelva, podamos hablar por fin.

Guardo en el cajón los utensilios de repostería que quedan en la encimera, pongo el temporizador del horno y entro en el salón justo cuando se abre la puerta principal. Denver entra, sonriente, y en sus manos lleva un enorme ramo de flores.

—Hola —me dice con mesura.

Tardo menos de un segundo en devolverle la sonrisa. Es la primera vez que se acerca a mí en días y eso me cura el corazoncito. Entonces me doy cuenta de que las flores deben de ser para mí y de que esta es su forma de disculparse. Denver cierra la puerta de una patada y tira la bolsa de deporte al suelo. Deja las flores encima de la mesa, mientras que yo no le quito los ojos de encima ni un segundo. Después de quitarse la chaqueta y los zapatos y de ponerlos en el perchero y en el zapatero, respectivamente, vuelve a coger las flores y camina hacia mí.

—Hola —me saluda de nuevo, algo inseguro, y se detiene justo delante de mí—. ¿Podemos hablar?

Le miro un momento, sin poder apartar la vista de las preciosas flores que tiene en la mano. Luego, asiento, pero no digo nada.

—Gracias —dice, respirando hondo—. Soy un imbécil. No. Me he quedado corto, en verdad... Esto... Soy un pedazo de imbécil.

Le sonrío y me muerdo el labio.

—Eso te lo compro.

—Sienna —susurra y me coge la mano, pero la aparto—, bueno, sé que me pasé. La pelea con Tyler hace un par de días, en fin... No debería haberla liado así.

—No es solo eso —digo, girando sobre mis talones.

¿De verdad cree que sigo enfadada por la pelea? Es por todo lo que pasó, o mejor dicho: *lo que no pasó* entre nosotros después de la pelea.

—¡Sienna! —me llama, y el pequeño crujido del papel alrededor de las flores llega a mis oídos. Debe de haberlas dejado en el suelo—. ¡Espera, por favor! ¿Puedes darme una oportunidad y escucharme? ¿Qué más tengo que hacer para que me escuches?

Me agarra de la muñeca y me da la vuelta. Le miro fijamente y levanto la cabeza para encontrarme con su mirada. Denver parece triste, y sus ojos no tienen la ligera arrogancia y chulería con la que suelen brillar y que tanto me gustan. En su lugar, está dolido y... perdido.

—Quiero disculparme y empezar de nuevo —dice, aflojando el agarre de mi muñeca—. Por favor, escúchame.

—Vale —digo en voz baja, y dejo que tire de mí hacia el sofá.

Nos sentamos juntos y Denver cierra los ojos antes de continuar. Parece cansado y no sabe cómo ha podido salir todo tan mal. Quiero acurrucarme junto a él, pero algo en mi interior me dice que me resista.

—Me sentí como si me hubieran golpeado con un bate cuando me enteré de que os habíais liado. Se me cruzaron los cables. Tenía miedo de perderte y... y se me fue la pinza. Sobre todo porque Tyler es mi amigo...

Me suelta la muñeca para apoyar los antebrazos en los muslos y entrelazar los dedos. Tan pronto como se aleja de mí, echo de menos el contacto físico y me siento como si estuviera levantando un muro entre nosotros. Un escalofrío incómodo me recorre la espalda. Me recuerdo a mí misma que no debo atacarle, sino darle espacio.

—Sé todas las cosas que he hecho con otras chicas, pero... —dice, respirando hondo—. Nunca fue con ninguna de tus amigas, Sienna.

—Tyler y yo solo nos besamos...

—No se trata del beso —me suelta, y poco después, sus labios pronuncian un silencioso «perdón».

Denver se calla un segundo y luego sigue:

—Es por lo que pasó antes. Es mi amigo, y te pregunté si había alguien más. Me dijiste que no.

—Lo sé —le digo, mordiéndome el labio con culpabilidad—. Y lo siento. Pero le aparté porque estaba pensando en ti. Ese beso no significó nada.

Con cuidado, extendiendo la mano izquierda y la coloco sobre la suya. Espero a ver si se aparta, pero no lo hace. El alivio y la esperanza inundan mi cuerpo. Sin dejar de mirar nuestras manos, le digo:

—Denver, yo... Te dije que no había nadie más porque no había nadie serio. Íbamos a hacer el amor por primera vez... ¿Cómo habrías reaccionado si te lo hubiera dicho entonces? Siento mucho no habértelo contado más tarde. La cagué y yo... Ojalá pudiera volver atrás y hacerlo de otro modo, pero no puedo.

Una lágrima asoma por el rabillo del ojo y recorre mi mejilla hasta llegar a mis labios. El sabor salado hace que se me encoja la boca. Denver me mira.

—No pasa nada —dice, apretándome la mano.

Es un gesto pequeño, pero significa mucho para mí. Denver duda si seguir y luego dice:

—Debería haberme controlado y... no haberle dado un puñetazo en la cara a Tyler. Lo siento mucho, nena.

—Nunca deberías haber pegado a Tyler —le corrijo.

Denver se inclina hacia mí y siento su aliento en la cara.

—Lo siento, Sienna —susurra—. Por la forma en que actué, por emborracharme con los chicos en vez de volver a casa cuando solo podía pensar en ti...

Mis labios se curvan en una sonrisa. Denver me mira y sigue hablando:

—Ya, lo sé... Todo lo que puedo decir es que lo siento. Lo siento muchísimo, pero yo... No se me da bien esto. Tenía miedo de enfrentarme a ti. Toma —dice, mientras coge las flores y me las tiende—. Estas son para ti. No es mucho, pero mi padre solía regalarle flores a mi madre cuando metía la pata. Y cuando volvía a casa después de meses de trabajo.

Intenta sonreír, pero no lo consigue. Le cojo las flores y las huelo. Huelen a gloria. Sonrío, las vuelvo a dejar sobre la mesa y lo miro.

—Denver... —susurro y me inclino hacia él.

Me imagino cuánta ilusión ha puesto en este gesto, cuánto admiraba a su padre. Lo echa de menos, más de lo que jamás admitiría. Creo que quiere una relación parecida a la que tuvieron sus padres y espera usar los mismos gestos de afecto de su padre para hacerme sentir igual de bien que él a su madre. Le pongo la mano en la mejilla y se la acaricio.

—Son preciosas...

—¿De verdad te gustan? —dice, mirándome asombrado.

—Claro que me gustan. Me gustarían aunque fueran malas hierbas —susurro—. Lo que cuenta es el gesto, Denver. Has pensado en mí...

—Te...—titubea—. Te quiero.

El corazón se me para un instante y me estalla en el pecho justo después. Esas dos palabras ponen mi mundo patas arriba. *Te quiero*. Denver me mira sin pestañear, con los labios apretados como si se estuviera conteniendo y me diera tiempo para procesar sus palabras. Y eso hago. Nunca esperé que sus sentimientos por mí fueran tan fuertes. Sobre todo después de haber discutido tanto.

Por mis mejillas corren una lágrima tras otra, porque toda esta situación me ha desconcertado. Siempre pensé que sería muy romántico, que me lo diría después de ir al cine o de ganar un partido. Creía que sería cuando viéramos la vida de color rosa y no cuando estuviéramos de bajona, intentando arreglar las cosas. Puede que incluso esperase que Denver me lo dijera después del sexo de reconciliación. La situación me ha pillado desprevenida. Sus palabras rondan por mi cabeza y me hacen darme cuenta de que yo también le quiero.

—No has dicho nada... —dice Denver con la voz rota.

Levanto la vista. No me había dado cuenta de que llevaba tanto tiempo callada. Denver sigue mirándome, un poco impaciente.

—Tú... tú no sientes lo mismo por mí, ¿verdad?

El pánico se extiende por sus ojos y su respiración se acelera. Su pecho sube y baja violentamente.

—¿Qué? —jadeo—. No, cielo... Claro que siento lo mismo por ti.

Sacudo la cabeza y cierro los ojos un momento. Creo que he arruinado por completo su declaración de amor. Es normal que le haya molestado mi reacción. Pero no me lo esperaba. Tiene que dejar que lo asimile.

Quiero a Denver.

Siento su mano en mi mejilla y le miro. Me quita las lágrimas con suavidad y sonrío, aunque con cierto dolor.

—Yo también te quiero —suspiro, incapaz de contener los sollozos—. Claro que te quiero, Denver.

Denver exhala de una forma muy sonora y relaja los hombros. Es evidente que mi respuesta le ha aliviado. Apoyo la mano izquierda en su mejilla. Su barba raspa un poco.

—Mmm... —murmura, acercándose aún más—. ¿Puedo besarte ya?

Me río entre dientes y me inclino hacia él. Las mariposas de mi estómago reviven de nuevo y lo único que consigo es asentir.

Denver no pierde el tiempo y presiona su boca contra la mía. Suspiro y me inclino hacia él. Estoy tan contenta de tenerle de vuelta... Llena de felicidad, me acurruco contra él. Mi lengua roza sus labios y Denver los abre. Con un rápido movimiento, me levanta y me pone a horcajadas sobre su regazo.

Nuestras lenguas inician un juego erótico: se tientan, se entrelazan, se buscan la una a la otra. Los dos intentamos llevar la iniciativa en el beso hasta que me separo de él. Denver me mira con los ojos muy abiertos mientras me levanto y doy un paso atrás. No lo tengo muy fácil, ya que la mesa de café está justo detrás de mí.

Denver no me quita los ojos de encima y yo cojo el dobladillo de mi jersey y me lo quito lentamente. No sé de dónde me viene todo este atrevimiento; quizá pasar unos días sin sexo me haya pasado factura.

El jersey cae al suelo y Denver me mira con atención. Inmediatamente, se relame y recorre mi cuerpo con la mirada. Me desea, puedo sentirlo. Y yo también le deseo, porque no solo estoy locamente enamorada de él, sino que además me pone a mil.

—¿Te gusta lo que ves?

Muevo las caderas adelante y atrás mientras engancha los pulgares en la cintura de los *leggings* y los deslizo lentamente hacia abajo. Cuanta más piel le dejo ver, más ávida se vuelve su mirada. De no ser por Denver, así como por Joy y Phoenix, nunca habría llegado a ser la Sienna de hoy. Mi yo de Montana nunca se habría desnudado delante de él. Yo era una chica joven e inexperta que había tenido malas experiencias en el sexo... En comparación con lo que estoy viviendo ahora, claro. Mi yo de Lincoln, en cambio, está segura de sí misma. Pero hay algo que aún no he hecho. Miro la entrepierna de Denver. Se ve que tiene abultados sus pantalones de chándal y sus bóxers. He visto su polla tantas veces que lo que voy a hacer no debería intimidarme. Pero lo hace, porque nunca me la he metido en la boca. Mi experiencia con las mamadas es pésima. Solo lo he hecho una vez y salió fatal. Mi exnovio no me tuvo en cuenta y me la metió en la boca con demasiada fuerza. Tanto que me tocó la campanilla. Para colmo, me estiró de la coleta, así que no pude apartarme hacia atrás. Poco después, me puse a toser como una loca y conseguí, con mucho esfuerzo, no vomitar delante de él. Nunca volví a intentarlo. El pánico que me invadía cada vez que pensaba en mi novio metiéndome la polla hasta el fondo de la garganta me paralizaba. Pero con Denver es distinto.

Me quito los *leggings* y los tiro sobre el jersey que tengo al lado. Sigo con los calcetines. Luego me arrodillo entre sus piernas y le miro.

Denver sigue mirándome con ojos deseosos, y yo me acaricio los muslos, algo nerviosa, y le miro de forma intermitente.

—No tienes por qué hacer esto... —susurra y me pone la mano en la mejilla para acariciarla suavemente con el pulgar—. Lo sabes, ¿no?

—Pero quiero hacerlo... —respondo—. Quiero intentarlo.

—Vale —susurra Denver y me dedica una sonrisa irresistible.

Esto me da un subidón de confianza y hace que desaparezcan los recuerdos de mis experiencias pasadas. Mis manos recorren sus muslos hasta la cinturilla de sus pantalones. Denver se levanta y se los baja junto con los calcetines y los bóxers. Cuando se quita todo lo que lleva, vuelve a sentarse y me mira con cariño. Le devuelvo la mirada y luego miro su polla. Todavía no está erecta del todo. Respiro hondo y cierro suavemente la mano a su alrededor. Denver gime y cierra los ojos. Sonriente, lo miro mientras muevo la mano arriba y abajo. Su piel es cálida y suave. Siento cómo su sexo sigue hinchándose y, poco a poco, se yergue de placer.

Tras unos minutos acariciándolo con la mano, me inclino hacia delante y le lamo el glande con la punta de la lengua. Denver gime con fuerza y yo repito lo que estoy haciendo.

—Sigue, nena —me indica, impaciente—. Por favor...

Le miro y mi corazón empieza a latir más deprisa. Ha llegado el momento que llevaba tanto tiempo posponiendo. Estoy algo nerviosa y vacilo. Denver se da cuenta de que me siento insegura y me acaricia suavemente la mejilla con los dedos.

—Confía en mí, Sienna. Lo estás haciendo muy bien.

—Lo sé —le respondo—. Es que... Solo he hecho esto una vez y... fue un desastre.

Mis mejillas enrojecen por la vergüenza, pero él me sonríe con dulzura. Denver se inclina y me besa con pasión, probablemente para probar su sabor; al igual que yo he hecho otras veces después de que él me lo coma.

—Lo vas a hacer genial... —repito sus palabras, mirándome con cariño—. Pero si no te apetece seguir...

Chupársela no puede ser tan difícil: Phoenix y Joy lo hacen sin problemas. Me armo de valor y meto la punta de su polla en mi boca. Denver gime de nuevo. Pero antes de deslizarla entera dentro de mi boca, vuelvo a mirarlo.

—Por favor, mantén las manos donde están —le digo, con el corazón palpitante.

Me imagino cuánto le gustaría pasarme la mano por el pelo, asumir el control. El hecho de que él sea la parte dominante durante el sexo no me molesta. Pero mientras se la chupe, necesito ser yo quien controle la situación. Luego, añado:

—Y no me empujes la cabeza hacia abajo.

—Tranquila. No lo haré, te lo prometo.

Denver me mira con una sonrisa en los labios.

Me vuelvo hacia su erección. Tiene la polla hinchada, como si deseara que se la chupase con todas mis fuerzas. Entonces vuelvo a inclinar la cabeza para seguir y me muevo hacia delante. Centímetro a centímetro, me la introduzco en la boca. Es más gruesa y larga que la de mi exnovio, pero puedo con ella.

—Joder, nena...—gime Denver cuando me la saco de la boca y la recorro con la lengua antes de volver a metérmela—. Chúpamela, Sienna... Sigue así.

Accedo a su petición y rodeo su sexo con los labios. Denver gime con más fuerza, de una forma salvaje. Por el rabillo del ojo, veo lo difícil que le resulta no enterrarme la mano en el pelo y tomar el control de la mamada. Me estoy esforzando mucho, y le agradezco que sea tan paciente conmigo. No es algo que dé por sentado, sobre todo teniendo en cuenta su experiencia sexual. Le habrán hecho más de una mamada en su vida, y desde luego, mejores que las mías.

Dejo que la polla de Denver se deslice hasta el fondo de mi boca y entonces siento el famoso reflejo. Poso mis manos en sus muslos y noto unas lagrimillas en las comisuras de los ojos, pero no me molesta. Con él, me siento cómoda. Denver gime de placer, y cuando vuelvo a mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, su pelvis se sacude. Abro los ojos y dejo que un par de

lágrimas corran por mis mejillas. Me la mete en la boca una vez más y yo le miro. Denver me pone la mano en la nuca, pero no me estira del pelo, como yo esperaba, para poder usar mi boca a su antojo, sino que me la acaricia suavemente. Es como si quisiera calmarme, y eso ayuda.

—Respira por la nariz —me dice, con dulzura, y yo le hago caso—. Eso es, respira y ten cuidado con el reflejo. ¿Quieres que siga o prefieres que paremos?

Un murmullo se escapa de mis labios y me concentro en mi respiración. Quiero seguir. Denver echa la pelvis hacia atrás y yo sigo respirando por la nariz. Inhalo y exhalo. Luego vuelve a empujar hacia delante y lo repite varias veces.

—Lo estás haciendo muy bien, nena. ¿Me dejas que me corra en tu boca?

No quiero forzarlo, así que pienso que sería mejor parar. Esto me ha recordado a cuando mi exnovio se corrió después de chupársela, y aunque no lo hizo en mi boca, me salpicó en la cara y en el pecho. Eso hizo que la experiencia fuera aún peor, porque no solo me hizo sentir mal por las arcadas, sino que también me sentí sucia porque me empapó con su semen.

Intento apartar esos pensamientos de mi mente. Creo que es mejor pasar a otra cosa.

Sacudo la cabeza y Denver lo entiende y saca su sexo de mi boca. Respiro hondo y le miro. Luego, él me coge de las manos y me sube a su regazo. Al sentir su sexo duro contra el mío, gimo de placer.

—Has estado increíble —susurra, antes de besarme en los labios—. ¿Estás bien?

Denver me roza tiernamente los brazos con las yemas de los dedos y me mira a los ojos.

—Sí —susurro—. Gracias por tu paciencia y... por no dejar que se me atragante.

Le guiño un ojo ante el doble sentido de mi afirmación, lo que le hace reír.

—Sienna Gardner, ¿quién te ha convertido en una tentadora tan sexy?

Me río y echo la cabeza hacia atrás antes de rodearle el cuello con los brazos y apretar mi boca contra la suya.

—Te quiero, Denver. Y o me lo haces aquí y ahora, o me llevas en brazos a la habitación.

Añado un poco de perversión a mi voz, y funciona. Se le vuelve a poner dura, gracias en parte a que sigo frotándome contra él. Mis manos se mueven sobre su pecho, y se deslizan bajo su jersey para sentir su piel desnuda bajo las yemas de los dedos. Trazo un rastro de besos desde sus labios hasta su cuello, me inclino hacia delante y le paso la punta de la lengua por la concha de la oreja. Denver vuelve a gemir.

—Dime dónde quieres que te lo haga.

Sorprendida de mí misma, me acerco aún más a él. Mis uñas recorren sus abdominales y le beso el cuello.

—¿Dónde lo quieres, nena?

Denver desliza su mano entre mis piernas y presiona la palma contra mi vientre.

Jadeo y se me escapa un gemido cuando aparta mis bragas y me pasa un dedo entre labio y labio.

—Podríamos hacerlo aquí mismo —sugiere.

—Sí, aquí mismo —confirmo, jadeante.

Denver me aparta ligeramente de él para bajarme las bragas y se quita él mismo el jersey. Yo me quito el sujetador. Luego vuelvo a subirme a su regazo.

Sus manos recorren mis caderas hasta llegar a mis pechos. Me los levanta y se inclina hacia delante. Sus labios recorren mi piel pálida y se lleva mis pezones a la boca, por turnos.

—¿Sin condón? —me pregunta, porque nunca lo hemos hecho antes. Siempre ha habido una capa de látex entre nosotros, pero hace más de un mes que me tomo la anticonceptiva. Así no

habrá sustos. Antes de recetarme la pastilla, mi ginecólogo revisó que todo estuviera en orden, y confirmó que no tenía nada. Además, Denver se somete constantemente a pruebas debido al fútbol, así que sabemos que él también está sano.

—Sí —confirmo—. Sin condón.

Aliviado de que ninguno de los dos tenga que ir a la habitación a por un condón, me sonrío. Me pasa el glande por la parte externa de mi sexo y presiona mi pelvis.

Durante los siguientes minutos, me siento como en un frenesí. Denver está más que dispuesto a dármelo todo. Creo que he hecho un buen trabajo chupándosela, porque no tarda en agitarse dentro de mí.

—Joder —gime y se echa hacia atrás—. Me corro...

—Espera —jadeo, y empiezo a tocarme para llegar yo también al clímax.

Necesito correrme a la vez que él.

—Joder, Sienna...

El sexo de Denver empieza a retorcerse dentro de mí. Mi novio me mira, desesperado.

—¿Cómo puedes hacernos esto? ¡Estoy a punto, nena!

Me río y vuelvo a apretar mis labios contra los suyos. Clavo mi mano izquierda en su cuello, mientras me estimulo con la derecha. Mi pelvis sube y baja. Es, sin duda, el mejor polvo que he echado en mi vida. Me encanta cuando se toma su tiempo para lamerme y tocarme y luego me hace el amor lentamente, pero esto es igual de bueno.

—Estoy lista —jadeo unos minutos después, con mi cuerpo elevándose por encima de él—. ¡Denver!

Él también gime, me la mete y la saca un par de veces, hasta el fondo, y emite un grito cuando llega al orgasmo. Escucharle gemir me lleva al límite. Mi cuerpo se desploma hacia delante y apoyo la frente en la suya. Las manos de Denver recorren mi espalda sudorosa y siento cómo se corre dentro de mí.

—Vaya... —jadeo—. Así es como vamos a hacerlo a partir de ahora.

—Como tú quieras, nena... —responde Denver y sale de mi interior.

Su semen corre por mis muslos. Le miro un poco sorprendida, lo que le hace sonreír. Pega sus labios a los míos y me atrae hacia él.

—Dame unos minutos y seguimos.

Sacudo la cabeza, divertida, y me acurruco contra él.

21

Denver

A la mañana siguiente, me despierta el sol que entra por la ventana en la habitación de Sienna. Anoche nos olvidamos de cerrar las cortinas y ahora el sol se venga de nosotros. Parpadeo y tengo que adaptarme a la luz. Sonriendo, me vuelvo hacia mi novia, que sigue durmiendo.

Está tumbada de lado, con la cara mirando hacia mí. Estiro el brazo con cuidado para no despertarla y le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja. Su piel es aterciopelada. Sienna frunce los labios y arruga la nariz. Rebosa ternura... Pero sigue durmiendo como si nada. Puedo entenderlo; después de todo, nos pasamos la noche haciendo el amor. Después del polvo de reconciliación en el salón, nos duchamos y fuimos a su habitación. Allí le agradecí del mejor modo que se me ocurrió que me la hubiera chupado tan bien. Sienna se sentía insegura y noté que le costó llevarse mi polla a la boca. Fue increíble sentirla así, y me alegro de que fuera capaz de superar su miedo. De todos modos, habría entendido que se detuviera. Pero eso no habría sido propio de Sienna. Cuando se propone algo, se empeña hasta que lo consigue. La primera vez sin condón también fue una experiencia nueva para los dos. Nunca lo había hecho así. Vivirlo con Sienna nos ha unido aún más. Aun así, las siguientes veces que nos acostamos, lo hicimos con protección extra. Ninguno de los dos quiere un bebé. Aunque la píldora es muy segura, es mejor no depender de un solo anticonceptivo. Sienna está empezando la carrera y yo estoy en una fase decisiva para mi futuro.

Sin despertarla, retiro las sábanas y salgo de la cama. Sienna murmura algo, pero sigue dormida. Se pone de lado y chasquea los labios en sueños.

Con una sonrisa en la cara, salgo desnudo de su habitación y voy al baño a ducharme y refrescarme. Me siento tan aliviado de haber podido saldar mis errores de los últimos días con un ramo de flores y una disculpa... Después de tanto silencio, temía haberlo echado a perder. Cuando a la mañana siguiente de emborracharme con los chicos me acusó de no confiar en ella y de no darle la suficiente importancia como para arreglar las cosas, me cerré en banda. No hay otra forma de decirlo. Algo dentro de mí se partió en mil pedazos y no dejó que Sienna se acercara a mí. No quería que me culparan de nada, hasta que me di cuenta de que si no expresaba lo que sentía, viviríamos separados durante días, semanas, quizá meses. Y la echaba mucho de menos. No hablar con ella, no abrazarla, no besarla me resultaba insoportable. Irme a la cama por la noche sin atraerla hacia mí, y desayunar por la mañana sin contarle lo que me esperaba ese día y preguntarle por el suyo... No quería vivir así. Por eso, me armé de valor y le compré flores.

Darren y Jake me dijeron que ni con flores tendría una oportunidad con Sienna, pero no les hice caso. Además, a papá siempre le funcionó. Mamá no lo perdonaba enseguida, ni siquiera con flores —cosa que sí esperaba que funcionase con Sienna—, pero era más indulgente. Luego solían hablar y hacer las paces. Y eso es justo lo que ha pasado con Sienna y conmigo.

Aún no le he presentado a mi madre y a John. No me llevo muy bien con él y, aunque mamá

intenta que estemos más unidos, nuestra relación se ha resentido cada vez más. Cuando mamá nos lo presentó, Phoenix, Madison y ella acababan de terminar la terapia familiar, a la que yo me había negado a ir. Me desconcertó ver de repente a otro hombre a su lado, después de que ella hubiera estado yendo a la psicóloga con regularidad. Tenía claro que John se estaba aprovechando del dolor de mi madre y se estaba acercando a ella a través de mis hermanas. Pero ahora sé que eso es una gilipollez que solo podría ocurrírsele a alguien que ha sufrido.

Todavía me resulta increíblemente difícil darle una oportunidad, a pesar de que ha demostrado una y otra vez que nos quiere a todos, no solo a mamá. Trata a Madison como a su propia hija. Siempre la apoya, la lleva a todas partes y pasa tiempo con ella cuando puede. John es agente inmobiliario y viaja mucho. También trata muy bien a Phoenix y tienen muy buena relación. Incluso diría que acompañará a Madison al altar cuando se case. Ha asumido el papel de padre. No creo que el caso de Phoenix sea el mismo, pero estoy seguro sobre Madison. John no tiene hijos propios, así que es aún más sorprendente lo mucho que disfruta de la vida familiar con nosotros. Está divorciado y también es de Chicago. Hasta que tiró la toalla conmigo, hará unos seis meses, siempre acompañaba a mi madre al estadio, a pesar de que le dejé muy claro más de una vez que no lo quería allí. Le dije que no quería verle junto a mi madre, animándome como si fuera alguien importante, como si fuera mi padre. Además, siempre estaba pendiente de mí, y estoy seguro de que aún se preocupa, y siempre que se le necesitaba, allí estaba. Nunca me dejó de lado. Siempre me hizo ver que era uno más de la familia.

Como mi madre nos ha invitado a Sienna y a mí a la cena de Acción de Gracias, pronto conocerá a mi novia. Me hace mucha ilusión, y creo que se van a llevar muy bien. Sienna es la primera chica que voy a presentar oficialmente en casa. Tengo que admitir que eso me pone más nervioso de lo que me gustaría. Además, como ninguno de mis amigos está en una relación estable, no puedo pedirles consejo.

Por otra parte, quiero concertar una cita para ir al cementerio militar de Chicago a visitar la tumba de papá con Sienna. Es importante para mí. Me habría gustado presentársela como es debido, y decirle que creo que es la indicada para mí. Quiero a Sienna como él quería a mamá, y estoy seguro de que será mi compañera de vida, igual que lo fueron mis padres. Espero de verdad que nuestros caminos no se separen cuando me seleccione un club de la NFL.

Esta mañana estoy de buen humor y no quiero estropearlo pensando en mi padre. Él no va a volver, y después de cinco años, al fin lo estoy aceptando. Al fin y al cabo, es lo que tuvieron que hacer mamá, Madison y Phoenix.

John nunca ocupará su lugar y él lo sabe. Él hace feliz a mamá y eso debería ser lo más importante. Ninguno de nosotros quiere que esté sola el resto de su vida.

Suspiro, salgo de la ducha, me seco y cojo unos calzoncillos limpios de la estantería del baño. Sienna pensó que sería una buena idea poner mi ropa interior allí, porque de lo contrario, andaría desnudo por el apartamento todo el tiempo. O eso cree ella. Después de ponerme unos pantalones cortos y una camiseta en mi habitación, voy a la cocina a preparar el desayuno.

Antes de llegar a la cocina, suena el timbre y frunzo el ceño. ¿Aún no son las diez de la mañana y ya tenemos visita? Si son Darren y Jake, les voy a meter una patada en los huevos.

Abro la puerta e inmediatamente siento que debería cerrarla de un portazo. Los padres de Sienna están delante de mí, sonriéndome. Recuerdo de una forma muy difusa que mi novia me dijo que sus padres vendrían de visita. Y ahora que me acuerdo, aún no saben lo nuestro y siguen pensando que soy mi hermana. Eso me cabrea, pero Sienna no sabía cómo decírselo. Contarles lo nuestro habría sido lo correcto y nos habría ahorrado muchos problemas. Especialmente a mí,

porque me gustaría presentarme formalmente a mi futura familia política.

—Sra. Gardner, Sr. Gardner... —tartamudeo—. Qué sorpresa, ¿no?

Me cago en la puta, ¿qué se supone que tengo que decir? Sienna me lo está poniendo muy difícil. Sobre todo ahora que su madre me está recorriendo con la mirada, sin dejar ninguna duda de que no entiende qué hago paseándome en pantalones cortos y camiseta a estas horas.

—Buenos días, Phoenix —me saluda la señora Gardner.

El señor Gardner me da unas palmaditas en el hombro mientras les dejo pasar.

—Me temo que Sienna sigue durmiendo.

—¿Y qué haces tú aquí? —pregunta de inmediato su curiosa madre.

Me gustaría contestarle que anoche estuve follándome a su hija hasta alcanzar el nirvana, pero creo que se caería muerta.

—He dormido en la habitación de Phoe... de Denver porque tenemos una fuga de agua en mi piso y Denver está fuera del país. No tengo ni idea de qué decir y, al ver que la Sra. Gardner frunce el ceño, sospecho que no se lo cree. Es evidente que el Sr. Gardner se lo huele a kilómetros, pues me sonríe, divertido y con cierta complicidad.

No estábamos saliendo la última vez que nos visitaron, pero su reacción no es la que esperaba.

—Hemos traído el desayuno —dice, poniendo la mano en el hombro de su mujer—. Phoenix debería despertar a Sienna, y nosotros...

—¡Yo despertaré a Sienna!

La señora Gardner me mira, completamente alterada. Sus ojos brillan, y no puedo culparla por morirse de ganas de volver a ver a su hija. Aun así, ni de coña voy a dejar que despierte a Sienna. La ropa que nos quitamos ayer en el salón sigue en su habitación, y estoy segura de que se quedará muñeca²⁴ si ve la papelería llena de condones.

—Yo me encargo —le digo—. Pasen a la cocina, si quieren...

La Sra. Gardner está a punto de objetar, pero el Sr. Gardner tira de su esposa detrás de él. Me detengo un momento y respiro hondo antes de dirigirme a la habitación de Sienna. Al menos hemos sido lo bastante listos como para usar su cama; si no, esto sería aún más raro.

Entro en la habitación y me acerco a la cama. Mi novia sigue durmiendo plácidamente y me resisto a despertarla.

—Sienna —susurro—. Despierta...

Primero le acaricio suavemente la mejilla y, como no se mueve, le sacudo el hombro hasta que abre los ojos con los párpados agitados.

—Buenos días...

Habla con la voz ronca y está tan sexy... Se mueve despacio, y se incorpora, de forma que la manta se desliza por su cuerpo. Al hacerlo, tengo una vista perfecta de sus preciosos pechos, y me entran unas ganas terribles de abalanzarme de nuevo sobre ellos. Juraría que aún tiene los pezones sensibles y que se le erizarían inmediatamente si se los tocara.

—Vuelve a la cama, por fa...

Sienna tira de mí por el dobladillo de la camisa y me obliga a inclinarme sobre ella. Nada me gustaría más que volver a la cama con ella, pero sus padres nos esperan en la cocina.

—Me da que no, cielo —respondo, y ella me hace puchero.

Le doy un beso y me alejo del todo, para decirle:

—Tus padres están aquí.

Los ojos de Sienna se abren de golpe y en un solo segundo, palidece.

—¡Mierda, joder! —exclama y salta de la cama.

Tarda un momento en darse cuenta de que está completamente desnuda. Aprieto el puño derecho delante de la boca para no echarme a reír. Su cara no tiene desperdicio.

—No te rías —susurra—. Será mejor que los distraigas hasta que me vista.

Doy un paso hacia ella y la atraigo hacia mí. La rodeo con los brazos, aprieto su cuerpo contra el mío y pongo las manos en ese culo que me vuelve loco.

—¿Y si no lo hago, qué? —pregunto con el ceño fruncido y la beso.

Sienna me devuelve el beso y me rodea el cuello con los brazos. Sonriendo, la miro y le acaricio el culo.

—¿Me van a echar de mi casa? —continúo.

—¿Te parece gracioso? —gruñe y niego con la cabeza.

—No —digo un poco más serio, apartándola de mí mientras busco unos pantalones—. Porque a estas alturas ya deberías haberles dicho que me llamo Denver y que soy tu novio. No tiene gracia, nena.

—Lo sé...

Sienna me rodea con sus brazos por detrás y aprieta su cuerpo contra el mío. Se pone de puntillas para besarme en la nuca. Suspiro, cedo y entrelazo nuestros dedos, que ambos apoyamos en mi tripa. Nos quedamos así un momento.

—Se lo diré, prometido. No te enfades.

—No estoy enfadado —respondo, girándome para mirarla—. Ni decepcionado, como soléis estarlo las mujeres.

—¿Ah, sí?

Levanta las cejas de inmediato y me mira interrogante.

—Sí, bastante a menudo, además —digo, sonriente, y vuelvo a besarla.

Luego me separo y le doy un azote en el culo. Sienna chilla y yo pongo los ojos en blanco. No ha sido tan fuerte.

—Ve a ducharte y a ponerte algo de ropa. Hueles a mí, y a sexo.

Se pone roja de inmediato, lo que me hace querer volver a estrecharla contra mí, aunque no tenemos tiempo para estos jueguecitos.

Joder, sus padres están sentados en nuestra cocina, a punto de desayunar con ella, y lo único en lo que puedo pensar es en follármela y pegarle otro azote.

—Me encantaría llevarte de nuevo a la cama —murmuro mientras le beso el cuello y le acaricio las nalgas—. Luego te lo comería y te follaría hasta que no pudieras más...

—No me tientes... —responde ella—. Podríamos hacerlo en silencio...

Me separo bruscamente de Sienna y la miro con fingido asombro.

—Si hay algo que no quiero es follarte en silencio.

—Yo tampoco —dice, mientras se ríe alegremente.

Su risa me entenece. Sienna me tiene bien pillado.

—Los distraeré hasta entonces —decido, separándome de ella para dirigirme a la cocina.

Ella asiente con una sonrisa y por fin salgo del cuarto.

Desde el pasillo, oigo a sus padres discutiendo ligeramente en la cocina. Su madre habla sin parar, y dice que debería haber metido un poco de comida y alguna tarta en la maleta. Habla en un tono muy alto. Su padre, en cambio, parece relajado y pregunta cuándo volveré.

Entro en la cocina y me encuentro a la señora Gardner de pie junto a la encimera, con la

cafetera en la mano.

—¿Quieres un café, Phoenix?

Asiento con la cabeza y me siento junto a su marido.

—Lo han encontrado todo, por lo que veo —pregunto, al ver que han puesto la mesa.

—Por supuesto —dice orgullosa la madre de Sienna, sonriéndome—. Yo me acuerdo de todo.

Cómo no se iba a acordar, si fue ella quien reorganizó nuestra cocina durante su última visita para que todo tuviera su sitio... Palabras textuales de Sienna, no más. Al final, lo dejamos así porque descubrimos que el sistema de su madre funcionaba.

El padre de Sienna me mira como si la escena le divirtiera.

—Sienna se está duchando —murmuro—. Ahora viene...

Me siento realmente incómodo con esta situación. Será mejor que Sienna se dé prisa. No sé de qué hablar con sus padres.

—¿Dónde está Denver? —pregunta la Sra. Gardner, sentada frente a mí.

Genial... Me gustaría que fuera Sienna la que se sentase ahí en su lugar. Tardo un momento en contestar.

—En Europa.

—¿Europa? —me pregunta—. Europa es muy grande...

—Está en Inglaterra.

No sé por qué se me ocurre soltar eso. Probablemente, porque hace unos días, cuando no podía dormir, vi un documental sobre ese país en la tele.

—¿Y qué hace allí?

—Estudiar —murmuro, cogiendo la taza de café llena que tengo delante y echándole un poco más de leche.

Sigo mirando hacia la puerta, esperando que Sienna aparezca por fin.

—Siento el lío... Seguro que tienen mil ganas de verla...

—¡Evidentemente! —grita—. ¿Y qué estudia?

—Economía, como Sienna...

—Esther —interrumpe el Sr. Gardner a su mujer con una sonrisa—. Deja en paz al chico...

—¿Por qué? —pregunta ella, alzando las cejas—. Solo quiero saber todo lo que pueda sobre la compañera de piso de nuestra hija. No hay nada malo en ello.

Evito su mirada. Me incomoda mirarla, porque no deja de preguntar datos sobre las vidas de una Sienna y Phoenix —bueno, Denver— que no existen.

—¡Basta ya de tonterías!

Su padre golpea de repente la mesa y yo me sobresalto y lo miro fijamente. El corazón se me para un momento y respiro hondo.

—¡Eres Denver Jones! —exclama.

Abro los ojos como platos y quiero decir algo, pero no sale ningún sonido de mi boca. Me planteo levantarme de un salto e ir al baño a avisar a Sienna, pero me parece patético. ¿Qué coño hago? Nervioso, me muerdo el labio y miro a los padres de Sienna, muerto de vergüenza.

—¿Cómo os habéis enterado? —pregunto finalmente.

No tiene sentido seguir con la trola y, de algún modo, me alegro de que ya sepan esa parte de la verdad.

—Como me dijiste que jugabas al fútbol, más o menos un mes después, comprobé qué tal te iban las cosas. Entré en la página oficial de los Lincoln Tigers...

Es lo que tiene internet...

—Pero no aparecía ningún Phoenix Jones como *quarterback*, solo un tal Denver Jones, y cuando hice clic en el perfil del jugador, había fotos tuyas.

—Joder...—murmuro, pasándome las manos por la cara—. Lo siento.—

—Seguí al equipo durante un tiempo, con la esperanza de que Sienna nos dijera la verdad cuando nos llamara, pero no lo hizo. Y después de uno de los partidos, encontré una foto tuya en la galería. ¿Qué crees que había en esa foto?

—Sorpréndame... —murmuro, evitando su mirada.

Estaría bien que Sienna apareciera aquí con su bonito culo y me salvara.

—¡El mismísimo Denver Jones besando a mi hija!

Entonces se me para el corazón y juraría que hay tanto silencio en la cocina que se podría oír caer un alfiler.

—¡Mamá, papá!

Sienna entra sonriendo. Lleva pantalones de chándal negros y una sudadera naranja con el logo de los Lincoln Tigers.

—Llegáis pronto, pero me alegro de veros —continúa.

Al ver mi cara de sorpresa, hace una pausa.

—¿Qué pasa?

—Siéntate, Sienna —dice su madre con severidad, señalando la silla de al lado.

Sin decir nada, mi novia se sienta y cruza los brazos. Luego, abre la boca y suelta:

—¿Os ha dicho Phoenix que...?

—Lo saben —la interrumpo, antes de que pueda seguir diciendo tonterías—. Todo.

Sienna se queda helada y enmudece. En cuestión de segundos, su preciosa cara pierde todo el color. Quiero sentarme a su lado y cogerle de la mano, pero quedaría raro al otro lado de la mesa. Sus padres nos miran fijamente.

—Pero... pero... ¿cómo?

Su cara sigue marcada por el asombro. Nos mira a sus padres y a mí de forma intermitente. Unos segundos más tarde, pregunta:

—Yo nunca he insinuado nada, ¿verdad?

—No —responde su padre—. Lo hizo Internet.

—Mierda... —murmura—. Mamá, papá... lo siento mucho.

Nadie dice nada por un momento, hasta que la madre de Sienna le pone una mano en el hombro y obliga a su hija a mirarla.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —pregunta, mirando a su hija con decepción.

—Bueno, al principio me sorprendió que Denver no fuera una chica... —dice, mirándome con una sonrisa burlona.

Le devuelvo la sonrisa, y recuerdo nuestro primer encuentro. Yo también pensé que no era posible. Sienna vuelve a mirar a sus padres y dice:

—Pero no había otra habitación disponible y nos llevábamos tan bien... La primera vez que vinisteis, Phoenix estaba aquí de casualidad.

—¿De verdad se llama Phoenix? —pregunta desconcertado su padre, y yo asiento.

—Sí, y también mi hermana pequeña —añado—. Ese día no tenía ni idea de que Sienna os lo había ocultado.

Sacudo la cabeza y me río al mismo tiempo, pensando en aquel día y en las mentiras que solté por ella. Asiento con la cabeza y señalo a Sienna.

—Me pidió que fingiera ser Phoenix.

—¡No mi intención! —grita mi novia, casi presa del pánico, como si realmente temiera que sus padres fueran a cerrarle el grifo y a llevársela de vuelta a Montana—. De verdad que no quería, pero cuanto más tiempo pasaba, menos me atrevía a deciros la verdad...

Sienna encorva los hombros y se muerde nerviosamente el labio inferior. Ojalá pudiera sentarme a su lado, darle un fuerte abrazo y ofrecerle mi apoyo. No creo que sus padres vayan a recurrir a medidas extremas, porque tengo la impresión de que se lo han tomado todo muy bien, especialmente su padre. De todos modos, en los próximos meses, dependiendo de lo lejos que lleguemos en la liga, conseguiré nuevos patrocinadores que me paguen mejor. Podré pagar el alquiler y comprar comida y cualquier otra cosa que necesitemos. Ella podría ponerse a trabajar o pedir un préstamo para pagarse la matrícula. Pero, como ya he dicho, no creo que sus padres lo hagan. Además, no se les ve tensos o a la defensiva. El Sr. Gardner, en particular, parece contento y relajado. La Sra. Gardner todavía parece estar pensándose cómo reaccionar ante todo este paripé.

—Sienna —dice su madre, acariciándole la espalda—. Nosotros...

Cuando su marido levanta las cejas, ella gime e inmediatamente rectifica.

—Al principio no aprobaba que estudiaras en Lincoln; es cierto. Temía por ti y pensé que si estabas en Helena, podríamos estar a tu lado. Pero me equivocaba.

—Sé que la habitación es mucho más cara que la residencia, y...

—No pasa nada, cariño —dice su madre, con dulzura—. Tu padre y yo solo queremos que seas feliz, y parece que lo eres.

Los ojos de la señora Gardner se cruzan con los míos y me sonrío sinceramente. Yo le devuelvo la sonrisa. Es un alivio saber que comprende que su hija es feliz aquí.

—Bueno... Parece que todo ha salido bien al final —dice Sienna, sonriente—. En algún momento, nos dimos cuenta de que éramos algo más que amigos...

Dejando a un lado la montaña rusa de emociones que hemos vivido, esa frase lo describe a la perfección.

Sí. En algún momento, nos dimos cuenta de que éramos algo más que amigos.

Sienna

Una semana más tarde.

Una sensación de inquietud se extiende por mí cuando el coche de Denver se acerca a la gran verja tras la que se encuentra la mayor base militar del norte de los Estados Unidos. Detrás de la verja de hierro fundido con el escudo del Ejército estadounidense está el cementerio militar. Denver me contó que, cuando sucedió todo, a su madre le dieron la opción de enterrar a su padre en el cementerio militar con un funeral oficial y todos los honores, o en uno de los muchos cementerios urbanos de Chicago. La señora Jones eligió el entierro oficial para su marido, porque sabía que él lo habría querido así.

Ahora, ir al cementerio es como una visita oficial de Estado. El recinto está completamente sellado y la puerta solo se abre con un pase de visitante y tras haber concertado una cita con el conserje. Denver no ha dicho ni una palabra desde que salimos de casa. Unos kilómetros atrás, me cogió la mano. Entrelazamos nuestros dedos y yo sigo acariciando el dorso de su mano con el pulgar. Creo que le resulta durísimo venir aquí conmigo.

Denver admiraba a su padre y tenía una relación especial con él. Me ha dicho en más de una ocasión lo terrible que fue perderle. Sin embargo, nunca me ha contado qué pasó exactamente.

Se detiene en la puerta y baja la ventanilla para enseñarle el pase de visitante al guardia.

—¿Viene solo? —le pregunta Denver, y él niega con la cabeza.

—He venido con mi novia —responde señalándome—. Se llama Sienna Gardner, y nació el 23 de mayo de 2003 en Helena, Montana.

Denver le enseña mi carné, y el guardia se lo agradece antes de echarle un vistazo y devolvérselo a Denver.

—Adelante —responde y abre el portón.

Denver vuelve a subir la ventanilla, deposita el pase de visitante en la consola central y me entrega el carné.

Me gustan las casas de ladrillo blanco de la época de la Guerra Civil, que contrastan con las de finales del siglo XX, que dan al cuartel un aspecto muy característico. De algún modo, este lugar me aterra, y me alegro de no ser la única a la que le pasa. Denver no lleva muy bien lo de venir al cementerio. Aun así, para él es importante que vaya con él a visitar la tumba de su padre.

De lo contrario, no creo que hubiera venido aquí para Acción de Gracias. Es la fiesta más importante en los EE. UU., La fiesta familiar de mayor relevancia, más que la Navidad. Estar en un cementerio militar ese día para visitar la tumba de tu padre debe ser horrible. Especialmente si eres tan joven como Denver.

Denver estaciona unos metros más adelante, en el aparcamiento para visitantes del cementerio, y apaga el motor. En silencio, salimos del coche y cojo del asiento trasero la pequeña flor que hemos comprado esta mañana. En la plaza contigua a la de Denver, hay otro coche aparcado. Es un Honda viejo, de otra época.

Denver no me dijo nada de comprar una flor, pero no quería ir a la tumba de su padre con las

manos vacías. Me parecía mal.

Me acerco a Denver, que cierra el coche y me coge la mano. Entrelaza nuestros dedos y me sonrío. Las comisuras de sus labios apenas se levantan. Es la sonrisa que tanto ha ensayado y que dedica a la prensa y a los aficionados cuando lo único que quiere es irse a casa después de un partido. Normalmente, después de una derrota. Tiene la mirada perdida. Me desgarran el corazón verle así.

Juntos, nos dirigimos a la tumba de su padre. Hace mucho frío en Chicago y empieza a calar. Cuando exhalo, mi cálido aliento forma una pequeña nube de vapor. A cada paso que damos hacia la tumba, Denver me aprieta más la mano. No puedo ni imaginar el dolor que debe estar sintiendo, y desearía poder liberarle de un poquito, al menos. Después de caminar unos diez minutos, llegamos a la tumba.

Una anodina lápida blanca con una inscripción negra se erige frente a nosotros.

En ella, se lee «teniente coronel» y justo debajo, figura su unidad y su nombre, Franklin Jones, seguido de los años en los que vivió, del 16 de octubre de 1973 al 27 de octubre de 2016.

No hay ningún detalle que haga su tumba más personal, lo que me entristece. No sé si lo consideraría un lugar de luto. Pero también comprendo que la señora Jones quisiera rendir este último homenaje a su marido.

Con cuidado, me alejo de Denver y deposito mi flor en el suelo. Miro fijamente la piedra durante un momento antes de levantarme y colocarme junto a mi novio. Denver y yo permanecemos quietos y en silencio hasta que busco su mano y se la aprieto. De repente, me atrae hacia él y me aprieta tan fuerte contra su cuerpo que creo que me está aplastando los pulmones. Sé que Denver está muy fuerte, pero joder, casi me hace daño. Le rodeo con los brazos y le acaricio la espalda mientras una sacudida recorre su cuerpo. Al principio, no puedo distinguirlo, pero entonces oigo claramente un sollozo. Denver está llorando.

Me aprieto más contra él, si es que es aún posible. Cada vez solloza más fuerte y yo también derramo una lágrima. Apenas puedo soportar verlo así y no poder hacer nada más que estrecharlo entre mis brazos.

Nunca había visto a Denver llorar por su padre. Sí que lo he visto triste, pero siempre parecía estar muy orgulloso de él y recordaba los buenos momentos. No esperaba que sus sentimientos lo abrumasen de este modo. Ahora me siento aún más impotente. Estoy aquí, acariciándole la espalda para apoyarle y casi parece inadecuado. Pero es todo lo que puedo hacer por él.

—Quedaban tres días —dice de repente, separándose de mí.

Tiene los ojos vidriosos y no dejan de caerle lágrimas, que le limpio cuidadosamente con los pulgares. Denver continúa, con dificultad:

—Estaba a punto de volver a casa, después de casi siete meses. Lo teníamos todo preparado. Mamá había planeado una fiesta de bienvenida.

Me desgarran el corazón oír estas palabras, pero es importante que lo exteriorice.

—Y entonces... llegué a casa del colegio. Había un vehículo del Ejército frente a nuestra puerta, y supe que algo iba mal. Supe que estaría muerto. ¿Por qué si no habría un vehículo del Ejército ante nuestra puerta justo antes de que volviera a casa? Corrí por el camino de entrada y entré en casa. Mi madre estaba en la cocina con mis abuelos. El coronel Preston, que también era muy amigo de mi padre, estaba sentado en la mesa con ellos. Se había quitado la gorra; estaba pálido, y cuando me vio, enmudeció.

—Lo siento mucho, Denver.

Esas son las primeras palabras que salen de mi boca y va y suelto esa frase de mierda. Pero es

la verdad. Lo siento muchísimo. Me armo de valor y le pregunto:

—¿Sabes lo que pasó?

—Solo sé lo que me contó mamá y, sinceramente, no quiero saber más —responde, alejándose de mí.

Denver se arrodilla delante de la lápida y limpia la huella del invierno de la piedra con la manga de su chaqueta.

—Papá estaba de patrulla, asegurando la zona. Las fuerzas insurgentes atacaron su vehículo y voló por los aires.

Un escalofrío me recorre la espalda. Miro a Denver, que guarda silencio un instante y luego dice:

—Todos murieron...

Le pongo la mano en el hombro y aprieto suavemente.

—Papá siempre supo dónde se metía, y mamá también. Al menos, eso creo —susurra—. Llevaban veinticinco años juntos y veinte casados. Mi padre estaba a punto de ser ascendido a coronel. Solo faltaba el acto de juramento, que habría tenido lugar en Washington en diciembre de ese mismo año. Por eso tiene una lápida de semejante tamaño.

Miro a mi alrededor y, efectivamente, la mayoría de las lápidas son mucho más pequeñas. Con cuidado, me agacho y me acurruco a su vera. Denver me rodea con el brazo y me acerca a él.

—Con cuarenta y pocos años, mi madre se quedó viuda. Estaba sola y tenía tres hijos. Yo tenía dieciséis años; Phoenix, catorce; y Madison, diez. Afortunadamente, mi abuela nos ayudó mucho en los primeros meses. Lo peor era Acción de Gracias, Navidad y los cumpleaños. Quizá por eso no me atrevo a darle una oportunidad a John. Para mí, él no es parte de nuestra familia.

—Porque desearías que tu padre estuviera aquí.

—Sí —dice Denver—. No se lo he puesto fácil a John en los últimos años. Me he asegurado de hacerle entender que no es mi padre.

—¿Y él?

—Se resignó hace unos seis meses, creo —murmura Denver, apagado, como si tampoco supiera cómo salvar la relación con su padrastro—. Me dice «hola» y «adiós», pero por lo demás evita todo contacto conmigo.

Me doy cuenta de que Denver está empezando a cuestionarse su relación con John. No solo hoy, sino desde hace varios días. Pero también sé que no podemos arreglarlo aquí y ahora. Les convendría empezar de cero. Tienen que intentar conocerse, y Denver en particular debería abrirse un poco más con John. Pienso por un momento en qué decir y decido cambiar de tema. Puede que no sea lo correcto, porque aún quedan muchas cosas que decir sobre John, pero no es el momento. Podemos hablar de esto en casa, no en la tumba de su padre.

—¿Qué crees que diría tu padre de nosotros? —le pregunto.

Denver sonrío, me acerca a él y me besa en la frente.

—Le encantaría, pero sé que no le haría mucha gracia mi forma de ser antes de conocerte. Mamá y papá se conocieron cuando eran adolescentes y estuvieron juntos desde entonces. Pero creo que se alegraría mucho por mí y sabría que tú también eres la elegida.

Esas palabras me hacen enamorarme aún más de Denver. Lo dice con tanta dulzura... Está seguro de que somos tal para cual. Y yo también lo estoy. Las últimas semanas no han sido fáciles para nosotros, pero las estamos superando juntos. Aún somos muy jóvenes y no sabemos adónde nos deparará la vida, pero yo también me imagino un futuro a su lado.

—Sé que tu padre estaría orgulloso de ti —le susurro y le beso—. Eres genial, Denver, alguien que quiere y respeta a la gente que le rodea. Cuidas muy bien de tus hermanas, aunque a veces te pases.

—Gracias, nena —susurra, y le noto un poco más relajado—. Deberíamos irnos. Hace frío.

—Sí, la verdad es que sí —le digo, volviendo a entrelazar mi mano con la suya. Volveremos pronto a visitarle, ¿vale?

—Sí, tal vez... —dice Denver, algo distraído, mientras nos dirigimos a la salida.

Denver aparca el coche en la entrada de la casa de sus padres y yo miro la fachada de la pequeña unifamiliar. Sonriente, le aprieto la mano y le miro. Me devuelve la mirada y me da un beso dulce.

—Gracias por venir al cementerio conmigo.

—No tienes que agradecermelo —le digo mirándole fijamente—. Faltaría más. Tengo que darte las gracias. Sé lo difícil que es para ti hacerme formar parte de todo esto, Denver. Ha significado mucho para mí que me llevaras a la tumba de tu padre. Y si no quieres ir solo, iré contigo cuando quieras.

—No estoy acostumbrado a llevar a alguien conmigo —susurra, sonriéndome tímidamente, como si no quisiera mostrar esa faceta suya—. Mis hermanas van mucho. Jake va siempre con Phoenix, que yo sepa. Conoce a mi padre desde que tenía siete años. No he ido a su tumba con mis hermanas o mi madre desde el funeral. Jake fue conmigo una vez, pero apenas pude soportar estar cerca de él. Salí corriendo después de que intentara hablar conmigo. Tú has sido la primera...

Traga saliva y mira hacia otro lado. Cuando levanta la mano para secarse los ojos, me muerdo la lengua para no decir nada. Finalmente, vuelve a mirarme y continúa:

—Has sido la primera persona con la que me he sentido a gusto allí. No debería haber dejado de ir a terapia. Quizá me habría ayudado a superar su muerte.

En lugar de responder, le beso. A pesar de todo lo que hemos vivido hoy, estoy deseando que lleguen las próximas horas. Tengo ganas de conocer a su madre y a John. Hace días que le he estado dando vueltas a lo de conocer a sus padres y acompañarle al cementerio. Espero caerles bien y que piensen que hago buena pareja con Denver. Especialmente quiero congeniar con su madre. Phoenix dijo que le encantaría, pero quién sabe... Quizá solo quería tranquilizarme. Madison también estará allí, y por primera vez, llevará a su novio, Fynn. Denver decidió hacerse el duro con él y dijo que él se encargaría del pobre chaval. Yo intenté hacerle entrar en razón y explicarle lo embarazoso que sería para Madison. Denver se limitó a decir que lo interrogaría de todos modos. Tantear el terreno, vale, pero avergonzar a su hermana... Espero que haya entendido el mensaje. Fynn es su primer novio y no quiero que Madison quiera que se la trague la tierra.

—Y recuerda no avergonzar a tu hermana —le digo.

Denver pone los ojos en blanco, pero yo me limito a lanzarle una mirada de advertencia. Abre la puerta del coche y sale.

—¡Denver! —le grito, pero ya ha dado un portazo.

Molesta, salgo y le miro.

—¡Denver! —repito.

—¡Sienna!

Como era de esperar, imita mi voz. *Lo que me faltaba.*

—¡Phoenix!

Mi amiga sale de la parte de detrás del coche y nos sonrío.

—¿Os estáis peleando?

—No —responde Denver, de buen humor.

A mí me da que intenta picarme, pero no digo nada. Mi novio continúa:

—Estábamos hablando de que pienso vigilar a ese Fynn muy de cerca...

—No te atreverás... —le regaña Phoenix, poniéndose las manos en las caderas.

Miro a Denver para hacerle ver que estoy de acuerdo y cojo la ensalada que he preparado del asiento trasero.

—¿No habrás traído ensalada?

Phoenix me mira sorprendida y luego a su hermano.

—Esta chica es un diez.

—Así es ella —responde Denver, y me pasa el brazo por encima.

Le miro sonriente y él se inclina hacia mí y me besa. Le devuelvo el beso y me acurruco en sus brazos. Los tres nos dirigimos a la puerta principal, y luego Phoenix abre con su llave y nos deja pasar.

Miro el recibidor con curiosidad. Frente a la puerta principal, una escalera conduce al piso superior. En la pared hay fotos colgadas. De lejos, distingo en ellas a los hermanos Jones. A la derecha de la puerta principal, hay un perchero y una cómoda con un espejo encima. Sobre él, hay un cuenco con las llaves del coche. Le paso la ensaladera a Denver para quitarme la chaqueta y los zapatos.

—¿Phoenix? —suena una voz femenina y ligera. ¿Eres tú?

—Sí —dice mi amiga—. Y también han venido Denver y Sienna.

Justo después, aparece una mujer que parece una versión mayor de Phoenix. No hay duda alguna de que es su madre. El pelo, la boca, los ojos... ¡Es igualita a Phoenix!

La Sra. Jones lleva el pelo rubio cortado con un estilo moderno. Lleva un pelín de maquillaje y unos vaqueros y una blusa azul claro.

—Hola, mamá —dice Phoenix y la abraza.

—Hola, cariño —contesta la señora Jones acercándose a nosotros.

—Mamá...

Denver se aclara la garganta y le entrega la ensalada a Phoenix, que la lleva a la cocina sin hacer ningún comentario. Un hombre de unos cincuenta años aparece detrás de la señora Jones. Debe de ser John. Tiene el pelo oscuro, pero está repleto de canas. A primera vista, parece extrovertido y su complexión es parecida a la de Denver.

—Hola, John —le saluda Denver con una inclinación de cabeza y me rodea con el brazo. Dejád que os presente. Mamá, John, esta es Sienna, mi novia. Nena, esta es mi madre, Lori, y su novio, John.

—Hola —les digo, sonriente, y les doy la mano—. Gracias por invitarnos.

—Nos alegra mucho que hayáis venido —responde Lori, y su pareja se limita a asentir amistosamente con la cabeza.

Cojo la mano de Denver y se la aprieto. Él me devuelve el apretón, y confirma la buena sensación que tengo en mi interior. Todo ha ido bien hasta ahora, y su madre y su novio parecen muy simpáticos.

—Madison y Fynn nos esperan en el salón.

Asentimos y les seguimos. Cuando veo a Madison sentada, me cuesta creer que sea ella. Hace unas semanas, en nuestro sofá, tenía un aspecto completamente distinto. Ahora su pelo es castaño oscuro, su maquillaje es más delicado y sobrio. Ya no queda nada del estilo gótico. En lugar del vestido negro, las mallas y las pesadas Dr. Martens, lleva un jersey claro y unos vaqueros y botines marrón claro. Fynn está sentado a su lado. También tiene el pelo castaño claro, y lo lleva más largo en la parte superior de la cabeza, en forma de unos pequeños tirabuzones. Al igual que Denver, lleva una sudadera con capucha y unos vaqueros.

—Pero bueno, Mad... —dice Denver, sonriente—. ¿Has vuelto al color?

Le doy un codazo en el estómago, lo que le hace gemir y frotarse la zona. Luego, me acerco a Madison para saludarla.

—Hola —le digo, abrazándola con fuerza y ella me devuelve el abrazo—. Por favor, pasa de él. Es idiota.

Le guiño un ojo, lo que la hace sonreír. Luego me dirijo a su novio.

—Hola, soy Sienna, la novia de Denver.

—Hola —responde entusiasmado, mientras me estrecha la mano con un poco de fuerza de más.

Inmediatamente, sus ojos se dirigen a Denver.

—Soy Fynn.

—Yo Denver.

Mi novio me aparta ligeramente y estrecha la mano de Fynn entre las suyas. Por la expresión de Fynn, entiendo que Denver le está apretando la mano innecesariamente fuerte y que también lo está intimidando. Madison y yo ponemos los ojos en blanco, pero a Denver no le importa.

—En realidad, quería darte un pequeño apretón y aprovechar para...

—Denver... —susurro y le agarro del brazo.

Mi novio no se mueve ni un milímetro. ¿A dónde voy? Ni que pudiera mover a alguien que pesa casi cien kilos... Miro a mi novio y le digo:

—No sigas por ahí.

—Para ponerte firme... —dice, con una sonrisa—. Pero parece que mi hermana pequeña vuelve a ser mi hermana pequeña. Algo habrás hecho bien.

Madison sonríe a Denver y rodea a Fynn con los brazos. Parece feliz con él, y eso es lo más importante.

—¡La cena está lista! —exclama de la señora Jones.

Yo agarro a Denver de la mano y tiro de él hacia la mesa. Mi novio me sigue, sonriente, y me aparta la silla para que pueda sentarme. Luego, se sienta a mi lado.

La señora Jones ha preparado un buen banquete. Ha hecho asado con patatas y ensalada, pero también lasaña. No puedo decidir qué comer primero.

La señora Jones me pregunta por mis estudios y luego me paso un rato charlando con John, cuyo apellido desconozco. Es un hombre muy amigable y parece que le interesan mis estudios. Su madre también parece estar muy interesada en el tema. Pobre Phoenix... No deja de mirarla de reojo. Denver está cada vez más relajado. Quiere a su madre, se le nota enseguida. No deja de mirarla con una sonrisa y responde con cariño a todo lo que le dice. Pero también se preocupa por ella y le dice que cree que se está excediendo en la comunidad.

—Sienna y yo hemos ido a visitar a papá —dice Denver de repente, y todos guardan silencio de repente.

Todos lo miran, asombrados. Como me ha dicho que no ha ido a la tumba con su familia desde el funeral, supongo que piensan que nunca va a verlo.

—Le hemos dejado una flor —continúa.

Le cojo la mano por debajo de la mesa y entrelazo nuestros dedos.

—Sé que no siempre he sido justo...

Denver levanta la cabeza y mira alrededor de la mesa. Le tiembla la voz y vuelvo a apretarle la mano. Confío en él. Sé que puede seguir. Esto es muy importante para Denver y su familia.

—Especialmente contigo, John.

—Denver —dice John inmediatamente—, no pasa nada.

—No —contesta Denver—. Claro que pasa. Yo... no quería un nuevo padre, ya tenía uno y él... era perfecto para mí. Me gustaría que me dieras otra oportunidad para hacerlo mejor en el futuro. Podemos... podemos empezar de nuevo. Si eso es lo que quieres.

Denver parece perdido, mientras mira a John y aprieta mi mano con más fuerza. John le devuelve la mirada y sonríe.

—Claro que sí —dice—. Me encantaría.

Miro a la señora Jones que, con lágrimas en los ojos, se levanta sin mediar palabra y abraza a su hijo. Debe de ser increíble para ella oír esas palabras salir de su boca. Denver se levanta para abrazar a su madre.

John se levanta y se acerca a Denver. Lo abraza también y le susurra algo al oído. Denver asiente y me mira un momento. Luego se vuelve hacia John y le dice algo más. Sonríe y le da unas palmaditas en la espalda. John, la señora Jones y Denver vuelven a sentarse. Mi novio me coge la mano por debajo de la mesa y se inclina hacia mí. Presiona suavemente sus labios contra los míos, lo que me incomoda al principio. Su familia está en la mesa y no sé si debería hacer esto delante de todos. Pero luego me parece una tontería. Somos pareja, claro que nos besamos.

—Yo también tengo algo que deciros —dice Phoenix de repente y mira alrededor de la mesa.

Todos la miramos, tensos. Echa un vistazo a los que estamos en la mesa y parece pensar de nuevo en sus palabras. ¿Habrán hablado Jake y ella las cosas?

Lo dudo. Siguen viéndose a escondidas. No van a convertirse en pareja tan rápido. Además, nos dijo a Joy, a Millie y a mí que encontráramos la manera de decírselo a Denver.

—¿Y bien? —pregunta la señora Jones, curiosa y confusa a partes iguales—. ¿De qué se trata?

Phoenix suelta la bomba y, mientras Madison y yo le sonreímos, a la señora Jones, a John y a Denver les cambia la cara. No se lo esperaban. Yo, en cambio, me alegro, porque Phoenix ha dejado caer más de una vez que tenía otros planes para después del instituto y que aún no ha renunciado a ellos.

—No me gusta y... no se me da bien —añade como explicación.

—Y... ¿qué quieres hacer? —retoma su madre, mirando a su hija con detenimiento.

No parece muy entusiasmada. Es evidente que no le gusta esta decisión. Denver y John también dejan los cubiertos y miran a Phoenix. Me parece muy valiente por su parte dar este paso y anunciarlo delante de todos en una mesa tan grande. Lo dice de forma concisa y educada, para que todo el mundo lo entienda.

—Quiero trabajar y viajar en Europa —dice Phoenix, con los ojos brillantes—, y sinceramente, lo tengo todo preparado.

—¿Perdona? —suelta Denver—. ¿Cómo que lo tienes todo preparado? ¿Has reservado el vuelo, encontrado un trabajo y no nos has dicho nada?

Aprieta los puños, y por la forma en que mira a Phoenix, podría matarla. Era de esperar que no se emocionara, pero una actitud tan despectiva me sorprende. Después de todo, es la vida de Phoenix y es su decisión.

Por un lado, me entristece que haya elegido trabajar y viajar, pero por otro admiro su valor y determinación para desafiar a su familia y a quienes la apoyan. Yo apenas tuve el valor de cambiar de estado.

—Así son las cosas —murmura Phoenix—. Vosotros habéis intentado disuadirme en más de una ocasión. Quería hacer esto después del instituto, pero acabé yendo a la universidad por vosotros.

—Porque es lo lógico, Phoenix —dice enérgicamente la señora Jones—. Venga, vamos a hablarlo y a encontrar una solución.

—¡No se me da bien, mamá!

La voz de Phoenix se hace más fuerte con cada palabra.

—No me gustan mis estudios. Pregúntale a Sienna... —dice mi amiga, señalándome.

Yo abro los ojos de par en par. En realidad, no tenía pensado involucrarme en esta conversación. No llevo tanto tiempo en esta familia como para eso.

No entiendo qué sucede.

—Yo creo que es una buena idea —dice Fynn de repente, y Madison asiente.

—Mi hermano estuvo un año en Australia. Le gustó mucho y fuimos a verle un par de veces.

Le dedico una sonrisa de agradecimiento. Admiro su valentía, porque yo sigo aquí sentada, sin decir una palabra, a pesar de que Phoenix me ha incitado a ayudarla.

—También podríamos visitar a Phoenix —añade Madison—. Creo que te vendrá bien, hermanita.

—Gracias, Mad —murmura Phoenix, mirando esperanzada a su hermana—. ¿Y tú qué piensas, Denver?

Mi novio hincha las mejillas y finalmente asiente, vacilante.

—Pues que te voy a echar mucho de menos —dice, suspirando pesadamente—. Ya sabía que no te gustaba la universidad. Y solo te irás unos meses, ¿verdad?

—Claro —dice Phoenix, mucho más aliviada—. El visado me caduca en mayo.

—Entonces supongo que tendré que ceder —dice la señora Jones, y John la coge de la mano.

—Estoy de acuerdo con Madison —dice John, y le guiña un ojo a la menor de los Jones—. Podemos ir a ver a Phoe.

—¿Ves, mamá? —dice Phoenix, levantando las cejas—. John sabe de lo que habla.

La señora Jones asiente por fin y pide detalles a su hija sobre su aventura.

Sonriendo, me inclino hacia Denver y le doy un beso en la mejilla.

—Te quiero —le susurro—. Y deberíamos pensar en ir a verla. Nunca he estado en Europa.

Denver suspira y me besa en los labios. Yo le devuelvo el beso y lo agarro del brazo, feliz. Este es, sin duda, uno de los días más bonitos de toda mi vida. En realidad, ha sido una montaña rusa de emociones para los dos. Denver se ha enfrentado a sus demonios y por fin me ha dejado entrar en su corazón y en su vida. Le quiero y, aunque sé que probablemente nunca más me dejará fuera de la ecuación, lucharé por él, por los dos. No somos perfectos y ambos hemos cometido errores en el pasado.

Pero hoy me ha demostrado que podemos seguir adelante, siempre que estemos juntos.

—Bueno, ¿a qué país vas? —le pregunto a Phoenix, y ella se arranca a hablar con entusiasmo.

Epílogo

Denver

Dos meses más tarde. Estadio de Target Field²⁵, Mineápolis.

Entro en los vestuarios del Target Field de Mineápolis y me siento frente a la taquilla que me han asignado. Normalmente, los Minneapolis Warriors juegan en este estadio, pero este año, es la sede del campeonato de fútbol universitario. Jugamos contra los Ohio State, esto es, el antiguo equipo de Tyler. Durante las últimas dos semanas, hemos estado entrenando sin tregua para este día. Llegamos a Mineápolis a principios de esta semana y nos dieron un permiso en la universidad para ausentarnos de todo tipo de clases y compromisos. Ahora mismo, lo que quiero es ir a por todas.

Mi madre, John, Madison y Sienna y Joy llegaron ayer para apoyarme en este momento tan importante para mi carrera. Phoenix se fue a Europa a principios de esta semana, porque tenía que empezar a trabajar y disfrutar de su trimestre sabático. Todavía me cuesta asimilarlo. Sé que le brindé todo mi apoyo en Acción de Gracias, pero cuanto más lo pienso, más en contra estoy. Debería hincar los codos como todo el mundo y quitarse los exámenes de en medio. Si tanto le cuesta, que cambie de carrera, pero no me parece bien que malgaste tres meses de su vida. Sin embargo, intento no perder los papeles, especialmente por Sienna, y me callo lo que pienso en realidad. Mi novia está entusiasmada con la estancia de mi hermana y ya está buscando hoteles en Bristol. En realidad, me siento mal, porque no quiero discutir con Sienna, especialmente si se trata de la vida de Phoenix. Sienna y yo nos hemos visto mucho desde las vacaciones de Navidad. Yo me he centrado en el fútbol y ella ha estado estudiando para los exámenes.

Millie no ha podido venir porque también tiene que centrarse en los exámenes. La verdad es que no entiendo su decisión, porque le encanta el fútbol y Mineápolis es su ciudad natal. Pero está claro que no podemos obligarla a venir. A Sienna le da muchísima pena que su mejor amiga no esté, pero los jugadores tenemos un número limitado de entradas. Como nos llevamos bien en el equipo, nos las repartimos entre todos, y yo ya he llenado mi cupo. A cada jugador se le permite invitar a cinco personas. Como Phoenix está en Europa, me quedaba una entrada, y Joy se apuntó al bombardeo. Quizá debería haberle pedido a Darren que añadiera a Millie a su cupo, ya que su familia no podía venir desde Texas. Su hermana Dana se casa dentro de tres semanas y todo gira en torno a la celebración en casa de los Andrews. Me parece bastante injusto, porque para Darren, hoy es el día en que puede lograr el mayor triunfo de su carrera hasta ahora. Los padres de Jake están aquí, así como los de Tyler.

Jake se sienta a mi lado en el banco y me mira con una sonrisa.

—¿Estás preparado?

—Por supuesto —respondo, poniéndome las protecciones—. ¿Y tú?

—¡Estoy a tope! —dice mi mejor amigo, decidido—. Vamos a pegarles una paliza.

—Te veo bastante optimista —digo, y me pregunto justo después por qué estoy siendo tan negativo.

No tenemos nada que temer de Ohio, y este año tenemos a uno de sus mejores jugadores ofensivos. Merecemos jugar en la final y ninguno de nosotros tiene dudas al respecto. Si mis compañeros no se lo cuestionan, como capitán del equipo, no debería ser yo quien lo pusiera en duda, ¿no? No sería justo para ellos.

—¿Tú no estás en ese plan? —pregunta Jake—. Vamos, Denver. Podemos hacerlo, tío. Somos mejores que ellos.

Asiento y le doy una palmada en la espalda. Jake tiene razón, somos los mejores y este año ganaremos el campeonato.

Nos cambiamos y, poco después, el personal nos ayuda a comprobar nuestros cascos. Por mi parte, me aseguro de que mi muñequera está bien colocada.

El entrenador Flanders nos llama y nos indica que nos reunamos con él en el centro del vestuario. Formamos un círculo a su alrededor.

—Hoy es un gran día. Para mí, para vosotros y para la familia de los Lincoln Tigers. Hacía dos años que no llegábamos a esta final, ¿y sabéis qué?

El entrenador nos mira uno por uno antes de continuar.

—Se ha acabado el descanso.

Gritamos como locos y asentimos mirando al entrenador.

—Este estúpido descanso que nos han impuesto termina hoy —continúa—. Tenemos al mejor *defensive end*²⁶ de la liga universitaria: ¡Darren Andrews!

Todos aplaudimos y los jugadores que están a su lado le dan palmaditas en la espalda.

—Nos hemos quedado con el mejor *running back*²⁷ de los Ohio —continúa, señalando a Tyler—. Y qué coño, ¡tenemos a Denver Jones, el mejor *quarterback* de esta temporada!

Una vez más, se forma un barullo en los vestuarios y Jake me da una palmada en la nuca.

—¿A qué esperáis, chicos? Salid ahí fuera y reventad a los Ohio.

Quedan solo dos minutos de reloj cuando salgo al campo por última vez esta noche para explicarle la jugada a mi equipo. Ohio va ganando por cinco puntos, lo que significa que necesitamos anotar un *touchdown*. Es ahora o nunca; ganar o perder.

—Nuestro as bajo la manga va a ser Tyler —digo, cuando ya estamos reunidos en corro—. Jake y Warren fingirán una carrera. Tenemos que tratar de conseguir un primer *down*. No quiero correr ningún riesgo; tenemos que quitarles tanto tiempo del reloj como sea posible.

Si fuéramos con prisas a por el *touchdown*, Ohio recuperaría el balón poco después. Tenemos que evitar que eso suceda, pero aun así, el *touchdown* es la única forma de ganar. Para mí, eso significa exprimir al máximo el tiempo del reloj y anotar un *touchdown*. Porque si los Ohio recuperan el balón y solo conseguimos un gol de campo, se acabó. Seguirán teniendo una ventaja de dos puntos y su *quarterback* no dará lugar a que intercepten el pase. Lleva demasiado tiempo jugando y tiene demasiado potencial como para fallar.

Los chicos asienten después de que yo les explique la jugada y luego nos colocamos en la línea. Nuestro *center* me lanza el balón y doy unos pasos atrás para observar el campo. Jake y Warren siguen sus rutas²⁸ y Tyler se dirige a la posición que se espera de él. Aprovecho el hueco que veo entre dos defensas bastante mazados y lanzo el balón por encima de sus cabezas. Tyler atrapa el pase, pero tardan poco en derribarle.

—Mierda, joder... —gruño, porque no hemos conseguido un primer *down*—. ¡Venga, chavales, seguimos!

Una vez más, nos colocamos en la línea y decido ejecutar la jugada de nuevo, aunque Jake no parece muy conforme. Se le nota a kilómetros, pero mi mejor amigo no es el *quarterback* y no es cuestión de ponerse a discutir en medio del partido.

Hay que confiar en la jugada. Esta vez, conseguiremos un primer *down*. En un principio, tengo aún esperanzas, pero entonces vuelven a placar a Tyler.

—¡Me cago en la puta! ¿Estás de coña o qué?

La mirada de Jake habla por sí sola. En el siguiente intento, decido probar con una ruta *out*²⁹. A Jake tampoco le entusiasma, pero Phil y Luke son unos *wide receivers*³⁰ muy rápidos y ágiles. Volvemos a alinearnos y miro la pantalla gigantesca que enfoca a mi familia. No tengo ni idea de si el personal de los medios intenta darme un último empujón, porque saben que quiero ganar este campeonato por quienes están sentados entre el público, o si buscan presionarme tanto que ejecute un pase que se pueda interceptar y el balón vuelva a Ohio.

Quiero creer que es lo primero, así que no aparto la mirada mientras enfocan a mi familia. Mamá, como siempre, se tapa los ojos cuando las cosas se ponen muy emocionantes. Solía hacerlo en el instituto, si es que no enviaba a mi padre solo al partido. En este instante, no dejo de pensar en mi padre, así que miro al cielo y cierro los ojos. Él querría que ganara hoy. Se alegraría muchísimo por mí. Abro los ojos y miro la pantalla por última vez, y veo que han enfocado a Sienna. Madison le llama la atención y mi novia forma un corazón con los dedos. Levanto la mano para indicar que lo he visto.

Es hora de centrarse en el juego.

Cojo el balón que me lanza el *center*, doy unos pasos hacia atrás, finjo un lanzamiento y le paso el balón a Luke. Ahora lo único que puedo hacer es quedarme quieto y observar a mis compañeros.

Y justo como esperaba, ¡funciona! Luke supera con creces la primera línea de *down* antes de caer.

—¡Así se hace! —grito, chocándole los cinco cuando hacemos una piña para planear la siguiente jugada.

—Quedan cincuenta segundos —dice Jake cuando estamos uno al lado del otro esperando a los demás—. Confía en mí para esta jugada. Llegaré a la línea de una yarda³¹ y luego te pasaremos por encima de la línea con un *quarterback sneak*. Logan se tomará su tiempo con la patada. Nos quedan dos tiempos muertos y no creo que Ohio que haga ninguna jugada más.

—Lo sé —digo—. ¿Pero no crees que se lo verán venir?

—Pues seguramente —responde Jake.

Pongo los ojos en blanco y me dispongo a darle la espalda, pero él me agarra del hombro y dice:

—¿Acaso tenemos otra opción?

—No —admito y le hago un gesto con la cabeza—. Venga, podemos conseguirlo.

Después de confirmar la siguiente jugada, Jake y yo volvemos a la alineación. Tan solo espero que su idea funcione y que seamos lo suficientemente rápidos para frenar a Ohio. Quedan quince segundos en el reloj del marcador. Es un plan perfecto, pero demasiado arriesgado. Tenemos que anotar el *touchdown*. El centro me vuelve a lanzar el balón y doy unos pasos hacia atrás hasta que veo a Jake. Se ha liberado de los demás jugadores, así que le paso el balón. Ahora

todo depende de mis compañeros para mantener a los Ohio lejos de mi mejor amigo.

Jake corre y corre sin descanso. Apenas me atrevo a mirar el reloj, que marca segundo tras segundo sin piedad.

Ocho...

Siete...

Seis...

Cinco...

Me apoyo en los muslos y miro fijamente la hierba. No puedo mirar, a pesar de que mi cuerpo rebosa adrenalina.

—¡*Touchdown* para los Lincoln Tigers!

Levanto la cabeza y veo a Jake de pie en la zona de anotación y, de repente, todos los demás jugadores se abalanzan sobre él. Están aplastando a mi mejor amigo, pero es por una buena razón. Sin dudar, pego un salto, me quito el casco de la cabeza y levanto el puño. Mi primera mirada no es a las gradas, sino al cielo, una vez más.

—Lo he conseguido, papá... —susurro, mientras las lágrimas de alegría me empapan la cara—. ¡He ganado! He ganado...

—¡Lo conseguimos!

Darren tira de mí y me agarra la nuca para apretar mi frente contra la suya. Empezamos a jugar al fútbol juntos en Lincoln hace casi tres años y nos hemos abierto camino hasta este momento. ¿Cuántas derrotas hemos vivido? ¿Cuántos sermones nos ha dado el entrenador Flanders antes de esta noche? ¿Cuántas veces nos ha criticado la prensa? ¡Pero aquí estamos!

—¡Hemos ganado, tío!

—Hemos ganado —repito sus palabras, agarrándolo también por el cuello—. ¡Joder! Somos campeones universitarios.

¡Esto es surrealista! Pero es verdad, hemos ganado. Somos campeones.

No me canso de decirlo.

—¡No me lo puedo creer! —exclamo, abrazando a Darren con fuerza—. ¡Campeones!

Darren y yo nos separamos para saludar a los primeros jugadores de Ohio que vienen a felicitarnos. Se les ve tristes y decepcionados. A algunos se les han humedecido los ojos. Me acerco a su *quarterback*, Mitchel.

—Hola, tío —le digo y choco ligeramente con su hombro.

Luego le miro a los ojos y le doy una palmada en la espalda, antes de decirle:

—Habéis jugado muy bien.

Mis palabras no le sirven de consuelo, y no puedo imaginarme lo mal que se va a sentir esta noche y probablemente las próximas semanas, pero quiero que sepa que esta noche han sido unos oponentes muy dignos. Nuestros caminos se cruzarán de nuevo en el *draft* dentro de un año y medio, y entonces, con suerte, volveremos a vernos en el estadio.

—Gracias, Denver —responde—. Disfruta de la noche.

—Gracias —digo, acercándome a mis compañeros para celebrarlo con ellos.

—¡Somos campeones! —grita Tyler tras una larga charla con sus antiguos compañeros—. Mira, *bro*, hay alguien más que quiere felicitarte.

Le doy un rápido abrazo y me doy la vuelta para toparme de bruces con Jake. Mi mejor amigo desde primaria me abraza.

—¿Quién es el mejor *running back*?! —se regodea.

Si llevo tres años luchando con Darren para conseguir este trofeo, con Jake llevo más del

doble.

—Tú. Tú eres el mejor *running back*, tío —confirmo, y ambos saltamos como niños pequeños—. ¡Lo hemos conseguido!

Cuando nos separamos, un miembro del personal de la liga universitaria nos pide que nos dirijamos lentamente a la ceremonia de entrega de premios. A ambos lados del campo, nuestras familias y amigos permanecen en una zona acordonada. Durante los siguientes minutos, me siento algo aturdido, hasta que el director de la liga me entrega el trofeo y lo levanto hacia el cielo nocturno de Mineápolis.

—¡Dame eso! —dice Darren, quitándome el trofeo—. Tu novia quiere felicitarte.

Me doy la vuelta y veo que Sienna viene hacia mí. Inmediatamente, abro los brazos y corro hacia ella. Ni siquiera me había dado cuenta de que ya habían dejado entrar a las familias al campo.

Contentísima, salta a mis brazos y ambos damos vueltas sobre nosotros mismos, fundidos en un cálido abrazo. Se agarra fuerte a mí, mientras se ríe y su melena rubia vuela por los aires.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dice después de que la deje en el suelo.

Le caen lágrimas por las mejillas y se las quito con dulzura. Luego, mi novia continúa, aún algo agitada:

—Estoy muy orgullosa. Has jugado tan bien... Y te quiero.

—Yo también te quiero —respondo, besándola de nuevo.

Sienna me sonríe ampliamente, y me siento extremadamente feliz de poder compartir con ella este hito en mi carrera universitaria. Abrazo a mi chica una vez más hasta que finalmente la suelto para que mi familia me felicite.

—Has estado increíble, cariño. Ojalá tu padre pudiera verte, Denver.

Mamá es la segunda persona después de Sienna que me tiende la mano. Sus palabras me emocionan.

—Gracias, mamá —respondo tragándome las lágrimas—. Ojalá pudiera, sí.

—¡Estoy muy orgullosa de ti!

Mi madre me da otro beso en la mejilla y me deja hablar con mi hermana.

Levanto a Madison los aires, y ella me planta un beso en la mejilla y me sonríe ampliamente.

—Enhorabuena —me dice—. De parte de Fynn, también.

—Gracias.

La dejo en el suelo y me vuelvo hacia John. Nuestra relación no es perfecta, pero sin duda es mejor que en los últimos tres años. Nos hemos acercado el uno al otro, y ahora hablamos más. Al principio, solía pensar que venía a verme jugar para hacerme la pelota, pero no. Él también jugó en el instituto, pero luego se lesionó en la rodilla, lo que le costó la beca universitaria. Cuando me enteré, me pilló por sorpresa. También nos gustan las mismas películas de acción y los mismos coches. Tenemos cosas en común, algo que yo no me esperaba. Supongo que ahora me toca explorar esos puntos en común para conocerle más, porque él lleva años queriendo hacerlo.

—Enhorabuena, Denver —me dice, dándome una palmada en el hombro—. Menudos pases te has marcado al final, chaval. Impresionante.

—Gracias —respondo sinceramente y me vuelvo hacia Sienna.

Ella inclina ligeramente la cabeza para mirarme a los ojos. Sonriendo, la miro y le cojo la

cara con las manos. Luego me inclino y apoyo mis labios en los suyos. Sienna me devuelve el beso y se acurruca en mis brazos.

—¿Qué vamos a hacer con el trofeo? —me pregunta—. Es el primero de muchos...

—Mmm... —reflexiono, inclinándome para que solo ella pueda oírme—. Por desgracia, solo hay uno, y me da que Darren piensa dormir con él, así que bueno... Tengo una idea mejor.

Sienna se ríe y mira a Darren, que sujeta el trofeo como si fuera un tesoro.

—¿Qué idea? —me pregunta, moviendo las cejas como si sospechara lo que tengo en mente.

—He oído que llevas una camiseta muy especial y he pensado podrías llevarla cuando celebremos la victoria esta noche.

Sienna asiente y poso mis labios sobre los suyos. Me rodea el cuello con los brazos y me devuelve el beso.

—¡Bueno, bueno, tortolitos!

Nos separamos y miramos a Darren, Jake, Tyler y Joy, que sostienen el trofeo.

—Queremos sacarnos una foto para Millie y Phoenix. Venid aquí.

Acerco a Sienna a nuestros amigos y la pongo delante de mí. Jake se coloca a nuestra derecha y Joy delante de él. Darren y Tyler se agachan delante de nosotros con el trofeo en medio.

Madison sostiene el iPhone de Joy y todos sonreímos a la cámara.

Este día no podría ser más perfecto.

²⁵ *N. de la T.* Estadio de béisbol en el centro de Mineápolis, en Minnesota.

²⁶ *N. de la T.* En español, «ala defensivo».

²⁷ De nuevo, en español se le conoce como «corredor».

²⁸ *N. de la T.* De nuevo, en fútbol americano, una ruta o *route* es el camino o patrón que siguen ciertos jugadores (un receptor, un *tight end* o un *back*) para desmarcarse y poder atrapar un pase.

²⁹ Se trata de una ruta que consiste en correr por el exterior, esto es, unas diez o doce yardas en vertical para buscar la línea de banda. Es una ruta muy útil pero muy compleja y arriesgada, porque suele haber muchas intercepciones.

³⁰ En español, «ala abierto» o «receptor abierto».

³¹ *N. de la T.* Línea que, como su nombre indica, se encuentra a tan solo una yarda de la zona de anotación.

Conoce a la autora

Evidentemente, fueron los deportes —concretamente los deportes de pelota— los que despertaron en Mrs. Kristal el gusanillo de la escritura. La autora empezó a escribir en 2012, y sus primeros textos sobre el mundo del fútbol evolucionaron a lo largo de los años hasta convertirse en verdaderas historias y, finalmente, en libros.

A partir de ese momento, Mrs. Kristal se mudó a otro continente y no dejó de escribir sobre este deporte que tanto le apasionaba. En 2021 publicó su primera novela de romance universitario y fútbol americano. Mrs. Kristal se inspira en situaciones cotidianas, en sus recuerdos y vivencias y en sus conversaciones con amigos y familiares.

Sus libros se centran siempre en el amor y la amistad, además de en el deporte. Lo que más le gusta de la escritura es poder sumergirse otros mundos, donde sus personajes recorren un largo viaje hasta llegar a un final feliz. Cuando Mrs. Kristal no está escribiendo, le gusta pasar tiempo con sus amigos y su familia y viajar siempre que puede. Uno de sus mayores sueños es visitar al menos una vez en la vida las ciudades, países y estadios sobre los que tanto escribe.

Si quieres estar al tanto de las novedades

de Cherry Publishing España,

síguenos en Instagram:

[@cherrypublishing_esp](#)

Sigue también a la autora:

[@mrskristal.autor](#)

¡Activa las notificaciones y no te olvides

de dar «me gusta» a nuestras publicaciones!

Responsable editorial: Paloma Vega Centeno
Traducción al español: Paloma Vega Centeno
Corrección y edición: Cherry Publishing
Composición y maquetación: Cherry Publishing
Ilustración de la portada: Ketí Spirkoska